Máximo Gorki

NARRACIONES (1892-1924)



BIBLIOTECA DIGITAL MINERD
DOMINICANA LEE

NOTA PRELIMINAR

En el marco del relativo florecimiento que parece experimentar en los últimos tiempos la edición en español de narradores rusos (sobre todo, aunque no en exclusiva, de clásicos del siglo XIX y de las primeras décadas del XX), y que se manifiesta tanto en la publicación de nuevas versiones de obras ya trasladadas anteriormente a nuestra lengua (baste con mencionar, a modo de ejemplo, las traducciones más recientes de las dos grandes cumbres de la novelística de Lev Tolstói: *Guerra y paz* y *Anna Karénina*) como en el descubrimiento de autores y títulos inéditos, pensamos que ha de haber un hueco importante para la narrativa breve de Maksim Gorki. Este célebre autor, recordemos, vino al mundo en 1868, con el nombre de Alekséi Maksímovich Peshkov, en Nizhni Nóvgorod, ciudad ribereña del Volga que durante casi sesenta años (de 1932 a 1990) se llamó oficialmente Gorki, en honor del escritor. Falleció en 1936, tras una vida rica en peripecias, en las afueras de Moscú, en circunstancias «médico-políticas» no totalmente esclarecidas.

Entre las grandes figuras literarias del pasado siglo, pocas como Gorki precisan de una reconsideración global de su aportación artística e intelectual. Su condición de emblema de la civilización y la cultura soviéticas (pese a lo complejo de su actitud ante la Revolución de Octubre y la evolución del régimen en los años siguientes), así como su identificación con una forma determinada —el llamado «realismo socialista»— de concebir la literatura y su papel en la vida social, han eclipsado en buena medida su obra, sometida a un exceso de prejuicios y «prelecturas». No proponemos, claro está, una revisión «despolitizada» de la producción de Maksim Gorki, algo que resultaría sencillamente descabellado, pero sí invitamos a abordar su lectura sin partir necesariamente de la foto fija de un Gorki «escritor soviético por antonomasia», ni mucho menos de un Gorki «autor de *La madre* y poco más».

Si por algo destaca, precisamente, la producción literaria de Maksim Gorki es por sus dimensiones —de proporciones intimidatorias— y por su diversidad. Excepto la poesía lírica, que apenas cultivó (aunque sí realizó interesantes incursiones en el terreno del poema en prosa, como el célebre *Canto del halcón*), frecuentó todos los géneros literarios: el cuento, el relato, la novela breve, la novela extensa (y aun extensísima, caso de la monumental *Vida de Klim Sanguin*, en cuatro partes), el apunte, el artículo, el ensayo, el teatro, las memorias, las epístolas… Y en todos ellos dejó numerosísimas muestras de notable interés y muchos momentos

de gran brillantez. Sus obras completas comprenden decenas de volúmenes, centenares de títulos, millares de páginas…

En ese marco, y sin cuestionar la importancia central que tanto las novelas como las obras teatrales tienen en su producción, conviene recordar que durante varios años decisivos en su formación literaria Gorki fue exclusivamente autor de cuentos y relatos, y que fueron esas narraciones breves las que forjaron su imagen como artista y le granjearon una enorme popularidad, primero en Rusia y pronto a escala internacional. Como también hay que tener presente que Maksim Gorki siguió cultivando este género prácticamente hasta el final de su vida creativa, si no con la misma asiduidad frenética de su primera etapa, sí con apreciable constancia, lo que se tradujo en un dominio creciente de la técnica narrativa, visible, por ejemplo, en sus espléndidas creaciones de la década de 1920.

Con esta antología de narraciones breves nos hemos propuesto recuperar para los lectores españoles esa faceta fundamental de este autor, cuya presencia en nuestras librerías, con contadísimas excepciones (y aun éstas pertenecientes en su mayoría al ámbito del ensayo o las memorias, más que al de la ficción), había quedado, desde hace años, prácticamente reducida a la novela *La madre*.

De lo expuesto anteriormente se deduce que la selección de unas cuantas piezas «representativas» de la trayectoria de Gorki no ha sido tarea sencilla. Su producción, en efecto, es descomunal. Decenas y decenas de títulos encajarían adecuadamente en una antología de «narraciones» que pretende, en su modestia, ofrecer una muestra de los diferentes acentos de este escritor, desde el apasionadamente romántico, evidente en creaciones tempranas como «Makar Chudrá» o «El jan y su hijo» (entre las aquí recogidas), y latente en gran parte de su producción, hasta el más crudamente naturalista, teñido en ocasiones de nihilismo, como ocurre en los justamente famosos «Malva» o «Los exhombres».

Hemos descartado conscientemente (por razones varias de extensión, datación, ambientación u otras) muchas obras que no tienen nada que envidiar, en calidad o representatividad, a las seleccionadas (pensemos en títulos como *Chelkash, Caín y Artiom, Konoválov, Los malhechores* o *Cuentos rusos*, por mencionar unos cuantos ejemplos), por no hablar de los incontables relatos y cuentos que, por puro desconocimiento, no hemos tomado siquiera en consideración.

Los primeros años (hasta 1900, aproximadamente) se han visto favorecidos en la selección, por estar consagrados, como decíamos, casi en exclusiva a la narrativa breve. Con el nuevo siglo (más concretamente, a partir de 1899, año en

que publica su primera novela, *Fomá Gordéiev*), Gorki se volcará fundamentalmente en la redacción de novelas y obras teatrales. Antes, en esa primera etapa, había ido cobrando forma el mundo narrativo del escritor, con su característica geografía física —la Rusia ribereña del Volga y el Caspio, asomada a Crimea y el Cáucaso— y su aún más característica geografía humana —vagabundos andrajosos, buscavidas, artesanos, pescadores, presidiarios, fracasados de todo pelaje, mujeres rutinariamente apaleadas—, en un proceso titubeante, condicionado por el autodidactismo omnívoro del escritor.

No obstante, también hemos incluido algunas muestras de su producción más tardía, tanto de la década de 1910, en la que elabora algunos interesantes ciclos de narraciones —entre otros, el titulado *Por Rusia*—, como de la década siguiente: en esos años de incansable actividad política y social, y de prolífica producción novelesca, dramática y periodística, aún tuvo tiempo Maksim Gorki para redactar algunos relatos espléndidos. A partir de 1925, aproximadamente, aunque todavía escribiría y publicaría varios cuentos breves, las energías del escritor se concentran de forma prioritaria en la elaboración de su último gran ciclo novelesco (la mencionada *Vida de Kim Saguin*), así como en la intervención, a través de sus artículos, ensayos y discursos, en el acerado debate político, ideológico y estético del momento.

Podría esperarse, dada la ingente producción literaria de Gorki, que se tratase de un autor apresurado o despreocupado por las cuestiones formales. Sabemos, sin embargo, que trabajaba minuciosamente sus obras y solía volver sobre ellas, sometiéndolas a cambios y revisiones, cada vez que eran reeditadas o incluidas en volúmenes antológicos o recopilatorios.

Por otra parte, como era habitual entonces, la inmensa mayoría de sus cuentos y relatos aparecieron en primera instancia en diarios y revistas, y sólo más tarde vieron la luz en forma de libro. La mayoría de las piezas de los primeros años —hasta «Malva», entre las incluidas en nuestra selección— fueron recogidas en los tres volúmenes de *Ócherki i rasskazy* [Esbozos y relatos, 1898-1899]. Para nuestra traducción hemos partido de los textos fijados por el autor para la edición de sus *Obras completas*, publicadas por Kniga (casa editorial rusa establecida en Berlín), entre 1923 y 1927, base de las sucesivas ediciones, totales o parciales, de las obras del autor.

«Makar Chudrá» fue la primera obra de Gorki que vio la luz; se publicó en septiembre de 1892 en las páginas de *El Cáucaso* (*Kavkaz*), diario en lengua rusa editado en Tiflis (Georgia), donde el escritor —que desempeñó un sinfín de oficios

en su adolescencia y juventud— se encontraba trabajando en la construcción del ferrocarril. Aparece ya firmada por M. Gorki[1], pseudónimo que hizo célebre al escritor.

«Un incidente con unos broches» apareció en *El Periódico de Samara* (*Samárskaia gazeta*), en julio de 1895; su primer título fue: «Una historia con unos broches (Un cuadro de la vida de unos desharrapados)».

Unos días más tarde, a finales de julio de 1895, ese mismo diario de Samara publicó el relato, de corte autobiográfico, «Una vez, en otoño»; llevaba entonces el subtítulo «Relato de un hombre experimentado».

Escrito en 1895, «El jan y su hijo» apareció en el periódico *Hoja de Nizhni Nóvgorod* (*Nizhegorodski listok*) en mayo de 1896, con el subtítulo «Leyenda de Crimea».

También «Compañeros» fue redactado en 1895, aunque no vio la luz hasta enero de 1897 en la *Hoja de Nizhni Nóvgorod*, con el título completo de «Viejos compañeros (Un episodio)».

«Zazúbrina» fue publicado en mayo de 1897 en el periódico *Vida del Sur* (*Zhizn Yuga*), de Odesa. Formaba parte de una serie de esbozos con el título conjunto de «Gente compasiva».

«Los exhombres» apareció en dos entregas, de octubre y noviembre de 1897, en la revista *La Nueva Palabra* (*Nóvoie slovo*), prestigiosa publicación de signo progresista (pronto sería prohibida por las autoridades) de San Petersburgo. Este extenso «esbozo» se basa en las impresiones y encuentros del autor durante su estancia en Kazán a mediados de la década de 1880, época en la que el futuro escritor trató en vano de ingresar en la universidad de esta ciudad.

Casi simultáneamente, en noviembre y diciembre de 1897, se publicó el relato «Malva», en dos números de la célebre revista literaria *El Mensajero del Norte* (*Sévernyi véstnik*), editada en San Petersburgo.

«Veintiséis y una (Poema)» apareció en la revista *Vida* (*Zhizn*), de San Petersburgo, en diciembre de 1899. El relato se inspira en las experiencias del autor, quien, en su etapa juvenil en Kazán, trabajó en una panadería. Cabe señalar que se trataba de una de las obras de Gorki más apreciadas por su amigo Lenin.

«Vaska el Rojo» fue redactado a comienzos de 1899 y enviado a la revista

Vida. Sin embargo, la censura impidió su publicación. Tampoco se decidió el editor de los *Esbozos y relatos* a incluirlo en el tercer tomo de esta recopilación, que vio la luz ese mismo año. Finalmente, apareció en el tercer tomo de las *Obras reunidas* del autor que la editorial Znanie publicó en 1900.

«El nacimiento de un hombre», relato basado en un episodio juvenil del propio Gorki, se editó en la revista *Preceptos* (*Zavety*), de San Petersburgo, en abril de 1912. Fue incluido en el ciclo de relatos *Por Rusia* (1912-1917).

También «Vuelven» forma parte de ese ciclo; se había publicado por primera vez en el diario moscovita *La Palabra Rusa* (Rússkoie slovo), en julio de 1913. Esta breve estampa está inspirada igualmente en los recuerdos juveniles del autor; en concreto, en su viaje de regreso del Cáucaso a Nizhni Nóvgorod en otoño de 1892.

«El anacoreta» apareció en mayo de 1923 en la revista literaria *Coloquio* (*Beseda*), publicada en Berlín en lengua rusa. Fue incluido en el volumen de *Relatos (1922-1924)* editado por Kniga en 1925.

«Karamora» también se publicó en la revista *Coloquio*, en junio de 1924, y formó parte del mencionado *Relatos (1922-1924)*.

FERNANDO OTERO MACÍAS

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ FERNÁNDEZ

MAKAR CHUDRÁ
(1892)

Soplaba un viento húmedo y frío procedente del mar, que llevaba por la estepa la melodía ensimismada del chapoteo de las olas que barrían la orilla y el rumor de los matorrales del litoral. A veces, una racha nos traía unas hojas amarillentas y resecas, y las arrojaba en la hoguera, avivando la llama; alrededor, la neblina de la noche otoñal se estremecía y, retirándose asustada, nos mostraba fugazmente la estepa infinita a la izquierda y el mar inmenso a la derecha. Frente a mí tenía la figura de Makar Chudrá, el viejo gitano, encargado de vigilar los caballos de su campamento, emplazado a unos cincuenta pasos de donde estábamos nosotros.

Sin prestar atención a las frías rachas de viento que, agitando su *chekmén*[2], le desnudaban el velludo pecho y se lo azotaban sin piedad, estaba medio tumbado, en una postura airosa, con el rostro vuelto hacia mí, aspirando metódicamente el humo de su enorme pipa y expulsándolo por la boca y la nariz, en forma de espesas nubes. Con la mirada fija en algún punto lejano situado a mis espaldas, entre las mudas tinieblas de la estepa, me hablaba sin pausa, sin hacer el menor movimiento para protegerse de los bruscos embates del viento.

—¿Así que vas de camino? ¡Eso está muy bien! Has hecho una magnífica elección, halcón. Eso es lo que hay que hacer: caminar y ver. Y, cuando ya lo hayas visto todo, entonces podrás tumbarte y morir. ¡Así de sencillo!

»¿La vida? ¿La gente? —prosiguió, acogiendo con escepticismo mi objeción a su: "Eso es lo que hay que hacer"—. ¡Ajá! ¿Y a ti qué te importa? Tú mismo, ¿no formas parte de la vida? La gente vive sin ti y saldrá adelante sin ti. ¿De veras crees que alguien te necesita? Tú no eres pan, no eres un bastón, a nadie le haces falta.

»¿Aprender y enseñar, dices? Pero ¿puedes aprender a hacer a la gente feliz? No, no puedes. Tú espera a tener mis años, y entonces ya hablarás de lo que conviene enseñar. Enseñar ¿para qué? Todo el mundo sabe lo que necesita. Los más listos toman lo que pueden; los más estúpidos se quedan sin nada, y cada cual aprende por sí mismo…

»Los hombres son ridículos. Viven amontonados, estorbándose los unos a los otros, con la de sitio que hay sobre la tierra.

Y extendió los brazos, abarcando la estepa.

—Y todos trabajan. ¿Para qué? ¿Para quién? Nadie lo sabe. Ves a un hombre labrando la tierra y te paras a pensar: «Hay que ver, cómo gasta sus fuerzas, gota a gota, entregándoselas a la tierra, para después yacer en ella y pudrirse allí. No deja nada tras de sí, no alcanza a ver nada desde su rincón y a la hora de la muerte será el mismo necio que cuando nació».

»¿Qué pasa? ¿Acaso ha nacido tan sólo para remover la tierra y morir sin tiempo siquiera para cavarse una fosa? ¿Sabe lo que es la libertad? ¿Comprende la inmensidad de las estepas? ¿El lenguaje de las olas del mar le alegra el corazón? Es un esclavo. Desde el momento en que nació: un esclavo para toda la vida, ¡y nada más! ¿Qué puede hacer con su vida? Lo mejor que puede hacer es colgarse, a poco inteligente que sea. Yo, en cambio, date cuenta, he visto tanto en mis cincuenta y ocho años que, si lo pusiera por escrito, las hojas no cabrían en mil morrales como ese que llevas a la espalda. A ver, dime en qué países he estado. No puedes saberlo. He estado en países que ni siquiera conoces. Así es como hay que vivir: en marcha, siempre en marcha. No conviene quedarse mucho tiempo en un sitio. ¿Para qué? Como el día huye de la noche, que lo persigue alrededor del globo, así debes huir tú de cualquier pensamiento relativo a la vida, de otro modo le perderías el gusto. Si piensas demasiado en la vida, acabarás por no querer vivir, es lo que pasa siempre. Te lo digo por mi propia experiencia. ¡Ajá! Por mi propia experiencia, halcón.

»He estado en prisión, en Galitzia[3]. "¿Qué hago yo en este mundo?", me preguntaba entonces con hastío. ¡No sabes, halcón, lo aburrida que se hace la vida en prisión! ¡No lo sabes tú bien! Y, cada vez que contemplaba los campos desde mi ventana, se me encogía el corazón, era como si la tristeza me lo oprimiera con unas tenazas. ¿Quién puede decir para qué vive? ¡Nadie puede decirlo, halcón! Y no merece la pena preguntárselo. ¡Hay que vivir, y se acabó! Sigue adelante, mirando el mundo que te rodea, y así la tristeza no podrá contigo. Yo, en aquella ocasión, a punto estuve de ahorcarme con el cinturón, ¡ya ves tú!

»¡Je! Un día hablaba yo con un individuo. Un hombre muy estricto, uno de los vuestros, un ruso. Me decía: "No se puede vivir como tú pretendes, hay que vivir de acuerdo con la palabra de Dios. Sométete a Dios, y Él te dará todo lo que le pidas". Ese hombre tenía toda la ropa destrozada, iba hecho un andrajoso. Le dije que le pidiera a Dios ropa nueva. Se enfadó y me echó de su lado, entre insultos. Y eso que hasta entonces le gustaba decir que hay que perdonar y amar a nuestros semejantes. Bien podía haberme perdonado, si es que mis palabras le habían

ofendido. ¡Menudo maestro! De esos que te aconsejan ayunar mientras hacen diez comidas diarias.

Makar escupió en la hoguera y se quedó callado, cebando nuevamente la pipa. El viento aullaba de forma lastimera, sin levantar la voz; los caballos relinchaban en la oscuridad; una canción tierna y apasionada, una *dumka*[4], nos llegaba desde el campamento. Era Nonka la que cantaba, la hija de Makar, una muchacha preciosa. Yo ya conocía su voz, de un timbre denso y profundo, que siempre sonaba de un modo singular, insatisfecho y exigente, lo mismo cuando cantaba una canción que cuando te daba los buenos días. Su rostro moreno y mate exhibía una permanente altivez de zarina, y en sus ojos oscuros, envueltos siempre en sombra, brillaba la conciencia de la singularidad de su belleza y de su desprecio por todo lo demás.

Makar me pasó la pipa.

—¡Fuma! ¿A que canta bien la chica? ¡Y tanto! ¿Te gustaría que una como ella se enamorase de ti? ¿No? ¡Mejor! Haces bien: no te fíes de las jóvenes, no te acerques a ellas. No hay nada como besar a una muchacha, es aún más gustoso que fumar en pipa. Ahora bien, como beses a una, estás perdido: ya eres un hombre sin voluntad. Te ata a ella con un hilo invisible, que no hay manera de romper, y le entregas tu alma entera sin remisión. ¡De verdad! ¡Cuídate de las jóvenes! ¡Sólo saben mentir! «Te quiero más que a nada en el mundo», te dirá. Pero, si la pinchas con un alfiler, seguro que te destroza el corazón. ¡Lo sé de sobra! ¡Ajá, vaya si lo sé! Oye, halcón, ¿quieres que te cuente una historia? Procura recordarla: si la recuerdas, serás toda tu vida un pájaro libre.

»Trata de un hombre llamado Zobar, un joven gitano, Loiko Zobar. En toda Hungría, y Bohemia, y Eslavonia[5], y en todas las tierras que rodean el mar, era bien conocido. ¡Era un joven tan osado! En todas las aldeas de esas tierras había sin falta cuatro o cinco vecinos que habían jurado solemnemente matar a Loiko. Pero él vivía su vida y, como se le antojara un caballo, ya podías poner un regimiento entero a vigilarlo, que Zobar iba a acabar montando ese caballo. ¡Ajá! No sabía lo que era el miedo. Si el mismísimo Satán, con toda su corte, se le hubiera aparecido, Zobar, si es que no le arrojaba el cuchillo, le habría puesto a caldo como poco, y todos sus demonios se habrían llevado de regalo una buena patada en los morros, ¡eso por descontado!

»Y todos los campamentos le conocían o habían oído hablar de él. Su única pasión eran los caballos, pero tampoco se los quedaba mucho tiempo: los montaba

algunas veces y luego los vendía, y el dinero lo gastaba a manos llenas. No había nada sagrado para él: si hubieras necesitado su corazón, él mismo se lo habría arrancado del pecho para dártelo, con tal de que a ti te fuera bien. ¡Así era ese hombre, halcón!

»Por aquel entonces, hará de esto unos diez años, solíamos acampar en Bucovina[6]. En cierta ocasión, en una noche de primavera, estaba yo con Danilo, un soldado que había combatido al lado de Kossuth[7], con el viejo Nur y con todos los demás. También estaba Radda, la hija de Danilo.

»Tú ya conoces a mi Nonka: ¡es una auténtica princesa! Bueno, pues no se la puede ni comparar con Radda, ¡sería demasiado honor para ella! No hay palabras para describir a esa Radda. Tal vez sólo podrían expresar su belleza las notas de un violín, y eso sólo en el caso de que el artista conociera el instrumento tan bien como su alma.

»A muchos bravos les había dejado seco el corazón, ¡no sabes tú bien a cuántos! En Moravia, un anciano magnate, con un hermoso tupé, la vio una vez y se quedó prendado. Iba a caballo y al verla se puso a temblar, como si le hubieran entrado escalofríos. Iba tan elegante como el diablo en un día de fiesta, con un *zhupán*[8] bordado en oro y un sable en un costado, cuajado de piedras preciosas, que centelleaba como un relámpago cada vez que el caballo daba un paso. Cubría su cabeza con un sombrero de terciopelo azul que parecía un pedazo de cielo. ¡Era todo un gran señor! No se cansaba de admirar a Radda, y le dijo: "¡Hola! Si me besas, esta bolsa de dinero será para ti". Pero la muchacha le dio la espalda, ¡buena era ella! "Perdóname si te he ofendido. Al menos no me mires con tan malos ojos", insistió. Pronto se le bajaron los humos al viejo magnate, y le arrojó la bolsa a los pies. ¡Menuda bolsa, hermano! Pero ella, sin pensárselo dos veces, mandó la bolsa al barro de un puntapié, y siguió su camino.

»—¡Caray con la chica! —exclamó el magnate y, fustigando al caballo, desapareció entre una nube de polvo.

»Y al día siguiente volvió a presentarse.

»—¿Quién es el padre? —La pregunta atronó por todo el campamento.

»Danilo salió a su encuentro.

»—¡Véndeme a tu hija y pide por ella lo que quieras!

»Pero Danilo repuso:

»—Sólo los grandes señores lo venden todo, desde sus cerdos hasta su conciencia; ¡yo he combatido a las órdenes de Kossuth y no pienso vender nada!

»El otro rugió de rabia, y se llevó la mano al sable, pero uno de los nuestros metió yesca encendida en la oreja de su caballo, y el animal salió a escape. Y nosotros levantamos el campamento y nos marchamos de allí. Pero al cabo de dos días vimos que el magnate nos había dado alcance.

»—Esperad —nos dijo—. Yo tengo la conciencia tranquila, ante Dios y ante los hombres; entregadme a esa muchacha en matrimonio: tengo intención de compartir todos mis bienes con vosotros, ¡y debéis saber que soy un hombre muy rico!

»Venía todo acalorado, y se balanceaba en la silla como una espiga al viento. Nos quedamos pensativos.

»—Bueno, hija mía, ¡di tú algo! —dijo Danilo, como hablando para sus bigotes.

»—Si el águila se mete por su propia voluntad en el nido del cuervo, ¿qué suerte le espera? —nos preguntó Radda.

»Danilo se echó a reír, y los demás nos reímos con él.

»—¡Muy bien dicho, hija mía! ¿Lo has oído, gran señor? ¡No hay trato! Búscate alguna paloma: son más dóciles que las águilas.

»Y seguimos nuestro camino. Entonces el gran señor cogió su sombrero, lo arrojó al suelo y se alejó a todo galope, haciendo que la tierra temblara. ¡Sí, halcón mío, así es como era Radda!

»Pues sí. Una noche estábamos todos reunidos cuando de pronto oímos una música que llegaba de la estepa. ¡Una música maravillosa! La sangre se me encendía en las venas al oír esa música, una música que nos animaba a ponernos en marcha, a partir. Sentíamos todos que aquella música nos animaba a hacer algo después de lo cual ya no necesitásemos vivir, o, si seguíamos vivos, ¡nos supiésemos los amos del mundo entero, halcón mío!

»De repente, vimos un caballo surgir de las tinieblas, y a un hombre

montado en él, que se acercaba tocando el violín. Se detuvo junto a la hoguera, dejó de tocar y nos miró sonriente.

»—¡Vaya, Zobar, si eres tú! —le gritó Danilo con emoción. ¡Allí estaba él, Loiko Zobar!

»Los bigotes le caían hasta los hombros, confundiéndose con los rizos; los ojos brillaban como estrellas radiantes; su sonrisa valía por todo un sol, ¡lo juro por Dios! Se diría que el jinete y el caballo habían sido forjados de la misma pieza de metal. Se quedó allí parado, junto al fuego de la hoguera, como si ese fuego lo llevara en la sangre, y reía con unos dientes deslumbrantes. Maldita sea mi estampa si no quise yo a aquel hombre tanto como a mí mismo, y eso aun antes de que me dirigiese la palabra o reparase siquiera en mi presencia en este mundo.

»¡Sí, halcón, esa clase de hombres existe! Hombres que te miran a los ojos y te cautivan el alma, sin que te sientas avergonzado, sino lleno de orgullo. Hombres que hacen mejores a los demás. ¡Pocos hombres hay así, amigo mío! Y es preciso que escaseen. Si las cosas buenas abundasen, no las tendríamos por tales. ¡Así es! Bueno, te sigo contando…

»Dijo entonces Radda:

»—¡Qué bien tocas, Loiko! ¿Quién te ha fabricado ese violín tan sonoro y tan fino?

»Loiko se echó a reír:

»—¡Yo mismo lo he fabricado! Pero no de madera, sino del pecho de una joven a la que amaba, y las cuerdas, trenzadas por mí, han salido de su corazón. Y aun así sonaba algo falso el violín, pero yo sé manejar el arco.

»Ya se sabe que todos procuramos deslumbrar a las muchachas, para que sus ojos no nos abrasen el corazón, sino que se cubran de lágrimas por nosotros. Eso fue lo que intentó Loiko en aquella ocasión. Pero no dio en el blanco.

»Radda le dio la espalda y dijo bostezando:

»—Había oído decir que Zobar es muy agudo y muy inteligente; ¡hay que ver cómo miente la gente! —Y se marchó.

»—¡Caramba, preciosa, tienes una lengua bien afilada! —Loiko dirigió una

mirada centelleante mientras se apeaba del caballo—. ¡Salud, hermanos! ¡Aquí me tenéis!

»—¡Sé bienvenido! —le respondió Danilo. Se besaron, estuvieron un rato charlando y después se acostaron… Durmieron como leños. Pero por la mañana nos dimos cuenta de que Zobar tenía la cabeza envuelta en trapos. ¿Qué le había ocurrido? Según él, un caballo le había pisado mientras dormía.

»¡Je, je, je! Todos comprendimos a la perfección quién era ese caballo y sonreímos discretamente, Danilo el primero. ¿Cómo? ¿Que si Loiko no era digno de Radda? ¡No, no es eso! La chica era preciosa, pero su alma era estrecha y mezquina y, aunque le hubieran colgado un *pud*[9] de oro al cuello, eso no la habría mejorado. ¡En fin!

»Estuvimos una buena temporada instalados en aquel lugar, los negocios marchaban bien por aquel entonces, y Zobar se quedó con nosotros. ¡Era un camarada excepcional! Sabio como un anciano, entendía de todo y sabía leer y escribir en húngaro y en ruso. Cuando le daba por contarnos algo, uno podía estar escuchándole un siglo entero sin irse a dormir. Y tocaba… ¡cómo tocaba! ¡Que me parta un rayo si alguna vez había oído a nadie tocar como él! Acariciaba las cuerdas con el arco, y el alma se estremecía; volvía a acariciarlas, y el corazón se quedaba en suspenso escuchándolo, mientras él tocaba y sonreía. Y te entraban ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Parecía que alguien, de pronto, gimiera amargamente, pidiendo ayuda, y ese lamento te atravesaba el corazón como un cuchillo. O que la estepa le contase una historia al cielo, una historia muy triste. O que llorase una muchacha, despidiendo a su valiente. O que un bravo mozo citase a una joven en la estepa. Pero de pronto… ¡una tonada viva y vibrante estallaba en el aire, y el mismísimo sol se lanzaba a bailar por el cielo al son de esa canción! ¡Así eran las cosas, halcón!

»Todas las venas de tu cuerpo comprendían aquella canción, y de pies a cabeza te volvías su esclavo. Y si en esos momentos Loiko nos hubiera gritado: "¡A los cuchillos, compañeros!", todos nos habríamos lanzado, cuchillo en mano, contra quienes nos hubiera indicado. Podía hacer con un hombre cualquier cosa que se le antojara, y todos le adorábamos, le queríamos con delirio. Pero Radda no se dignaba mirarle siquiera; y, no contenta con eso, para colmo se burlaba de él. ¡Y a Loiko le había dado fuerte! Los dientes le rechinaban, se tiraba de los bigotes, miraba con ojos más sombríos que el más profundo de los abismos, y a veces relampagueaban de un modo aterrador. De noche se adentraba en la estepa, y hasta el amanecer se oía llorar su violín, celoso defensor de su voluntad. Y todos

nosotros, que lo escuchábamos desde el lecho, nos preguntábamos qué iba a pasar. Porque sabíamos que cuando dos piedras van rodando, y la una se dirige contra la otra, es inútil interponerse en su camino, a menos que uno quiera acabar lastimado. Así estaban las cosas.

»En cierta ocasión, estábamos todos reunidos, hablando de nuestros asuntos. Empezábamos a aburrirnos. Entonces Danilo le pidió a Loiko: "¡Cántanos algo, Zobar, que nos alegre el alma!". Loiko se fijó en Radda, que estaba tumbada boca arriba cerca de él, mirando al cielo, y pulsó las cuerdas del violín. Éste empezó a cantar, ¡y de verdad que era igual que el corazón de una doncella! Y Loiko cantó con él:

¡Hey! ¡Hey!

Arde una llama en el pecho,

¡es tan profunda la estepa!

Mi corcel es como el viento,

¡mi mano es recia cual piedra!

»Radda volvió la cabeza, se incorporó y le sonrió maliciosamente al cantante. Éste se sonrojó como la aurora.

¡Hey! ¡Ho! ¡Hey!

¿Qué dices, mi compañera?

¡Salgamos de galopada!

Las nieblas cubren la estepa,

mas la aurora nos aguarda.

¡Hey! ¡Hey!

Vayamos tras de la luz,

¡siempre buscando la altura!

Cuidado, no toques tú

las guedejas de la luna.

»¡Qué forma de cantar! ¡Ahora ya nadie canta así! Pero Radda le dijo, hablando como entre dientes:

»—Mejor no vueles tan alto, Loiko, no vayas a caer de bruces en un charco y a mancharte los bigotes.

»Loiko la miró como una fiera, pero no dijo nada; se contuvo y siguió cantando:

¡Hey! ¡Ho!

Al fin nos descubre el día

durmiendo bien abrazados.

¡Hey! ¡Hey!

Y en ese momento, mira,

morimos avergonzados.

»—¡Eso sí que es una canción! —dijo Danilo—. Nunca había oído una canción como ésta; ¡que el diablo me fume en pipa si miento!

»El viejo Nur se retorcía los bigotes y se encogía de hombros, y a todos nos había llegado al alma la atrevida canción de Zobar. Sólo a Radda no le había gustado.

»—Una vez los mosquitos zumbaron así; trataban de imitar el chillido del águila —dijo, y fue como si nos lanzara una bola de nieve.

»—Me parece, Radda, que te estás buscando un latigazo —dijo Danilo,

acercándose a su hija. Pero Zobar arrojó su sombrero al suelo y dijo, negro como la tierra:

»—¡Alto, Danilo! ¡A caballo fogoso, bocado de acero! ¡Dame la mano de tu hija!

»—¡Bonitas palabras! —dijo Danilo con una sonrisa—. ¡Tómala si puedes!

»—¡Muy bien! —exclamó Loiko y, volviéndose a Radda, le dijo—: Mira, muchacha, ¡haz el favor de escucharme, sin jactancia! ¡He conocido a muchas de tu especie, a muchas! Pero ninguna me ha tocado el corazón como tú. ¡Ay, Radda, tú te has adueñado de mi alma! ¿Y ahora qué? Lo que tenga que ser será, y… ¡No hay caballo que le sirva a un hombre para escapar de sí mismo! Te tomo por esposa ante Dios, ante tu padre y ante toda esta gente, empeñando en ello mi honor. Pero ten cuidado, no trates de oponerte a mi voluntad: ¡soy un hombre libre, y pienso seguir viviendo como quiero vivir!

»Y se acercó a Radda, apretando los dientes, echando chispas por los ojos. Vimos cómo le tendía su mano, y seguro que todos pensamos en ese momento: "Ya está, Radda ha embridado al caballo de la estepa". Pero, de pronto, Loiko hizo un brusco aspaviento y cayó al suelo de espaldas con estrépito.

»¿Qué prodigio era aquél? Se diría que una bala le había acertado al bravo en todo el corazón. Sin embargo, era Radda la que le había hecho caer: le había enredado un cinto de cuero en los pies, tirando después de él.

»Y la muchacha volvió a tumbarse y se quedó inmóvil, sonriendo en silencio. Estábamos todos pendientes de lo que pudiera pasar, pero lo cierto es que Loiko seguía en el suelo, cogiéndose la cabeza con las manos, como si tuviera miedo de que le fuera a estallar. Después se levantó con calma y se marchó hacia la estepa, sin mirarnos a ninguno. Nur me susurró: "¡Ve tras él y vigila lo que hace!". Y yo me arrastré por la estepa, en plena noche, siguiendo a Zobar. ¡Así fue, halcón!

Makar sacudió la ceniza de la pipa, y después la volvió a cebar. Yo me acurruqué en el capote con más ganas aún y, tumbado como estaba, le miré a la cara, renegrida por el viento y el sol. El viejo gitano sacudió la cabeza con aire adusto y severo, y masculló algunas palabras para sí; los bigotes grises se le agitaban y el viento jugaba con sus cabellos. Parecía un viejo roble, abrasado por un rayo, pero aún fuerte, firme y orgulloso de su fuerza. El mar seguía cuchicheando con la orilla, y el viento arrastraba sus murmullos por toda la estepa.

Nonka había dejado de cantar, y las nubes, reuniéndose en el cielo, hacían aún más oscura la noche otoñal.

—Loiko marchaba lentamente, cabizbajo, con los brazos caídos, como dos látigos. Al llegar al barranco que domina el arroyo, se sentó en una piedra y empezó a lamentarse. Fueron tales sus lamentos que el corazón se me llenó de lástima, pero no me decidía a acercarme a él. Con una palabra no se ahuyenta la amargura, ¿no crees? ¡Claro que sí! Una hora, dos horas, tres horas estuvo allí sentado, sin moverse.

»Y yo estaba tendido en el suelo, no muy lejos de él. Era una noche clara, la luna bañaba con su luz de plata toda la estepa, y se podía ver en la distancia.

»De pronto vi cómo Radda salía del campamento y se acercaba a toda prisa.

»¡Cómo me alegré! "Hay que ver —pensé—, ¡qué muchacha más valiente es esa Radda!". Se acercó hasta Loiko, y comprobó que no dormía. Le puso una mano en un hombro; Loiko se estremeció, abrió los brazos y levantó la cabeza. Se puso en pie rápidamente, ¡y se llevó la mano al puñal! Ay, veía que iba a acuchillar a la muchacha, y ya estaba yo dispuesto a alertar al campamento y lanzarme contra él, cuando de pronto oí:

»—¡Suelta el puñal o te vuelo la cabeza!

»Miré y vi que Radda tenía una pistola en la mano, y apuntaba con ella a la frente de Zobar. "¡Qué demonio de muchacha! —me dije—. Bueno, por lo que se ve, están a la par. ¿Qué va a pasar ahora?".

»—¡Escucha! —Radda se metió la pistola en el cinto y le dijo a Zobar—: No he venido a matarte, sino a hacer las paces contigo. ¡Suelta el cuchillo!

»Loiko arrojó el cuchillo y la miró a los ojos con aire sombrío. ¡Era digno de verse, hermano! Aquellos dos, frente a frente, mirándose como fieras, y los dos tan bellos, tan valientes. Y los únicos testigos éramos la luna radiante y yo. Nadie más.

»—Escúchame, Loiko, ¡yo te quiero! —siguió diciendo Radda.

»Él se limitó a encogerse de hombros, como si estuviera atado de pies y manos.

»—He conocido a muchos bravos, y tú eres más valiente y más guapo que

ninguno, de cara y de espíritu. Cualquiera de ellos se habría afeitado el bigote al menor guiño que les hubiera hecho; en cuanto se me hubiese antojado, habrían caído rendidos a mis pies. Pero ¿para qué hablar? Ninguno de ellos tenía tu atrevimiento; a mi lado, todos ellos habrían acabado pareciendo mujeres. Quedan pocos gitanos valientes en el mundo, pocos, Loiko. Nunca he querido a nadie, Loiko, pero a ti sí te quiero. Pero ¡también tengo en mucho mi libertad! Aprecio mi libertad más que a nadie, Loiko, también más que a ti. Sin embargo, no puedo vivir sin ti, del mismo modo que tú no puedes vivir sin mí. Por eso deseo que seas mío en cuerpo y alma, ¿me estás escuchando?

»Él se rió.

»—¡Te escucho! ¡Y cómo se alegra mi corazón oyendo tus palabras! ¡Vamos, sigue hablando!

»—Pues escucha muy bien lo que quiero decirte, Loiko: te pongas como te pongas, yo siempre voy a quedar por encima de ti, y al final serás mío. Conque no pierdas el tiempo en vano: mis besos y mis caricias te están esperando… ¡Te voy a besar con ganas, Loiko! Mis besos harán que te olvides de tu vida aventurera… Y tus vibrantes canciones, que tanto contentan a los bravos gitanos, no volverán a sonar en la estepa: en lo sucesivo, sólo cantarás para mí tiernas canciones de amor… Así que, te lo vuelvo a decir, no pierdas el tiempo en vano: mañana te someterás ante mí como lo harías ante el mayor de los valientes. Ríndete a mis pies en presencia de todo el campamento y bésame la mano derecha. Entonces seré tu mujer.

»¡Eso era lo que quería aquel demonio de muchacha! Jamás se había oído nada semejante; sólo antiguamente entre los montenegrinos había una costumbre parecida, según contaban los ancianos, pero entre los gitanos ¡jamás! ¿Serías capaz, halcón, de imaginar algo más humillante? ¡Podrías pasarte un año entero, que no lo ibas a conseguir!

»Loiko se apartó de un salto y soltó un grito que resonó por toda la estepa, como si le hubieran herido en el pecho.

»Radda se estremeció, pero no se ablandó.

»—Hasta mañana, pues. Y mañana harás lo que te acabo de ordenar. ¿Me has entendido, Loiko?

»—¡Sí! Y lo haré —dijo Zobar con un gemido, y le tendió la mano.

»Ella no se dignó mirarle siquiera, y él empezó a tambalearse, como un árbol tronchado por el viento, hasta que cayó al suelo, sollozando y riendo a la vez.

»Aquella maldita Radda había destrozado al valiente. A costa de un gran esfuerzo, conseguí hacerle reaccionar.

»¡Ay! ¿Por qué demonios tiene que ser la vida tan amarga? ¿A quién puede gustarle oír cómo se lamenta un hombre al que le han roto el corazón? ¿Qué te parece?

»Regresé al campamento y se lo conté todo a los ancianos. Después de reflexionar, decidieron esperar acontecimientos. Y esto fue lo que ocurrió. A la noche siguiente, cuando nos reunimos todos alrededor del fuego, se presentó también Loiko. Venía muy turbado, parecía mucho más delgado que la víspera. Tenía los ojos hundidos; los bajó y, sin levantar la vista en ningún momento, nos contó:

»—Mirad lo que me pasa, compadres: durante la pasada noche he estado escudriñando en mi corazón y no he encontrado sitio en él para mi antigua vida en libertad. Únicamente Radda habita en él, ¡y nadie más! Ahí tenéis a esa preciosidad, mirad cómo sonríe, ¡igual que una princesa! Ella ama su libertad por encima de mí; en cambio, yo la amo a ella por encima de mi libertad, y he decidido rendirme a sus pies, tal y como me ha ordenado, para que todos podáis ver cómo su belleza ha sometido al bravo Loiko Zobar, que antes de conocerla jugaba con las mozas como el gerifalte juega con los ánades. Después, se convertirá en mi mujer y hará, con sus caricias y sus besos, que pierda las ganas de cantaros canciones y que no eche de menos mi libertad. ¿No es así, Radda?

»Levantó los ojos y le dirigió una mirada lúgubre. Ella, sin decir una palabra, le hizo un gesto severo con la cabeza y con la mano se señaló los pies. Todos mirábamos sin acabar de comprender. Daban ganas de salir corriendo, con tal de no ver cómo Loiko Zobar caía a los pies de la muchacha, por más que aquella joven fuera nada menos que Radda. Era una situación que daba vergüenza, y lástima, y pena.

»—¡Vamos! —le gritó Radda a Zobar.

»—Eh, no tengas prisa, ya tendrás tiempo para hartarte —dijo Loiko, echándose a reír. Y aquella risa resonó como el acero—. ¡Ya está todo dicho, compadres! ¿Qué más me queda? Me queda comprobar si mi Radda tiene un

corazón tan duro como me ha demostrado hasta ahora. ¡Perdonadme, hermanos, pero tengo que comprobarlo!

»No habíamos tenido tiempo de adivinar qué se proponía cuando Radda ya estaba tendida en el suelo, con el cuchillo retorcido de Zobar hundido en su pecho hasta las cachas. Nos quedamos todos petrificados.

»Y Radda se arrancó el cuchillo, lo arrojó a un lado y, taponando la herida con la mata de sus negros cabellos, dijo en voz alta y clara:

»—¡Adiós, Loiko! ¡Sabía que lo ibas a hacer! —Y expiró.

»¿Te has dado cuenta de cómo era aquella joven, halcón? ¡Caiga sobre mí la maldición eterna si no era una muchacha diabólica!

»—¡Ah! ¡Sí, me rendiré a tus pies, altiva reina! —gritó Loiko por toda la estepa y, desplomándose en el suelo, pegó sus labios a los pies de la muerta y se quedó inmóvil.

»Todos nosotros nos descubrimos y nos quedamos parados en silencio.

»¿Qué habrías hecho tú, halcón, en un caso como ése? ¡Lo mismo! Nur propuso: "¡Deberíamos maniatarle!". Pero no había nadie dispuesto a ponerle la mano encima a Loiko Zobar, nadie, y Nur lo sabía. Hizo un gesto de resignación con una mano y se retiró. No obstante, Danilo recogió el cuchillo que Radda había arrojado y estuvo largo tiempo examinándolo, sacudiendo sus grises bigotes: la sangre de Radda no se había secado aún en el cuchillo curvo y puntiagudo. A continuación, Danilo se acercó a Zobar y le hundió el cuchillo en la espalda, justo a la altura del corazón. ¡Y es que el viejo soldado Danilo era el padre de Radda!

»—¡Has hecho bien! —dijo claramente Loiko, vuelto hacia Danilo, y partió al encuentro de Radda.

»Y nosotros nos limitábamos a mirar. Radda estaba tendida, con la mata de cabellos apretada contra el pecho y los ojos bien abiertos fijos en el cielo azul. A sus pies yacía el bravo Loiko Zobar; los rizos le ocultaban el rostro.

»Todos nos quedamos pensativos. Al viejo Danilo le temblaban los bigotes, y tenía fruncidas las espesas cejas. Miraba al cielo sin decir nada, en tanto que Nur, blanco como la nieve, estaba tendido boca abajo en la tierra y lloraba con tanta amargura que sus hombros de anciano temblaban convulsivamente.

»¡Tenía motivos para llorar, halcón!

»Sigue, sigue siempre tu propio camino, no te desvíes ni te apartes. Siempre adelante. Tal vez así no desaparezcas después de haber vivido en vano. ¡Eso es lo único que cuenta, halcón!

Makar se calló y, guardándose la pipa en la petaca, se cubrió el pecho con el *chekmén*. Empezaba a llover, el viento arreciaba y el mar bramaba sordamente, como si estuviera irritado. Uno tras otro, los caballos se fueron acercando al fuego que se iba extinguiendo y, tras observarnos con sus grandes ojos inteligentes, se detenían, formando un círculo cerrado a nuestro alrededor.

—¡Hop! ¡Hop! —les gritó Makar en tono cariñoso y, palmeándole el cuello a su moro favorito, se volvió hacia mí y me dijo—: ¡Ya es hora de dormir!

Después se arrebujó con el *chekmén*, cubriéndose la cabeza, se estiró con ganas en el suelo y se quedó callado.

Yo no tenía sueño. Miré las tinieblas que cubrían la estepa, y en el aire, delante de mí, flotaba majestuosa la imagen, hermosa y altiva, de Radda. Taponaba la herida del pecho con la mata de sus negros cabellos, y a través de sus dedos morenos y finos la sangre goteaba, dibujando en la tierra unas estrellitas rojas como el fuego.

Detrás de ella, a sus pies, veía la figura del bravo y animoso Loiko Zobar; con el rostro tapado por sus espesos rizos negros, por debajo de los cuales brotaban a raudales unas lágrimas gruesas y frías.

Cada vez llovía con más fuerza, y el mar entonaba un himno fúnebre y solemne en honor de la orgullosa pareja de bellos gitanos: Loiko Zobar y Radda, la hija del viejo soldado Danilo.

Ambos giraban suavemente, sin romper el silencio, en medio de las sombras de la noche, y el apuesto Loiko no conseguía dar alcance a la orgullosa Radda.

UN INCIDENTE CON UNOS BROCHES
(1895)

Éramos tres amigos: Siomka Karguza, yo y Mishka, un gigante barbudo de grandes ojos azules que sonreían siempre afables a todo y que siempre estaban hinchados por la embriaguez. Vivíamos en el campo, fuera de la ciudad, en un viejo edificio medio derruido, al que, no se sabe por qué, llamábamos «la fábrica de vidrio», quizá porque en sus ventanas no quedaba entero ni un solo cristal. Hacíamos todo tipo de trabajos: limpiábamos patios, cavábamos zanjas, sótanos o pozos negros, echábamos abajo casas viejas y cercados; una vez hasta tratamos de construir un gallinero, sin éxito alguno. Siomka, que era siempre pedantemente honrado con los encargos a los que se comprometía, puso en duda nuestros conocimientos en arquitectura de gallineros, y una vez a mediodía, cuando estábamos descansando, cogió y se llevó a la taberna los clavos que nos habían entregado, dos tablones nuevos y el hacha del patrón. Por culpa de aquello nos despidieron; pero, como no poseíamos nada, no presentaron reclamación alguna. Estábamos a pan y agua, y los tres sentíamos un gran descontento con nuestra suerte, muy natural y legítimo, dada nuestra situación.

A veces dicho descontento se agudizaba, y despertaba en nosotros un sentimiento hostil contra todo lo que nos rodeaba y nos arrastraba a acometer empresas un tanto ilícitas, según lo estipulado en el «Código penal aplicado por los jueces de paz»; no obstante, por lo general éramos melancólicamente obtusos, estábamos abrumados por encontrar un jornal y reaccionábamos de manera extremadamente indolente ante todas las impresiones existenciales de las que no podía sacarse un beneficio material.

Nos conocimos los tres en un albergue, unas dos semanas antes de los hechos que pretendo relatar, pues los considero de sumo interés.

A los dos o tres días ya éramos amigos, e íbamos juntos a todas partes, nos confiamos los unos a los otros nuestros propósitos y anhelos, repartíamos en partes iguales todo cuanto caía en las manos de alguno de nosotros, y formamos una tácita alianza defensiva y ofensiva contra la vida, que tan mal nos había tratado.

A lo largo del día, nos aplicábamos en hallar la oportunidad de demoler, serrar, cavar o arrastrar lo que fuera, y, si se presentaba tal oportunidad, en un primer momento nos poníamos manos a la obra con gran diligencia.

Pero, debido probablemente a que en su interior cada uno de nosotros se consideraba predestinado a mayores funciones que, por ejemplo, cavar pozos negros o limpiarlos —lo que es aún peor, añado yo para los profanos en la materia—, al cabo de un par de horas de trabajo, dejaba de gustarnos. Luego Siomka empezaba a dudar de que aquello fuera necesario para vivir.

—Cavar una fosa… Pero ¿para qué? Para las aguas inmundas. ¿Y por qué no verterlas sencillamente en el patio? No se puede, oiga. Olerá mal, dicen. ¡Mira tú! ¡Las aguas inmundas olerán mal! Y encima dirán que se trata de holgazanería. Echa, por ejemplo, un pepino en salmuera, pero ¿a qué va a oler, con lo pequeño que es? Estará ahí un día y luego desaparecerá… se pudrirá. En cambio, si echaran a un muerto al sol, claro que olería mal, a causa de su gran tamaño.

Tales sentencias de Siomka enfriaban violentamente nuestro ardor laboral… Y esto resultaba bastante beneficioso para nosotros si nos contrataban a jornal, pero, en caso de que fuera a destajo, acabábamos siempre cogiendo el salario y gastándonoslo en comida antes de terminar el trabajo. Acto seguido, íbamos a pedirle al patrón un «sobresueldo»; entonces él la mayoría de las veces nos ponía de patitas en la calle y nos amenazaba con obligarnos, ayudado por la policía, a concluir el encargo ya pagado. Nosotros replicábamos que hambrientos no podíamos trabajar, y, con mayor o menor exaltación, insistíamos en pedir el sobresueldo, que en la mayoría de los casos obteníamos.

Por supuesto, nuestro comportamiento no era muy honrado, aunque, ciertamente sí muy ventajoso; no era culpa nuestra que en la vida todo esté tan torpemente dispuesto y la honradez en el proceder vaya siempre en contra de su provecho.

De las disputas con los patrones siempre se hacía cargo Siomka y, a decir verdad, las conducía de manera artísticamente astuta, presentando argumentos para su justificación con tono de persona agotada por el trabajo y extenuada por la dureza de éste…

Mientras tanto Mishka miraba con sus ojos azules en silencio, pasmado, sonriendo a cada instante con una sonrisa afable, apaciguadora, como si tratara de decir algo pero no lograra armarse de valor. Hablaba, en general, muy poco y sólo cuando estaba ebrio era capaz de pronunciar algo parecido a un discurso.

—¡Hermanos! —exclamaba entonces, sonriente, y sus labios temblaban de un extraño modo, le picaba la garganta, y, poco después de semejante comienzo,

tosía, llevándose la mano a la garganta…

—¡Bueno, sigue! —le alentaba Siomka con impaciencia.

—¡Hermanos! Vivimos como perros… Peor, incluso… ¿Y por qué? No se sabe. Pero debemos suponer que tal es la voluntad de Dios, pues todo ocurre según su voluntad… ¿No es así, hermanos? Así que… eso significa que somos merecedores de una situación canina por ser malos. Somos malos, ¿no es eso? Así, pues… os digo: por fuerza hemos de vivir como perros. ¿No es cierto? De modo que tenemos lo que nos merecemos, y, por consiguiente, debemos soportar nuestro sino. ¿No es así?

—¡Imbécil! —respondía Siomka con indiferencia a las angustiosas e inquisitivas preguntas de su compañero.

El otro, agazapado con aire contrito, sonreía temeroso y guardaba silencio, mientras luchaba para que no se le cerraran los ojos debido a la borrachera.

Un buen día nos sonrió la fortuna.

Esperando que alguien requiriese nuestros servicios, nos abríamos paso a codazos por el mercado, cuando topamos con una viejecita, pequeña y enjuta, de rostro ajado y severo. Le temblequeaba la cabeza y sobre su nariz de lechuza reposaban unos grandes lentes con pesada armadura de plata; a cada instante se los colocaba, y sus ojillos le brillaban fríamente.

—¿Qué, estáis libres? ¿Buscáis trabajo? —nos preguntó la anciana al ver que los tres, ansiosos, nos quedamos mirándola fijamente—. Vale —añadió tras recibir de Siomka un respetuoso sí—. Necesito derribar el baño[10] y limpiar el pozo… ¿Cuánto me llevaríais por eso?

—Habría que ver, señora, lo grande que es el baño —respondió Siomka de manera lógica y cortés—. Y el pozo, tres cuartos de lo mismo… Hay pozos y pozos. Los hay que son muy profundos…

Nos invitó a verlo todo, y al cabo de una hora, armados ya con hachas y una palanca, estábamos echando abajo rudamente las vigas del baño, habiendo aceptado derribarlo y limpiar el pozo por cinco rublos. El baño se encontraba en un rincón de un viejo jardín descuidado. No lejos de allí, entre unos guindos, había un cenador, y desde el techo del baño veíamos a la anciana sentada en un banco del cenador, leyendo atentamente un libro enorme abierto sobre sus rodillas… De vez

en cuando nos dirigía una mirada atenta y penetrante; el libro que tenía en las rodillas entonces se movía, y brillaban al sol sus macizos broches, probablemente de plata…

No hay trabajo más rápido que el de demolición…

Trabajábamos con celo, envueltos en nubes de polvo seco e irritante, estornudando, tosiendo, sonándonos las narices y restregándonos los ojos a cada momento; el baño, viejo como su dueña, crujía y se desmoronaba…

—¡Venga, hermanos! ¡Un poco más! ¡Todos a la vez! —nos dirigía Siomka, y las vigas, una tras otra, iban cayendo con un gemido.

—¿Qué libro será ése? ¡Vaya mamotreto! —dijo Mishka pensativo, apoyado en su palanca y secándose el sudor del rostro con la mano. Convertido instantáneamente en mulato, se escupió en las manos, agitó la palanca tratando de hundirla en una grieta entre los troncos, y, una vez logrado, añadió con el mismo aire pensativo—: Por lo grueso que es, serán los Evangelios…

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó con curiosidad Siomka.

—¿A mí? Nada… Sólo que me gusta oír leer… sobre todo los libros sagrados… En mi pueblo había un soldado, llamado Afrikán, que menudo era cuando se ponía a leer los Salmos… ¡Igual que si tocara el tambor…! ¡Qué bien leía!

—Bueno, ¿y qué? —preguntó de nuevo Siomka, liando un cigarrillo.

—Pues nada… que resulta muy agradable… No se entenderá nada… pero, con todo y con eso, palabras como ésas no las oyes en la calle… Aunque resulten incomprensibles, uno siente cómo le llegan al alma.

—Incomprensibles, dices… Está claro que eres tonto de remate… —dijo Siomka remedando a su compañero.

—¡Ya se sabe que no haces más que injuriar a la gente!… —suspiró Mishka.

—¿Y de qué modo vas a hablar a los bobos, si no entienden nada? ¡Venga! Tiremos de ese tronco podrido… ¡Un, dos!

El baño se derrumbaba, rodeado de escombros y envuelto en nubes de polvo, que volvían grises las hojas de los árboles más cercanos. El sol de julio

abrasaba sin piedad nuestros hombros y espaldas…

—El libro es de plata —dijo Mishka, sacando de nuevo el tema.

Siomka alzó la cabeza y miró atentamente hacia el cenador.

—Eso parece —asintió lacónico.

—Entonces, ha de ser el Evangelio…

—Bueno, ¿y qué si lo es?

—No, nada…

—De eso tengo los bolsillos llenos. Si tanto te gustan las Sagradas Escrituras, deberías acercarte y decirle: «¿Tendría la bondad de leerme un poco, abuela? Nosotros no tenemos forma de oírlo nunca, porque nuestra mugre y suciedad no nos permiten frecuentar la iglesia… Pero nosotros también tenemos alma… como Dios manda… en su sitio…». ¡Anda, ve!

—¡Que voy, eh…!

—Venga…

Mishka dejó la palanca, se arregló la camisa, con la manga se restregó el polvo de la cara y saltó al suelo.

—Te va a mandar a paseo, demonio… —gruñó Siomka con una sonrisa escéptica, pero siguiendo con la vista, lleno de curiosidad, la figura de su compañero, que se dirigía por entre las bardanas hacia el cenador. Mishka, alto, encorvado, con los brazos sucios, balanceándose con torpeza al andar y enganchándose en los arbustos, avanzaba trabajosamente con una sonrisa confusa y dulce. La anciana levantó la cabeza al ver acercarse a tal desharrapado y le midió tranquilamente con la mirada.

En los cristales y la montura plateada de sus lentes se reflejaban los rayos de sol.

La anciana no le «mandó a paseo», contrariamente a las suposiciones de Siomka. El ruido del follaje nos impedía oír de qué hablaba Mishka con la señora; pero vimos cómo se sentaba torpemente en el suelo, a los pies de la anciana, de

manera que su nariz casi rozaba el libro abierto. Su semblante era grave y sereno; vimos que se soplaba la barba para quitarle el polvo, se removió un poco y finalmente quedó quieto en una postura estirada, con el cuello alargado hacia delante y la mirada fija en las pequeñas manos de la anciana, que metódicamente pasaban las hojas del libro.

—¡Fíjate…! ¡Menudo perro faldero…! ¡Mira cómo descansa…! ¡Vayamos nosotros también! ¿Por qué no? Él remoloneando mientras nosotros nos partimos el espinazo… ¡Vamos!

Un par de minutos después, también Siomka y yo estábamos sentados en suelo, uno a cada lado de nuestro compañero. La anciana no dijo ni una palabra al vernos llegar, tan sólo nos dirigió una mirada atenta y de nuevo se puso a pasar las hojas del libro, buscando algo en él… Estábamos sentados dentro de un exuberante anillo verde de follaje fresco y aromático, sobre nosotros se extendía un afable y dulce cielo despejado. De vez en cuando soplaba una brisa, las hojas comenzaban a susurrar con ese misterioso sonido que siempre calma tanto el espíritu, genera en él una sensación de tranquilidad y sosiego e incita a meditar sobre algo vago, y a la par íntimo, que limpia al hombre de toda impureza interior, o, al menos, le hace olvidarse temporalmente de ella, permitiéndole respirar de nuevo sin dificultad…

—«Pablo, siervo de Cristo Jesús…»[11] —leyó la anciana. Su voz era trémula y ronca, pero estaba llena de devoción y grave majestuosidad.

En cuanto se oyeron sus primeros sonidos, Mishka se santiguó con fervor; Siomka, en el suelo, comenzó a sentir desazón y trataba de encontrar una postura más cómoda. La anciana le miró sin interrumpir la lectura.

—«Deseo veros para comunicaros algún don espiritual, para confirmaros, es decir, para consolarme con vosotros en la mutua comunicación de nuestra fe[12]».

A Siomka, como buen pagano, se le escapó un sonoro bostezo; su compañero le lanzó una mirada de reproche con sus ojos azules y agachó su poblada cabeza, toda cubierta de polvo…

La anciana, sin parar de leer, miró también con severidad a Siomka, y aquello le turbó. Arrugó la nariz, bizqueó y, sin duda para borrar la impresión causada por el bostezo, suspiró profunda y piadosamente.

Los minutos siguientes transcurrieron en paz. La instructiva y monótona lectura producía un efecto calmante.

—«Porque la ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e[13]»… ¿Qué quieres? —gritó de pronto la lectora a Siomka.

—Yo… nada. Continúe, por favor; ¡la escucho! —aclaró resignadamente.

—¿Por qué tocas los broches del libro con tu sucia manaza? —preguntó irritada la anciana.

—Resultan curiosos… por ser un trabajo delicado. Entiendo un poco de eso, pues conozco el oficio de cerrajero… Por eso los he tocado.

—¡Pues escucha! —ordenó severamente la vieja—. ¿Quieres decirme qué es lo que he leído?

—Claro, claro. Lo he comprendido perfectamente…

—Entonces, dime…

—Es un sermón… que se refiere a la fe y también a la impiedad… Muy sencillo y… ¡muy cierto! ¡Qué conmovedor!

La anciana movió pesarosa la cabeza y nos miró a todos con reprobación.

—Sois unas almas perdidas… Tenéis el corazón como una piedra… ¡Volved al trabajo!

—Parece que la vieja se ha enfadado —observó Mishka sonriendo con cierto aire de culpa.

Y Siomka se rascó, bostezó y, siguiendo con la mirada a la señora, que se alejaba por la estrecha vereda del jardín sin volver la cabeza, declaró con aire pensativo:

—Los broches de ese libro son de plata…

Y puso una sonrisa de oreja a oreja, como si acariciara alguna perspectiva.

Tras pasar la noche en el jardín junto a los escombros del baño, que ya habíamos derribado por completo la jornada anterior, para el mediodía acabamos de limpiar el pozo y, calados y sucios, aguardábamos a que nos pagase, sentados en el patio junto al zaguán, charlando e imaginándonos la suculenta comida y cena

que íbamos a disfrutar en un futuro próximo; a un porvenir más lejano, ninguno de nosotros tenía ganas de asomarse…

—¿Por qué demonios no ha venido aún esa vieja bruja? —se quejaba impaciente, aunque a media voz, Siomka—. ¿No la habrá diñado?

—¡Ya estás injuriando! —le reprochó Mishka moviendo la cabeza—. ¿A qué viene eso? Una anciana realmente buena y piadosa, y tú la injurias. Menudo carácter tienes…

—Dijo don perfecto… —bromeó su compañero—. ¡Estás hecho un espantajo!

La agradable conversación entre los dos amigos se vio interrumpida por la aparición de la señora, que se acercó a nosotros y, tendiéndonos la mano con el dinero, dijo con desprecio:

—Tomad y… largaos. Quería encargaros a vosotros que aserrarais las vigas del baño para hacer leña, pero no os lo merecéis.

Privados del honor de aserrar los troncos del baño, del cual en aquel momento no sentíamos necesidad, cogimos el dinero sin abrir la boca y nos marchamos.

—¡Ay, vieja bruja! —se puso a maldecir Siomka en cuanto salimos por la puerta—. ¡Habrase visto! ¡Que no nos lo merecemos! ¡Rana caduca! ¡Hala, vete ahora a lamentarte sobre tu libro…!

Entonces se metió la mano en el bolsillo, extrajo de él dos brillantes objetos metálicos y, con gesto triunfal, nos los mostró.

Mishka se detuvo, estirando el cuello hacia la mano levantada de Siomka.

—¿Has arrancado los broches? —preguntó asombrado.

—Así es… ¡Son de plata! Darán por lo menos un rublo por ellos.

—¡No tienes vergüenza! ¿Cuándo lo has hecho? Guárdatelos… Que no los vea nadie…

—Eso voy a hacer…

Seguimos nuestro camino en silencio.

—¡Qué habilidad…! —se decía para sí Mishka—. Cómo los ha arrancado… ¡Vaya, vaya! Menudo es el libro… Parece que le vamos a dar un disgusto a la anciana…

—No… ¡Qué va! Nos llamará y nos dará una propina… —se burlaba Siomka.

—¿Y cuánto quieres por ellos?

—Su último precio son nueve *grivny*[14]. Ni un *grosh*[15] menos… Más me ha costado a mí… ¡Ya ves, me he roto una uña!

—Véndemelos a mí… —solicitó tímidamente Mishka.

—¿A ti? ¿Es que quieres hacerte unos pasadores para el cuello?… Cómpralos, te quedarán bien… a juego con tu jeta.

—No, de veras, ¡véndemelos! —insistió, en un tono de humilde súplica…

—Cómpralos, te digo… ¿Cuánto me vas a dar?

—Toma… ¿Cuánto dinero me corresponde por el trabajo?

—Un rublo y veinte kópeks…

—¿Y tú cuánto quieres por ellos?

—¡Un rublo!

—¿No me harías una rebajilla, por ser amigo?…

—¡Eres tonto de remate! ¿Para qué demonios los quieres?

—Tú véndemelos…

Al fin se hizo la venta, y Mishka adquirió los broches por noventa kópeks.

Se detuvo y empezó a darles vueltas entre las manos, con su desgreñada cabeza gacha y el ceño fruncido, para examinar los dos pedacitos de plata.

—Puedes enganchártelos en las narices… —le recomendó Siomka.

—¿Para qué? —replicó seriamente Mishka—. Eso no hace falta. Voy a devolvérselos a la anciana. «Tenga usted —le diré—, hemos arrancado estas piececitas sin querer. Póngalas de nuevo en su sitio… en el libro…». Sólo que, como al arrancarlos te has llevado parte de la piel, no va a resultar nada fácil de arreglar.

—¿De veras pretendes llevárselos a la vieja? —preguntó Siomka, boquiabierto.

—Pues claro… No se puede estropear un libro como ése arrancándole nada. La vieja, además, se llevará un disgusto… Y probablemente no le quede mucho tiempo de vida… ¿Comprendéis?… Esperadme un rato, hermanos… que vuelvo corriendo a su casa…

Y antes de que pudiéramos detenerle, a toda prisa desapareció a la vuelta de la esquina…

—¡Menudo estúpido! ¡Qué sucio cobarde! —exclamaba indignado Siomka al comprender el significado de aquel acto y sus posibles consecuencias. Y, maldiciendo a cada dos palabras de un modo horrible, trató de persuadirme—: ¡Larguémonos ahora mismo! Va a hundirnos… Seguro que está con las manos atadas a la espalda… ¡Esa vieja bruja habrá llamado ya a la policía…! ¡Eso es lo que pasa por tratar con una sabandija! ¡Por una nimiedad hará que nos pudramos en la cárcel! ¡El muy canalla! Portarse así con unos compañeros es de malnacidos. ¡Señor, a lo que llega la gente! ¡Venga, qué diantres haces ahí plantado! ¿Quieres esperarle? Pues espérale. ¡Por mí podéis iros los dos al cuerno, sinvergüenzas! ¡Malditos seáis! ¿No vienes conmigo? Entonces…

Y Siomka, con un insulto increíblemente horrible, me dio un empujón, exasperado, y se alejó a toda prisa…

Quise saber lo que estaba ocurriendo con Mishka y nuestra vieja patrona, así que me dirigí tranquilamente a la casa. No creía exponerme a ningún peligro ni contrariedad.

Y no me equivocaba.

Cuando llegué, al atisbar por una grieta de la cerca, presencié la siguiente escena: la vieja, sentada en la escalera del zaguán, sostenía en sus manos los

broches de su Biblia arrancados con parte del material, y a través de sus lentes miraba con dureza e intensidad a Mishka, que estaba parado de espaldas a mí…

A pesar del fulgor adusto y severo de los perspicaces ojos de la anciana, en las comisuras de sus labios se advertía una expresión dulce; estaba claro que trataba de ocultar una sonrisa bondadosa, una sonrisa de perdón.

Detrás de la vieja, Mishka podía ver tres cabezas: dos femeninas, la una, hermosa y tocada con un abigarrado pañuelo, y la otra, con el cabello descubierto y un albugo en el ojo izquierdo; la tercera pertenecía a un hombre y tenía forma de cuña, patillas canosas y un mechón de pelo sobre la frente… A cada instante guiñaba de forma extraña los ojos, como si le estuviera diciendo a Mishka: «¡Rápido, hermano, huye!».

Mishka balbuceaba tratando de justificarse:

—Es un libro singular. Dice que todos somos bestias… perros… Al oírle a usted leer, yo pensaba: «¡Dios mío, cuán cierto es eso!». De modo que, a decir verdad, somos unos canallas, unos perdidos… ¡unos granujas! Y luego me decía que usted es una anciana y que quizá ese libro es su único consuelo… Encima, los broches… ¿qué miseria van a dar por ellos? Pero si forman parte del libro… ¡eso ya es otra cosa! Y llegué a la conclusión de que tenía que devolvérselos a la buena anciana… Además, gracias a Dios, nos hemos ganado un dinerillo para nuestro sustento. ¡Qué le vaya bien! Ya me voy.

—¡Aguarda! —le retuvo la vieja—. ¿Comprendiste lo que leí ayer?…

—¿Yo? ¡No, qué va! Escucho, eso sí, pero de ahí a entenderlo… Nosotros no tenemos oídos para la palabra de Dios. No la comprendemos… Bueno, ya me voy.

—Anda —le entretenía la vieja—, espera un poco…

Mishka, con un suspiro de aburrimiento que resonó en todo el patio, se sintió atrapado como un oso. Evidentemente estaba ya agobiado con tanta explicación…

—¿Quieres que te lea un poco más?

—Hum… mis compañeros están esperándome.

—Déjalos… Tú eres un buen chico… Apártate de ellos.

—Vale… —asintió en voz baja Mishka.

—¿Los dejarás, verdad?

—Los dejaré.

—¡Muy bien! ¡Chico listo!… Eres como un niño… aunque la barba te llegue casi a la cintura. ¿Estás casado?

—Soy viudo… Mi mujer murió…

—¿Y por qué bebes? Pues eres un borracho, ¿verdad?

—Sí, lo soy… Me gusta beber.

—¿Y eso por qué?

—¿Por qué bebo? Por estupidez. Como soy estúpido, bebo. ¿Acaso se echaría a perder de tal manera un hombre inteligente? —dijo Mishka con tono triste.

—Tienes razón… De modo que cultiva tu inteligencia… Enmiéndate… ve a la iglesia… escucha la palabra de Dios… En eso consiste la sabiduría.

—Claro que sí… —dijo Mishka casi gimiendo.

—Bueno, pues voy a leerte un poco más… ¿quieres?

—Está bien…

La vieja sacó la Biblia de algún sitio, la hojeó y, a continuación, el patio se inundó con su vibrante voz:

—«Por lo cual eres inexcusable, ¡oh hombre!, quienquiera que seas, tú que juzgas; pues en lo mismo en que juzgas a otro, a ti mismo te condenas; ya que haces eso mismo que condenas[16]».

Mishka sacudió la cabeza y se rascó el hombro izquierdo.

—«¡Oh hombre! ¿Y qué piensas tú, que condenas a los que eso hacen, y con todo lo que haces tú, que escaparás al juicio de Dios[17]?».

—¡Señora! —rogó Mishka con voz lloriqueante—. Déjeme usted irme, por Dios… Vendré otro día a escuchar la lectura… que ahora me muero de hambre… Llevamos desde ayer sin comer…

La señora cerró con fuerza el libro.

—¡Vete! ¡Márchate! —resonó en el patio abrupta y bruscamente…

—¡Le estoy profundamente agradecido!… —Y casi corriendo se dirigió hacia la puerta…

—Almas incorregibles… Corazones de fieras… —murmuraba tras él por el patio…

Media hora después estábamos sentados en la taberna tomando té y *kalach*[18].

—Parecía que me estaba taladrando con una barrena… —decía Mishka con una dulce sonrisa en sus cándidos ojos—. Estaba allí plantado y pensaba: «¡Ay, Señor! ¡En qué hora se me habrá ocurrido venir y encontrarme con semejante tormento!». No le bastaba con coger los broches y dejarme ir, sino que se tenía que poner a charlar. ¡Qué gente! Uno quiere actuar siguiendo su conciencia, pero ellos erre que erre… Yo le digo sencillamente: «Tome usted, señora, sus broches para que no tenga queja de mí»;… y responde: «No, espera, cuéntame por qué los has traído». Y se puso a darme la lata… Hasta me hizo sudar… lo juro.

Y seguía sonriendo con su dulce e infinita sonrisa.

Siomka, espeluznado, sombrío y taciturno, le dijo gravemente:

—Como no te mueras pronto, mi querido zoquete, van a acabar comiéndote las moscas y cucarachas a ti y tus ocurrencias…

—¡Qué lengua tienes! Venga, bebamos un vasito… ¡por la conclusión del incidente!

Y bebimos todos juntos por la conclusión de tan curioso incidente.

UNA VEZ, EN OTOÑO
(1895)

Una vez, en otoño, me vi en una situación tan molesta como desagradable, recién llegado a una ciudad donde no conocía a nadie. Estaba sin blanca y no tenía dónde dormir.

Tras haberme visto obligado a vender en los días previos toda mi ropa, salvo lo más imprescindible, salí de la ciudad y me dirigí a un lugar conocido como Las Bocas. Allí se encontraban los muelles donde amarraban los barcos de vapor; en la temporada de navegación aquello bullía con una actividad incesante, pero en esos momentos todo estaba tranquilo y solitario: estábamos a finales de octubre.

Caminaba arrastrando los pies por la arena húmeda, examinándola con suma atención, ansioso de encontrar en ella algún resto comestible; vagaba en solitario entre edificios desiertos y quioscos, pensando en lo bien que se está con la tripa llena…

En esas situaciones, resulta más sencillo saciar el hambre del espíritu que el hambre del cuerpo. Cuando deambulamos por las calles, nos vemos rodeados por edificios de magnífico aspecto, así como —puede uno afirmarlo sin temor a equivocarse— bien amueblados por dentro. Algo que puede suscitar en nosotros deleitosas reflexiones sobre arquitectura, higiene y muchas otras cuestiones profundas y trascendentales; nos cruzamos con personas bien vestidas y abrigadas, personas respetuosas que no vacilan en apartarse delicadamente para no tener que reparar en nuestra existencia lamentable. Os doy mi palabra: el espíritu del hambriento siempre está mejor alimentado, de forma más saludable, que el espíritu del ahíto. ¡Ahí tenemos una hipótesis a partir de la cual podemos sacar una conclusión muy graciosa a favor de los saciados!

Caía la tarde, llovía, soplaba el viento racheado del norte. Silbaba en los quioscos y tenduchos vacíos, azotaba las ventanas de los hoteles, protegidas con tablones, y llenaba de espuma las olas del río que rompían con estrépito sobre la arena de la orilla, levantando sus blancas crestas. Después, saltando impetuosamente unas sobre otras, las olas se perdían en la borrosa lejanía… Se diría que el río, sintiendo la cercanía del invierno, huía aterrado de las cadenas de hielo que aquella misma noche podía arrojarle el viento del norte. Del cielo plomizo y sombrío caían sin pausa las gotas de lluvia, diminutas, casi invisibles;

dos deformes sauces derribados y una barca volcada junto a sus raíces acentuaban la triste elegía de la naturaleza que me rodeaba.

Un bote volcado y desfondado y unos árboles viejos, penosos, saqueados por el viento helado… Todo allí resultaba ruinoso, estéril y muerto, mientras el cielo derramaba inagotables lágrimas. Todo parecía tan solitario y tan lúgubre como si estuviera a punto de morir; pronto sería yo el último ser vivo, aunque también a mí me estaba esperando la gélida muerte.

Y yo tenía entonces diecisiete años, ¡maravillosa edad!

Caminé y caminé por el húmedo y desapacible arenal, entonando con los dientes una melodía dedicada al hambre y al frío, cuando de pronto, mientras buscaba afanosamente algo de comer, al pasar por uno de los quioscos, descubrí una figura de mujer. Estaba encogida en el suelo, y el vestido, empapado por la lluvia, se le pegaba a la espalda inclinada. Me detuve cerca de ella y me fijé en lo que hacía. Estaba cavando con las manos una zanja en la arena, tratando de hacer un agujero por debajo de un quiosco.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, sentándome en cuclillas a su lado.

Soltó un tímido grito y rápidamente se puso en pie. En ese momento, viéndola a mi lado, mientras ella me miraba fijamente con sus asustados ojos pardos, me di cuenta de que era una muchacha de mi edad, con una cara muy bonita en la que, por desgracia, destacaban tres enormes moratones. Eso la afeaba, aunque los moratones estaban dispuestos con una asombrosa proporcionalidad: había uno debajo de cada ojo —ambos del mismo tamaño— y otro —más grande— en la frente, justo encima del entrecejo. Esa simetría delataba el trabajo de un artista, muy diestro en la labor de desfigurar una fisonomía humana.

A medida que me miraba, el temor desaparecía de los ojos de la chica… De pronto se sacudió la arena de las manos, se colocó el pañuelo de percal de la cabeza, se encogió de hombros y dijo:

—Me imagino que tú también tendrás hambre… Anda, cava tú, a mí ya me duelen las manos. Mira, ahí dentro —señaló el quiosco con la cabeza— seguro que hay pan… Aquí todavía comercian…

Y me puse a cavar. También la chica, después de estar un rato pendiente de mí, se sentó a mi lado y empezó a ayudarme…

Trabajábamos en silencio. No sabría decir ahora si en esos instantes se me pasaron por la cabeza el código penal, la moral, el derecho a la propiedad y todas esas cosas de las que, según los expertos, conviene acordarse en todos los momentos de la vida. Aunque, si no quiero apartarme demasiado de la verdad, tendré que admitir que seguramente estaría tan concentrado en la tarea de cavar aquel agujero bajo el almacén que no pensaría en nada que no fuera lo que nos aguardaba allí dentro…

Se hacía de noche. La oscuridad —húmeda, penetrante, fría— se iba cerrando a nuestro alrededor. El rumor de las olas parecía algo más sordo que antes, mientras la lluvia repiqueteaba en los tablones del quiosco con mayor frecuencia e intensidad… No muy lejos, resonó la matraca de un vigilante nocturno.

—¿Tú crees que habrá un suelo de madera? —preguntó en voz baja mi compinche.

Yo no entendí a qué se refería, y no le respondí.

—Decía que si habrá un suelo. Porque, de ser así, nos estamos deslomando para nada. Después de cavar el agujero, igual nos encontramos ahí dentro con unos tablones muy gruesos… Y a ver quién los quita… Sería mejor reventar el candado… No debe de ser muy bueno…

Las buenas ideas no visitan con frecuencia la cabeza de las mujeres; pero, como veis, no dejan de visitarla en ocasiones… Yo siempre he apreciado las buenas ideas y siempre he tratado de aprovecharlas en la medida de lo posible.

Encontré el candado, tiré de él y saltó junto con los anillos a los que estaba enganchado… Mi compañera se encorvó de inmediato y reptó como una serpiente por la franja rectangular que acabábamos de abrir. Desde dentro me llegó su grito entusiasmado:

—¡Bravo!

Un escueto elogio femenino es para mí más preciado que un verdadero ditirambo pronunciado por un varón, aunque éste sea tan elocuente como todos los oradores de la Antigüedad juntos. Pero por aquel entonces yo era menos galante que en la actualidad y, sin hacer caso del cumplido de la chica, le pregunté brevemente, con cierta aprensión:

—¿Hay algo?

Ella empezó a enumerar monótonamente lo que iba descubriendo:

—Una cesta con unas botellas… Unos sacos vacíos… Un paraguas… Un cubo de hierro.

Nada de aquello era comestible. Sentí desvanecerse mis esperanzas… Pero, de repente, gritó animada:

—¡Ajá! Ya lo he visto…

—¿Qué?

—Pan. Una hogaza… Sólo que está húmeda… ¡Toma!

A mis pies apareció una hogaza de pan, seguida por mi valerosa compañera. Tardé muy poco en arrancar un cacho, metérmelo en la boca y empezar a masticar…

—Oye tú, dame eso… Además, aquí no podemos estar. ¿Adónde podríamos ir? —Escrutó las tinieblas en todas direcciones… Era una noche oscura, húmeda, rumorosa—. Fíjate en esa barca volcada… ¿Qué dices?

—¡Vamos!

Y fuimos para allá, mientras troceábamos el botín y nos llevábamos los pedazos a la boca… La lluvia arreciaba, el río gemía, un largo silbido burlón sonaba a lo lejos, como si una criatura, enorme e impasible, se riera de todos los principios de este mundo, de aquella espantosa noche otoñal y de nosotros, sus dos héroes… Era un silbido desgarrador, pero, a pesar de todo, yo no dejaba de comer con avidez, y la muchacha, que marchaba a mi izquierda, no se quedaba atrás.

—¿Cómo te llamas? —se me ocurrió preguntarle.

—¡Natasha! —contestó, sin dejar de comer.

La miré con el corazón encogido; miré entonces la oscuridad que me envolvía, y tuve la impresión de que mi destino, de irónico semblante, me dedicaba una sonrisa fría y enigmática…

La lluvia golpeaba incansablemente las tablas de la barca, despertando tristes pensamientos con su suave susurro, y el viento silbaba al atravesar el fondo roto, metiéndose en una ranura donde pulsaba una astilla, y al hacerlo se oía un crujido inquieto y quejumbroso. Las olas del río rompían en la orilla, con un sonido monótono, desesperado, como si contaran una historia insufrible, tediosa y pesada, de la que ya estaban hartas, una historia de la que preferirían no hablar, pero que no tenían, a pesar de todo, más remedio que referir. El murmullo de la lluvia se fundía con aquel chapoteo, y sobre la barca volcada flotaba el largo y pesado suspiro de la tierra, ofendida y extenuada con aquella eterna sucesión: el paso del cálido y luminoso verano al otoño frío, húmedo y brumoso. El viento se arrastraba sobre la orilla desierta y el río espumeante, entonando deprimentes canciones…

Debajo de la barca no se estaba nada cómodo: había poco espacio, el ambiente era húmedo, las pequeñas y frías gotas de lluvia y las ráfagas de viento se colaban por el fondo destrozado…

Llevábamos un rato callados, temblando de frío. Yo tenía ganas de dormir, y recuerdo a Natasha con la espalda apoyada en la borda, acurrucada y encogida. Se abrazó las rodillas y apoyó en ellas la barbilla; miraba al río fijamente, con los ojos muy abiertos: sobre la mancha blanca de su cara parecían aún más grandes, por culpa de aquellos moratones. No se movía, y su inmovilidad y su silencio —yo me daba cuenta— me fueron intimidando poco a poco… Me apetecía hablar con ella, pero no sabía por dónde empezar…

Fue ella la primera en hablar.

—¡Condenada vida! —exclamó claramente, marcando las sílabas, en un tono profundamente convencido.

Pero no había sido una queja. Había demasiada indiferencia en sus palabras para tratarse de una queja. Yo, sencillamente, estaba en presencia de alguien que había estado dándole vueltas a una cuestión, como mejor sabía, hasta llegar a una conclusión determinada que había expresado en voz alta y a la que yo no podía oponerme sin incurrir en una contradicción. Por eso, no dije nada. Y ella, sin hacerme mucho caso, seguía allí sentada, sin moverse.

—Total, casi mejor reventar… —añadió Natasha, esta vez en voz baja, pensativa. Y tampoco esta vez había en sus palabras una sola nota de protesta. Se apreciaba claramente que, después de meditar sobre la existencia, se había examinado a sí misma y había concluido que, para preservarse de las

humillaciones de la vida, no estaba en condiciones de hacer otra cosa que no fuera, justamente, «reventar».

Yo estaba asqueado de tanta lucidez, y tenía la sensación de que, si seguía callado un poco más, seguramente me echaría a llorar… Y eso habría sido un acto vergonzoso en presencia de una mujer, sobre todo porque ella, desde luego, no lloraba. Me decidí a entablar conversación.

—¿Quién te ha hecho eso? —le pregunté; no se me había ocurrido nada más inteligente.

—Ha sido Pashka… —contestó en voz alta, con firmeza.

—¿Quién es ése?

—Mi querido… Uno que es panadero…

—¿Te pega a menudo?

—Cuando bebe más de la cuenta, le da por pegarme…

Y de pronto, acercándose a mí, empezó a contarme cosas de su vida, de Pashka y de sus relaciones. Ella era una «mujer de mala vida»; él, un panadero de bigotes rojos que tocaba el acordeón divinamente. Había ido a verla a su «establecimiento» y a ella le había gustado mucho, porque era un hombre alegre y que vestía decentemente. Llevaba una *poddiovka*[19] de quince rublos y botas con «adornos»… Por ese motivo se enamoró de él y él se convirtió en un cliente «de confianza». Y, al convertirse en un cliente «de confianza», se dedicó a quitarle el dinero que otros clientes le daban para golosinas, a gastarse en bebida ese dinero y a pegarle… Lo cual no habría tenido mayor importancia, si no hubiera empezado a liarse con otras delante de ella…

—¿Se habrá creído que no me importa? Como si yo fuera menos que nadie… Vamos, que se burla de mí, el muy sinvergüenza. Hace un par de días le pedí un rato libre a la patrona, fui a verle, y resulta que la borracha de Dianka estaba con él. Y él también estaba algo achispado. Le digo: «¡Serás desgraciado! ¡Bandido!». Me dio una paliza tremenda. Me pateó, me tiró de los pelos, no se privó de nada… ¡Y eso es lo de menos! Me destrozó la ropa… Y ahora ¿qué hago yo? ¿Cómo me presento con estas pintas delante de la patrona? Todo roto: el vestido, la blusa… Nuevecita que estaba… Y encima me ha dejado sin pañuelo… ¡Señor! ¿Qué va a ser de mí ahora? —empezó a gemir de pronto con voz lastimera y desgarrada.

Y el viento también gemía, cada vez con más fuerza, y cada vez más frío. Los dientes me empezaron otra vez a castañetear. También ella se encogió, muerta de frío, y se acercó tanto a mí que podía ver el brillo de sus ojos a través de la oscuridad…

—¡Qué canallas sois los hombres! Os pisotearía a todos, no os dejaría un miembro sano. Y, si alguno la espicha… ¡de buena gana le escupiría en toda la cara! ¡No me dais la menor pena! ¡Miserables! Y hay que ver qué forma de gimotear, meneando el rabo, peor que los perros, esperando a que alguna boba os haga caso, y asunto concluido. Ya está en vuestras garras… Malditos veletas…

No paraba de meterse con los hombres, poniéndolos a caldo, pero sus insultos no tenían fuerza: no se percibía en ellos ni rabia ni odio a esos «malditos veletas». En general, había en el tono de su discurso una calma que no se correspondía con el contenido y su voz resultaba tristemente pobre en matices.

Pero todo aquello me afectó mucho más que los más elocuentes, que los más convincentes entre los incontables libros y discursos pesimistas que hubiera podido leer y escuchar antes y después, y que he seguido leyendo y escuchando hasta la fecha. Y eso es así por la misma razón por la que la agonía de un hombre que está a punto de fallecer es mucho más natural y más impactante que cualquier descripción de la muerte, por precisa y hermosa que sea.

Me sentía mal; es posible que fuera más por el frío que por las palabras de mi acompañante. Suspiraba en silencio y me rechinaban los dientes.

Casi de inmediato sentí el contacto de dos manos pequeñas: una de ellas en el cuello, la otra en la cara. Y al mismo tiempo oí una voz preocupada, suave, cariñosa:

—¿Qué te pasa?

Podría haber esperado esa pregunta de cualquier persona menos de Natasha, que acababa de proclamar que todos los hombres eran unos miserables y les deseaba a todos la muerte. Pero en seguida se apresuró a añadir:

—¿Qué te pasa?, dime. ¿Tienes frío o qué? ¿Estás tiritando? ¡Ay, cómo eres! Ahí parado… ¡como un mochuelo! Tenías que haberme dicho antes que tenías frío… Anda… túmbate en el suelo… Tiéndete… yo también me tumbo… ¡así! Ahora abrázame… más fuerte… Seguro que ahora se te pasa el frío… Y después nos tumbamos espalda con espalda… Se trata de pasar la noche… Y ¿cuál es tu

historia? ¿Te has dado a la bebida? ¿Te han echado del trabajo? ¡No pasa nada!

Estaba reconfortándome… Dándome ánimos…

¡Maldita sea mi estampa! ¡Tres veces maldita! ¡Cuánta ironía había en aquello! Yo estaba, en ese tiempo, seriamente preocupado por el destino de la humanidad, soñaba con la reorganización de la estructura social, con las transformaciones políticas, leía toda clase de libros diabólicamente complicados, tan profundos que, seguramente, su sentido no estaba al alcance ni de sus propios autores… Y, al mismo tiempo, trataba por todos los medios de convertirme en un «activista de primer orden». Y resulta que me estaba dando calor con su cuerpo una mujer venal, una criatura infeliz, maltratada, acosada, sin sitio adonde ir, sin precio, a la que nunca se me habría ocurrido prestar ayuda hasta que ella me ayudó a mí, y, aunque así hubiera sido, difícilmente habría sabido cómo hacerlo.

Ay, habría jurado que todo eso me estaba pasando en sueños, en un mal sueño, en una pesadilla…

Pero ¡qué va!, eso era imposible, pues las gotas heladas de lluvia caían sobre mí, el pecho de aquella mujer se estrechaba contra mi cuerpo, exhalando en mi rostro su cálido aliento… que olía levemente a vodka, pero ¡era tan vivificante! El viento aullaba y gemía, la lluvia golpeaba la barca, las olas rompían, y nosotros dos, fuertemente abrazados, tiritábamos de frío. Todo eso era completamente real, y estoy convencido de que nadie ha tenido pesadillas tan atroces como aquella realidad.

Y Natasha me seguía hablando, con ese cariño y esa simpatía con la que sólo las mujeres son capaces de hablar. Bajo la influencia de sus palabras, cariñosas e ingenuas, una tímida llama se encendió en mi interior, y en mi corazón se produjo el deshielo.

Entonces las lágrimas brotaron de mis ojos, como una granizada, llevándose consigo la rabia, la melancolía, la estupidez y la suciedad que se habían ido acumulando en mi corazón hasta esa noche…

Natasha intentaba convencerme:

—¡Venga, no llores, no seas tonto! ¡Déjalo ya! Ya verás cómo todo se arregla, con ayuda de Dios… Conseguirás otro trabajo…

Y no paraba de besarme. Continuamente, sin descanso, con fervor…

Fueron los primeros besos de mujer que me deparó la vida, y fueron los mejores besos, pues todos los que vinieron después me costaron muy caros y apenas me aportaron nada.

—Vamos, basta ya de gimoteos, ¡mira que eres raro! Mañana mismo te busco un sitio, ya que no tienes a donde ir… —oía yo, como en un sueño, un suave susurro consolador…

Estuvimos toda la noche abrazados.

Y, cuando amaneció, salimos de la barca y nos dirigimos a la ciudad… Después nos despedimos amistosamente, y no volvimos a encontrarnos jamás, a pesar de que estuve más de medio año buscando en todos los tugurios a aquella adorable Natasha, con la que pasé aquella noche, una vez, en otoño…

Si acaso ha muerto —¡qué suerte para ella!—, ojalá descanse en paz. Y, si aún vive, espero que disfrute de sosiego. Y que no se despierte en su alma la conciencia de la caída… Pues sólo supondría un sufrimiento inútil y estéril…

EL JAN Y SU HIJO
(1896)

—En aquel tiempo gobernaba en Crimea el jan Mosolaima el Asvab, el cual tenía un hijo llamado Tolaik Algalla…

Con estas palabras, cierto tártaro pobre y ciego, apoyando la espalda en el pardo tronco de un árbol, comenzó a relatar una de las antiguas leyendas de aquella península, tan rica en recuerdos. En torno al narrador, sobre fragmentos de piedra del palacio del jan, destruido por el tiempo, se hallaba sentado un grupo de tártaros, ataviados con vistosas túnicas y *tubeteikas*[20] bordadas en oro. Estaba atardeciendo. El sol descendía lentamente sobre el mar, sus rayos carmesíes atravesaban el oscuro follaje que rodeaba las ruinas y formaba brillantes manchas sobre las piedras cubiertas de musgo, enredadas por la tenaz hiedra. Susurraba el viento en el soto de los viejos sicómoros, sus hojas murmuraban como si por el aire corrieran arroyos invisibles.

La voz del mísero ciego era débil y trémula, su pétreo rostro no reflejaba en sus arrugas más que paz. Las palabras, aprendidas de memoria, se derramaban una tras otra y, ante su auditorio, se alzaba la imagen de los emocionantes tiempos pretéritos.

—El jan era anciano —decía el ciego—, mas tenía muchas mujeres en su harem. Y éstas amaban al anciano por el vigor y el fuego que aún conservaba y por sus caricias tiernas y apasionadas, pues las mujeres siempre amarán al hombre que sabe acariciar vigorosamente, aunque tenga el pelo cano y el rostro ajado, porque en la fuerza reside la belleza y no en la tersura de la piel ni en el rubor de las mejillas.

»Todas ellas amaban al jan, pero él prefería a una prisionera cosaca de las estepas del Dniéper y siempre le mostró más cariño que a las demás mujeres del harem, donde había trescientas mujeres procedentes de diversas tierras, y todas ellas eran hermosas como las flores en primavera, y todas vivían en la abundancia. Muchos manjares exquisitos y deliciosos ordenaba el jan que les prepararan y les permitía siempre que les venía en gana danzar, tocar instrumentos…

»Mas era a la cosaca a quien con frecuencia llamaba a su torre, desde la cual se veía el mar. Allí tenía para la cosaca todo cuanto precisa una mujer para vivir

con gozo: dulces, ricas telas, oro, piedras de todos los colores, música, aves exóticas, y ardientes caricias de enamorado. En esta torre se solazaba con ella días enteros, descansando de sus ocupaciones cotidianas y sabiendo que su hijo Algalla no comprometería la gloria del janato, pues correteaba como un lobo por las estepas rusas y siempre regresaba de allá con un rico botín, con nuevas mujeres, con nueva gloria, dejando tras de sí horror y ceniza, cadáveres y sangre.

»Una vez regresó aquél, Algalla, de una incursión contra los rusos, y se organizaron grandes festejos en su honor; todos los mirzas[21] de la isla acudieron a ellos, hubo juegos y un banquete, dispararon flechas a los ojos de los prisioneros a fin de probar la fuerza de sus brazos, y bebieron una y otra vez loando el valor de Algalla, terror de los enemigos, báculo del janato. El viejo jan gozaba de la gloria de su hijo. Se alegraba de saber que, cuando muriera, el janato estaría en manos fuertes.

»Complacido por ello y deseando mostrar a su hijo la fuerza de su amor, en medio del banquete, delante de todos los mirzas y los beys[22], alzó la copa y dijo:

»—¡Eres un buen hijo, Algalla! ¡Alabado sea Alá y bendito el nombre de su profeta!

»Y todos glorificaron el nombre del profeta en un coro de poderosas voces. Entonces dijo el jan:

»—¡Alá es grande! Estando yo aún con vida, ha resucitado mi juventud en mi valeroso hijo, y he aquí que advierto con mis ancianos ojos que, cuando el sol se oculte de ellos y cuando los gusanos devoren mi corazón, ¡estaré vivo en mi hijo! ¡Alá es grande y Mahoma, su profeta! Tengo un buen hijo, su mano es firme y despierta su inteligencia… ¿Qué deseas tomar, Algalla, de las manos de tu padre? Dilo y te daré todo lo que pidas…

»Y no se había extinguido aún la voz del anciano jan cuando se levantó Tolaik Algalla y, con ojos centelleantes, negros como el mar en la noche y ardientes como los de un águila de montaña, dijo:

»—Padre y soberano, dame a la cautiva rusa.

»El jan guardó silencio unos instantes, el tiempo suficiente para contener el estremecimiento de su corazón, y a continuación dijo con voz alta y firme:

»—¡Tómala! Cuando acabemos el banquete, tuya será.

»El osado Algalla se inflamó, sus ojos de águila brillaron por la inmensa alegría, se irguió y dijo a su padre, el jan:

»—¡Aprecio tu obsequio, padre soberano! Lo aprecio… Soy tu esclavo, tu hijo. Toma mi sangre gota a gota, ¡veinte veces moriré por ti!

»—¡No requiero nada! —dijo el jan, e inclinó sobre el pecho su cana cabeza, coronada por la gloria de muchos años de innumerables hazañas.

»Pronto acabó el banquete y ambos, en silencio, salieron juntos del palacio y se dirigieron al harem.

»Era una noche oscura, no se veían ni las estrellas ni la luna entre las nubes, que cubrían el cielo cual tupido tapiz.

»Largo tiempo llevaban caminando padre e hijo sumidos en la oscuridad, cuando, de repente, el jan el Asvab rompió el silencio y dijo:

»—De día en día se va apagando mi vida, y mi corazón late cada vez más débil, poco a poco disminuye el ardor de mi pecho. La luz y el calor de mi vida son las ardientes caricias de la cosaca… Dime, Tolaik, dime, ¿de veras tanto la necesitas? ¡Toma cien de mis mujeres, tómalas a todas en vez de a ella…!

»Tolaik Algalla guardó silencio y lanzó un suspiro.

»—¿Cuántos días me quedan sobre la tierra? Pocos, sin duda… La última alegría de mi vida es esa muchacha rusa. Me conoce, me ama; cuando ella no esté, ¿quién va amar a este viejo? ¿Quién? ¡Ninguna, Algalla, ninguna!…

»Algalla continuaba callado…

»—¿Cómo podré vivir, sabiendo que tú la abrazas, que ella te besa? ¡Ante una mujer no hay ni padre ni hijo, Tolaik! Ante una mujer todos somos hombres, hijo mío… Amargos me serán mis últimos días… ¡Así se abran todas las viejas heridas de este cuerpo mío, Tolaik, y derramen mi sangre, antes que sobrevivir a esta noche, hijo mío!

»El hijo guardaba silencio… Llegaron a las puertas del harem y, cabizbajos, permanecieron largo rato ante ellas. La oscuridad los envolvía; las nubes cruzaban el cielo, y el viento, al azotar los árboles, producía un murmullo semejante a una canción…

»—Hace mucho que la amo, padre… —dijo Algalla con voz queda.

»—Lo sé… Mas sé también que ella a ti no… —replicó el jan.

»—Se me parte el corazón cuando pienso en ella.

»—¿Y este viejo corazón, qué lo llenará ahora?

»Y de nuevo callaron. Algalla suspiró.

»—Está claro que el sabio mulá me decía la verdad; la mujer siempre resulta perjudicial para el hombre: cuando es hermosa, despierta el deseo de los demás hombres, y condena a su esposo al tormento de los celos; cuando es fea, su marido sufre de envidia al contemplar la belleza de las mujeres de otros; pero, si no es ni hermosa ni fea, el hombre se la imagina muy bella y, al darse cuenta de su equivocación, de nuevo sufre a causa de ella, de esa mujer…

»—La sabiduría no es remedio para los dolores del corazón —dijo el jan.

»—Compadezcámonos el uno del otro, padre…

»El jan alzó la cabeza y miró contristado a su hijo.

»—Matémosla —dijo Tolaik.

»—Te amas más a ti mismo que a ella y que a mí —respondió pausadamente el jan tras meditar unos instantes.

»—Y tú también.

»Y callaron de nuevo.

»—¡Sí! Yo también —dijo triste el jan. El dolor le había convertido en un niño.

»—Entonces, ¿la matamos?

»—No puedo entregártela, no puedo —dijo el jan.

»—Y yo no puedo soportarlo más; arráncame el corazón o dámela…

»El jan guardó silencio.

»—Arrojémosla al mar desde lo alto de la montaña.

»—Arrojémosla al mar desde lo alto de la montaña —repitió el jan las palabras de su hijo como si fuera el eco de su voz.

»Y entonces entraron en el harem, donde ella se hallaba ya durmiendo sobre una magnífica alfombra tendida en el suelo. Se detuvieron ante ella y la contemplaron; largo rato estuvieron admirándola. Las lágrimas surcaron las mejillas del jan, desde sus ojos hasta su plateada barba, y brillaron en ella cual perlas, pero su hijo tenía los ojos centelleantes y, rechinando los dientes por la pasión reprimida, llamó a la cosaca. Ésta se despertó, y en su rostro, dulce y rosado como la aurora, florecieron sus ojos como aldizas. Sin advertir la presencia de Algalla, ofreció sus labios bermejos al jan.

»—¡Bésame, águila mía!

»—Prepárate… has de venir con nosotros —dijo el jan en voz baja.

»Entonces se percató de la presencia de Algalla y de las lágrimas en los ojos de su águila y, como era perspicaz, al punto lo comprendió todo.

»—Voy —dijo—, voy. Ni para uno, ni para otro: eso es lo que habéis decidido, ¿no es así? Es la única decisión posible entre hombres de corazón firme. Voy.

»Y los tres, en silencio, se dirigieron hacia el mar. Recorrieron angostos senderos; el viento ululaba, ululaba con furia…

»Como la muchacha era delicada, no tardó en cansarse, mas era también orgullosa y no se quejaba.

»Y, cuando el hijo del jan advirtió que se quedaba rezagada, le preguntó:

»—¿Tienes miedo?

»Los ojos de la joven brillaron al mirarle y le mostró su pierna ensangrentada…

»—¡Deja que te coja! —dijo Algalla tendiéndole los brazos. Pero la muchacha se abrazó al cuello de su vieja águila. El jan la tomó en sus brazos como una pluma, y la levantó; ella, acomodada en sus brazos, le apartaba las ramas del rostro,

temiendo que éstas le dieran en un ojo. Avanzaron largo rato, ya se oía el murmullo del mar a lo lejos. Entonces Tolaik, que los seguía por el sendero, dijo a su padre:

»—Déjame ir delante, pues siento deseos de clavarte mi puñal en el cuello.

»—Pasa delante, Alá te castigará por tu deseo o te perdonará según su voluntad; yo, que soy tu padre, te perdono. Sé lo que es el amor.

»Y llegaron al mar, que se extendía ante ellos en un abismo, profundo, negro y sin costas. Las olas cantaban con un sordo murmullo al pie del promontorio, y allá abajo no había más que oscuridad, frío y horror.

»—¡Adiós! —dijo el jan, besando a la muchacha.

»—¡Adiós! —dijo Algalla con una reverencia.

»La joven contempló un instante el abismo donde cantaban las olas, y, dando un paso atrás, cruzó las manos sobre el pecho.

»—Arrojadme al fondo —les dijo.

»Algalla extendió hacia ella sus brazos con un gemido, pero el jan la cogió entre los suyos, la apretó contra su pecho, la besó y, levantándola por encima de su cabeza, la arrojó al mar desde el promontorio.

»Al fondo del abismo las olas rompían contra las rocas y bramaban, y era tal su clamor que ninguno la oyó chocar contra el agua. No oyeron nada, ni siquiera un grito. El jan se inclinó sobre las rocas y, en silencio, se asomó al tenebroso abismo donde el mar se confundía con las nubes, desde donde se propagaba el murmullo del sordo batir de las olas y llegaba un viento que azotaba su canosa barba. Tolaik, a su lado, se cubría el rostro con las manos, silencioso e inmóvil como una roca. Así transcurría el tiempo; una tras otra, las nubes surcaban el cielo arrastradas por el viento, tan oscuras y lúgubres como los pensamientos del viejo jan, asomado al mar desde el alto promontorio.

»—Vámonos, padre —dijo Tolaik.

»—Espera… —musitó el jan, como si estuviera escuchando algo. Y de nuevo transcurrió un largo rato, abajo batían las olas, y el viento azotaba el promontorio, ululando por entre los árboles.

»—Vámonos, padre…

»—Aguarda un poco…

»Varias veces se lo repitió Tolaik Algalla:

»—Vámonos, padre.

»Él siguió sin moverse del sitio donde había perdido la alegría de sus últimos días.

»Mas —¡todo llega a su fin!— se incorporó con vigor y orgullo; se irguió, frunció el ceño y dijo con voz sorda:

»—Vámonos.

»Entonces emprendieron el camino de regreso, pero, al poco, el jan se detuvo.

»—Pero ¿para qué volver, Tolaik? ¿Adónde voy a ir? —inquirió a su hijo—. ¿Qué sentido tiene ahora mi existencia, cuando era ella mi vida entera? Soy viejo, ninguna mujer me amará ya, y el hombre que no es amado no tiene razón de ser en esta vida.

»—Tienes gloria y riquezas, padre…

»—Por uno sólo de sus besos lo daría todo. No hay nada en el mundo como el amor de una mujer. Sin este amor, el hombre carece de vida; es un miserable y arrastra una deplorable existencia. Adiós, hijo mío, que la bendición de Alá caiga sobre tu cabeza y te acompañe todos los días y todas las noches de tu vida. —Y el jan se volvió de frente al mar.

»—¡Padre —exclamó Tolaik—, padre!… —Y no pudo decirle nada más, pues nada puede decírsele al hombre a quien la muerte sonríe, nada de lo que uno diga le devolverá el amor a la vida.

»—Déjame…

»—Alá…

»—Él ya lo sabe…

»Con paso rápido se acercó el jan al despeñadero y se arrojó al abismo. Su hijo no pudo detenerle, no tuvo tiempo. Tampoco esta vez se oyó nada, ni un grito ni el ruido del jan al caer, tan sólo el batir de las olas y el aullido salvaje del viento.

»Tolaik Algalla estuvo largo rato mirando al abismo y luego exclamó en voz alta:

»—¡Oh, Alá! ¡Concédeme también a mí un corazón tan firme como el suyo!

»Y luego se adentró en la oscuridad de la noche…

»Así murió el jan Mosolaima el Asvab, y se convirtió en jan de Crimea Tolaik Algalla…

COMPAÑEROS
(1897)

I

El ardiente sol de julio brillaba sobre Smólkina, derramando sobre sus viejas isbas un copioso torrente de rayos cegadores. Donde más relumbraba era en la isba del alcalde, recientemente retechada con tablones nuevos, suavemente cepillados, amarillos y aromáticos. Era domingo, y casi todo el mundo estaba en la calle, donde crecían en abundancia las hierbas entre montones esparcidos de residuos resecos. Una multitud de aldeanos se había congregado ante la isba del alcalde: algunos estaban sentados en el banco de tierra de la puerta, otros directamente en el suelo, otros aguardaban de pie. En medio del grupo, unos cuantos chiquillos no paraban de alborotar y echar carreras, ganándose de vez en cuando las broncas y pescozones de los adultos.

Un hombre alto, con unos bigotazos que apuntaban hacia el suelo, constituía el centro de la multitud. A juzgar por su rostro atezado, recubierto de una cerrada barba gris y un entramado de profundas arrugas, y por los mechones canosos que asomaban bajo el sucio sombrero de paja, debía rondar los cincuenta años. Mientras miraba al suelo, se podía apreciar cómo le temblaban las aletas de su enorme nariz. Al levantar la cabeza para echar un vistazo a las ventanas de la isba del alcalde, se le vieron los ojos: grandes, tristes, profundamente hundidos en sus órbitas, con las pupilas negras sumidas en la sombra que arrojaban unas cejas pobladas. Vestía una raída sotana marrón de novicio que apenas le cubría las rodillas, ceñida con una cuerda. Llevaba un morral echado a la espalda, en la mano derecha sujetaba un largo bastón rematado por una contera de hierro y ocultaba la izquierda entre la ropa. Quienes le rodeaban le miraban suspicaces, burlones, desdeñosos o, en fin, abiertamente satisfechos de haber conseguido dar caza al lobo antes de que éste hubiera llegado a esquilmar sus rebaños.

Estaba de paso por la aldea cuando, llamando a la ventana del alcalde, le había pedido algo de beber. El alcalde le había ofrecido un vaso de *kvas*[23] y había intentado entablar conversación con él. Pero el viajero había respondido con evasivas, algo insólito en un peregrino. Así que el alcalde le pidió sus papeles, y resultó que iba indocumentado. Habían detenido al viajero, con intención de remitirlo a las autoridades del *vólost*[24]. El alcalde había llamado al *sotski*[25] para

que lo escoltara, y en esos momentos, en su isba, le estaba dando instrucciones. Entre tanto, habían dejado al detenido a cargo de la muchedumbre, que se estaba divirtiendo, zafiamente, a su costa.

Pero, de pronto, en el porche de la isba apareció un anciano medio ciego, con cara de zorro y una barba canosa y puntiaguda. Pausadamente, iba desplazando los pies, enfundados en botas, de escalón en escalón, y su panza prominente se balanceaba de manera visible bajo una larga camisola de percal. Y a su espalda asomaba la cara barbuda y cuadrada del *sotski*.

—¿Lo has entendido, Yefímushka? —le preguntó el alcalde al *sotski*.

—¿Por qué no iba a entenderlo? Está todo clarísimo. O sea, mi tarea consiste en conducir a este individuo hasta el comisario, ¡exclusivamente! —El *sotski*, tras pronunciar estas palabras enfáticamente, con una seriedad cómica, guiñó un ojo al público.

—¿Y el documento?

—El documento lo llevo encima, bien guardadito.

—Bueno, ¡pues ya está! —dijo el alcalde con toda claridad, y añadió, rascándose con brío un costado—: Ve con Dios… conque, ¡andando!

—¡En marcha! ¿Qué, nos movemos, padre? —le dijo el *sotski* al detenido, con una sonrisa.

—Ya podían ponernos un carro —replicó secamente al oír la propuesta del *sotski*.

El alcalde sonrió con malicia:

—¿Un carro? ¡Qué listo! Pues anda que no hay pillos como tú fisgando en las aldeas y cruzando los campos… No habría caballos para todos. ¡A patita y gracias!

—No es nada, padre, ¡vamos! —le animó el *sotski*—. No te creas que vamos muy lejos. Si acaso, dos decenas de verstas. Ya verás, padre, como llegamos en un suspiro. Y una vez allí ya podrás descansar…

—A la sombra… —precisó el alcalde.

—Eso es lo de menos —se apresuró a aclarar el *sotski*—. El que está fatigado descansa en prisión. Y a la sombra hace fresco: ¡después de un día tórrido, ahí se está de miedo!

El detenido miró severamente a su vigilante; éste sonrió alegremente, sin reservas.

—¡Venga, en marcha, reverendo padre! ¡Adiós, Vasil Gavrílich! ¡Ya nos vamos!

—¡Con Dios, Yefímushka! Ándate con cuidado.

—¡Y mucho ojo! —añadió un mozo de la multitud.

—Vale, vale… ¡Ni que yo fuera un crío!

Y echaron a andar, sin apartarse de las casas para aprovechar la franja de sombra. El hombre con sotana caminaba delante, con ese paso regular, pero ligero, que es propio de quien está habituado a andar. El *sotski* le seguía, con un buen bastón en la mano.

Yefímushka era un hombre bajito, achaparrado, de cara ancha y bondadosa, enmarcada en una barba castaña que prácticamente le nacía en los ojos pardos y le caía formando mechones. Casi siempre estaba sonriendo, mostrando unos dientes amarillentos, y con el ceño tan fruncido que se diría que tenía ganas de estornudar. Llevaba puesto un *aziam*[26], con los faldones recogidos por dentro del cinto para que no se le enredaran en las piernas; le cubría la cabeza un gorro verde oscuro, sin visera, que recordaba a los gorros de los presos.

Iban por un estrecho camino vecinal que serpenteaba entre un mar ondulante de centeno, y las sombras de los caminantes se arrastraban por las espigas doradas.

En el horizonte se vislumbraba la espesura azulada del bosque; a la izquierda, perdiéndose en la lejanía, se sucedían incesantemente los campos; en medio aparecía la mancha oscura de una aldea, detrás de la cual había más y más campos que se hundían en la neblina celeste.

A la derecha, pasada una salceda, la aguja de un campanario, revestida de hojalata pero aún sin pintar, se clavaba en el cielo: resplandecía al sol con tanta fuerza que hacía daño mirarla.

Yefímushka, después de expectorar, empezó a tararear en falsete.

—Nada, que no llego, ¡hay que jorobarse! Pues sí… Con lo bien que yo cantaba… En la escuela de Víshenki ya me decía el maestro: «¡Vamos, Yefímushka, empieza tú!». ¡Y cómo cantábamos todos! Qué hombre más cabal…

—¿Quién? —preguntó el de la sotana con voz grave y apagada.

—El maestro de Víshenki…

—¿Cómo? ¿Víshenski? ¿Así se llamaba?

—No, Víshenki; es una aldea, hermano. El maestro se llamaba Iván Mijálich. Un tipo de primera. Murió cuando yo estaba en tercero…

—¿Joven?

—No había cumplido los treinta.

—Y ¿de qué murió?

—De amargura, imagino.

El interlocutor de Yefímushka le miró de reojo y sonrió…

—Mira, buen hombre, así fue la cosa. Llevaba siete años dando clase, y un día empezó a toser. Tosía y tosía, y le dio por ponerse melancólico… Y la melancolía, ya se sabe, lleva al vodka. El padre Alekséi no le tenía demasiado aprecio y, en cuanto vio que se daba a la bebida, envió un escrito a la ciudad, diciendo que si el maestro bebía, que si era un mal ejemplo… Total, que en respuesta mandaron otro papel de la ciudad, y mandaron también a una maestra. Una larguirucha, huesuda, con una nariz descomunal. Bueno, Iván Mijálich se dio cuenta en seguida de que la cosa estaba muy fea. Se sintió deprimido, decía: «Toda la vida dando clases, para esto… ¡Ah, desgraciados!». De la escuela fue derecho al hospital, y a los cinco días su alma regresó al Creador… Eso fue lo que pasó…

Caminaron un rato en silencio. Con cada paso que daban, tenían más cerca el bosque, que crecía a ojos vistas, y viraba del azul al verde.

—¿Vamos a cruzar el bosque? —preguntó el compañero de Yefímushka.

—Sólo lo bordeamos, como media versta. ¿Por qué? ¿Eh? ¡Mírale! Menudo pajarraco estás tú hecho, reverendo padre, ¡ya te veo venir!

Y Yefímushka se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó el detenido.

—No, nada. ¡Hay que ver cómo eres! ¡Pues no me pregunta que si vamos a cruzar el bosque! Mira que eres inocente; otro más listo, en tu lugar, se habría callado. Se habría metido derechito en el bosque, y entonces…

—Entonces ¿qué?

—¡Nada! Te tengo calado, hermano. Ay, amiguito, se te ha visto el plumero. Olvídate del bosque: esa idea quítatela de la cabeza. A menos que prefieras vértelas conmigo… Pues que sepas que puedo arreglármelas con tres como tú, y me basta con la mano izquierda para acabar contigo… ¿Entendido?

—Entendido… ¡Vaya un simple! —dijo el detenido, de forma escueta y elocuente.

—¿Qué? ¿A que lo he adivinado? —celebró su victoria Yefímushka.

—¡Espantajo! ¿Qué es lo que tenías que adivinar? —dijo el detenido, con una sonrisa maliciosa.

—Lo del bosque… ¡Me he dado cuenta! Seguro que has pensado: en cuanto lleguemos al bosque, me deshago (o sea, tú te deshaces) de él (de mí, se entiende) y me pierdo por esos campos y bosques. ¿A que sí?

—Eres idiota. —El desenmascarado se encogió de hombros—. ¿Y adónde voy yo?

—A donde te dé la gana, eso es asunto tuyo…

—Pero dime adónde —insistió el compañero de Yefímushka, en parte enfadado, pero en parte también deseoso de oírle a su escolta alguna insinuación de adónde podría ir.

—Ya te lo he dicho: ¡a donde te apetezca! —dijo tranquilamente Yefímushka.

—No tengo adónde huir, hermano, ¡no tengo adónde! —dijo con calma su compañero.

—¡Bueno, bueno! —dijo el escolta con escepticismo, e hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Siempre hay un lugar adonde huir. La tierra es muy grande. Siempre hay sitio para un hombre.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso quieres que me escape? —preguntó intrigado el detenido, sonriendo.

—¡Anda éste! ¡Qué cosas tienes! ¡Estaríamos apañados! Si tú te escapas, a alguien tendrán que meter en la cárcel por ti. Y ¿sabes a quién? A mí me meten en la cárcel. Quita, quita, sólo era hablar por hablar…

—Dichoso tú… Y, la verdad, pareces un buen hombre —dijo el compañero de Yefímushka con un suspiro.

Éste no tardó en darle la razón:

—Es verdad, bastantes personas me consideran dichoso… Y eso de que soy un buen hombre… también eso es cierto. Soy un hombre sencillo, ésa es la razón principal. Otra gente lo dice todo con malicia, con segundas intenciones; pero yo, ¿para qué? Yo estoy solo en este mundo. Si uno se anda con tretas, al final se va a morir; si uno se atiene a la verdad, se va a morir igual. Así que prefiero ir de frente.

—Eso está bien —comentó el compañero de Yefímushka en tono indiferente.

—Naturalmente. ¿De qué me sirve a mí tener dos caras cuando no tengo a nadie en este mundo? Yo, hermano, soy un hombre libre. Vivo como me apetece, vivo la vida según mi propia ley… Por cierto… ¿cómo te llamas?

—¿Cómo? Eh… Iván Ivanov…

—¡Vaya! Y ¿eres miembro del clero?

—Pues… no…

—¿Y eso? Creí que eras del clero…

—¿Lo dices por la ropa?

—¡Pues claro! Tienes toda la pinta de ser un monje fugado, o un pope exclaustrado si no… Aunque es verdad que la cara no te pega, tienes cara más bien de soldado… Sabe Dios qué clase de hombre serás… —Y Yefímushka le dirigió una mirada intrigada al peregrino.

Éste suspiró, se colocó el sombrero, se enjugó el sudor de la frente y le preguntó al *sotski*:

—¿Fumas?

—¡Ay, sí, perdona! ¡Claro que fumo!

Se sacó del bolsillo una petaca mugrienta y, sin detenerse, inclinó la cabeza y se puso a cebar una pipa de arcilla.

—¡Adelante, ya puedes fumar!

El detenido se paró y, bajando la cabeza hasta la cerilla que había encendido el escolta, hundió las mejillas. Un humo azul flotó en el aire.

—Entonces, ¿a qué estamento perteneces? ¿A la burguesía?

—Soy noble —respondió lacónicamente el detenido y escupió hacia un lado, sobre unas espigas de centeno envueltas en un dorado resplandor.

—¡Ah! ¡Qué bien! ¿Y qué haces dando tumbos por ahí, sin pasaporte?

—Me gusta.

—¡Caramba! ¡Qué cosas! No es muy corriente, la verdad, esa vida de lobo para un noble como tú, ¿no? ¡Ay, desdichado!

—Hay que ver qué forma de parlotear —dijo secamente el desdichado.

Pero Yefímushka miraba al indocumentado con creciente interés y simpatía y, sacudiendo pensativo la cabeza, prosiguió:

—¡Ay! ¡Cómo juega con nosotros el destino, si se piensa! Seguramente sea verdad que eres noble, porque tienes una gran prestancia. ¿Hace mucho que vives así?

—¿Quieres dejarlo de una vez? ¡Te pones más pesado que las mujeres!

—Pero ¡no te enfades! —dijo Yefímushka en tono conciliador—. Te lo digo de todo corazón… Y yo tengo muy buen corazón…

—Pues sí, por suerte para ti… Pero la lengua te corre sin descanso… por desgracia para mí.

—Bueno, bueno, ¡vale! Ya me callo… Si uno ve que no le hacen caso, tampoco pasa nada por callarse. Pero te enfadas sin razón, de todos modos… ¿O es que tengo yo la culpa de que te haya tocado vivir como un vagabundo?

El detenido se quedó parado, y apretó tanto los dientes que se le abultaron los pómulos, formando dos ángulos agudos, y se le erizó la barba gris que los cubría. Recorrió con la mirada a Yefímushka, de la cabeza a los pies, con un brillo colérico en sus ojos entornados.

Pero antes de que Yefímushka hubiera advertido ese gesto, su compañero ya había empezado otra vez a medir la tierra con sus largos pasos.

En la cara del *sotski* parlanchín se apreciaba una huella de reconcentrada meditación. Miraba hacia lo alto, de donde venía el canto de las alondras, y se unió a ellas silbando entre dientes, mientras agitaba su bastón al compás de sus pasos.

Se acercaban al lindero del bosque. Se alzaba como una pared oscura e inmóvil; ni un sonido se escapaba de allí para recibir a los viajeros. El sol ya declinaba, sus rayos oblicuos pintaban las copas de los árboles de púrpura y oro. Un aromático frescor soplaba desde la espesura; la oscuridad y el silencio ensimismado que llenaban el bosque despertaban una sensación inquietante.

Cuando se alza ante nuestra vista un bosque inmóvil y sombrío, sumido en un silencio misterioso, donde parece que todos los árboles estén escuchando con atención, tenemos la impresión de que está todo lleno de vida, agazapada por unos instantes. Y esperamos que en cualquier momento surja de pronto del bosque un ser colosal, inconcebible para nuestra mente, y empiece a hablarnos con voz poderosa de los profundos secretos de la obra de la naturaleza…

II

Muy cerca ya del lindero del bosque, Yefímushka y su compañero decidieron sentarse a descansar sobre la hierba, cerca de un ancho tocón de roble. El detenido se quitó tranquilamente el morral y le preguntó al *sotski* con indiferencia:

—¿Quieres pan?

—Si me das, me lo llevaré a la boca —respondió Yefímushka sonriente.

Empezaron a comer en silencio el pan que llevaba el detenido. Yefímushka masticaba despacio y no dejaba de suspirar, mirando hacia el campo que tenía a su izquierda; su compañero, concentrado en la operación de saciar el apetito, comía deprisa, haciendo ruido al masticar, mirando fijamente su mendrugo. En los campos iba oscureciendo; el centeno, perdiendo su dorado resplandor, adquiría un tono rosáceo; unas densas nubecillas se acercaban desde el sudoeste, proyectando unas sombras que se arrastraban por las espigas y se dirigían al bosque. También crecían las sombras de los árboles, y esas sombras alargadas llenaban el alma de pesar.

—¡Bendito seas, Señor! —recitó Yefímushka, recogiendo de los faldones de su *aziam* las últimas miguillas de pan y lamiéndose después la palma de la mano—. ¡A buen hambre, no hay pan duro! ¡Amigo! ¿Qué te parece si descansamos aquí una horita? ¿Tú crees que llegaremos a tiempo?

El compañero asintió con la cabeza.

—Pues nada… Este sitio está muy bien… Me trae muchos recuerdos… Allí, a la izquierda, estaba la hacienda de los Tuchkov…

—¿Dónde? —preguntó rápidamente el detenido, volviéndose hacia donde Yefímushka señalaba con un gesto.

—Ahí, detrás de ese cerro. Todas esas tierras eran de ellos. Eran unos señores muy ricos, pero, a raíz de la liberación de los siervos, empezaron a perder el rumbo… Yo también era de ellos, por aquí todos somos antiguos siervos suyos. Eran muchos en la familia… Estaba el coronel, Aleksandr Nikítich Tuchkov. Y los hijos: cuatro varones, ¿qué habrá sido de ellos? Parece que el viento dispersara a la

gente, como las hojas en otoño. Del único que sé que sigue vivo es de Iván Aleksándrovich: precisamente te llevo con él, es el comisario del distrito… Era el mayor.

El detenido se echó a reír. Reía con una risa sorda, una especie de risa interior, muy peculiar: le temblaban el pecho y el vientre, mientras el rostro seguía impasible; sólo a través de los dientes desnudos escapaban unos sonidos apagados, que parecían ladridos.

Yefímushka se encogió con aprensión y, acercándose el bastón, le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Qué mosca te ha picado?

—No es nada… no tiene importancia —dijo el detenido, de forma entrecortada, pero en tono amigable—. Vamos, sigue contando…

—Sí, bueno… Son cosas que pasan… Con lo que habían sido los señores Tuchkov, y pensar que ya no están… Algunos murieron, a otros los perdimos de vista, nunca más se supo de ellos. Había uno, en concreto… el más pequeño. Víktor se llamaba… Vitia. Éramos compañeros… Tendríamos entonces catorce años… Un muchacho increíble, ¡que el Señor le guarde! ¡Era como un torrente cristalino! Con aquel ímpetu, aquella energía… ¿Dónde estará ahora? ¿Vivirá aún?

—Y ¿qué es lo que tenía de extraordinario? —preguntó con calma el detenido.

—¡Todo! —exclamó Yefímushka—. Era apuesto, inteligente, de buen corazón… ¡Ay, mira que eres raro, amigo mío! Tenías que habernos visto entonces a los dos… ¡Huy! Qué juegos, qué forma de divertirnos; disfrutábamos de lo lindo. Venía y me gritaba: «¡Yefimka! ¡Vamos de caza!». Tenía una escopeta, su padre se la había regalado por su santo, y a mí me tocaba cargar con la escopeta. Y nos marchábamos al bosque, ¡dos días, tres días! De vuelta a casa, él se llevaba una bronca, y yo una buena tunda. Pero nada, al día siguiente, otra vez: «Yefimka, ¡a coger setas!». ¡Matamos pájaros a miles! ¡Y las setas las cogíamos a espuertas! También le daba por cazar mariposas, escarabajos, y los guardaba en una caja, clavados con un alfiler… ¡Qué cosa más entretenida! Él me enseñó a leer… «Venga, Yefimka, yo te enseño», me decía. Y empezaba: «A ver, la be con la a, ¡ba!». Y yo vociferaba: «¡Baaa!». ¡Unas risas! Yo, al principio, me lo tomaba a broma, ¿qué falta le hacía a un campesino aprender a leer? Pero él insistía: «Serás idiota, para algo se te ha dado la libertad, para que puedas estudiar… Si aprendes a leer, sabrás cómo

hay que vivir y dónde debemos buscar la verdad»… Ya se sabe, los chicos lo asimilan todo; se conoce que les habría oído esos discursos a los mayores, y a él le daba por repetirlos… Bobadas, ya se sabe… El caso es que se tomó muy a pecho lo de enseñarme a leer… Lo tenía muy claro. Estaba empeñado, ¡no me daba respiro! ¡Menudo vía crucis! Mira que yo le suplicaba: «Vitia, a mí las letras no me entran, no puedo con ellas»… Y él me chillaba: «Te voy a zurrar con la *nagaika*[27] de mi padre; ¡que estudies!». ¡Por el amor de Dios! Tanto estudiar… Un día me salté la clase, me fui sin más y ¡a correr! Pues él me estuvo buscando todo el santo día, con la escopeta en la mano, dispuesto a dispararme. Más tarde me dijo: «Aquel día, si llego a encontrarte, te pego un tiro». ¡Así era de duro! Inflexible, el típico señor… Pero me quería, tenía un alma ardiente… Una vez su padre me azotó con las riendas, me dejó la espalda marcada… Vitia, nada más enterarse, se presentó en la isba donde estábamos… ¡Dios mío, la que se armó! Venía todo pálido, temblando, apretando los puños, y le suelta al padre: «¿Cómo te atreves?». Y el padre: «¡Te recuerdo que soy tu padre!». «¡Ajá! Muy bien, padre, yo solo no puedo contigo, pero tu espalda acabará como la de Yefimka». Dicho lo cual, rompió a llorar y salió corriendo… Y ¿qué dirías que pasó? Pues que cumplió su palabra. Por lo visto, debió de instigar a la servidumbre, o algo así; el caso es que un día el padre llegó a casa quejumbroso y, al ir a quitarse la camisa, la tenía pegada a la espalda… En esa ocasión, el padre se enfadó conmigo. «Por tu culpa, vil lacayo, me toca sufrir», me dijo. Y me dio una buena paliza… Pero lo de llamarme lacayo se lo podía haber ahorrado… Yo no era el lacayo de nadie…

—¡Tienes razón, Yefim! —confirmó el detenido, y se estremeció—. Todavía a estas alturas se ve claramente que tú no podías ser el lacayo de nadie —se apresuró a añadir.

—¡Es verdad! —exclamó Yefímushka—. Yo, sencillamente, apreciaba mucho a Vitia… Tenía tanto talento ese muchacho, todos le querían, no sólo yo… ¡Qué discursos los suyos! ¡Y tan variados! Ya no los recuerdo, han pasado treinta años desde entonces… ¡Ay, Señor! ¿Dónde estará ahora? Si vive todavía, tal vez ocupe un puesto importante… o puede que esté pasándolas canutas… ¡Así es la vida humana! Bulle y bulle sin descanso, pero al final no sale nada bueno… Y a la gente se la traga la tierra… ¡Es una pena, una pena tremenda! —Yefímushka, con un profundo suspiro, hundió la cabeza en el pecho… El silencio se prolongó más de un minuto.

—¿Y yo no te doy pena? —preguntó alegremente el detenido. Y todo su rostro estaba iluminado por una sonrisa bondadosa…

—Pues claro, buen hombre —exclamó Yefímushka—, ¿cómo no ibas a dármela? ¿Quién eres tú, en definitiva? Si vas por ahí sin rumbo, es señal de que no hay nada tuyo en esta tierra, ni un triste rincón, ni un pedazo de pan… Y encima puede que cargues con algún pecado horrible, cualquiera sabe. En una palabra, eres un desdichado.

—Sí —dijo el detenido.

Y de nuevo se quedaron callados. El sol ya se estaba poniendo, y las sombras se volvían más densas. Flotaba un aroma en el ambiente a tierra húmeda, a flores y a moho del bosque… Guardaron un largo silencio.

—Se está muy bien aquí, pero hay que seguir… Nos quedan aún como ocho verstas… Venga, padre, ¡levanta!

—Vamos a quedarnos un rato más —rogó el detenido.

—No es por mí, a mí me encanta estar de noche cerca del bosque… Pero ¿qué va a pasar cuando lleguemos al *vólost*? Seguro que me amonestan, dirán que ya es muy tarde…

—No pasa nada, ya verás cómo no te amonestan…

—Lo mismo hasta intercedes por mí —dijo el *sotski* con una sonrisa maliciosa.

—Podría interceder.

—Ah, ¿sí?

—¿Por qué no?

—¡Mira qué gracioso! ¡Ya verás cómo las gasta el comisario!

—¿Me dará una paliza?

—¡Es una fiera! Y qué destreza: te suelta un puñetazo en un oído, y acabas como si te hubieran segado las piernas.

—Bueno, habrá que devolverle el golpe —dijo con mucho aplomo el detenido, dándole una palmada amistosa en el hombro a su escolta.

Tanta familiaridad no era del gusto de Yefímushka. Al fin y al cabo, él era allí la autoridad, y ese tipo debería tener presente que llevaba guardada entre la ropa una chapa de latón. Yefímushka se puso de pie, cogió su bastón, se colgó la chapa en mitad del pecho y dijo con severidad:

—¡Levanta! ¡Nos vamos!

—¡Yo no me muevo! —dijo el detenido.

Yefímushka se quedó desconcertado, y estuvo medio minuto callado, con los ojos desencajados, preguntándose qué podía haberle pasado, así, de buenas a primeras, al detenido.

—Venga, no pierdas el tiempo, ¡vámonos! —le dijo con suavidad.

—¡Que no me muevo! —reiteró el detenido con firmeza.

—¿Cómo que no te mueves? —gritó Yefímushka, perplejo y furioso.

—Como lo oyes. Prefiero pasar la noche aquí contigo… Venga, ¿qué tal si enciendes una hoguera?

—¡Qué dices de pasar la noche aquí! La hoguera te la voy a encender en la espalda, ¡ya verás tú qué gusto! —le amenazó Yefímushka. Pero en el fondo estaba asombrado. Aquel hombre estaba diciendo que no pensaba moverse, sin ofrecer ninguna resistencia, sin buscar pelea: lo único que hacía, sencillamente, era quedarse tumbado allí en el suelo. ¿Cómo era posible?

—No grites, Yefim —le aconsejó tranquilamente el detenido.

Yefímushka volvió a callarse y, moviéndose nervioso alrededor del detenido, le miraba con los ojos a cuadros. El otro también le miraba, le miraba con una sonrisa. Yefímushka estaba hecho un lío: ¿qué se suponía que tenía que hacer?

¿Cómo era que a aquel vagabundo, tan sombrío y tan avieso, le había dado de pronto por hacer trastadas? ¿Y si se abalanzaba sobre él, le retorcía los brazos, le daba un par de golpes en el cuello y sanseacabó? Así que, en el tono más estricto, más autoritario, de que era capaz, Yefímushka dijo:

—Ya está bien, alfeñique, deja de hacerte de rogar, se acabó. ¡Levántate! Si no, voy a tener que atarte, y entonces vas a ver cómo te mueves, ¡no te preocupes!

¿Me has entendido? ¿Qué? ¡Ándate con ojo o te doy!

—¿A mí? —El detenido sonrió con malicia.

—¿Qué te has creído?

—¿Vas a pegar tú, Yefim, a Vitia Tuchkov?

—¡Ay, yo te mato! —exclamó Yefímushka, desconcertado—. Pero ¿eres tú de verdad? ¿Y a qué viene todo este teatro? ¡Venga ya!

—Basta ya de gritar, Yefímushka. Ya va siendo hora de que me reconozcas —dijo el detenido, sonriendo tan tranquilo, y se puso de pie—. Bueno… ¡salud!

Yefímushka reculó al ver la mano tendida hacia él; escudriñó cuidadosamente la cara del detenido, después empezaron a temblarle los labios y se le arrugó todo el rostro…

—Víktor Aleksándrovich… pero ¿seguro que es usted? —preguntó en un susurro.

—¿No querrás que te enseñe mis documentos? Si no, lo mejor será que te recuerde algún hecho del pasado… Mira, ¿te acuerdas de cuando te caíste en una lobera en el bosque de Rámenskoie? ¿O de cómo trepé a un árbol para coger un nido y me quedé colgando cabeza abajo de una rama? ¿Y de cómo le quitábamos la nata a la Petrovna, la vieja lechera? ¿Y de los cuentos que nos contaba?

Yefímushka se sentó torpemente en el suelo y se echó a reír, azorado.

—¿Me crees? —le preguntó el detenido, sentándose a su lado; le miró fugazmente a la cara y le puso una mano en el hombro.

Yefímushka no dijo nada. En torno a los dos hombres ya había caído la noche. Un vago murmullo nacía en el bosque. Más lejos, en la espesura, se oía el canto de un ave nocturna.

—¿Qué, Yefim? ¿No te alegras de verme? ¿A que sí? ¡Ay, alma de Dios! Sigues siendo igualito que de chico… ¿Yefim? Pero ¡di algo, especie de monstruo!

Yefímushka se sonó con fuerza las narices con el faldón del *aziam*…

—¡Bueno, hermano! ¡Ayayay! —El detenido sacudió la cabeza, en un gesto de reproche—. ¿Qué te pasa? ¡Te da vergüenza! Debes de rondar ya los cincuenta, y te preocupas por esas tonterías… ¡Déjalo! —Y, cogiendo al *sotski* por los hombros, lo sacudió suavemente.

Al *sotski* le entró una risa floja y, al fin, sin mirar a su compañero, se animó a hablar:

—¿Será posible? Claro que me alegro… Entonces, ¿es usted? ¿Quién iba a pensarlo? ¡Una cosa así! Vitia… ¡y con este aspecto! Camino de la cárcel… Sin pasaporte… Alimentándose a base de pan… Sin tabaco… ¡Señor! ¿Qué locura es ésta? Si se hubiera tratado de mí… y usted fuera el *sotski*… ¡todavía! Pero ahora ¿qué va a pasar? ¿Cómo voy a mirarle a los ojos? Yo siempre le he recordado con cariño… Vitia hacía esto y lo otro, solía pensar. Hasta sentía un cosquilleo por dentro. Pero ahora… Señor… Es que esto… Si uno lo cuenta, la gente no se lo cree.

Mientras farfullaba, no levantaba la vista de los pies, y se llevaba continuamente las manos al pecho o la garganta.

—Pues tú no vayas hablando de esto por ahí, no hace ninguna falta. Y para ya… En cuanto a mí, no te preocupes… Tengo papeles, si no se los quise mostrar al alcalde fue para que no se supiera que ando por aquí… Mi hermano Iván no me va a meter en la cárcel; al contrario, me ayudará a ponerme en pie… Pienso quedarme en su casa, y espero que tú y yo volvamos a salir de caza… ¿Ves lo bien que se arreglan las cosas?

Vitia se lo decía con cariño, en el tono que adoptan los adultos para consolar a los niños afligidos. Por detrás del bosque, la luna subía por el cielo, al encuentro de una nube, y los bordes de ésta, teñidos de plata por sus rayos, adquirían suaves matices opalinos. Una codorniz cantó entre el centeno, a lo lejos se oyó un rascón… La neblina nocturna se iba haciendo más densa.

—Eso es verdad… —empezó Yefímushka con calma—. Iván Aleksándrovich no va a desentenderse de su hermano, así que usted volverá a llevar una vida normal. Seguro que sí… Y saldremos de caza… Aunque hay algo que… Yo siempre pensé que usted haría cosas importantes. Pero ya ve…

Vitia Tuchkov se rió.

—Yo, hermano Yefímushka, ya he hecho bastantes cosas… Malgasté mi parte de la herencia; lo de tener un empleo no iba conmigo; fui actor; también tuve

actores a mi servicio… Después me arruiné por completo, me endeudé hasta las cejas, me embarqué en un asunto… ¡ay! Ha habido de todo… Pero ¡todo eso ya es cosa del pasado! —El detenido hizo un gesto con la mano y se rió de forma campechana—. Yo, hermano Yefímushka, ya no soy un señor… Ya estoy curado de eso. ¡Ahora podríamos, los dos juntos, empezar una nueva vida!… ¡Eh! ¡Despierta!

—No es nada… —dijo Yefímushka con un hilo de voz—. Sólo que estoy avergonzado. Le he estado diciendo unas cosas… bastante disparatadas y, en general… Los aldeanos, ya se sabe… Entonces, dígame, ¿pasamos aquí la noche? Puedo encender una hoguera…

—Muy bien, ¡adelante!

El detenido se tendió en el suelo boca arriba, mientras el *sotski* desaparecía en el bosque, de donde no tardaron en llegar chasquidos de ramas y susurros. En seguida Yefímushka regresó con una brazada de chamarasca, y al cabo de un minuto en el montón de pequeñas ramas culebreaba alegremente una lengua de fuego.

Los viejos camaradas contemplaron pensativos la hoguera, sentados uno enfrente del otro y pasándose la pipa.

—Igual que entonces —dijo Yefímushka con tristeza.

—Pero los tiempos no son los mismos —afirmó Tuchkov.

—Pues sí, la vida ha sido muy dura… Fíjese en usted… Ha podido con usted…

—Bueno, eso aún está por ver: si ella conmigo o yo con ella… —sonrió Tuchkov.

Callaron…

A sus espaldas, el bosque se alzaba como un muro oscuro y susurraba con dulzura, la hoguera crepitaba alegremente; a su alrededor las sombras bailaban en silencio, y flotaban sobre los campos las espesas tinieblas.

ZAZÚBRINA
(1897)

La ventana redonda de mi celda daba al patio de la prisión. Quedaba muy alta, pero, juntando la mesa a la pared y encaramándome a ella, podía ver desde allí todo lo que pasaba en el patio. Por encima de la ventana, bajo el tejadillo, las palomas habían construido su nido y cada vez que me asomaba al patio oía sus arrullos sobre mi cabeza.

Había tenido tiempo suficiente para familiarizarme con la población de la prisión, y ya sabía que el tipo más jovial de aquella lúgubre compañía se llamaba Zazúbrina.

Era un tipo grueso y achaparrado, con la cara colorada y la frente despejada, bajo la cual siempre brillaban con viveza unos grandes ojos claros.

Llevaba la gorra echada para atrás, encajada en el cogote, y las orejas destacaban cómicamente en su cabeza rapada; nunca se ataba los cordones del cuello de la camisa ni se abotonaba la chaqueta, y hasta el menor movimiento de sus músculos permitía adivinar el alma incapaz de abatirse o de irritarse que habitaba en él.

Siempre risueño, siempre animado y bullanguero, era el ídolo de la cárcel. Continuamente andaba rodeado de una multitud de compañeros anodinos; él los hacía reír y los distraía con toda clase de salidas chuscas, embelleciendo con su genuina alegría la vida insípida y tediosa de la prisión.

Cierto día salió de su celda para dar su paseo, y lo hizo en compañía de tres ratas, hábilmente embridadas por medio de un cordel. Zazúbrina corrió tras ellas alrededor del patio, gritando que iba tirado por una troika; las ratas, aturdidas con sus gritos, se movían de un lado para otro, y los presos que asistían al espectáculo se partían de risa, como unos chiquillos, viendo a aquel gordo con su troika.

Evidentemente, estaba convencido de que su existencia no tenía otra razón de ser que la de divertir a los demás, y no reparaba en medios para conseguirlo. En ocasiones, su inventiva adoptaba formas crueles; una vez, por ejemplo, se las arregló para pegar a la pared, no se sabe muy bien cómo, el pelo de un preso muy joven, un muchachito, que dormitaba sentado en el suelo, apoyado en esa pared;

acto seguido, cuando el pelo ya estaba bien sujeto, lo despertó súbitamente. El muchacho se puso en pie de un salto, pero en ese mismo instante cayó al suelo llorando, llevándose a la cabeza sus finas y delgadas manos. Los presos rieron a carcajadas, para satisfacción de Zazúbrina. Después —eso lo vi yo desde mi ventana— se dedicó a consolar al muchacho, que se había dejado en la pared un buen mechón de su cabello…

Aparte de Zazúbrina, los presos tenían otro favorito en aquella prisión: un gatito gordo y pelirrojo, al que todos mimaban; un animal muy juguetón. Cada vez que salían a dar su paseo, los presos se lo encontraban y se entretenían un rato con él, pasándoselo de mano en mano, persiguiéndolo por el patio y permitiéndole que les arañase las manos y la cara. Se sentían reconfortados cuando jugaban con aquel tunante.

Cuando el gatito entraba en escena, Zazúbrina se quedaba sin audiencia; desde luego, no le hacían demasiado feliz las preferencias del público. Zazúbrina tenía alma de artista y, como ocurre con todo artista, su vanidad superaba con mucho su talento. Cuando su público se entusiasmaba con el gato, él se quedaba solo: se retiraba a un rincón apartado del patio y desde allí observaba a sus compañeros, que se olvidaban de él por unos minutos. Yo lo veía desde mi ventana y me hacía cargo del malísimo rato que tenía que estar pasando. Me parecía que, inevitablemente, Zazúbrina acabaría matando al gato en cuanto se le presentara la ocasión, y la verdad es que sentía lástima de aquel preso tan guasón. El empeño de ciertas personas por ser el centro de atención resulta nefasto para ellas, pues no hay nada tan destructivo para el espíritu como el deseo de agradar a los demás.

Cuando uno vive encerrado en una prisión, hasta la vida del moho que crece en los muros le parece interesante; se comprenderá, pues, la atención con la que seguía aquel pequeño drama que se desarrollaba bajo mi ventana, centrado en los celos que aquel hombre tenía del gatito, y se comprenderá también la impaciencia con la que aguardaba su desenlace. Y ese desenlace no tardó en llegar.

Cierto día, claro y soleado, en el momento en que los presos salían de sus celdas y se repartían por el patio, Zazúbrina vio en un rincón un cubo de pintura verde que se habían dejado olvidado los pintores que estaban adecentando los tejados del penal. Se acercó a echar un vistazo y, tras pensárselo un momento, metió el dedo en el cubo y se pintó unos bigotes de color verde. Aquellos bigotazos verdes en medio de su carota rubicunda despertaron la hilaridad general. Un adolescente quiso imitar aquella idea y empezó también él a cubrirse de pintura el labio superior, pero Zazúbrina se untó la mano entera de pintura y rápidamente le

embadurnó toda la cara. El adolescente bufaba y agitaba la cabeza, Zazúbrina bailoteaba a su alrededor y el público se tronchaba de risa, jaleando al cómico con exclamaciones entusiastas.

En ese preciso instante el gatito pelirrojo hizo acto de presencia en el patio. Iba paseándose tranquilamente, sin ninguna prisa, levantando con gracia las patitas, con el rabo hacia arriba; era evidente que no abrigaba ningún temor a que lo atropellase la masa de presos que rugían como posesos alrededor de Zazúbrina y del mozo pintarrajeado, que se esforzaba por quitarse de la cara aquella mezcla viscosa de aceite y cardenillo.

—¡Hermanos! —gritó un preso—. ¡Ha venido Mishka!

—¡Ah! ¡Menudo bribón es este Mishka!

—¡Ven, minino, precioso!

Cogieron al gato, y empezaron a pasárselo de mano en mano; todo el mundo quería acariciarlo.

—¡Huy, lo que come este gato! ¡Menuda tripa ha echado!

—¡Y cómo crece de rápido!

—¡Y cómo araña, el diablillo!

—¡Suéltalo! Deja que salte solo…

—Mira, me lo pongo así en la espalda… ¡Salta, Mishka!

En torno a Zazúbrina se había hecho el vacío. Estaba solo, limpiándose con los dedos la pintura del bigote y mirando cómo saltaba el gato por los hombros y espaldas de los presidiarios. Todos se lo pasaban en grande, las carcajadas estallaban sin cesar.

—¡Hermanos! ¡Vamos a pintar al gato! —se oyó la voz de Zazúbrina. Y sonó de un modo que hacía pensar que, además de proponer aquella trastada, estaba ya de paso pidiendo permiso para llevarla a cabo.

Se armó un gran alboroto entre los presos.

—¿Y si revienta? —se preguntó uno.

—¿Por un poco de pintura? ¡Qué cosas tienes!

—¡Venga, Zazúbrina! ¡Pinta sin miedo!

Un mocetón cuadrado, con una barba roja como el fuego, exclamó con entusiasmo:

—¡Menuda diablura se le ha ocurrido!

Zazúbrina ya había cogido en brazos al gato y se lo llevaba hacia el cubo de pintura. Se puso a cantar:

Atentos, hermanos,

mirad bien aquí:

el gato entra rojo,

verde va a salir.

¡A bailar, hermanos,

a bailar sin fin!

Estalló una sonora carcajada y, retorciéndose de risa, los presos hicieron un corro. Eso me permitió ver cómo Zazúbrina, cogiendo al gato de la cola, lo hundía en el cubo. Entonces empezó a bailotear mientras cantaba:

Tú no maúlles, minino,

¡deja en paz a tu padrino!

Las carcajadas eran cada vez más estruendosas. Alguien chilló con voz atiplada:

—¡Ayayay! ¡Este Judas gordinflón!

—¡Ay, Dios santo! —gimió otro.

Se ahogaban, jadeaban de la risa; la risa hacía que se retorcieran los cuerpos de aquellos hombres, los doblaba por la mitad, los convulsionaba; las carcajadas retumbaban en el aire; la hilaridad crecía, cada vez más poderosa, inquebrantable, llegando casi a la histeria. En las ventanas del pabellón de mujeres asomaban algunos rostros sonrientes, envueltos en pañuelos blancos, que miraban al patio. Un vigilante, con la espalda apoyada en la pared, sacaba su prominente barriga y, sujetándosela con ambas manos, disparaba las salvas de su risa espesa, profunda, sofocada.

La risa agitaba a los hombres, que no paraban de moverse alrededor del cubo. Haciendo toda clase de cabriolas asombrosas, Zazúbrina bailaba con las piernas flexionadas, al tiempo que cantaba:

¡Ay, qué vida más chocante!

Una gata gris parió

un buen día un gato rojo

que se ha vuelto verde hoy.

—¡Ya está bien, maldita sea! —exclamó entre gemidos el preso de la barba roja como el fuego.

Pero Zazúbrina estaba inspirado. A su alrededor atronaba la risa enloquecida de aquellos hombres grises, y Zazúbrina sabía que era él, y sólo él, el responsable de aquellas risas. En cada uno de sus gestos, en cada una de las muecas de su viva cara de bufón se reflejaba claramente esa conciencia, y todo su cuerpo se estremecía de placer triunfal. Tenía agarrado al gato por la cabeza y, mientras sacudía de su pelaje los restos de pintura, en su éxtasis de artista, consciente de su victoria sobre la multitud, danzaba incansable e improvisaba:

Camaradas, ¡voto a tal!

Consultad el santoral:

hay que buscarle al minino

un nombre requetefino.

Todo eran risas alrededor de la multitud de presidiarios, arrebatada por una alegría desenfrenada: el sol reía en los cristales de las ventanas protegidas por rejas de hierro, sonreía el cielo azul sobre el patio de la cárcel, y hasta sus viejos y mugrientos muros parecían sonreír, con la sonrisa propia de aquellos seres que se ven obligados a contener su alegría, por mucho que ésta bulla en su interior. Todo renacía, se desprendía del tono aburrido y gris que invitaba a la melancolía y cobraba nueva vida, animado por aquella risa purificadora, la cual, al igual que el sol, hacía que hasta la suciedad pareciera más decente.

Tras depositar al gato verde sobre la hierba que, formando pequeñas isletas entre las piedras del patio, le proporcionaba a éste algo de amenidad y colorido, Zazúbrina, excitado, sofocado y bañado en sudor, siguió ejecutando su danza.

Pero las risas empezaban a extinguirse. Aquello había sido excesivo, y la gente ya estaba cansada. Aún se oyeron algunos chillidos histéricos, algunas risotadas, pero muy esporádicas ya… Finalmente, llegó un momento en el que todo el mundo se quedó callado, con la excepción de Zazúbrina, que seguía con sus tonadas, y el pobre gato, que emitía un maullido débil y lastimero, mientras se arrastraba por la hierba. Apenas se distinguía por su color y, aparentemente, la pintura debía de haberlo cegado y dificultaba sus movimientos: parecía un ser torpe y desmañado cuyas patas temblorosas resbalaban de un modo absurdo, obligándolo a detenerse, como si se hubiera quedado pegado a la hierba, sin parar de maullar…

Mira, pueblo, al gato verde:

no sabe dónde meterse.

Mira a Mishka, que era rojo,

y ahora es rojo pero verde.

De ese modo comentaba Zazúbrina los movimientos del gatito.

—¡Anda, perro, te creerás muy gracioso! —dijo el mocetón de la barba

pelirroja.

El público contemplaba a su artista con evidentes síntomas de hartura.

—¡Qué forma de maullar! —dijo el preso adolescente, señalando con la cabeza al gato, y después miró a sus camaradas. Éstos observaban al animal sin hacer comentarios—. ¿Qué os parece? ¿Se va a quedar verde para toda la vida? —preguntó al fin.

—Eso si vive… —apuntó un presidiario alto y canoso que se había agachado para ver mejor a Mishka—. En cuanto le dé el sol, la pintura se le va a resecar, va a formar una masa pegajosa y ya veréis cómo el animal la palma…

El caso es que el gato maullaba de un modo desgarrador, produciendo una reacción en el ánimo de los presos.

—¿La va a palmar, decís? —preguntó el adolescente—. ¿Y si lo lavamos?

No hubo respuesta. El gato, hecho una bolita verde, se paseaba entre las piernas de aquellos gañanes; daba verdadera lástima ver su debilidad.

—¡Uf! ¡Estoy bañado en sudor! —exclamó Zazúbrina, arrojándose al suelo. Pero nadie le prestó atención.

El adolescente se acercó al animal y lo cogió en brazos, pero en seguida volvió a depositarlo en la hierba, diciendo:

—Está ardiendo… —Después miró detenidamente a sus compañeros y dijo en tono lastimero—: ¡Pobre Mishka! ¡Nos vamos a quedar sin él! ¿Cómo hemos consentido que lo mataran? La verdad…

—Tranquilo, seguro que sale de ésta —dijo el pelirrojo.

La criatura verde y deforme seguía arrastrándose por la hierba. Veinte pares de ojos estaban pendientes del animal, y en ningún rostro había ya ni rastro de una sonrisa. Todos estaban muy serios, taciturnos, tan compungidos como el propio gato, como si éste les hubiera comunicado sus angustias y estuvieran sufriendo su dolor.

—¡Que sale de ésta…! —dijo el adolescente con una sonrisa forzada, levantando la voz—. No sé… Mishka era… Le teníamos todos tanto cariño… ¿A

cuento de qué había que atormentarlo? Para eso, casi habría sido mejor matarlo…

—¿Y quién ha sido? —gritó encolerizado el preso pelirrojo—. Ése demonio de ahí, maldito gracioso.

—Bueno —dijo Zazúbrina en tono conciliador—, ¡lo hemos decidido de común acuerdo!

Y se encogió como si tuviera frío.

—¡De común acuerdo! —le remedó el adolescente—. ¡Y qué más! Tú eres el único culpable…

—Tampoco hace falta mugir, becerro —le aconsejó Zazúbrina, buscando siempre la concordia.

Un hombre ya mayor, de pelo gris, cogió al gatito en brazos y, tras examinarlo concienzudamente, sugirió:

—Igual, si lo lavamos con queroseno, se le va la pintura.

—En mi opinión, habría que cogerlo del rabo y tirarlo por encima del muro —dijo Zazúbrina, y después añadió con una sonrisa—: ¡Nada más sencillo!

—¿Cóoomo? —rugió el pelirrojo—. ¿Y si hago yo eso contigo? ¿Te apetece?

—¡Diablo! —exclamó el adolescente y, quitándole el gato de las manos al viejo, se largó por ahí. El viejo y algunos presos más fueron detrás de él.

Entonces Zazúbrina se quedó en el patio en compañía de un grupo de hombres que le miraban con ojos aviesos y lúgubres. Parecían estar expectantes.

—Pues ¡yo no he sido el único, hermanos! —dijo Zazúbrina en tono lastimero.

—¡A callar! —gritó el pelirrojo, recorriendo el patio con la mirada—. ¡Que no has sido el único! A ver, ¿quién más ha podido ser?

—Pues ¡todos! —exclamó con convicción el guasón.

—¡Anda, perro!

El pelirrojo le asestó un puñetazo en toda la boca. El artista reculó, pero se encontró con un cogotazo.

—¡Hermanos! —imploró con voz lastimera.

Pero sus hermanos se habían percatado de que los dos vigilantes estaban bastante alejados, de modo que una masa compacta rodeó a su favorito y lo derribó con unos cuantos golpes. Desde lejos, podía pensarse que aquel grupo compacto estaba charlando animadamente. Rodeado y tapado por sus atacantes, Zazúbrina estaba a su merced en el suelo. De vez en cuando, se oía un ruido sordo: estaban pateando a Zazúbrina en las costillas, sin ninguna prisa, sin perder la calma, aguardando el momento propicio en el que, al retorcerse como una culebra, les ofreciera algún blanco conveniente donde asestarle un puntapié.

El castigo duró tres minutos. De repente se oyó la voz de un vigilante:

—¡Eh, vosotros, qué demonios! ¡Tampoco hay que pasarse!

Los presidiarios pusieron fin al tormento, pero sin precipitarse. Uno a uno se fueron apartando de Zazúbrina, no sin antes despedirse de él con una última patada.

Cuando todos se hubieron retirado, quedó tendido en el suelo, boca abajo. Le temblaban los hombros: seguramente estaría llorando. No paraba de toser y de escupir. Finalmente, con mucho cuidado, como si tuviera miedo de desmoronarse, trató de incorporarse. Se apoyó en el suelo con la mano izquierda, después dobló una pierna y, dando alaridos como un perro enfermo, consiguió sentarse.

—¡No finjas! —gritó el pelirrojo, en tono intimidatorio. Zazúbrina hizo algunos movimientos y rápidamente se puso de pie.

Después se dirigió tambaleándose hacia uno de los muros de la cárcel. Tenía una mano firmemente pegada al pecho; la otra la llevaba estirada hacia el frente. Al alcanzar su objetivo, apoyó esa mano en el muro e inclinó la cabeza hacia el suelo. No paraba de toser…

Vi cómo caían unas gotitas oscuras al suelo; destacaban claramente sobre el fondo gris del muro del presidio.

Y, como no quería que su sangre manchase un edificio oficial, Zazúbrina hacía todo lo posible para que las gotas fueran a parar al suelo de tierra, sin

alcanzar en ningún caso la pared.

Cómo se rieron de él…

A partir de aquel día el gato no volvió a aparecer. Y Zazúbrina ya no tuvo que compartir con nadie la atención de los presos de aquella cárcel.

LOS EXHOMBRES
(1897)

I

La calle del Arrabal consta de dos hileras de casuchas de un solo piso, muy pegadas las unas a las otras, decrépitas, con las paredes vencidas y las ventanas desvencijadas. Los tejados hundidos de las viviendas maltratadas por el paso del tiempo, remendados con tablones de tilo, están cubiertos de musgo; sobre ellos se alzan en algunos sitios unas altas pértigas con jaulas para los estorninos. Les da sombra el verdor polvoriento del saúco y de los sauces encorvados: triste flora de las afueras de las ciudades, habitadas por los más miserables.

Los gastados cristales, verdosos y turbios, de las ventanas de las casas intercambian sus miradas de cobardes rateros. Por mitad de la calle desciende un reguero zigzagueante, que va sorteando los profundos baches cavados por las lluvias. Aquí y allá se ven montones de cascajo y toda clase de residuos, cubiertos de hierbajos: igual pueden ser los restos que los comienzos de una de esas construcciones que acometen sin éxito los vecinos en su lucha contra los torrentes que bajan impetuosos de la ciudad cada vez que llueve. Arriba, en lo alto de la colina, las mansiones de piedra se ocultan entre la vegetación exuberante de los frondosos jardines, los campanarios de las iglesias se elevan orgullosos hacia el azul, sus cruces doradas relumbran al sol.

Cuando llueve, la ciudad vierte en el Arrabal todas sus inmundicias; en tiempos de sequía, lo inunda de polvo. Y todas estas casuchas deformes también parecen desterradas de allí, de los barrios altos, barridas por un poderoso brazo como si no fueran más que basura.

Aplastadas contra el suelo, medio podridas, enfermizas, pintadas por el sol, el polvo y la lluvia de ese color gris desvaído que adquiere la madera envejecida, han ido cubriendo la ladera.

En el extremo de esta calle, expulsado de la ciudad, al pie de la colina, se levanta un abandonado caserón de dos pisos, propiedad del mercader Petúnnikov. Se encuentra en el borde mismo, casi fuera ya de la ladera, lindando con el campo que se extiende tras ella hasta verse cortado, media kilómetro más allá, por un abrupto barranco sobre el río.

Aquel viejo caserón era el más lúgubre de los edificios del vecindario. Todo él deslomado, de la doble fila de ventanas ni una sola conservaba su forma original, y los restos de cristales en los marcos rotos tenían el color verde turbio del agua estancada.

Las paredes entre las ventanas estaban plagadas de grietas y de manchas oscuras de los desconchados: era como si el tiempo hubiera escrito su biografía en los muros de la casa por medio de jeroglíficos. El tejado, inclinado hacia la calle, agudizaba aún más su lamentable aspecto; se diría que la casa, postrada en el suelo, esperaba sumisa el golpe de gracia del destino que acabaría por reducirla a un deforme montón de escombros putrefactos.

El portón de acceso estaba abierto; una de sus hojas, desprendida de los goznes, yacía arrumbada en la tierra, y a través de las rendijas que había entre sus tablas asomaba la hierba que había invadido el gran patio abandonado. Al fondo de ese patio se veía un edificio bajo, ennegrecido por el humo, con un tejado de hierro de una sola vertiente. La casa principal estaba deshabitada, pero en este edificio, una antigua fragua, se había instalado un «asilo nocturno», regentado por el capitán de caballería en la reserva Aristid Fomich Kuvalda.

Por dentro, el asilo era un largo y lúgubre tabuco, de seis por cuatro *sázheni*[28]. Cuatro ventanucos y una puerta grande se encargaban, sólo por uno de los lados, de proporcionarle algo de luz. Las paredes de ladrillo sin enlucir estaban tiznadas por el humo; la techumbre, construida con restos de barcas, también estaba renegrida. En el centro de la estancia había una enorme estufa que en sus orígenes había servido de fragua, y alrededor de la estufa, a lo largo de los muros, estaban dispuestas unas amplias tarimas que hacían las veces de camastros, cubiertas de toda clase de pingajos entre los cuales dormían los huéspedes. Las paredes apestaban a humo; el piso de tierra, a humedad; los camastros, a trapos descompuestos.

El patrón del asilo tenía un sitio junto a la estufa, los camastros contiguos eran los más distinguidos, y en ellos se instalaban los huéspedes que gozaban de la benevolencia o la amistad del patrón.

El capitán se pasaba los días en la puerta del asilo, sentado en una especie de butaca que él mismo había construido con ladrillos, cuando no se acercaba a la taberna de Yegor Vavílov, muy cerca de la casa de Petúnnikov. Allí era donde el capitán comía y bebía.

Antes de alquilar aquel local, Aristid Kuvalda había dirigido en la ciudad una agencia de colocación de criados; si nos remontamos aún más atrás en su pasado, sabremos que había tenido una tipografía, y antes, según sus propias palabras, se había dedicado «a vivir». «Y he vivido a cuerpo de rey, ¡qué diablos! ¡Yo sí que sabía vivir!».

Era un hombre de unos cincuenta años, alto y fornido, con el rostro picado de viruelas y abotargado por el alcohol; sus anchas barbas tenían un color amarillento sucio. Sus ojos eran grises, inmensos, de una alegría descarada; hablaba en tono grave, con una vibración en la garganta, y casi siempre sostenía entre los dientes una pipa alemana de porcelana con el caño curvo. Cada vez que se enfadaba, las ventanas de la nariz, grande, aguileña, colorada, se le abrían mucho y los labios se le contraían, dejando al descubierto sus dos hileras de dientes amarillos, imponentes como los de un lobo. Era un hombre de brazos largos y piernas arqueadas, siempre vestido con un capote de oficial sucio y gastado, una gorra grasienta con una cinta roja pero sin visera y unas ruines botas de fieltro que le llegaban hasta las rodillas. Todas las mañanas, indefectiblemente, amanecía con una buena resaca, y por las tardes se achispaba. No llegaba a emborracharse del todo, por mucho que bebiera, y jamás perdía el buen humor.

Al anochecer, sentado en su butaca de ladrillos con la pipa entre los dientes, recibía a sus huéspedes.

—¿Y tú quién eres? —le preguntaba a algún tipo harapiento y abatido, expulsado de la ciudad por borracho o hundido en el fango por alguna otra razón importante.

El hombre respondía.

—Muéstrame algún documento legal que confirme tus embustes.

Si los había, le presentaban tales documentos. El capitán se los guardaba entre la ropa, normalmente sin interesarse por su contenido, y decía:

—Todo está en regla. Por una noche, dos kópeks; por una semana, un *grívennik*; por un mes, tres *grívenniki*. Pasa y búscate un sitio, y procura que esté libre, no vayas a llevarte una buena tunda. En esta casa se hospeda gente formal…

El recién llegado le preguntaba:

—¿Y no sirven té, pan o alguna otra cosa de comer?

—Yo proporciono únicamente paredes y techo; por algo le pago al bandido del dueño de esta covacha, el comerciante de segunda categoría Judas Petúnnikov, cinco rublos al mes —explicaba Kuvalda en tono profesional—. Aquí viene gente que no está hecha al lujo… Ahora, si tú eres de los que tienen la costumbre de zampar a diario, ahí mismo tienes una taberna. Pero más te valdrá, desdichado, ir quitándote de ese vicio. Si no eres ningún señor, entonces, ¿de qué te sirve comer? ¡Tú solo te estás consumiendo!

Por estos discursos, pronunciados en un tono artificialmente severo, pero siempre con ojos risueños, y por las atenciones que prodigaba a sus huéspedes, el capitán gozaba de una gran popularidad entre los desharrapados de la localidad. A menudo ocurría que un antiguo cliente suyo se presentaba en el albergue, ya no harapiento y hundido, sino con un aspecto más o menos decente y con semblante animoso.

—¡Buenos días, mi capitán! ¿Cómo va eso?

—Buenas. Vamos tirando. Tú dirás.

—¿No me reconoce?

—Pues no.

—Acuérdese: en invierno estuve aquí cerca de un mes… Cuando hubo aquella redada y se llevaron a tres…

—Verás, hermano, la policía se presenta a menudo en este acogedor establecimiento…

—¡Ay, Señor! ¡Si en aquella ocasión le hizo usted una higa al comisario!

—Para el carro, déjate de recuerdos y di sencillamente qué se te ofrece.

—¿Aceptaría usted una modesta invitación? Como en aquellos días, cuando estuve viviendo aquí, se portó usted conmigo… Quiero decir que…

—La gratitud debería ser alentada, amigo mío, pues rara vez se da entre los hombres. Tú, desde luego, pareces un tipo estupendo y, aunque ahora mismo no me acuerdo de ti, estoy encantado de acompañarte a la tasca a celebrar tus progresos.

—Veo que es usted el mismo de siempre… ¿Sigue igual de bromista?

—Y ¿qué va a hacer uno si no, rodeado de desgraciados?

Y se iban para allá. En ocasiones, algún antiguo cliente del capitán, completamente desmadejado y desencajado tras el festejo, regresaba al asilo; al día siguiente se repetía el convite, y una buena mañana el antiguo cliente se levantaba con la conciencia de que había vuelto a quedarse sin blanca bebiendo.

—¡Mi capitán! ¡Qué mala suerte! ¿Será posible que vaya a estar de nuevo a sus órdenes? Y ahora ¿qué va a ser de mí?

—No es una situación como para presumir; pero, ya que ha pasado, tampoco sirve de nada lamentarse —razonaba el capitán—. Hay que mirarlo todo con distancia, amigo mío, nada de arruinarse la vida filosofando y planteándose grandes cuestiones. Ponerse a filosofar siempre es una estupidez; ponerse a filosofar con resaca, una estupidez indescriptible. La resaca pide vodka, no remordimientos de conciencia ni rechinar de dientes… Los dientes procura conservarlos: si no, no va a tener gracia zurrarte. Anda, aquí tienes dos *grívenniki*; ve y tráete una *kosushka*[29] de vodka, un *piatachok*[30] de callos calientes o de bofe, una libra de pan y dos pepinos. Cuando haya remitido la resaca, sopesaremos la situación…

La situación estaba muy clara un par de días más tarde, cuando al capitán no le quedaba ni un kópek de los tres rublos o de los cinco rublos que tenía en el bolsillo el día en que se había presentado el cliente agradecido.

—¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Basta! —decía el capitán—. Ahora que tanto tú como yo nos lo hemos gastado todo bebiendo, hay que procurar retomar la senda de la sobriedad y la virtud. Cuánta verdad hay en esas palabras: sin pecado no hay arrepentimiento, sin arrepentimiento no hay salvación. Nosotros ya hemos pecado, pero el arrepentimiento es algo inútil: tratemos directamente de salvarnos. Dirígete al río y ponte a trabajar. Si no tienes fe en tus propias fuerzas, dile al contratista que te guarde la paga, o si no confiármela a mí. Cuando hayamos reunido un capital, te compraré unos pantalones y todo lo necesario para que puedas volver a presentarte como un hombre digno y un humilde trabajador, acosado por el destino. Con unos buenos pantalones podrás ir muy lejos de nuevo. ¡En marcha!

Y el cliente, divertido con las palabras del capitán, se marchaba a trabajar de

estibador. No acababa de captar toda su enjundia, pero, teniendo delante aquellos ojos alegres, se sentía reconfortado y sabía que, si las cosas venían mal dadas, aquel capitán tan elocuente siempre podía servirle de apoyo.

Y, en efecto, al cabo de uno o dos meses de trabajo penoso el cliente, gracias a la estricta vigilancia a que le sometía el capitán, tenía la posibilidad material de volver a subir un escalón por encima de aquel del que había caído con anterioridad, contando también en la caída con la participación benevolente del propio capitán.

—Bueno, amigo mío —decía Kuvalda, tras inspeccionar con ojo crítico al rehabilitado cliente—, los pantalones y la chaqueta ya los tenemos. Son prendas de una importancia enorme; confía en mi experiencia. Mientras tuve unos pantalones decentes, desempeñé en la ciudad un papel muy digno, pero, maldita sea, en cuanto empezaron a caérseme los pantalones, perdí la consideración de la gente y acabé aterrizando aquí sin remedio. La gente, cabeza de chorlito, juzga siempre todo basándose en las apariencias: por culpa de su innata estupidez no puede acceder al fondo de las cosas. Métetelo en la cabeza y, una vez que me pagues al menos la mitad de lo que me debes, vete en paz y busca, que algo encontrarás.

—Y yo, Aristid Fomich, ¿cuánto le debo? —interrogaba confuso el cliente.

—Un rublo y siete *grivny*… Dame por ahora un rublo o siete *grivny*, y el resto puede esperar hasta que robes o ganes más de lo que tienes en estos momentos.

—¡Le agradezco humildemente tanta atención! —decía el cliente conmovido—. ¡Qué bueno es usted, de verdad! Y eso que el destino se ha cebado con usted… Seguro que era un hacha cuando ocupaba el puesto que le corresponde…

El capitán de caballería no sabía vivir sin sus discursos alambicados.

—¿Qué es eso de que hay un puesto que me corresponde? Nadie sabe de verdad qué puesto le corresponde en esta vida, y todo el mundo se mete en camisa de once varas. El puesto que le corresponde al comerciante Judas Petúnnikov está en un penal, y él se pasea por la calle a pleno día y hasta proyecta montar una fábrica. El puesto que le corresponde a nuestro amigo el maestro está junto a una buena mujer y rodeado de media docena de criaturas, pero se pasa las horas muertas en la taberna de Vavílov. Tú mismo: tú te irás a buscar una plaza de

criado o de mozo de hotel, y yo veo que naciste para soldado, porque no tienes un pelo de tonto, aguantas lo que te echen y te adaptas a la disciplina. ¿Te das cuenta de lo que son las cosas? La vida baraja las cartas, y sólo por azar, y no por mucho tiempo, caemos en el puesto que nos corresponde.

En ocasiones, estas charlas de despedida servían de preludio a una larga amistad, la cual, una vez más, comenzaba con una ronda y acababa como siempre: el cliente bebido y obnubilado, el capitán dándole la revancha, y así hasta quedarse los dos a la cuarta pregunta.

Tales recaídas no enturbiaban las buenas relaciones entre las partes. El maestro al que había aludido el capitán era precisamente uno de esos clientes que sólo se enmendaban para volver a degradarse de inmediato. Por su intelecto, era allí la persona más próxima al capitán, y acaso fuera ésa la razón de que, una vez caído en el albergue, hubiera sido incapaz de volver a levantarse.

Estando con él, Kuvalda podía dedicarse a filosofar, en la seguridad de que alguien le comprendía. Eso era algo que valoraba mucho; por eso, cada vez que el maestro de escuela, ya recuperado, se disponía a abandonar el asilo tras haber ganado algún dinerillo, con la intención de alquilar un cuarto en la ciudad, Aristid Kuvalda lo despedía con tanta tristeza, le dedicaba unos discursos tan nostálgicos que ambos, indefectiblemente, terminaban borrachos como cubas, después de haberse bebido hasta el último kópek. Es verosímil que Kuvalda actuara así conscientemente, para que el maestro fuera incapaz de alejarse de su asilo. Un hombre como Kuvalda, con una sólida formación cuyos rescoldos se reavivaban en sus peroratas, con un hábito de razonar que se había visto estimulado por los reveses de la fortuna, ¿cómo iba a dejar de desear, cómo iba a dejar de hacer todo lo posible para tener permanentemente a su lado a un hombre tan semejante a él? Todo el mundo sabe compadecerse de sí mismo.

En otros tiempos, este maestro había dado clases en una escuela normal en una ciudad ribereña del Volga, pero había sido apartado de su puesto. Más tarde fue escribiente en una curtiduría, bibliotecario, y había desempeñado algunas otras profesiones; finalmente, después de haber aprobado el examen de procurador en un juzgado, se dio a la bebida y acabó yendo a parar al asilo del capitán. Era un hombre alto, cargado de espaldas, con una nariz larga y puntiaguda y completamente calvo. En su rostro bilioso y descarnado, de afilada perilla, brillaban unos ojos inquietos, profundamente hundidos en sus órbitas; las comisuras de los labios apuntaban tristemente hacia abajo. Se ganaba la vida o, para ser más exactos, la bebida, trabajando como reportero para los periódicos

locales. En cierta ocasión, reunió quince rublos en una semana; entonces se los entregó al capitán y le dijo:

—¡Sea! Regreso al seno de la civilización.

—¡Admirable! Tienes todo mi apoyo, Filipp: ¡no voy a permitir que bebas ni una copa! —le advirtió con firmeza el capitán.

—¡Te estaré muy agradecido…!

El capitán creyó advertir en sus palabras algo semejante a una tímida petición de indulgencia, y dijo en tono aún más tajante:

—¡Te pongas como te pongas! ¡No pienso dejarte!

—Bueno, sí… ¡por supuesto! —decía el maestro suspirando y se iba a hacer sus reportajes. Pero al día siguiente, a los dos como mucho, sediento, miraba al capitán desde un rincón con ojos tristes y suplicantes, esperando ansioso a que a su amigo se le ablandara el corazón. El capitán pronunciaba entonces sus discursos, impregnados de una ironía implacable, sobre el oprobio que supone la falta de carácter, sobre los viles placeres de la ebriedad y sobre otros temas propios de las circunstancias. Hay que ser justos con él: el capitán se tomaba completamente en serio su papel de mentor y de moralista; pero los habituales del asilo, inclinados al escepticismo, observando sus gestos y escuchando sus diatribas, se decían con un guiño:

—¡Qué tunante! ¡Qué manera de escurrir el bulto! Ya está con lo de siempre: «Mira que te lo advertí… No me has hecho caso… La culpa es tuya»…

—El capitán es un auténtico estratega: al tiempo que avanza, ya va pensando en la retirada.

Así que el maestro abordaba a su amigo en algún rincón oscuro y, aferrándose a su sucio capote, tembloroso, humedeciéndose los labios resecos, le miraba a la cara con una expresión indescriptible, profundamente trágica.

—¿No puedes? —le preguntaba el capitán, con aire sombrío.

El maestro de escuela asentía con la cabeza.

—Aguanta un día más… Igual lo consigues… —le sugería Kuvalda.

El maestro rechazaba la propuesta sacudiendo la cabeza. El capitán se daba cuenta de que el cuerpo de su amigo se estremecía, ávido de veneno, y sacaba dinero del bolsillo.

—Por lo general, es inútil oponerse al destino —decía en tales situaciones, como si pretendiera justificarse ante no se sabe quién.

El maestro no se bebía todo su dinero: la mitad, por lo menos, la destinaba a los niños de la calle del Arrabal. Los pobres siempre son ricos en hijos; en esa calle, entre el polvo y las zanjas, a todas horas alborotaban montones de criaturas andrajosas, sucias y desnutridas.

Los niños son las flores vivas de la tierra, pero en la calle del Arrabal parecían flores prematuramente marchitas. El maestro solía reunirlos, les compraba unos panecillos, huevos, manzanas y nueces, y se los llevaba al campo, en dirección al río. Allí primero devoraban todo lo que les ofrecía el maestro y después se ponían a jugar, impregnando de gritos y risas el aire en una versta a la redonda. La silueta estirada del borracho parecía encogerse entre los chiquillos; ellos le trataban como a uno de los suyos, y le llamaban Filipp a secas, sin añadir al nombre tratamientos como «tío» o «señor». Daban vueltas a su alrededor como diablillos, le empujaban, se le subían a los hombros, le daban manotazos en la calva, le tiraban de la nariz. Todo eso, naturalmente, le agradaba y jamás se quejaba de que se tomaran tales libertades. Apenas hablaba con ellos, y si acaso les decía algo lo hacía en un tono cauto y temeroso, como si tuviera miedo de que sus palabras pudieran manchar o echar a perder a los chavales. Así, en su papel de juguete y compañero de los niños, se pasaba horas y horas, observando sus animados rostros con ojos melancólicos. Después se dirigía cabizbajo a la taberna de Vavílov, donde bebía en silencio hasta perder el conocimiento.

Casi a diario, de vuelta de sus reportajes, el maestro llegaba con un periódico, y se constituía en torno a él la asamblea general de todos los exhombres. Acudían a él, ebrios o resacosos, diversamente desastrados, pero unánimemente miserables y sucios. Se acercaba Alekséi Maksímovich Simtsov, gordo como un tonel, antiguo guardabosques y actualmente vendedor de cerillas, de tinta y de betún. Era un anciano de unos sesenta años; vestía un abrigo de lona y un sombrero de ala ancha, muy ajado, que le tapaba la cara coloradota, cubierta por una poblada barba blanca. En medio de esa barba se asomaba con regocijo al mundo una nariz chata y purpúrea y brillaban unos ojillos lacrimosos y cínicos. Le llamaban «Peonza», un apodo muy adecuado a su figura redonda y a su forma de hablar, que recordaba a un zumbido.

Aparecía de no se sabe dónde «Final». Aquel borracho lúgubre, taciturno y sombrío era el antiguo carcelero Luká Antónovich Martiánov, un hombre que vivía de juegos como «la correa», «las tres hojillas» o «la banca», y de otras destrezas análogas, no menos ingeniosas e igualmente detestadas por la policía. Torpemente, dejaba caer en la hierba, al lado del maestro, su enorme cuerpo, cruelmente maltratado; en ese momento sus ojos negros centelleaban y, alargando una mano hacia la botella, preguntaba con voz aguardentosa:

—¿Puedo?

Se presentaba el mecánico Pável Sólntsev, un tísico de unos treinta años. Le habían hundido el costado izquierdo en una riña, y su rostro, amarillo y afilado como el de un zorro, aparecía contraído por una sonrisa burlona. Sus finos labios dejaban ver dos hileras de negros dientes, devastados por la enfermedad, y los andrajos le colgaban de los hombros huesudos como de una percha. Le llamaban «el Sobras». Se dedicaba a la venta de estropajos que él mismo fabricaba y de cepillos hechos de una hierba especial, muy a propósito para limpiar la ropa.

Llegaba un tipo alto, anguloso y tuerto del ojo izquierdo, con una expresión pavorosa en sus grandes ojos redondos. Era un hombre taciturno, apocado, que había estado tres veces en la cárcel por robo, sentenciado por jueces de paz y de distrito. Se apellidaba Kisélnikov, pero le llamaban «Tarás y Medio», por sacarle exactamente medio cuerpo a su inseparable amigo el diácono Tarás, exclaustrado por embriaguez y conducta licenciosa. El diácono era un hombre bajito y achaparrado, con un pecho hercúleo y una cabeza redonda y desgreñada. Bailaba de un modo asombroso y blasfemaba de un modo aún más asombroso. Al igual que Tarás y Medio, trabajaba aserrando madera a orillas del río, y en sus horas libres el diácono le contaba a su amigo y a cualquiera que estuviese dispuesto a escucharle cuentos «de su propia invención», como solía presentarlos. Cuando escuchaban esos cuentos, cuyos protagonistas siempre eran santos, reyes, clérigos y generales, hasta los habitantes del asilo nocturno escupían con aprensión y desencajaban los ojos, admirados de la fantasía del diácono, que contaba, con los ojos entornados, aventuras increíblemente desvergonzadas y obscenas. La imaginación de aquel individuo era inagotable y poderosa: podía pasarse un día entero inventando y hablando sin repetirse ni una sola vez. En él se había echado a perder, tal vez, un gran poeta, o al menos un narrador original, capaz de dar vida a cualquier cosa y hasta de insuflar aliento a una piedra con su verbo, nada decoroso, pero de gran vigor y plasticidad.

También andaba por allí un mozalbete extravagante, a quien Kuvalda

llamaba «Meteoro». En cierta ocasión se había presentado en el asilo para pasar la noche, y desde entonces se había quedado entre esos tipos, para sorpresa de todos. Al principio nadie había reparado en él; de día, como todos los demás, salía a ganarse el pan, pero de noche aparecía invariablemente en medio del grupo, y acabó por llamar la atención del capitán.

—¡Eh, chaval! ¿Qué se te ha perdido por aquí? ¿A qué te dedicas?

El muchacho respondió con descaro, escuetamente:

—Soy un vagabundo.

El capitán le examinó críticamente. El mozalbete llevaba el pelo largo, tenía los pómulos salientes y la nariz respingona; no parecía muy espabilado. Vestía un blusón azul, sin cinturón, y los restos de un sombrero de paja le cubrían la cabeza. Iba descalzo.

—Un idiota, ¡eso es lo que eres! —sentenció Aristid Kuvalda—. ¡No sé qué pintas aquí! ¿Bebes vodka? No… ¿Sabes robar? Tampoco. Vete por ahí a instruirte, y vuelve cuando seas un hombre…

El muchacho se echó a reír.

—No, ya estoy aquí instalado.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¡Vaya un… meteoro! —dijo el capitán.

—Voy a partirle los morros —sugirió Martiánov.

—¿Por qué? —quiso saber el mozo.

—Porque sí…

—Pues yo voy a abrirle a usted la cabeza de una pedrada —le advirtió el muchacho respetuosamente.

Martiánov le habría zurrado de no haberse interpuesto Kuvalda.

—Déjale… Date cuenta, hermano, de que no es muy distinto de nosotros. Tú quieres partirle los morros sin causa justificada, y él quiere vivir entre nosotros sin causa justificada. ¡Que le aproveche! Lo mismo nos pasa a los demás: que vivimos sin causa justificada…

—Pero sería mejor, joven, que se alejara un poco de nosotros —le aconsejó el maestro, observando al muchacho con sus ojos tristes.

El joven no respondió y se quedó donde estaba. Más tarde, acabaron por acostumbrarse a su presencia y ya no se fijaban en él. Pero él se fijaba en todo.

Todos estos sujetos formaban el estado mayor del capitán; él, con bondadosa ironía, los llamaba «los exhombres». Aparte de ellos, en el asilo se alojaban de forma estable cinco o seis golfos ordinarios. Ninguno de ellos podía presumir de un pasado como el de los exhombres, y, a pesar de que también habían sufrido los embates de la fortuna, eran personas más enteras, no estaban destruidas de un modo tan atroz. Casi todos ellos venían del campo. Posiblemente, si comparamos a un hombre decente de las clases cultivadas con su análogo del campo, aquél saldrá ganando; pero siempre el hombre depravado de la ciudad es infinitamente más vil e indecente que el hombre depravado de la aldea.

Un representante eminente de la clase de los antiguos aldeanos era el viejo trapero Tiapá. Largo y desmesuradamente flaco, inclinaba la cabeza hasta tal punto que el mentón reposaba en el pecho, de modo que proyectaba una sombra que recordaba por su forma a un atizador. De frente no se le veía la cara, de perfil sólo se distinguía su nariz aguileña, su labio caído y sus cejas hirsutas y grises. Era el huésped más veterano del capitán; de él se decía que tenía escondida en algún sitio una importante suma de dinero. Por culpa de ese dinero, dos años antes, le habían «marcado» el cuello con un cuchillo, y desde entonces inclinaba la cabeza de ese modo. Él negaba que tuviera dinero, y decía: «Me marcaron el cuello porque les dio la gana, fue una broma pesada». Desde aquel incidente le resultaba más fácil recoger trapos y restos de comida: la cabeza siempre estaba mirando al suelo. Cuando iba por ahí balanceándose, con paso inseguro, sin su gancho en las manos y sin su saco a la espalda, daba la sensación de ser un hombre meditabundo, y en esos momentos Kuvalda solía decir, señalándole con el dedo:

—Fijaos, es la conciencia del comerciante Judas Petúnnikov, que ha escapado por piernas de su dueño y anda buscando un refugio. ¡Hay que ver lo gastada, lo sucia, lo inmunda que es esa conciencia!

Tiapá hablaba con voz ronca y era difícil entender sus palabras; seguramente ésa era la causa de que fuera tan poco locuaz y de que buscara tanto la soledad. Pero, cada vez que se presentaba en el asilo un nuevo ejemplar humano al que la miseria había expulsado de la aldea, Tiapá se sentía furioso y agitado. No dejaba en paz al infeliz con sus burlas mordaces, pronunciadas con aquella ronquera maliciosa que salía de su garganta, se ocupaba de que alguien le hiciera la vida imposible y, por último, le amenazaba con darle personalmente una paliza y desvalijarlo durante la noche. De ese modo, casi siempre conseguía que el asustado labriego desapareciese del asilo.

Entonces Tiapá, más tranquilo, se retiraba a su rincón, donde remendaba sus harapos o leía su Biblia, tan vieja y sucia como él. De allí salía cuando el maestro de escuela les leía el periódico. Escuchaba en silencio todo lo que se leía y suspiraba hondamente, sin hacer ninguna pregunta. Pero, una vez concluida la lectura, cuando el maestro doblaba el periódico, Tiapá alargaba su mano huesuda y decía:

—Déjamelo…

—¿Para qué lo quieres?

—Trae… A ver si dice algo de nosotros…

—¿De quién?

—De la gente del campo.

Se reían de él, le arrojaban el periódico. Él lo cogía y leía que en tal aldea el granizo había echado a perder la cosecha de trigo, que en tal otra habían ardido treinta casas y que en una tercera una mujer había envenenado a su marido: todas esas cosas que se suelen escribir sobre la gente del campo y que la pintan como desdichada, estúpida y malvada. Tiapá lo leía con una especie de gruñido; tal vez manifestara con ese ruido su compasión, tal vez su satisfacción.

Los domingos no salía a recoger trapos, se pasaba casi todo el día leyendo la Biblia. Apoyaba el libro en el pecho y se enfadaba si alguien le molestaba o no le dejaba leer en paz.

—¡Eh, tú, brujo! —le decía Kuvalda—. ¿Entiendes tú algo? ¡Déjalo ya!

—Y tú ¿qué es lo que entiendes?

—Yo no entiendo nada, pero tampoco me da por leer…

—Pues yo sí que leo…

—¡Serás idiota! —afirmaba el capitán—. Ya es molesto tener bichos en la cabeza, pero que encima se te llene de ideas… ¿Cómo piensas vivir, viejo sapo?

—Ya no me queda mucho —decía Tiapá tranquilamente.

Un día el maestro de escuela quiso averiguar dónde había aprendido a leer. Tiapá le contestó secamente:

—En la cárcel…

—¿Has estado en la cárcel?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bah… Cometí un error… Esta Biblia la saqué de allí. Me la dio una señora… Se está bien en la cárcel, hermano.

—¿Y eso? ¿Por qué lo dices?

—Te hace entrar en razón… Además, aprendí a leer… Conseguí este libro… Todo de balde.

Cuando el maestro llegó al asilo, Tiapá ya llevaba allí mucho tiempo. Estuvo observando detenidamente al recién llegado; para poder mirarle a la cara, Tiapá tuvo que arquear todo el cuerpo hacia un lado. Solía escuchar atentamente las conversaciones del maestro, y un día se le acercó.

—Veo que eres un hombre instruido… ¿Has leído la Biblia?

—Sí, la he leído…

—Eso está bien… ¿La recuerdas?

—Bueno, sí…

El viejo arqueó el cuerpo hacia un lado y miró al maestro con sus ojos

pardos, duros y desconfiados.

—¿Te acuerdas de los amalecitas?

—¿Por qué?

—¿Qué ha sido de ellos?

—Desaparecieron, Tiapá… Están todos muertos…

El viejo estuvo callado unos instantes y volvió a preguntar:

—¿Y los filisteos?

—También…

—¿Todos muertos?

—Todos…

—Ya… ¿Y nosotros moriremos igual?

—Cuando llegue el momento, también moriremos —le aseguró el maestro con indiferencia.

—¿De qué tribu de Israel venimos?

El maestro le miró, reflexionó y empezó a hablarle de los cimerios, los escitas, los eslavos… El anciano cada vez se ladeaba más y le miraba con ojos asustados.

—¡Todo eso no son más que disparates! —dijo, con la voz aún más ronca que antes, cuando acabó el maestro.

—¿Por qué van a ser disparates? —replicó el maestro, perplejo.

—¿Qué naciones son ésas? No están en la Biblia.

Se levantó y se apartó, echando pestes.

—Estás perdiendo el juicio, Tiapá —le dijo muy serio el maestro, mientras se alejaba.

Entonces el viejo se dio la vuelta y le amenazó con un dedo encorvado y sucio.

—Del Señor viene Adán, de Adán los judíos… De modo que todos los hombres venimos de los judíos… Nosotros también…

—¿Cómo?

—Los tártaros vienen de Ismael… y éste a su vez de un judío…

—¿Qué me quieres decir con eso?

—¿Por qué mientes?

Y se marchó, dejando estupefacto a su interlocutor. Pero un par de días más tarde volvió a abordarle.

—Un hombre instruido como tú… tiene que saberlo. ¿Qué somos nosotros?

—Somos eslavos, Tiapá —le respondió el maestro.

—Habla según la Biblia: ésos ahí no aparecen. ¿Qué somos? ¿Babilonios o edomitas?

El maestro se lanzó a criticar la Biblia; el viejo le escuchó largamente, con atención, y en cierto momento le interrumpió:

—¡Alto ahí! ¡Para! O sea, entre los pueblos conocidos por Dios ¿no estaba el pueblo ruso? Dios nos desconoce, ¿no es eso? Las naciones que menciona la Biblia son las naciones que conocía el Señor. Él las destruyó a sangre y fuego, devastó sus ciudades y sus aldeas, pero les envió profetas para advertirlas… De modo que se compadeció de esas naciones. A los judíos y los tártaros los dispersó, pero los ha preservado… ¿Y qué hay de nosotros? ¿Por qué no hubo profetas entre nosotros?

—No… no lo sé —dijo el maestro, alargando las palabras, tratando de comprender al anciano.

Pero éste le puso una mano en el hombro, empezó a zarandearlo suavemente y exclamó con su voz ronca, como haciendo un esfuerzo por tragar:

—¡Pues haberlo dicho! No haces más que hablar, como si todo lo supieras.

Me marea oírte… Me turbas el alma… ¡Estarías mejor callado! ¿Qué somos? ¡Ésa es la cuestión! ¿Por qué no tuvimos profetas? ¿Dónde estábamos nosotros cuando Cristo andaba por la Tierra? ¿Lo ves? ¡Ay! Y tú, venga a contar embustes, ¿cómo puede morir todo un pueblo? El pueblo ruso no puede desaparecer, ¡qué disparate! Tiene que figurar en la Biblia, aunque no sepamos bajo qué nombre aparece… ¿Conoces tú al pueblo? ¿Sabes cómo es? Es algo grandioso… ¿Cuántas aldeas hay en la Tierra? Y en todas ellas vive el pueblo, el verdadero pueblo, un pueblo poderoso. Pero tú dices que morirá… Un pueblo no puede morir, el hombre sí puede, pero al pueblo lo necesita Dios, él es quien edifica la Tierra. Los amalecitas no han muerto, serán los alemanes o los franceses… Y tú… ¡Ay! A ver, dime, ¿por qué tenemos que ser nosotros los olvidados de Dios? ¿No nos ha enviado Dios calamidades ni profetas? ¿Quién nos enseñará?

El discurso de Tiapá era contundente; la burla, el reproche y la fe más profunda resonaban en él. Habló sin parar, y el maestro, que, según su costumbre, había bebido y estaba melancólico, acabó sintiéndose fatal de tanto escucharle, como si le estuvieran aserrando el cuerpo. Escuchaba al viejo, miraba su cuerpo deformado, notaba una extraña fuerza angustiosa en sus palabras, y de pronto sintió lástima de sí mismo, una lástima que le hizo verdadero daño. También él quería decirle al viejo algo elocuente, irrefutable, algo que pusiera de su parte a Tiapá, que le obligara a hablarle de otro modo: no en ese tono severo, de reproche, sino en un tono suave, cariñoso, paternal. Y el maestro notaba que algo le subía a borbotones del pecho y se le hacía un nudo en la garganta.

—Pero ¿qué clase de hombre eres tú? Tienes el alma destrozada… ¡y te atreves a hablar! Como si supieras algo… Deberías callarte…

—¡Ay, Tiapá! —exclamó con tristeza el maestro—. ¡Tienes razón! Es algo grandioso. Pero yo no formo parte de ese pueblo… Me siento un extraño en su seno… Ahí está la tragedia. Pero ¡qué más da! Tendré que sufrir… Y no hay profetas, no los hay… Y es verdad que hablo más de la cuenta, y que a nadie le importa lo que diga… Ya no hablaré más… Pero no me hables en ese tono… ¡Ay, viejo! Tú no sabes nada… no sabes… No puedes entenderlo…

Por fin el maestro se echó a llorar. Lloró tranquilamente, sin cortapisas, derramando abundantes lágrimas, y sintió un gran alivio.

—Deberías haberte ido al campo; habrías conseguido una plaza de maestro o de escribiente… Tendrías la panza llena y podrías distraerte. No entiendo por qué te atormentas así —le censuraba Tiapá con su voz ronca.

Pero el maestro no paraba de llorar, y se recreaba en sus lágrimas.

A partir de entonces se hicieron amigos, y decían los exhombres viéndolos juntos:

—El maestro ronda a Tiapá, ha puesto rumbo a su dinero.

—Son cosas de Kuvalda: le ha instigado para que averigüe dónde guarda el viejo su capital…

También es muy posible que, aunque dijeran esas cosas, no las pensaran en el fondo. Esta gente tenía un rasgo curioso: les gustaba aparentar que eran peores de lo que eran en realidad.

A veces los hombres, cuando sienten que no tienen nada bueno, están dispuestos a alardear de sus defectos.

Una vez que toda esa gente estaba reunida en torno al maestro, empezaba la lectura del periódico.

—Veamos —decía el capitán—, ¿de qué habla hoy el periódico? ¿Trae algún folletín?

—No —anunciaba el maestro.

—Vaya un tacaño el editor… ¿Y algún artículo de fondo?

—Sí… De Guliáiev.

—¡Ajá! Adelante con él; ese granuja escribe con mucho criterio, no se le escapa una.

—«La tasación de los bienes inmuebles —leía el maestro—, llevada a cabo hace más de quince años, sigue sirviendo de base para la recaudación de la contribución, en beneficio del Ayuntamiento…».

—Qué ingenuidad —comentaba el capitán Kuvalda—. «¡Sigue sirviendo!». ¡Es ridículo! A los comerciantes que mangonean en los asuntos del Ayuntamiento les conviene que siga sirviendo, así que sigue sirviendo…

—El artículo trata de eso —aclaraba el maestro.

—¡Qué raro! Es tema para un artículo satírico… De estos asuntos conviene escribir con malicia…

Se suscitaba una breve discusión. El público escuchaba atentamente: de momento sólo había caído una botella de vodka. Después del artículo de fondo se leía la crónica local, a continuación la judicial. Si en algún proceso criminal aparecía un comerciante, ya fuera como encausado o como víctima, Aristid Kuvalda se regocijaba de todo corazón. Que habían robado a un comerciante, estupendo. Lástima que no fuera mucho. Que unos caballos le habían atropellado, qué gusto daba oírlo. Lo lamentable era que hubiera sobrevivido. Que un comerciante había perdido un pleito, fabuloso. Pero qué pena que no le hubieran impuesto el pago del doble de las costas.

—Eso sería ilegal —le advirtió el maestro.

—¿Ilegal? ¿Y el comerciante está dentro de la ley? —preguntó Kuvalda—. ¿Qué es un comerciante? Examinemos a esa criatura tosca y disparatada: los comerciantes, ante todo, son campesinos. Llegan de la aldea y al cabo de un tiempo se hacen comerciantes. Pero para eso, para hacerse comerciante, hay que tener dinero. ¿De dónde saca el dinero un campesino? Como es bien sabido, el trabajo honrado no da dinero. Por tanto, el campesino, del modo que sea, no ha tenido más remedio que estafar. Luego, un comerciante es un campesino estafador.

—¡Así se habla! —sentenciaba el público, aprobando la conclusión del orador.

Pero Tiapá gruñía, frotándose el pecho. Gruñía igual que cuando se bebía la primera copa de vodka para pasar la resaca. Mientras se leía la correspondencia, el capitán estaba radiante. En esos momentos se sentía «ebrio de dicha», como él mismo decía. Por todas partes veía señales de cómo los comerciantes le amargan la vida al prójimo y cómo arruinan todo lo que hacen los demás. Las palabras del capitán seguían fustigando y aniquilando a los comerciantes. Los demás le escuchaban con gusto, porque él echaba pestes.

—¡Ay, si yo escribiera en los periódicos! —exclamaba—. Yo desvelaría el verdadero rostro del comerciante… Demostraría que no es más que una bestia, y que sólo a ratos desempeña las funciones de un hombre. Es grosero, necio, no tiene gusto por la vida, no tiene idea de patria y no le preocupa nada que no sea el dinero.

El Sobras, sabedor del punto débil del capitán y siempre dispuesto a soliviantar al personal, dejaba caer con malicia:

—Sí, desde que los nobles empezaron a morirse de hambre, los hombres van desapareciendo de este mundo…

—Tienes razón, hijo de un sapo y una araña; sí, desde que sucumbió la nobleza, ¡ya no hay hombres! Ya sólo hay comerciantes… ¡Y yo los odio!

—Es muy comprensible, hermano, porque a ti también te han hundido en el fango…

—¿A mí? Yo sucumbí por mi amor a la vida, ¡idiota! Yo amaba la vida; los comerciantes, en cambio, la despellejan. Por eso no los soporto, no porque yo sea noble. Yo, por si quieres saberlo, no soy un noble, yo soy un exhombre. Ahora me río de todo y de todos… Y la vida es para mí como una amante que me hubiera abandonado, por eso la miro con desprecio.

—¡Cuentos! —decía el Sobras.

—¡Nada de cuentos! —gritaba Aristid Kuvalda, rojo de furia.

—¿A qué vienen esos gritos? —resonaba la voz grave de Martiánov, sombría e impasible—. ¿Por qué discutís? Comerciantes, nobles… ¿y a nosotros qué?

—A nosotros ni fu ni fa, total… —intervenía el diácono Tarás.

—Déjalo, Sobras —decía el maestro en tono conciliador—. Tengamos la fiesta en paz.

No era amigo de disputas, y en general no le gustaba el barullo. Cuando a su alrededor se enconaban las pasiones, sus labios se fruncían en una mueca de dolor; se empeñaba juiciosamente en poner paz, en conciliar a todos con todos; cuando no lo lograba, se apartaba del grupo. Sabiéndolo, el capitán, cuando estaba más bebido de la cuenta, procuraba contenerse, pues no deseaba perder a la persona que mejor sabía escucharle.

—Lo repito —seguía, más calmado ya—: veo que la vida está en manos de los enemigos, no sólo enemigos de los nobles, sino enemigos de todo lo elevado; está en manos codiciosas, incapaces de embellecer la vida…

—Sin embargo, hermano —decía el maestro—, a los comerciantes les debemos Ginebra, Venecia, Holanda; los comerciantes ingleses conquistaron la India para su país; unos comerciantes, los Stróganov…

—¿Y a mí qué más me dan todos esos comerciantes? Yo estaba pensando en Judas Petúnnikov y sus compinches…

—Y ésos… ¿por qué te preocupan? —le preguntó con calma el maestro.

—¿Acaso no estoy vivo? ¡Ajá! Claro que lo estoy, de modo que no tengo más remedio que indignarme al ver a esos salvajes que se apropian de nuestras vidas para denigrarlas después.

—Y que se ríen de la noble indignación del capitán y hombre en la reserva —intentó provocarle el Sobras.

—¡Muy bien! Es una necedad, estoy de acuerdo… Como exhombre que soy, debo destruir en mi interior todas las ideas y todos los sentimientos que en otros tiempos hice míos. Tal vez sea lo justo… Pero ¿con qué me voy a defender, con qué nos vamos a defender todos nosotros, si renunciamos a esos sentimientos?

—Por fin empiezas a hablar con sensatez —le alentó el maestro.

—Necesitamos algo distinto, otra forma de entender la vida, otros sentimientos… Necesitamos algo nuevo… porque también nosotros representamos una novedad en esta vida…

—Sin duda alguna, eso es lo que necesitamos —dijo el maestro.

—¿Para qué? —preguntó Final—. ¿No habíamos quedado en que daba lo mismo lo que uno diga y lo que uno piense? No nos queda mucho tiempo de vida… Yo tengo cuarenta años, tú cincuenta… No hay nadie entre nosotros que baje de los treinta. Y, aunque tuviéramos veinte, tampoco duraríamos mucho llevando esta vida que llevamos.

—¿Y qué novedad representamos? —el Sobras sonrió con malicia—. Nunca han faltado miserables.

—Y ellos fundaron Roma —dijo el maestro.

—Sí, claro —dijo el capitán con alborozo—. Rómulo y Remo… ¿No eran

unos golfos de la peor especie? También nosotros, llegada la ocasión, seremos recordados…

—Por alterar el orden público y la convivencia —le interrumpió el Sobras. Se rió a carcajadas, feliz con su ocurrencia. Era la suya una risa detestable, corrosiva.

Le secundó Simtsov, así como el diácono y Tarás y Medio. Los cándidos ojos del joven Meteoro brillaron con intensidad y se le encendieron las mejillas. Apostilló Final, remachando cada palabra como con un martillo:

—Todo esto no son más que bobadas… sueños… ¡disparates!

Resultaba extraño ver tan entregados a sus razonamientos a aquellos hombres, desterrados de la vida, rotos, ebrios de vodka, de odio, de ironía y de suciedad.

Para el capitán aquellas tertulias eran unas verdaderas fiestas del corazón. Él hablaba más que nadie, lo cual le permitía considerarse mejor que los demás. Por muy bajo que caiga una persona, jamás renunciará al placer de sentirse más fuerte, más listo, o al menos mejor alimentado que el prójimo. Aristid Kuvalda abusaba de este placer, del que jamás se hartaba, para mayor contrariedad del Sobras, Peonza y los demás exhombres, escasamente interesados en tales cuestiones.

A cambio, la política era la niña mimada de todos ellos. Una conversación sobre la necesidad de conquistar la India o sobre la forma de tener a raya a Inglaterra podía alargarse eternamente. Con la misma pasión hablaban de las fórmulas para erradicar definitivamente a los judíos de la faz de la Tierra; no obstante, en este tema la voz cantante la llevaba siempre el Sobras, autor de proyectos de una crueldad asombrosa, por lo que el capitán, que quería ser el primero en todo, procuraba eludir la cuestión. Hablaban mucho, y de buena gana, de mujeres, de las que decían cosas horribles, aunque el maestro siempre salía en su defensa, y se enfadaba si se pasaban de la raya. Los demás le daban la razón, pues le consideraban un hombre poco común. Aparte de eso, los sábados le pedían dinero prestado, sabiendo que lo había ganado durante la semana.

Gozaba de muchos otros privilegios: por ejemplo, a él no le pegaban en los casos, nada infrecuentes, en que la discusión degeneraba en una batalla campal. Era el único autorizado a llevar mujeres al asilo; nadie más disfrutaba de ese derecho, pues el capitán se lo tenía advertido:

—No quiero ver mujeres por aquí… Las mujeres, los comerciantes y la

filosofía son las tres causas de mi perdición. Como vea que alguno se me presenta con una mujer, ¡lo muelo a palos! Y a la mujer también… Y, si a alguien le da por la filosofía, le arranco la cabeza…

Bien podía arrancar cabezas: a pesar de su edad, tenía una fuerza prodigiosa. Además, cuando se peleaba con alguien, contaba con la ayuda de Martiánov. Este hombre serio y taciturno cual monumento funerario, siempre que había una riña, le cubría la espalda al capitán, formando entre los dos una máquina demoledora e indestructible.

En cierta ocasión Simtsov, muy borracho, sin mediar palabra, agarró de los pelos al maestro y le arrancó un mechón. Kuvalda lo tumbó de un puñetazo en el pecho, y Simtsov estuvo media hora sin conocimiento. Cuando volvió en sí, el capitán le obligó a tragarse los pelos del maestro. Y obedeció, temiendo llevarse una paliza mortal.

Aparte de la lectura de la prensa, de las conversaciones y las riñas, su principal distracción eran los juegos de cartas. Jugaban sin Martiánov, pues éste era incapaz de jugar limpiamente. Él mismo lo confesó abiertamente después de que le hubieran cazado haciendo trampas en repetidas ocasiones:

—Es superior a mis fuerzas… Tengo ya esa costumbre.

—Suele pasar —confirmó Tarás, el diácono—. Yo tenía la costumbre de zurrar a mi mujer todos los domingos después de misa. Bueno, no sabéis, después de que murió, cómo la echaba de menos los domingos, era algo increíble. El primer domingo lo pasé fatal. El segundo aguanté como pude. Y ya el tercero pegué una vez a la cocinera. Se lo tomó muy mal… «Pienso denunciarle al juez de paz», decía. ¡Figuraos qué situación la mía! El cuarto domingo le di una tunda como está mandado, igual que a mi mujer. Entonces le pagué diez rublos, y a partir de ese día empecé ya a pegarle con cierta regularidad, hasta que me volví a casar…

—¡Estás mintiendo, diácono! ¿Cómo pudiste casarte por segunda vez? —le cortó el Sobras.

—¿Cómo? Muy sencillo: ella me llevaba la casa.

—¿Tuvisteis hijos? —le preguntó el maestro.

—Cinco… Uno se ahogó. El mayor… ¡era un chiquillo tan gracioso! Otros dos se me murieron de difteria… Una de las hijas se casó con un estudiante y se

fue con él a Siberia, a la otra le dio por estudiar y murió en Píter[31]… de tisis, por lo visto… Pues sí… Cinco tuvimos… ¡Claro que sí! Nosotros, los del clero, somos muy prolíficos…

Y se puso a explicar a qué se debía eso, despertando risotadas homéricas con su relato. Cuando se cansaron de reír, Alekséi Maksímovich Simtsov recordó que él también tenía una hija.

—Se llamaba Lidka… Estaba muy gorda…

Seguramente no se acordaba de nada más, porque miró a toda la concurrencia, se disculpó con una sonrisa y se calló.

Aquellos hombres apenas hablaban de su pasado; lo evocaban en contadas ocasiones, siempre a grandes rasgos y en un tono más o menos burlón. Es posible que esa forma de encarar el pasado fuera la más sensata, porque, para la mayoría de la gente, el recuerdo del pasado debilita las energías presentes y socava la esperanza en el porvenir.

En los días grises, fríos y lluviosos de otoño los exhombres se reunían en la taberna de Vavílov. Allí eran bien conocidos: en parte los miraban con temor, como ladrones y pendencieros, y en parte con desdén, como bebedores empedernidos; en cualquier caso, los respetaban y los escuchaban, pues los tenían por gente sensata. La taberna de Vavílov era el club de la calle del Arrabal, y los exhombres la *intelligentsia* de aquel club.

Los sábados —por la noche— y los domingos —todo el santo día—, la taberna estaba hasta arriba de gente y los exhombres eran allí bienvenidos. En medio de aquel vecindario maltratado por la miseria y la amargura, ellos aportaban su disposición de ánimo, en el que había algo que hacía la vida un poco más llevadera a todos esos hombres exhaustos, aturdidos por la búsqueda incesante de un pedazo de pan, que como los huéspedes del refugio de Kuvalda se entregaban a la bebida y, también como ellos, habían sido expulsados de la ciudad. Su capacidad para hablar de todo y denigrarlo todo, la audacia de sus juicios, la rudeza de sus palabras, la ausencia de temor ante aquello que todos los demás temían, el arrojo insensato de estos hombres eran del agrado —no podía ser de otro modo— de todo el vecindario. Además, casi todos ellos conocían las leyes, estaban capacitados para dar toda clase de consejos, redactar una instancia o ayudar a defraudar impunemente. Todos esos servicios se los pagaban con vodka, y con la admiración lisonjera de su talento.

En función de sus simpatías, la calle se dividía en dos bandos muy parejos: uno de ellos sostenía que el capitán le daba mil vueltas al maestro. «¡Es un verdadero estratega! ¡Tiene un valor y una inteligencia colosales!». El otro estaba convencido de que el maestro superaba a Kuvalda en todos los sentidos. Los partidarios de Kuvalda constituían la pequeña burguesía del lugar: bebedores impenitentes, rateros y toda clase de granujas, para quienes de la calle a la prisión no había más que un paso. El maestro se había granjeado el respeto de la gente más seria, de aquellos que todavía tenían alguna esperanza, alguna expectativa, que no paraban de hacer cosas, casi siempre, eso sí, con el estómago vacío.

La naturaleza de las relaciones de Kuvalda y el maestro con el conjunto de la calle queda perfectamente ilustrada con el siguiente ejemplo. En cierta ocasión se discutía en la taberna una ordenanza municipal que obligaba a los vecinos del Arrabal a rellenar los baches y zanjas de su calle, si bien no podían emplear a tal efecto ni estiércol ni cadáveres de animales domésticos: tenían que valerse exclusivamente de cascajo o de escombro procedente de algún edificio en obras.

—Pero ¿de dónde quieren que saque yo el cascajo, si en toda la vida lo único que me ha dado por construir ha sido una jaula para estorninos, y ni siquiera está acabada? —se quejaba Mokéi Anísimov, que se ganaba la vida vendiendo unas tortas de pan que horneaba su mujer.

El capitán consideró que estaba obligado a pronunciarse sobre esa cuestión y, dando un puñetazo en la mesa, recabó la atención de los presentes.

—¿Cascajo y escombro, decís? ¿Sabéis dónde podéis conseguirlos? Id calle arriba, muchachos, hasta llegar al centro, y echad abajo el edificio del Ayuntamiento. Está tan decrépito que ya no vale para nada. De ese modo contribuiréis por partida doble al embellecimiento de la ciudad: adecentando la calle del Arrabal y obligando a construir un nuevo Ayuntamiento. Para el transporte, cogedle los caballos al alcalde, y de paso llevaos a sus tres hijas: esas señoritas pueden valer perfectamente para tirar del carro. O, si no, podéis demoler la casa del comerciante Judas Petúnnikov y usar la madera para pavimentar la calle. Por cierto, Mokéi, ya me he enterado de que tu mujer hoy ha encendido el horno con los postigos de la tercera ventana y con dos peldaños del porche del caserón del Judas.

Cuando la concurrencia se hartó de reír, Pavliuguin, un hortelano muy serio, preguntó:

—Pero, de todos modos, ¿qué podemos hacer, capitán?

—¡No mover un dedo! ¿Que las lluvias nos dejan sin calle? ¡Pues que nos dejen!

—Algunas casas están que se hunden…

—¡No se os ocurra tocarlas! ¡Dejad que se hundan! Y, una vez que se caigan, id al Ayuntamiento a exigir que os indemnice. ¿Que se niega? ¡Demanda al canto! El agua, ¿de dónde nos viene? De la ciudad, ¿no? Pues la ciudad tendrá la culpa de los daños…

—Dirán que es agua de la lluvia…

—¿Y por qué las casas de arriba no las hunde la lluvia? ¡Os crujen a impuestos, pero no tenéis voz a la hora de reclamar vuestros derechos! ¡Os arruinan la vida y la hacienda, y encima os obligan a reparar los desperfectos! ¡Anda y que les zurzan!

Y la mitad de la calle, convencida por Kuvalda el radical, decidió esperar a que el agua de lluvia que bajaba de la ciudad acabara de llevarse por delante sus casuchas.

Los más prudentes acudieron al maestro, quien redactó para ellos una exposición razonada dirigida al Ayuntamiento.

En ese escrito, el rechazo de la calle a cumplir la orden municipal aparecía tan sólidamente motivado que el Ayuntamiento se avino a razones. Se autorizó a los vecinos a emplear los escombros procedentes de la reforma de los cuarteles, y se les facilitaron cinco caballos del servicio de bomberos para el transporte. Y aún hubo más: se reconoció la necesidad de canalizar, con el tiempo, las aguas residuales en el Arrabal. Esta iniciativa, entre otras muchas, hizo muy popular al maestro en el barrio. Se dedicaba a redactar instancias, publicaba notas sueltas en la prensa. Así, por ejemplo, en cierta ocasión los parroquianos de Vavílov hicieron saber que los arenques y otros artículos de la taberna estaban en malas condiciones. En efecto, dos días más tarde, Vavílov, detrás del mostrador, con el periódico en la mano, confesó públicamente.

—Es cierto, ¡otra cosa no puedo decir! En efecto, compré unos arenques mohosos, no estaban en perfectas condiciones. Y lo de la col… ¡también es verdad! Estaba un poco pasada. Ya se sabe, todo el mundo procura meterse en el bolsillo lo

máximo que puede. ¡Qué le vamos a hacer! Me ha salido el tiro por la culata: yo he cometido un abuso, y un hombre inteligente me ha dejado en ridículo por mi codicia… ¡Estamos en paz!

Esta confesión causó muy buen efecto en el público y permitió que Vavílov continuara sirviendo sus arenques y su col: la buena impresión que había transmitido fue condimento suficiente para que la gente engullese esos productos sin reparar en su sabor. Fue un suceso muy relevante, pues, además de aumentar el prestigio del maestro, sirvió para familiarizar a los vecinos con la fuerza de la palabra impresa.

El maestro acabó impartiendo en la taberna lecciones de moral práctica.

—Te he visto —dijo una vez, dirigiéndose a Yashka Tiurin, pintor de brocha gorda—, te he visto pegar a tu mujer…

Yashka ya llevaba encima un par de vasos de vodka y tenía cara de pocos amigos. La concurrencia le miró, esperando a ver por dónde salía; se hizo el silencio en la taberna.

—¿Ah, sí? ¿Y qué, te ha gustado? —preguntó Yashka.

La concurrencia se rió con disimulo.

—No, no me ha gustado —respondió el maestro. Lo dijo en un tono tan serio que imponía, y la gente dejó de reírse.

—Vaya, pues mira que lo he intentado —dijo Yashka, bravucón, presintiendo que el maestro le iba a apabullar—. Ya se ha llevado lo suyo, hoy no se ha levantado de la cama…

El maestro, pensativo, trazó algunas figuras con el dedo sobre la mesa y, sin levantar la vista de ellas, dijo:

—Vas a ver, Yákov, por qué no me gustan esas cosas… Vamos a analizar a fondo lo que estás haciendo y cuáles pueden ser las consecuencias. Tu mujer está embarazada; ayer le pegaste en el vientre y los costados; de modo que no sólo la golpeaste a ella, sino también al niño. Pudiste haberlo matado, y en el parto tu mujer bien podría morir por ese motivo, o caer gravemente enferma. Tener que ocuparse de una mujer enferma es algo muy molesto y muy trabajoso; además, te saldría muy caro, porque cualquier dolencia supone medicinas, y las medicinas

dinero. Pero, si no has matado a ese niño, posiblemente lo habrás dejado maltrecho, y lo mismo te nace un monstruo: un contrahecho, un jorobado. Lo cual significa que el día de mañana tal vez no esté capacitado para trabajar, y lo que a ti te hace falta es que sea un buen trabajador. Supongamos que simplemente nace enfermo; eso tampoco es buena cosa, porque requiere más cuidados de la madre y atención médica. ¿Ves a lo que te expones? Los que viven de su trabajo necesitan venir sanos al mundo y criar hijos robustos… ¿Tengo o no tengo razón?

—Tienes razón —aprobó la concurrencia.

—Bueno, eso, no sé, ya se verá… Igual no pasa nada —dijo Yashka, algo intimidado ante la perspectiva descrita por el maestro—. Es una mujer fuerte… No es tan fácil llegar hasta el crío sacudiéndola a ella; si alguien quiere, que haga la prueba… Es un mal bicho, ¡una bruja! —exclamó con pesar—. Me trae por la calle de la amargura. ¡Esa mujer acaba conmigo!

—Entiendo, Yákov, que seas incapaz de dejar de pegar a tu mujer —de nuevo se oyó la voz tranquila y razonable del maestro—, no te faltan motivos… Pero, si te dedicas a golpear a tu mujer de mala manera, no es por el carácter de ella… sino por esa vida tan triste y tan negra que te ha tocado vivir…

—Eso sí que es verdad —exclamó Yákov—, nuestra vida es más negra que el sobaco de un deshollinador.

—Estás irritado con la vida, pero lo pagas con tu mujer… con la persona que tienes más cercana. Y lo pagas con ella sin que tenga la culpa de nada, únicamente porque tú eres más fuerte, porque la tienes a mano y porque no tiene adónde largarse. Ya ves qué cosa más… ¡disparatada!

—Es así… ¡qué diablos! Pero ¿qué voy a hacerle yo? ¿O es que no soy un hombre?

—¡Claro que eres un hombre! Pero escucha lo que quiero decirte: muy bien, zúrrala si no tienes más remedio, pero hazlo con cuidado; piensa que puedes deteriorar su salud o la de la criatura. En general, nunca se debe pegar a una mujer encinta en el vientre, en el pecho o en los costados; puedes sacudirla en el cogote, o coge si no una cuerda y dale unos azotes en… las partes blandas…

El orador dio por concluido su discurso y sus ojos oscuros, profundamente hundidos, miraron a la concurrencia; parecía que estuvieran disculpándose por algo o implorando perdón.

Pero los parroquianos bullían animadamente. Comprendían muy bien la moral del exhombre, la moral de la taberna y de la desdicha.

—¿Qué tal, hermano Yasha? ¿Has entendido?

—Ya ves, ¡no le falta razón!

Yákov lo había comprendido: si pegaba a la parienta sin tino, él sería el primer perjudicado.

Se quedó allí callado, respondiendo con sonrisas confusas a las bromas de sus camaradas.

—Y, volviendo al tema, ¿qué es una mujer? —le dio por filosofar al parroquiano Mokéi Anísimov—. La mujer, si bien se mira, es amiga y compañera. Está unida a ti para toda la vida por una cadena, y os toca andar juntos como dos presidiarios. Hay que caminar bien acompasados; si no lo haces bien, notas las cadenas…

—¡Un momento! —dijo Yákov—. Entonces, ¿tú también pegas a la tuya?

—¿He dicho yo que no? Claro que la sacudo… Si no, no hay manera… ¿Qué quieres? ¿Que le dé puñetazos a la pared cuando no aguanto más?

—Justo, igual me pasa a mí… —dijo Yákov.

—¡Ay, qué vida la nuestra, hermanos, tan opresiva y sofocante! ¡Siempre con las manos atadas!

—¡Si hasta para zurrar a la parienta hay que andarse con ojo! —se lamentó algún gracioso.

Y así se pasaban discutiendo hasta altas horas de la noche o hasta que llegaban a las manos: por culpa de la bebida, pero también del humor que les inspiraban estas conversaciones…

Fuera caía la lluvia, el viento helado aullaba enfurecido. En la taberna, el ambiente estaba muy cargado, pero hacía calor; en la calle todo era humedad, frío y negrura. El viento sacudía las ventanas, como retando a aquellos hombres a salir de la taberna, amenazándolos con dispersarlos por toda la tierra, como motas de polvo. A veces en su aullido se sentía un lamento reprimido de desesperación, y

después estallaba una risa fría y áspera. Esa música hacía pensar en las tristes imágenes del invierno inminente, en los malditos días breves sin sol, en las largas noches, en la necesidad de tener ropa de abrigo y de comer en abundancia. Con el estómago vacío se duerme muy mal en las interminables noches invernales. Se acercaba el invierno… ¿Cómo iban a vivir?

Aquellos pensamientos melancólicos exacerbaban la sed de los habitantes del Arrabal, aumentaba el número de lamentos en los discursos de los exhombres y la cantidad de arrugas en sus rostros; las voces se apagaban, y el trato se volvía más distante. Y de pronto surgía una rabia feroz entre ellos, se agudizaba el encarnizamiento de aquellas personas acorraladas, martirizadas por un destino implacable.

En esos momentos se enzarzaban a golpes; se golpeaban con saña, con fiereza; se pegaban para volver de nuevo a reconciliarse, y entonces bebían sin tregua, se lo gastaban todo, y hasta empeñaban cualquier pertenencia que Vavílov, poco exigente, quisiera aceptar en prenda.

Así, con aquel rencor obtuso, con aquella angustia que les encogía el corazón, ignorando si su mezquina existencia tendría fin, pasaban los exhombres los días de otoño, aguardando los días, más crudos aún, del invierno.

En esos días Kuvalda venía a traerles la ayuda de la filosofía.

—¡No os aflijáis, hermanos! Todo termina: ésa es la cualidad principal de la vida. Pasará el invierno, y de nuevo vendrá el verano… Una estación maravillosa, en la que, según se dice, hasta los gorriones beben cerveza.

Pero sus discursos no surtían efecto: un trago de agua, por muy cristalina que sea, no sacia al hambriento.

El diácono Tarás también procuraba distraer a la concurrencia, cantando canciones y relatando sus historias. Él tenía más éxito. A veces, gracias a su empeño, la taberna bullía con una alegría descarada y desesperada: todo el mundo cantaba, bailaba, reía; todos parecían perder la cabeza por unas cuantas horas.

Después volvían a caer en su desaliento sórdido, indiferente, y se quedaban sentados a la mesa, envueltos en el tufo de las lámparas y el humo del tabaco, taciturnos, harapientos, intercambiando algunas frases desganadas, escuchando el aullido del viento y pensando en cómo podrían beber, beber hasta caer redondos.

Y a todos les desagradaban profundamente los demás, y cada uno abrigaba en su interior un rencor insensato contra el resto.

II

Todo es relativo en este mundo y, por mala que nos parezca una situación, siempre puede haber otra peor.

Un hermoso día de finales de septiembre, el capitán de caballería Aristid Kuvalda estaba sentado, según su costumbre, en su butaca en la puerta del asilo y observaba pensativo un edificio de piedra, contiguo a la taberna de Vavílov, que había mandado construir el comerciante Petúnnikov.

El edificio, envuelto aún en andamios, estaba destinado a fábrica de velas, y hacía ya tiempo que las cuencas vacías y oscuras de su larga hilera de ventanas y el entramado de tablones que lo rodeaban desde el suelo hasta el tejado le quitaban el sueño al capitán. De color rojo, como si lo hubieran revocado con sangre, parecía una especie de máquina cruel que, antes incluso de entrar en funcionamiento, tuviera ya bien abiertas las fauces profundas y hambrientas, dispuestas a masticar y devorar todo lo que les echaran. La taberna de Vavílov, de tablas grises, con su tejado torcido cubierto de musgo, se apoyaba en uno de los muros de ladrillo de la fábrica y parecía un enorme parásito adherido con ventosas.

El capitán se temía que no tardarían en hacer también obras en el viejo caserón. Por tanto, el asilo tenía los días contados. No tendría más remedio que buscarse otro alojamiento, y no iba a encontrar uno igual de cómodo y barato. Qué pena, qué lástima, tener que dejar ese sitio al que ya estaba tan acostumbrado. Y, sobre todo, tener que dejarlo por la sencilla razón de que a cierto comerciante le había dado la ventolera de fabricar velas y jabón. El capitán estaba convencido de que, si alguna vez se le presentaba la ocasión de arruinarle la vida a su enemigo, sentiría un inmenso placer al arruinársela.

La víspera, el comerciante Iván Andréievich Petúnnikov había aparecido con su hijo para inspeccionar la propiedad con ayuda de un arquitecto. Habían estado tomando medidas del patio y habían dejado por todas partes, clavadas en el suelo, unas estacas. En cuanto se marchó Petúnnikov, el capitán le había mandado a Meteoro que arrancara las estacas y las tirara por ahí.

Al capitán le parecía estar viendo al comerciante: bajito, enjuto, con una prenda de largos faldones que lo mismo podía ser una levita que una *poddiovka*, una gorra de terciopelo y unas botas altas y relucientes. La cara huesuda, de

pómulos pronunciados, la perilla gris, la frente despejada, surcada de arrugas, bajo la cual centelleaban unos ojillos pardos, entrecerrados, siempre atisbando algo. La nariz afilada y ganchuda, la boca pequeña, los labios finos. En conjunto, el aspecto del comerciante era devotamente rapaz y venerablemente dañino.

«¡Infame cruce de zorra y de cerdo!», maldijo para sí el capitán y recordó la primera frase de Petúnnikov alusiva a él. Había llegado allí en su día, con intención de adquirir la casa, acompañado de un miembro de la municipalidad, y, al ver al capitán, le había preguntado a su guía, con un marcado acento de Kostromá:

—Ese alfeñique, ¿es el inquilino?

A partir de ese momento, hacía ya más de año y medio, rivalizaban en ingenio a la hora de zaherir al rival.

Y el día anterior se había producido un leve «escarceo de vanilocuencia», como llamaba el capitán a sus conversaciones con el comerciante. Tras despedir al arquitecto, el comerciante se dirigió al capitán.

—¿Qué? ¿Aquí sentado? —preguntó, tirándose de la visera de la gorra, de un modo que impedía saber si se la estaba colocando bien o si pretendía saludar.

—¿Y tú? ¿De paseo? —le dijo en el mismo tono el capitán, e hizo un movimiento con la mandíbula inferior que originó un estremecimiento de la barba; aquello pudo interpretarse como un saludo, pero también como un simple intento del capitán de llevarse la pipa de un lado de la boca al otro.

—Dinero no me falta, así que me dedico a pasear. Al dinero le gusta circular, y yo le doy ese gusto —le dijo el comerciante al capitán, con ánimo de fastidiarle, entornando pícaramente los ojillos.

—Vamos, que tú estás al servicio del rublo, y no al revés —comentó Kuvalda, luchando con sus ansias de darle una patada en la tripa al comerciante.

—¿Y no es lo mismo? Con dinero, todo va bien, pero cuando falta…

Y el comerciante miró al capitán con una cara de conmiseración descaradamente fingida. Al capitán se le retrajo el labio superior, dejando al desnudo sus grandes dientes de lobo.

—Con talento y con conciencia, se puede vivir sin dinero… Por lo común, el dinero acude cuando la conciencia empieza a marchitarse… A menos conciencia, más dinero…

—Es verdad… Pero también hay que gente sin dinero ni conciencia…

—¿Así eras tú de joven? —preguntó cándidamente Kuvalda.

A Petúnnikov le tembló la nariz. Suspiró, entornó los ojillos y dijo:

—¡De joven, tuve que cargar con un peso enorme!

—Me imagino…

—¡Lo que habré trabajado! ¡Cuánto sacrificio!

—¿Y fueron muchos los sacrificados?

—¿Muchos como tú? ¿De la nobleza? No estuvo mal: bastantes de ellos aprendieron a rezar gracias a mí…

—Entonces, tú no matabas, sólo robabas —le largó el capitán.

Petúnnikov palideció y creyó necesario cambiar de tema.

—Valiente anfitrión: tú ahí sentado y tu huésped de pie…

—Pues que se siente —concedió el capitán.

—Tú me dirás dónde…

—Aunque sea en el suelo… Esta tierra lo aguanta todo, cualquier inmundicia…

—Tú eres la prueba evidente… Pero mejor me marcho, ordinario —dijo con mucha calma Petúnnikov, aunque de sus ojos manaba un veneno helado.

Se alejó, dejando al capitán con la grata sensación de que el comerciante le tenía miedo. De no ser así, ya hacía tiempo que le habría echado del asilo. ¡No eran los cinco rublos mensuales los que se lo impedían!

Después, el capitán estuvo pendiente del comerciante mientras daba vueltas

por la fábrica. No hacía más que subir y bajar de los andamios. ¡Ojalá se cayese y se deslomase! Viendo al comerciante encaramarse a los andamios, moviéndose como una araña en su tela, Kuvalda combinó en su imaginación toda clase de caídas y pensó en toda suerte de mutilaciones. En cierto momento le pareció incluso que una tabla vacilaba bajo los pies del comerciante, y, emocionado, se levantó de un brinco… Pero al final no pasó nada.

Al día siguiente del encuentro, ante los ojos de Aristid Kuvalda se alzaba como siempre el edificio rojo, sólido, consistente, fuertemente arraigado en la tierra, como si de ella extrajese su savia. Parecía reírse del capitán, fría y oscuramente, por todos los huecos abiertos en sus muros. El sol derramaba sobre la fábrica sus rayos otoñales con la misma prodigalidad que sobre las casuchas deformes de la calle del Arrabal.

«¿Quién sabe? —se preguntaba el capitán, midiendo con la vista los muros del nuevo edificio—. ¡Por todos los demonios! ¿Y si…?». Fuera de sí, excitado por la idea, Aristid Kuvalda se puso en pie de un salto y se dirigió precipitadamente a la taberna de Vavílov, con una sonrisa en los labios y mascullando algo.

Desde detrás del mostrador, Vavílov le recibió con un saludo amistoso:

—¡Sed bienvenido, excelencia!

De mediana estatura, con una gran calva enmarcada en un halo de cabellos grises y rizados, con las mejillas rasuradas y aquel bigote tieso que parecía un cepillo de dientes, franco y habilidoso, vestido con un chaquetón de piel, todos los movimientos de Vavílov delataban al antiguo suboficial que había en él.

—¡Yegor! ¿Tienes las escrituras y los planos de la casa? —le preguntó Kuvalda bruscamente.

—Sí.

Vavílov, receloso, entrecerró sus pícaros ojos y miró fijamente al capitán a la cara, en la que detectó algo inusitado.

—¡Muéstramelos! —exclamó el capitán, dando un puñetazo en el mostrador y tomando asiento en el taburete más próximo.

—¿Para qué? —preguntó Vavílov, que había decidido, en vista de la excitación de Kuvalda, ponerse en guardia.

—¿Quieres traerlos, zoquete?

Vavílov frunció el ceño y dirigió una mirada penetrante al techo.

—¿Dónde estarán esos malditos papeles?

En el techo no encontró ninguna indicación al respecto; entonces el suboficial fijó la mirada en su propia barriga y con aire absorto y preocupado se puso a tamborilear en el mostrador.

—Deja de hacerte el tonto —le gritó el capitán, que no le tenía mucho aprecio: le parecía más propio de un viejo soldado ser ladrón que tabernero.

—Ah, sí, Ristid Fomich, ya sé. Si no recuerdo mal, se quedaron en el juzgado de distrito. Cuando asumí la propiedad…

—¡Yegorka, ya está bien! Por lo que más quieras, enséñame ahora mismo los planos, el título de compra y todo lo que tengas. Es posible que ganes varios cientos de rublos, ¿lo entiendes?

Vavílov no entendía nada, pero el capitán le hablaba con tanta convicción y con una expresión tan seria que en los ojos del suboficial prendió la chispa de la curiosidad; por fin, diciendo que iba a ver si por casualidad esos papeles estaban en su cofre, se marchó por una puerta que había detrás del mostrador. Regresó a los dos minutos con unos documentos en la mano y una expresión de desconcierto en el semblante.

—¡Dichosos papeles! ¡Los tenía aquí en casa!

—¡Payaso de feria! ¡Pensar que fuiste soldado…! —no se olvidó de reprocharle Kuvalda, mientras le arrebataba una carpeta de calicó con un documento oficial azul.

A continuación, tras desplegar los papeles en el mostrador —estimulando así la curiosidad de Vavílov—, el capitán se dedicó a leer y a repasar los documentos, murmurando de tanto en tanto de un modo harto elocuente. Por fin, se levantó muy decidido y se dirigió a la puerta, dejando los papeles encima del mostrador, y le ordenó a Vavílov:

—Espera… A ver dónde los metes…

Vavílov recogió los papeles, los guardó en el cajón del dinero, echó la llave y tiró de la tapa varias veces. ¿Estarían ahí a buen recaudo? Después, rascándose la calva pensativo, salió al porche. El capitán estaba midiendo con sus pasos la fachada de la taberna; a continuación chasqueó los dedos y repitió otra vez la medición, preocupado pero satisfecho.

El rostro de Vavílov se contrajo, después se dilató, de pronto se iluminó alegremente.

—¡Ristid Fomich! ¿Será posible? —exclamó cuando el capitán vovlvió a su lado.

—¡Claro que es posible! Se te han comido más de un *arshín*[32]. Eso de fachada, y de fondo ahora lo compruebo…

—¿De fondo? Diez *sázheni* con dos *arshiny*.

—¿Qué? ¿Lo adivinas ahora, merluzo?

—¡Desde luego, Ristid Fomich! Pero hay que ver qué ojo tiene; no se le escapa una —exclamó Vavílov entusiasmado.

Pocos minutos más tarde estaban los dos sentados, uno enfrente del otro, en el cuarto de Vavílov, y el capitán, dando buena cuenta de una cerveza, le decía al tabernero:

—Pues sí, un muro entero de la fábrica lo han construido en tu terreno. Tienes que actuar sin compasión. Cuando venga el maestro, en un abrir y cerrar de ojos redactaremos la demanda, dirigida al juzgado de distrito. Vamos a señalar una cantidad muy modesta en el escrito, para no tener que pagar demasiado en papel timbrado, pero vamos a exigir el derribo. Es lo que se conoce, alma de cántaro, como usurpación de la propiedad ajena: ¡algo que a ti te viene muy bien! ¡A derribar! Pero derribar semejante coloso para tener que volver a levantarlo después sale muy caro. ¡Conciliación! ¡Ése será el momento de acorralar al Judas! Calcularemos con toda precisión cuánto puede suponer el derribo: el coste del ladrillo, la excavación de los nuevos cimientos… ¡todo! ¡Incluso el tiempo entrará en los cálculos! Que vaya preparando dos mil rublos ese Judas.

—¡No los va a soltar! —dijo Vavílov, guiñando con inquietud los ojos, en los que había un brillo de avidez.

—¡No digas disparates! ¡Claro que sí! Utiliza los sesos. ¿Qué va a hacer si no? ¿Derribar la fábrica? Pero ten mucho cuidado, Yegorka, ¡no te rebajes! Querrán comprarte: ¡no te vendas barato! Tratarán de asustarte: ¡no tengas miedo! Confía en nosotros…

Los ojos del capitán brillaron con una dicha feroz, y su cara, congestionada por la excitación, se contrajo convulsivamente. Habiendo enconado la codicia del tabernero, y tras convencerle de que tenía que actuar sin dilación, salió de allí triunfante, con una determinación inquebrantable.

Aquella misma noche todos los exhombres se enteraron del descubrimiento del capitán y discutieron con vehemencia cuáles podían ser los siguientes pasos de Petúnnikov. Pintaron con vivos colores su desconcierto y su rabia el día en que el alguacil del juzgado le hiciera entrega de una copia de la demanda. El capitán se sentía un héroe. Era un hombre feliz, y todos los que le rodeaban estaban satisfechos. Una multitud de figuras oscuras, vestidas con harapos, animada por los acontecimientos, se regocijaba y alborotaba. Todos conocían al comerciante Petúnnikov. Cuando se cruzaba con ellos, no se dignaba mirarlos y les hacía el mismo caso que a los montones de basura que había en la calle. Desprendía una sensación de bienestar que los sacaba de quicio, y hasta sus botas brillaban con desdén ante ellos. Y, de pronto, uno de los suyos iba a asestar un duro golpe al comerciante, tanto en su bolsillo como en su orgullo. ¿Qué más se podía pedir?

El mal, para estos hombres, tenía un gran atractivo. Era la única arma que sabían manejar. Todos ellos cultivaban, desde hacía mucho, un confuso sentimiento, apenas consciente, de intensa animosidad contra todas las personas bien alimentadas y vestidas con algo más que harapos. Todos compartían ese odio, aunque en cada uno había alcanzado niveles diferentes de desarrollo.

Durante dos semanas el albergue vivió a la espera de nuevos acontecimientos, y en todo ese tiempo Petúnnikov no apareció ni una vez por las obras. Se supo que estaba fuera de la ciudad, y que todavía no le habían hecho llegar una copia de la demanda. Kuvalda echaba pestes de las prácticas propias de los procedimientos civiles. Difícilmente habría esperado nadie a ese comerciante con la misma tensión, con la misma impaciencia, con la que le esperaban aquellos desharrapados.

¡Ay!, mi amado, mi amado no viene…

¡Se conoce que ya no me quiere!

Así cantaba el diácono Tarás, con la mejilla apoyada en una mano, y miraba hacia lo alto de la colina, con una cara de pesar bastante chusca.

Por fin, una tarde se presentó Petúnnikov. Venía montado en un sólido carretón guiado por su hijo: un mozalbete de mejillas coloradas, con un largo abrigo a cuadros y lentes ahumadas. Ataron el caballo a los andamios; el hijo sacó del bolsillo una cinta métrica, le dio un extremo al padre y empezaron a medir la parcela, silenciosos y preocupados.

—¡Ajá! —exclamó triunfante el capitán.

Todos los presentes en el asilo se amontonaron junto a la puerta principal para ver el espectáculo, expresando en voz alta sus pareceres a propósito de lo que estaba ocurriendo.

—¡Lo que es el hábito de robar! Cuántos roban por robar, exponiéndose a perder mucho más de lo que pueden ganar —se lamentaba el capitán, despertando en su estado mayor abundantes risas y toda clase de comentarios análogos.

—¡Eh, tú, insolente! —exclamó al fin Petúnnikov, cansado de tantas pullas—. ¡Ándate con ojo, no vayas a tener que repetir tus palabras delante de un juez!

—Sin testigos no tienes nada que hacer… Un hijo no puede intervenir como testigo en favor del padre —le previno el capitán.

—¡Ya veremos! ¡Te crees muy valiente, pero alguien te meterá en cintura!

Petúnnikov le amenazó con el dedo… El hijo, tranquilo, absorto en sus cálculos, no hacía caso del grupo de hombres sombríos que se divertían a costa de su padre. No les echó ni un simple vistazo.

—La araña joven exhibe una gran entereza —comentó el Sobras, muy pendiente de todas las acciones y movimientos de Petúnnikov hijo.

Después de medir todo lo que querían medir, Iván Andréievich se puso muy serio, montó en silencio en el carro y se marchó, mientras su hijo se encaminó con paso firme a la taberna de Vavílov y entró en ella.

—¡Oh! El joven ladrón es muy resuelto, ¡sí, señor! Muy bien, ¿y ahora qué?

—Pues ahora Petúnnikov hijo va a sobornar a Yegor Vavílov —dijo el Sobras, muy convencido, y chasqueó gustoso los labios, dibujándose en su afilado rostro una expresión plenamente satisfecha.

—¿Qué pasa? ¿Te alegras? —preguntó Kuvalda con aspereza.

—A mí me encanta ver cómo a la gente le fallan los cálculos —explicó el Sobras con sumo deleite, guiñando los ojos y frotándose las manos.

El capitán escupió enfadado, pero no dijo nada. Y todos aquellos hombres aguardaron en silencio en el portón del ruinoso caserón, pendientes de la taberna. En ese silencio expectante transcurrió más de una hora. Entonces la puerta de la taberna se abrió, y Petúnnikov salió tan tranquilo como había entrado. Se detuvo un instante, tosió, se subió el cuello del abrigo, echó un vistazo a las personas que le estaban contemplando y se marchó calle arriba.

El capitán le siguió con la mirada y, volviéndose hacia el Sobras, sonrió maliciosamente.

—Puede que tengas razón, hijo de un escorpión y una cochinilla… Tienes olfato para todo lo ruin… Viéndole la jeta a ese joven rufián, se da uno cuenta de que se ha salido con la suya… ¿Cuánto les habrá sacado Yegorka? Porque algo le han dado. Son de la misma ralea. ¡Toda la culpa es mía, maldita sea! Pensar que yo le había preparado el terreno. Ahora me doy cuenta de mi estupidez. Qué rabia. ¡Sí, la vida nos da la espalda, mis hermanos canallas! Si hasta cuando quieres escupirle al prójimo en la cara, el viento te devuelve el escupitajo y te cae en los ojos.

Consolado con esta sentencia, el honorable capitán de caballería miró a su estado mayor. Todos estaban desilusionados, pues todos eran conscientes de que Vavílov y Petúnnikov habían sellado un acuerdo. La conciencia de la incapacidad de hacer el mal es más humillante que la conciencia de la imposiblidad de hacer el bien: ¡parece tan fácil y tan sencillo hacer el mal!

—¿Y bien? ¿Qué hacéis todos ahí parados? Aquí ya no hay nada que rascar… aparte de la botella que le pienso sacar a Yegorka —dijo el capitán, mirando deprimido a la taberna—. Ya podemos irnos despidiendo de nuestra confortable y tranquila residencia, bajo el techo de ese Judas. Eso se acabó. Nos va a poner de patitas en la calle, maldito ladrón… Queda avisado este departamento de *sans-culottes* del que soy responsable.

Al oírlo, Final se rió lúgubremente.

—¿Qué te pasa, carcelero? —le preguntó Kuvalda.

—¿Y adónde voy a ir yo?

—Buena pregunta, amigo mío… El destino te dará la respuesta, tú tranquilo —dijo pensativo el capitán, dirigiéndose al asilo. Los exhombres le siguieron con desgana—. Habrá que esperar al momento crítico —prosiguió, caminando entre ellos—. Cuando nos echen de aquí, nos buscaremos otra guarida. Por ahora, no vale la pena amargarse la vida con esa clase de preocupaciones… En los momentos críticos el hombre se muestra más enérgico… Y, si hiciéramos de toda nuestra vida un momento crítico ininterrumpido, si a cada segundo nos viéramos forzados a temer por la integridad de nuestra sesera… os aseguro que la vida sería más intensa y los hombres más interesantes.

—O sea, se echarían las manos al cuello con mayor inquina —aclaró el Sobras con una sonrisa.

—Vale, ¿y pasa algo? —exclamó en tono desafiante el capitán, al que no le gustaba que nadie glosara sus pensamientos.

—No, no pasa nada, está bien. Cuando uno quiere llegar deprisa, hace falta fustigar los caballos, o avivar el fuego en la locomotora.

—¡Eso es! ¡A todo galope! ¡Hasta el quinto infierno! Me encantaría que el mundo estallara y que ardiera por los cuatro costados o que se hiciera añicos… Siempre y cuando yo fuera el último en caer, después de haber visto morir al resto…

—¡Eres tremendo! —dijo el Sobras, forzando una sonrisa.

—¿Y qué? Yo soy un exhombre, ¿no? Me han repudiado, de manera que estoy libre de todos los lazos, de todas las cadenas… ¡Puedo reírme de todo! La propia naturaleza de mi existencia me obliga a arrumbar todo lo viejo, todas esas fórmulas, todos esos mecanismos que antes me servían para relacionarme con quienes disfrutan de una existencia holgada y elegante, y que me miran con desprecio porque yo no tengo la panza llena, como ellos, y porque estoy muy alejado de ellos en mi forma de vestir. Debo lograr que nazca de mí algo nuevo, ¿comprendes? Para que todos esos amos del mundo, como nuestro Judas Petúnnikov, que ahora pasan de largo, experimenten, viendo mi imponente

aspecto, un estremecimiento en todo el cuerpo.

—¡Hay que ver lo que te corre la lengua! —se burló el Sobras.

—¡Ay, desgraciado! —Kuvalda le miró desdeñoso—. ¿Hay algo que tú entiendas? ¿Hay algo que sepas? ¿Eres capaz de pensar? Yo he meditado mucho… He leído unos libros de los que tú no entenderías una sola palabra.

—¡Sólo faltaría! Yo ya sé que soy un botarate… Pero, por más que tú hayas leído y hayas meditado, y yo no haya hecho ni lo uno ni lo otro, al final hemos venido a parar al mismo sitio…

—¡Vete al diablo! —le gritó Kuvalda.

Sus charlas con el Sobras siempre acababan así. En general, en ausencia del maestro, sus discursos —y él era el primero en saberlo— sólo servían para corromper el ambiente, y se quedaban flotando en el aire sin despertar valoraciones ni interés; pero era incapaz de quedarse callado. Y ahora, después de increpar así a su interlocutor, se sentía perdido en medio de los suyos. No obstante, tenía ganas de hablar, así que se dirigió a Simtsov:

—Bueno, y tú, Alekséi Maksímovich, ¿dónde vas a reclinar tu venerable cabeza?

El vejete sonrió con benevolencia, se rascó la nariz y comentó:

—No sé… ¡Ya veremos! Lo único que hay que hacer es beber una copa, y luego otra.

—¡Noble tarea, a la par que sencilla! —le elogió el capitán.

Simtsov añadió, tras una pausa, que él saldría del apuro antes que nadie, ya que las mujeres le querían mucho. Y era verdad: el viejo siempre tenía dos o tres queridas entre las prostitutas del barrio, que le mantenían un par de días seguidos, a veces algo más, con sus escasos ingresos. Le pegaban a menudo, pero él lo soportaba estoicamente; tampoco es que le dieran unas palizas tremendas, acaso por pena. Era un mujeriego impenitente y solía contar que las mujeres eran la causa de todas las desdichas de su vida. Su intimidad con las mujeres, así como la índole del trato que ellas le dispensaban, se veían confirmadas tanto por sus frecuentes achaques como por su ropa, siempre bien repasada y más limpia que la de sus compañeros. En aquellos momentos, sentado en el suelo a la puerta del

asilo, rodeado de sus camaradas, se estaba jactando de que una tal Redka le había pedido, hacía ya algún tiempo, que se fuera a vivir con ella; no obstante, él aseguraba que no pensaba ir, pues no le apetecía alejarse de sus amigos.

Éstos le escuchaban con interés y con cierta envidia. Todos conocían a Redka: vivía allí cerca, al pie de la colina, y recientemente había cumplido una condena de varios meses por un segundo hurto. En tiempos, había sido nodriza: era una campesina alta y corpulenta, con la cara picada de viruelas y unos ojos preciosos, aunque permanentemente velados por el alcohol.

—¡Ahí tenéis a ese viejo diablo! —maldijo el Sobras, mirando a Simtsov, que sonreía ufano.

—Y ¿sabéis por qué me quieren? Porque yo sé qué es lo que las hace sentirse vivas…

—¿Ah, sí? —inquirió Kuvalda.

—Yo sé cómo hacer que se apiaden de mí. Y una mujer, como le dé por sentir lástima de alguien… Es capaz de degollar por lástima. Ponte a llorar delante de ella, pídele que te mate, que, como te tenga lástima, te mata…

—¡Yo sí que voy a matar! —anunció Martiánov muy decidido, sonriendo con su sonrisa macabra.

—¿A quién? —preguntó el Sobras, apartándose de su lado.

—Lo mismo da… A Petúnnikov… A Yegorka… ¡A ti, sin ir más lejos!

—¿Por qué? —quiso saber Kuvalda.

—Quisiera ir a Siberia… Ya estoy harto de todo esto… Esta vida mezquina… Allí aprende uno a vivir…

—Pues sí; allí te lo explican con todo detalle —asintió el capitán con melancolía.

De Petúnnikov y del futuro desahucio del asilo ya no se volvió a tratar. Todos estaban convencidos de que el desalojo era inminente, y les parecía superfluo fatigarse con reflexiones sobre esa cuestión.

Sentados en círculo en la hierba, aquellos hombres alargaban perezosamente la conversación, repasando hasta el infinito todo tipo de temas, saltando libremente de un asunto a otro y dedicando a las palabras de los demás la mínima atención indispensable para sostener la charla, para que no decayera. Estar callados es aburrido, pero escuchar atentamente también lo es. Aquella sociedad de exhombres tenía una magnífica cualidad: nadie se sentía forzado a poner todo su empeño en parecer mejor de lo que era en realidad, ni animaba a los demás a que realizaran, por su parte, semejante esfuerzo.

El sol otoñal se afanaba en calentar los andrajos de aquellos hombres que le presentaban sus espaldas y sus cabezas desgreñadas: caótica alianza del reino vegetal con el reino mineral y el reino animal. En los rincones del patio crecían exuberantes las malas hierbas, los altos lampazos cubiertos de flores espinosas y otras plantas completamente inútiles que alegraban la vista de aquellos hombres completamente inútiles…

A todo esto, en la taberna de Vavílov se había desarrollado la escena siguiente.

Petúnnikov hijo entró sin precipitarse, miró a su alrededor, puso cara de asco y, quitándose sin prisa el sombrero gris, preguntó al tabernero, que le recibió con una respetuosa inclinación y una amable sonrisa:

—Yegor Teréntievich Vavílov… ¿es usted?

—¡Sí, señor! —respondió el suboficial, apoyándose en el mostrador con ambas manos, como si se dispusiese a franquearlo de un salto.

—Tengo un asunto que tratar con usted —le anunció Petúnnikov.

—Con muchísimo gusto… Si es tan amable de pasar a mi cuarto…

Pasaron a ese cuarto y tomaron asiento; el visitante en un sofá de hule, delante de una mesa camilla, el patrón en una silla enfrente de él. En un rincón de la habitación, delante de un enorme tríptico, ardía una lámpara; cerca de él, en la pared, colgaban algunos iconos. Las cubiertas metálicas estaban muy limpias, brillaban como si fueran nuevas. En el cuarto, lleno hasta arriba de baúles y de toda clase de muebles antiguos, olía a aceite barato, a tabaco, a col fermentada. Petúnnikov contempló el panorama y volvió a torcer el gesto. Vavílov, con un suspiro, elevó la vista hacia los iconos; después se miraron detenidamente y cada uno se llevó una impresión favorable del otro. A Petúnnikov le gustaron los ojos

descaradamente pícaros de Vavílov; a éste, la expresión abierta, fría y decidida de Petúnnikov, con sus anchos y vigorosos pómulos y sus blancos y apretados dientes.

—Seguramente adivinará usted el asunto del que le quiero hablar —empezó Petúnnikov.

—Tendrá que ver con la demanda, me imagino —dijo respetuosamente el suboficial.

—Justamente. Me agrada comprobar que no se anda usted con rodeos, sino que va al grano, como una persona sin dobleces —afirmó Petúnnikov, alentando a su interlocutor.

—He sido soldado —dijo Vavílov modestamente.

—Se nota. Abordemos la cuestión con toda claridad, para terminar cuanto antes.

—Eso es.

—Muy bien, señor. Su demanda es perfectamente legítima, y sin duda ganaría usted el pleito. Ante todo, considero necesario hacérselo saber.

—Se lo agradezco con toda humildad —dijo el suboficial, parpadeando para disimular la sonrisa de sus ojos.

—Pero ¿podría decirme por qué ha tenido a bien iniciar su relación con nosotros, con sus futuros vecinos, de una manera tan abrupta, acudiendo directamente a la vía judicial?

Vavílov se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—¿No habría sido más sencillo venir a vernos y arreglarlo todo de forma amistosa? ¿Qué piensa usted?

—Sin duda, habría resultado más agradable. Pero, verá usted… Ha surgido una complicación… Yo no he actuado por mi propia iniciativa… sino instigado… Más tarde he comprendido que habría sido mucho mejor… Pero el caso es que ya era tarde.

—Ya veo. Entiendo que fue algún abogado quien le aconsejó…

—Algo así.

—Muy bien. En ese caso, ¿desea usted zanjar este asunto amistosamente?

—¡Con muchísimo gusto! —exclamó el soldado.

Petúnnikov se quedó callado, le estuvo mirando y, de improviso, con toda frialdad, le preguntó secamente:

—Y ¿por qué razón lo desea usted?

Vavílov no se esperaba esa pregunta y al principio no supo qué responder. A su juicio, se trataba de una pregunta ociosa, y el soldado, consciente de su superioridad, sonrió abiertamente a Petúnnikov hijo.

—Está claro por qué… Hay que intentar llevarse bien con todo el mundo.

—Bueno —le interrumpió Petúnnikov—, eso no es del todo cierto. Por lo que veo, no tiene usted muy claro por qué le gustaría estar a bien con nosotros… Se lo voy a explicar.

El soldado se quedó un tanto sorprendido. Aquel joven, vestido de pies a cabeza con una tela a cuadros que le daba un aspecto bastante ridículo, hablaba igual que Rakshin, el jefe de la compañía, cada vez que le hervía la sangre y le saltaba de un puñetazo tres dientes a un recluta.

—Usted necesita llegar a un acuerdo amistoso, porque nuestra vecindad puede serle muy beneficiosa. Y nuestra vecindad puede serle beneficiosa, porque en nuestra fábrica van a trabajar no menos de ciento cincuenta obreros, que serán más con el tiempo. Si, después de cobrar su paga semanal, hay cien de ellos que se toman una copa en su establecimiento, eso supone que servirá usted al mes cuatrocientas copas más de las que sirve actualmente. Eso, tirando por lo bajo. Y por no hablar de las comidas. Parece usted un hombre despierto y experimentado, piense usted mismo en las ventajas de tenernos como vecinos.

—Sí, es verdad —asintió Vavílov—. Ya había pensado en ello.

—¿Qué decide entonces? —le preguntó en voz alta el comerciante.

—Nada… Me gustaría llegar a un acuerdo…

—Estoy encantado de que se haya decidido tan pronto. El caso es que he venido provisto de una declaración escrita, dirigida al juzgado, por la que usted retira usted la demanda contra mi padre. Léala y firme.

Vavílov, con los ojos como platos, miraba a su interlocutor y se echó a temblar, presintiendo que aquello podía acabar muy mal.

—Permítame… ¿Firmar, dice usted? Pero ¿cómo?

—Muy sencillo, basta con que anote su nombre y su apellido, eso es todo —le aclaró Petúnnikov, indicándole también con el dedo, en un gesto obsequioso, dónde tenía que firmar.

—No, no, ¿a qué viene eso? No me refería a eso… Lo que quiero saber es qué clase de compensación me ofrecen por el terreno.

—Pero ¡si ese terreno no le sirve de nada! —dijo Petúnnikov, con ánimo de calmarle.

—¡Pero es mío! —exclamó el soldado.

—Desde luego… Y ¿cuánto querría usted?

—Al menos, lo que dice la demanda… La suma que allí aparece consignada —indicó Vavílov tímidamente.

—¿Seiscientos rublos? —Petúnnikov se rió ligeramente—. ¡Qué cosas tiene!

—Estoy en mi derecho… Podría reclamar dos mil… Puedo insistir en que derriben el edificio… Eso es lo que quería… Por eso era tan baja la indemnización. ¡Voy a exigir que lo derriben!

—¡Adelante! Es posible que acabemos derribándolo… dentro de tres años, y después de que se haya visto obligado a incurrir en enormes gastos en el pleito. Y, entre tanto, abriremos nuestra propia cantina, y una taberna mejor que la suya[33]. Tiene usted todas las de perder, como los suecos en Poltava. Perderá usted, querido amigo, ya nos ocuparemos de eso.

Vavílov, apretando con fuerza los dientes, miraba a su huésped, consciente

de que éste era el amo y señor de su destino. El tabernero se sintió digno de lástima en presencia de aquella figura impasible e implacable, con su traje a cuadros.

—Pero, si fuéramos unos buenos vecinos, si reinara la concordia entre nosotros, un soldado como usted podría ganarse muy bien la vida. También podríamos ocuparnos nosotros de eso. Por ejemplo, incluso ahora le recomiendo que abra un pequeño comercio. Ya sabe, tabaco, cerillas, pan, pepinos y cosas así… Todo ese género va a tener muy buena salida.

Vavílov le escuchaba y, como tampoco era tonto, comprendió que lo mejor que podía hacer era rendirse al enemigo y confiar en su generosidad. Por ahí tendría que haber empezado. Y, sin saber en quién descargar su rabia, el soldado insultó en voz alta a Kuvalda:

—¡Ah, ese borrachín! ¡Maldito sea!

—¿Se refiere usted al abogado que redactó la demanda? —preguntó tranquilamente Petúnnikov, y añadió con un suspiro—: La verdad, pudo haberle causado un enorme quebranto, de no haber tenido nosotros tanta consideración con usted.

—¡Ay! —El soldado, afligido, hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Eran dos… A uno se le ocurrió la idea; el otro redactó la demanda… ¡Ese maldito corresponsal!

—¿A qué se refiere? ¿Corresponsal?

—Escribe en los periódicos… Son esos inquilinos suyos… ¡Menuda pandilla! ¡Llévenselos de ahí, échenlos, por el amor de Dios! ¡Bandidos! No hacen más que soliviantar a los vecinos, nos vuelven a todos locos. A esa gente le da todo igual; el día menos pensado, tenemos aquí un asalto o un incendio…

—Y ese corresponsal ¿quién es? —se interesó Petúnnikov.

—¿Ése? ¡Otro borracho! Fue maestro de escuela, le echaron. Ahora se da a la bebida, escribe en los periódicos, redacta instancias. ¡Un tipo infame!

—¡Hum! ¿Así que fue él quien redactó la demanda? ¡Ya veo! Seguro que fue también él quien escribió sobre ciertas deficiencias en las obras; algo de los andamios, que por lo visto no estaban bien puestos.

—¡Ah, sí, sí! ¡Ya me acuerdo! ¡El muy desgraciado! Nos lo leyó aquí mismo; no hacía más que presumir: «Esto a Petúnnikov —decía— le va a salir caro».

—Ya veo… Bueno, en resumen, ¿tiene usted intención de llegar a un acuerdo?

—¿Un acuerdo? —El soldado agachó la cabeza y se quedó pensativo—. ¡Ay, qué vida más oscura la nuestra! —exclamó, en tono ofendido, rascándose el cogote.

—¡Hay que estudiar! —recomendó Petúnnikov mientras encendía un cigarrillo.

—¿Estudiar? ¡No es ésa la cuestión, caballero! ¡No hay libertad, eso es lo que pasa! ¿Qué clase de vida es ésta? Vivo entre continuas zozobras… Siempre mirando a mi espalda… ¡Privado por completo de libertad de movimientos! Y todo ¿por qué? Tengo miedo… Ese espantajo de maestro arremete contra mí en los periódicos… Atrae sobre mí las miradas de la inspección sanitaria, y luego me toca a mí pagar las multas… Ya le digo, esos inquilinos suyos, cualquier día, nos incendian, nos matan, nos roban… ¿Y qué puedo yo contra ellos? A la policía no le tienen ningún miedo… Si los encierran, están tan contentos: allí comen de balde.

—Muy bien, los quitaremos de en medio… en cuanto nos hayamos puesto de acuerdo —le prometió Petúnnikov.

—Y ¿cómo podemos alcanzar ese acuerdo? —preguntó Vavílov, en tono abatido y sombrío.

—Plantee usted sus condiciones.

—¿Qué quiere que le diga? Según la demanda, eran seiscientos…

—¿Aceptaría cien? —le preguntó con calma el comerciante, observando detenidamente a su interlocutor; después, con una blanda sonrisa, añadió—: No pienso dar ni un rublo más…

Dicho lo cual se quitó las gafas y, sin ninguna prisa, empezó a limpiar los cristales con un pañuelo que se había sacado del bolsillo. Vavílov lo miraba con el corazón encogido, sin dejar, al mismo tiempo, de sentir un profundo respeto por su huésped. En el rostro sereno del joven Petúnnikov, en sus grandes ojos pardos, en sus anchos pómulos, en toda su figura fornida, detectaba una gran energía, segura de sí misma pero debidamente disciplinada por la inteligencia. También era

del agrado de Vavílov la forma en que Petúnnikov se dirigía a él: sin afectación, con una nota de cordialidad en la voz, sin ninguna altivez, como a un igual, y eso que Vavílov era muy consciente de que un simple soldado como él no podía equipararse a aquel individuo. Mientras estaba así observándole, poco menos que absorto, fue incapaz de contenerse y, presa de una acuciante curiosidad que por un instante acalló cualquier otra consideración, le preguntó respetuosamente al joven:

—¿Le importaría decirme dónde ha estudiado usted?

—En una escuela técnica. ¿Por qué? —dijo, y levantó hacia él sus ojos sonrientes.

—No, nada, sólo por preguntar… ¡Disculpe! —El soldado agachó la cabeza y de pronto, movido por la admiración y la envidia, exclamó con entusiasmo—: ¡Ya ve usted! ¡La educación! En una palabra: ¡la ciencia, la ilustración! Y nosotros, desorientados como una lechuza al sol… ¡Ay de mí! ¡Caballero! ¿Qué le parece si acabamos con esto? —Con gesto decidido, le tendió la mano a Petúnnikov y dijo con un hilo de voz—: ¿Qué? ¿Quinientos?

—Cien, ni uno más, Yegor Teréntievich.

Entonces, como si lamentara no poder ofrecer más, Petúnnikov se encogió de hombros y, con su blanca manaza, dio unas cuantas palmaditas en la mano velluda del soldado.

Poco duró la cosa, porque el soldado no tardó en echar a correr, dando grandes zancadas, hacia los deseos de Petúnnikov, mientras éste aguantaba firme. Vavílov, una vez que recibió los cien rublos y firmó el documento, arrojó la pluma sobre la mesa con exasperación y exclamó:

—Bueno, ¡ahora tendré que vérmelas con la compañía dorada! ¡Lo que se van a reír! ¡Me van a poner a caldo esos diablos!

—Puede usted decirles que le hemos pagado la suma completa que constaba en la demanda —sugirió Petúnnikov, exhalando plácidamente delgados hilos de humo y siguiéndolos con la mirada.

—¡Como que se lo van a creer! A ésos no los gana en malicia ni…

Vavílov se interrumpió a tiempo, asustado por la comparación que se le había ocurrido, y miró con aprensión al hijo del comerciante. Éste seguía fumando,

completamente absorto en esta tarea. Se despidió en seguida, prometiendo a Vavílov arrojar del nido a los alborotadores. Vavílov le vio alejarse y suspiró, sintiendo un terrible deseo de gritar algo injurioso, algo ofensivo a espaldas de aquel hombre que ascendía con paso decidido por el camino surcado de zanjas y sembrado de cascotes.

Aquella tarde el capitán se presentó en la taberna. Traía el semblante ceñudo y el puño de la mano derecha apretado con fuerza. Vavílov le recibió con una sonrisa culpable.

—¡Vaya, vaya! A ver, digno sucesor de Caín y de Judas, cuenta…

—Ya está todo arreglado —dijo Vavílov, suspirando y bajando la mirada.

—No lo dudo. ¿Cuántas monedas de plata te han dado?

—Cuatrocientos rublos…

—Seguro que mientes… Pero mejor para mí. Sin más preámbulos, Yegorka, el diez por ciento para mí por el hallazgo, veinticinco rublos para el maestro por haber redactado la demanda y un *vedró*[34] de vodka para todos, acompañado de unas buenas tapas. Dame ahora mismo el dinero, el vodka y lo demás para las ocho.

Vavílov se puso verde y se quedó mirando a Kuvalda con los ojos a cuadros:

—¡Y un cuerno! ¡Eso es un robo! Me niego… Pero ¡qué dice, Aristid Fomich! ¡Se va a quedar usted con las ganas! ¡Lo que hay que ver! No, ya no me asusta usted. Ahora yo…

Kuvalda echó un vistazo al reloj que había detrás del mostrador.

—Tienes diez minutos, Yegorka, para seguir con tu estúpida charlatanería. Pasado ese plazo, vas a dejar de parlotear y me vas a dar lo que te estoy pidiendo. Si no, ¡te como vivo! ¿Te ha vendido Final alguna cosa? ¿Has leído la noticia del robo en casa de Básov? ¿Me entiendes ahora? No vas a tener tiempo de esconder nada, no te vamos a dejar… Y esta misma noche… ¿Lo has entendido?

—¡Aristid Fomich! ¿Por qué? —gimoteó el antiguo suboficial.

—¡No hay más que hablar! ¿Lo has entendido o no?

Alto, canoso, con aquel semblante ceñudo que tanto imponía, Kuvalda hablaba en un susurro, y su cascada voz de bajo vibraba siniestramente en la taberna vacía. Vavílov siempre le había tenido algo de miedo, por su condición de antiguo militar y por ser un hombre que no tenía nada que perder. Pero ahora Kuvalda le mostraba una nueva faceta: no hablaba sin parar, y en tono jocoso, como era su costumbre, sino que impartía órdenes terminantes, convencido de que se le debía obediencia, y el tono de sus palabras traslucía una amenaza muy seria. Y Vavílov era consciente de que el capitán, si le daba la gana, podía acabar con él, y además lo haría encantado. Tendría que someterse a su poder. Pero el soldado, con el corazón en un puño, intentó una vez más eludir el castigo. Suspiró profundamente y empezó con humildad:

—Con razón dicen que en el pecado se lleva la penitencia… He intentado engañarle, Aristid Fomich… Quería parecer más listo de lo que soy… Sólo me he llevado cien rublos…

—Sigue —le soltó Kuvalda.

—Y no cuatrocientos, como le había dicho. Así que…

—Así que nada. No sé cuándo has mentido, si antes o ahora. Me vas a dar sesenta y cinco rublos. No es demasiado… ¿Y bien?

—¡Ay, Dios mío! Yo, que siempre me he desvivido por atenderle…

—¡Y qué! Ya está bien de palabras, bisnieto de Judas.

—No se preocupe, ya se lo doy… Pero Dios le castigará por esto.

—¿Te quieres callar, grano purulento? —gritó el capitán furibundo, mirándole con ojos de loco—. Dios ya me ha castigado… Me ha obligado a verte, a tratar contigo… ¡Te voy a espachurrar como a una mosca!

Agitó el puño delante de la nariz de Vavílov y le enseñó los dientes, haciéndolos rechinar.

Cuando se fue, Vavílov sonrío con malicia y empezó a parpadear nerviosamente. Dos gruesos lagrimones rodaron después por sus mejillas. Parecían grises y, cuando se perdieron entre el bigote, aparecieron otros dos en su lugar. Entonces Vavílov entró en su cuarto, se detuvo delante de las imágenes, y estuvo así un buen rato, sin rezar, sin moverse, sin enjugarse las lágrimas que corrían por

sus mejillas morenas, cubiertas de arrugas.

El diácono Tarás, siempre atraído por bosques y prados, propuso a los exhombres que salieran al campo, a un barranco cercano, para dar cuenta allí, en el seno de la naturaleza, del vodka de Vavílov. Pero el capitán y el resto del grupo, unánimemente, echaron pestes del diácono y de la naturaleza y prefirieron beber juntos en el patio.

—Un, dos, tres… —contaba Aristid Fomich—; de momento, somos trece; y falta el maestro… Bueno, seguro que se apuntan algunos golfos más. Vamos a poner veinte en total. Dos pepinos y medio por cabeza, una libra de pan y un poco de carne… ¡No está nada mal! Y tocamos a una botella de vodka por barba… Hay col fermentada, manzanas y tres sandías. A ver, ¿qué más se os ofrece, mis amigos canallas? Bueno, pues ya podemos prepararnos para devorar a Yegorka Vavílov, ¡porque todo esto es sangre y carne suyas!

Tendieron en el suelo algunos pingajos, distribuyeron en ellos la bebida y los manjares y se sentaron alrededor, ceremoniosamente, en silencio, reprimiendo a duras penas el ansia de beber que brillaba en los ojos de todos.

Se acercaba la noche; las sombras descendían sobre el patio del asilo, un tanto afeado por los montones de desperdicios; los rayos postreros de sol iluminaban el tejado del ruinoso caserón. Hacía fresco, reinaba el silencio.

—¡Al ataque, hermanos! —ordenó el capitán—. ¿Cuántas tazas tenemos? Seis, y somos trece… ¡Alekséi Maksímovich, sirve tú! ¿Listos? Atención, primera sección… ¡fuego!

Bebieron, soltaron un gruñido y empezaron a comer.

—Y el maestro no ha venido… Hace ya tres días que no le veo. ¿Nadie sabe de él? —preguntó Kuvalda.

—Nadie…

—¡No es normal en él! Bueno, qué más da. ¡Otra ronda! Bebamos a la salud de Aristid Kuvalda, el único amigo que no me ha dejado solo ni un minuto en toda mi vida. Aunque, maldita sea, no sé yo si no habría salido ganando si me hubiera privado algún tiempo de su compañía.

—¡Muy agudo! —dijo el Sobras, y le entró la tos.

El capitán miró a sus camaradas con plena conciencia de su superioridad, pero no dijo nada, ya que estaba comiendo. Después de la segunda ronda, la reunión no tardó en animarse: las dosis de vodka eran considerables. Tarás y Medio manifestó tímidamente su deseo de escuchar un cuento, pero el diácono se había enzarzado en una discusión con Peonza en torno a la preeminencia de las mujeres delgadas respecto de las gordas, y no prestó atención a las palabras de su amigo, ya que estaba exponiéndole a Peonza sus razonamientos con la vehemencia y el ardor propios de quien está profundamente convencido de la certeza de sus criterios. Era enternecedor ver el cándido semblante de Meteoro, tumbado boca abajo a su lado, deleitándose con las expresiones picantes del diácono. Martiánov, abrazándose las rodillas con sus enormes manos cubiertas de vello oscuro, miraba en silencio, melancólicamente, la botella de vodka, mientras se tanteaba el bigote con la lengua e intentaba mordisquearlo. El Sobras, entre tanto, se metía con Tiapá.

—¡Ya he descubierto, viejo brujo, dónde escondes el dinero!

—Suerte que has tenido —gruñó Tiapá.

—¡Ya verás, hermano, cómo un día lo engancho!

—Cógelo…

Kuvalda se aburría con aquella gente: no había uno sólo entre ellos digno de su elocuencia y capacitado para comprenderle.

—¿Dónde se habrá metido el maestro? —pensó en voz alta.

Martiánov, pendiente de él, dijo:

—Ya vendrá…

—Estoy seguro, sí, de que vendrá, y de que no vendrá en coche. Bebamos, futuro presidiario, por tu porvenir. Si asesinas a un hombre adinerado, reparte conmigo el botín… Entonces, hermano, yo me iría a América, a… ¿cómo se llama?… La Pompa… ¡La Pampa! Y una vez allí no pararía hasta ser presidente de los Estados Unidos. Después le declararía la guerra a toda Europa y le daría una buena paliza. Compraría un ejército… en la propia Europa… Invitaría a los franceses, los alemanes, los turcos, y me valdría de ellos para cargarme a sus parientes… Igual que hizo Iliá Múromets[35], que se valió de un tártaro para combatir a los tártaros. Con dinero, yo podría ser un nuevo Iliá… Aniquilar Europa y contratar a Judas Petúnnikov como lacayo… Seguro que aceptaba… Le

das cien rublos al mes, y vaya si acepta. Pero sería un pésimo lacayo, no iba a parar de robar…

—Y encima las flacas son mejores que las gordas porque te salen más baratas —decía el diácono, muy convincente—. Mi primera mujer gastaba en un vestido doce *arshiny* de tela, y la segunda diez… Igual con la comida…

Tarás y Medio se echó a reír, culpable, volvió la cabeza hacia el diácono, le miró a los ojos y proclamó desconcertado:

—Yo también he estado casado…

—Eso le puede pasar a cualquiera —comentó Kuvalda—. Vamos, sigue con tus disparates…

—Era delgada, pero comía mucho… Si hasta murió de eso…

—Tú la envenenaste, tuerto —dijo el Sobras, muy convencido.

—¡No, no! ¡Lo juro por Dios! Fue un atracón de esturión —contó Tarás y Medio.

—Pues ¡yo te digo que la envenenaste! —afirmó El Sobras con toda rotundidad.

Era algo frecuente en él: después de soltar alguna estupidez, empezaba a repetirla, sin aportar ninguna prueba en la que basar su afirmación. Al principio, lo decía en un tono de niño caprichoso, pero poco a poco se iba obcecando.

El diácono salió en defensa de su amigo.

—Él no pudo envenenarla… No tenía ningún motivo.

—¡Y yo digo que la envenenó! —dijo El Sobras, chillando.

—¡A callar! —gritó el capitán, amenazante. El aburrimiento había dado paso a una profunda irritación. Con ojos furibundos miró a sus compañeros, medio borrachos ya, y, sin detectar en sus caras nada que pudiera seguir alimentando su rabia, agachó la cabeza, se quedó unos minutos en esa postura y se tumbó finalmente boca arriba. Meteoro mordisqueaba pepinos. Cogía uno con una mano y, sin mirarlo, se lo introducía en la boca hasta la mitad, y de repente le daba un

mordisco con sus enormes dientes amarillos; entonces el jugo del pepino salpicaba en todas direcciones, pringándole la cara. Estaba claro que no tenía hambre, pero la operación le distraía. Martiánov, inmóvil como una estatua, sin cambiar de postura desde que se había sentado en el suelo, con la misma expresión concentrada y sombría, contemplaba la garrafa de vodka de medio *vedró*, casi vacía. Tiapá miraba al suelo y mascaba un trozo de carne que no se sometía a su vieja dentadura. El Sobras, tumbado boca abajo, no paraba de toser, y al hacerlo contraía su frágil cuerpecillo. Las demás figuras, negras y silenciosas, tumbadas o sentadas en diversas posturas, parecían, con aquellos harapos, un grupo de animales deformes, engendrados por alguna fuerza primitiva y fantástica, para escarnio del hombre.

Antaño vivía en Súzdal

una dama muy vulgar;

un día le dio un calambre:

¡cómo le sentó de mal!

Cantaba a media voz el diácono Tarás, abrazando a Alekséi Maksímovich, que sonreía beatíficamente. Tarás y Medio dejaba escapar unas risillas lascivas.

Ya era noche cerrada. En el cielo ardían silenciosas las estrellas; arriba, en la ciudad, las luces de las farolas. Las melancólicas sirenas de los barcos de vapor resonaban en el río; la puerta de la taberna de Vavílov se abrió con un chirrido y con el tintineo de los cristales. Dos figuras oscuras entraron el patio, se acercaron a aquellos hombres que estaban agrupados en torno a una botella y una de ellas preguntó con voz ronca:

—¿Qué? ¿Bebiendo?

Su compañero, a media voz, comentó con envidia sana:

—Hay que ver, ¡cómo se lo pasan!

Después, alguien alargó una mano por delante de la cabeza del diácono y se oyó el característico gorgoteo del vodka al caer en una taza. Después se oyó un gruñido…

—¡Ah, cuánta nostalgia! —exclamó el diácono—. ¡Tuerto, ahora toca recordar el pasado! ¡Vamos a cantar *A orillas de los ríos de Babilonia*!

—¿De verdad sabe? —preguntó Simtsov.

—¿Que si sabe? Pero si fue solista en el coro episcopal… Vamos, tuerto… «A orillas de los ríos…».

El diácono cantaba con una voz salvaje, aguardentosa, cascada, y su amigo con un falsete estridente.

Envuelto en las tinieblas, el caserón abandonado parecía haber crecido en volumen o haber desplazado toda su masa de madera putrefacta hacia aquellos hombres, cuyos bárbaros aullidos habían despertado un eco sordo en el edificio. Una nube vaporosa y oscura se desplazaba lentamente por el cielo, sobre sus cabezas. Algún exhombre dormía ya como un tronco; los demás, algo menos borrachos, bebían y comían en silencio, o conversaban en voz baja, haciendo largas pausas. A todos les parecía insólito que el ambiente fuera tan deprimente en una fiesta con tal abundancia de vodka y de viandas. Por alguna razón esa noche se estaba haciendo esperar más de la cuenta la desbordante animación de la que solían hacer gala los habitantes del asilo en compañía de una botella.

—¡Eh, perros! Nada de aullidos —les dijo el capitán a los cantantes, levantando la cabeza del suelo y aguzando el oído—. Alguien se acerca… y viene en coche…

Un coche en la calle del Arrabal, y a esas horas, no podía dejar de llamar la atención de todos. ¿Quién podía arriesgarse a venir de la ciudad, sorteando baches y zanjas? ¿Quién y para qué? Todos alzaron la cabeza y prestaron atención. En el silencio nocturno se percibía claramente el susurro de las ruedas del carruaje, protegidas por el guardabarros. Cada vez estaba más cerca. Resonó una voz que preguntaba groseramente:

—Bueno, ¿y dónde es?

—Tiene que ser ahí, en esa casa.

—Yo ya no sigo más…

—¡Nos buscan! —exclamó el capitán.

—¡La policía! —susurró alguien, alarmado.

—¿En coche? ¡Tú eres idiota! —dijo Martiánov sordamente.

Kuvalda se levantó y se dirigió hacia el portón.

El Sobras, con la cabeza ladeada hacia ese lado, procuraba enterarse.

—¿Es aquí el asilo nocturno? —preguntó alguien con voz temblorosa.

—Sí —retumbó la voz de bajo del capitán, irritado.

—¿Vive aquí un reportero llamado Titov?

—¿Lo traen ustedes?

—Sí…

—¿Borracho?

—Enfermo.

—O sea, muy borracho. ¡Ay, maestro! ¡Venga, levanta!

—¡Aguarde! Ya le ayudo… Está muy mal. Se ha pasado dos días enteros en mi casa, acostado. Tiene que cogerlo de los sobacos… Le ha visto el médico. La cosa es seria…

Tiapá se levantó y se acercó despacio hacia el portón, mientras el Sobras, con una sonrisa forzada, echaba un trago.

—¡Eh, vosotros! ¡Encended alguna luz! —gritó el capitán. Meteoro se dirigió al albergue y prendió una lámpara. En ese momento, una amplia franja de luz se proyectó en el patio desde la puerta del edificio, y el capitán, acompañado por un hombrecillo menudo, se las arregló para trasladar al maestro. La cabeza le caía inerte sobre el pecho, los pies le arrastraban, los brazos le colgaban como descoyuntados. Con ayuda de Tiapá le tumbaron en un camastro, y el maestro, tras estremecerse con todo el cuerpo, lanzó un suave gemido y se estiró en el lecho.

—Trabajábamos en el mismo periódico… Pobre desgraciado. Mira que le he insistido: «Se lo ruego, quédese aquí, no es ningún estorbo»… Pero él me

suplicaba: «¡Lléveme a casa!». Estaba muy inquieto… Y yo he pensado que tanta agitación no podía ser buena, por eso le he traído… Pero seguro que es aquí, ¿verdad?

—¿Es que usted se cree que tiene otra casa? —le preguntó Kuvalda, groseramente, sin apartar la mirada de su amigo—. Tiapá, ¡trae agua fría!

—Entonces… —el hombre titubeaba, sin saber qué hacer—. No sé… ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Usted? —El capitán le dirigió una mirada crítica. El tipo vestía una americana raída, abrochada con esmero hasta el cuello. Llevaba unos pantalones deshilachados y se cubría con un sombrero rojizo de puro viejo y tan lleno de arrugas como el rostro, escuálido y famélico, de su dueño—. No, podemos pasarnos sin su ayuda. Aquí ya hay demasiados como usted —dijo al fin el capitán, apartándose de él.

—Entonces, ¡hasta la vista! —El hombrecillo se dirigió a la puerta, y desde allí rogó suavemente—: Si algo ocurriera… háganlo saber en la redacción… Me llamo Ryzhov. Podría redactar una breve nota necrológica. Al fin y al cabo, ya saben, habiendo sido periodista…

—¡Hum! ¿Una necrológica, dice usted? Veinte líneas… ¿a cuarenta kópeks? Mejor, vamos a hacer otra cosa: cuando se muera, le voy a cortar una pierna y se la envío a la redacción, a su nombre. Eso trae más cuenta que una necrológica: da para tres o cuatro días… Tiene las piernas gruesas… Ya que se lo han comido vivo…

El hombrecillo resopló de forma extraña y desapareció.

El capitán, sentado en el camastro al lado del maestro, le palpó la frente y el pecho, y entonces le llamó:

—¡Filipp! —Su grito resonó sordamente en las paredes sucias del albergue, antes de extinguirse—. ¡Esto es absurdo, hermano! —dijo después el capitán, peinando suavemente con la mano la cabellera enmarañada del maestro, que no había vuelto a moverse. A continuación, escuchó detenidamente su respiración, fogosa y entrecortada, observó el rostro hundido y macilento, suspiró y, con el ceño intensamente fruncido, miró a su alrededor. La lámpara apenas iluminaba, la llama temblaba y las sombras negras bailaban en silencio en las paredes del albergue. El capitán se quedó absorto observando su danza callada, al tiempo que

se acariciaba la barba. Llegó Tiapá con un cubo de agua, lo depositó junto a la cabeza del maestro y tomó una mano entre las suyas, como sopesándola.

—Ya no necesita agua —dijo el capitán con un gesto de rechazo.

—Un pope es lo que necesita —aseguró el viejo trapero.

—No necesita nada —decidió el capitán.

Estuvieron un rato en silencio, mirando al maestro.

—¡Vamos a beber, viejo diablo!

—¿Y él?

—¿Puedes ayudarle en algo?

Tapiá le dio la espalda al maestro, y salieron al patio.

—¿Qué pasa? —preguntó el Sobras, volviendo hacia el capitán su afilado hocico.

—Nada de particular. Un hombre que se muere… —explicó escuetamente el capitán.

—¿Se lo han cargado? —quiso saber el Sobras.

El capitán no contestó; estaba bebiendo vodka.

—Es como si hubiera sabido que teníamos con qué celebrar sus exequias —dijo el Sobras, encendiendo un cigarrillo.

Algunos se rieron, otros suspiraron profundamente. De pronto el diácono, haciendo un esfuerzo, chasqueó los labios, se frotó la frente y ululó como un salvaje:

—«¡Dales, Señor, el eterno descanso!»…

—¡Eh, tú! —protestó el Sobras—. ¿Por qué chillas de ese modo?

—¡Sacúdele en los morros! —le aconsejó el capitán.

—¡Idiota! —resonó la voz ronca de Tiapá—. Cuando una persona está agonizando, se debe guardar silencio.

Y se hizo un silencio casi completo, tanto en el cielo, cubierto de nubes que amenazaban lluvia, como en la tierra, revestida de las sombras tenebrosas de la noche de otoño. De vez en cuando se oía algún ronquido, gorgoteaba el vodka, alguien hacía ruido al masticar. El diácono recitaba entre dientes. Las nubes se movían tan bajo que parecía que fueran a meterse bajo el tejado del viejo caserón y derribarlo sobre el grupo de hombres.

—Ah… qué pesar en el alma… cuando muere un amigo… —declaró el capitán entrecortadamente y agachó la cabeza.

Nadie replicó.

—Él era el mejor… de todos vosotros… El más inteligente, el más honrado… Qué pena más grande…

—«En medio de vuestros santos»… Pero ¿quieres cantar, maldito tuerto? —El diácono, nervioso, sacudió con el codo a su amigo, que dormitaba a su lado.

—¡A callar! —exclamó enojado el Sobras, levantándose hecho una furia.

—Le voy a dar una que se va a enterar —sugirió Martiánov, levantando la cabeza del suelo.

—Creía que estabas dormido —dijo Aristid Fomich con una dulzura desconocida—. ¿Te has enterado? El maestro…

Martiánov se removió torpemente en el suelo, se levantó, miró las franjas de luz que salían de la puerta y las ventanas del albergue, cabeceó y, sin decir nada, se sentó al lado del capitán.

—¿Un trago? —propuso Kuvalda.

Buscaron a tientas unos vasos, y bebieron.

—Voy a echar un vistazo… —dijo Tiapá—. Puede que necesite alguna cosa.

—Un ataúd —ironizó el capitán.

—No habléis de esas cosas —rogó el Sobras con la voz velada.

Meteoro fue detrás de Tiapá. El diácono también intentó levantarse, pero se cayó hacia un lado y empezó a echar pestes.

Después de alejarse Tiapá, el capitán le dio un golpe en el pecho a Martiánov, y le dijo discretamente:

—Oye, Martiánov… Tú deberías sentirlo más que nadie… Tú fuiste… Bah, qué más dará eso. ¿No te da pena de Filipp?

—No —le contestó el antiguo carcelero, después de pensárselo—. Mira, hermano, yo ya no siento nada… He perdido la costumbre… Qué vida más perra. Lo digo en serio: voy a matar a alguien…

—¿Sí? —respondió vagamente el capitán—. Bueno, pues nada. ¡Otra copa!

—¡Lo único que hay que hacer es beber una copa, y luego otra! —canturreaba beatíficamente Simtsov, recién despertado—. ¿Hermanos? ¿Quién anda por ahí? ¡Una copita para este pobre viejo!

Se la sirvieron. Nada más bebérsela, volvió a tumbarse, apoyando la cabeza en el costado de un compañero.

El silencio duró un par de minutos, un silencio tan oscuro y siniestro como la propia noche de otoño. Se oyeron entonces unos murmullos…

—¿Cómo? —se alzó una voz.

—Decía que era un tipo estupendo. Con ese talento… Y siempre tan tranquilo… —comentó otro, más quedo.

—Tenía dinero… Y nunca se lo negaba a un amigo…

Y otra vez el silencio.

—¡Está en las últimas! —la voz cascada de Tiapá sonó por encima del capitán.

Aristid Fomich se levantó y, esforzándose para no titubear, se dirigió al albergue.

—¿A qué vas? —le detuvo Tiapá—. No te acerques. Estás borracho… ¡No estaría bien!

El capitán se detuvo y reflexionó.

—¿Y hay algo en esta tierra que esté bien? ¡Vete al diablo!

Las sombras seguían bailando en las paredes del asilo, se diría que estaban luchando en silencio. En el camastro, tumbado todo lo largo que era, el maestro agonizaba entre estertores. Tenía los ojos muy abiertos, el pecho desnudo se agitaba con violencia y en las comisuras de los labios se le formaba espuma. La expresión de su rostro era muy tensa, como si deseara a toda costa decir algo grandioso, pero tan complicado que le fuera imposible. Y sufría lo indecible por eso.

El capitán se quedó parado delante de su amigo, con las manos a la espalda. Estuvo unos instantes contemplándole en silencio; después empezó a hablar, frunciendo el ceño con violencia:

—¡Filipp! Dime algo… Unas palabras de consuelo al amigo… ¡Déjalo ya! Te quiero, hermano mío… Entre tantas bestias, tú has sido para mí el único hombre verdadero… ¡aunque hayas sido un borracho! ¡Ay, cuánto vodka has bebido, Filipp! Y ha sido eso lo que te ha perdido… ¿Por qué? Si hubieras sabido controlarte… Si me hubieras hecho caso. ¿Cuántas veces te lo habré dicho?…

La muerte, esa fuerza secreta que acaba con todo, acaso ofendida por la presencia de aquel hombre bebido en el acto solemne y sombrío de su combate con la vida, decidió acabar cuanto antes su tarea impasible: el maestro, tras suspirar profundamente, gimió dulcemente, se estremeció, estiró el cuerpo y se quedó rígido.

El capitán se tambaleó, pero siguió con su discurso.

—¿Quieres que te traiga un poco de vodka? Pero mejor no bebas, Filipp… Contente, domínate… O, si no, ¡bebe! Total, ¿para qué te vas a privar de nada? ¿Para qué, Filipp? ¿No tengo razón? ¿Para qué? —Le cogió de una pierna y tiró de él—. ¿Estás dormido, Filipp? Pues bien, ¡duerme! Buenas noches… Mañana te lo explico todo, y tú mismo te vas a convencer de que no debe uno renunciar a nada… Pero ahora duerme… si es que no estás muerto…

Y salió en completo silencio. Al llegar junto al resto, anunció:

—Se ha dormido… o ha muerto ya… No sé… Estoy un poco borracho…

Tiapá se encorvó más de lo habitual y se persignó. Martiánov se agachó en silencio y se tumbó. El Sobras empezó a revolverse en el suelo y dijo a media voz, en un tono amargado:

—¡Podéis iros todos al diablo! ¡Sí, se ha muerto! ¿Y qué? ¿Y a mí qué me importa? ¿A mí qué me contáis? Cuando me llegue la hora, yo también me moriré… Igual que él… Igual que todos los demás…

—¡Tienes mucha razón! —dijo en voz alta el capitán, dejándose caer al suelo torpemente—. A todos nos llegará la hora… ¡Ja, ja! Lo de menos es cómo vivamos. Porque todos morimos igual. La vida no tiene más objeto, hacedme caso. El hombre viene al mundo para morir. Y muere… Y, siendo así, ¿no da lo mismo cómo haya vivido? ¿No tengo razón, Martiánov? Bebamos otra vez… y otra vez más, mientras estemos vivos…

Empezaba a llover. La oscuridad, espesa y sofocante, cubrió las siluetas de aquellos hombres tirados en el suelo, vencidos por el sueño o la embriaguez. La luz que salía del albergue se debilitó, empezó a temblar y se extinguió de pronto. Seguramente el viento había apagado la llama o el queroseno se había consumido. Las gotas de lluvia, al golpear el techo de hierro del albergue, hacían un ruido tímido e indeciso. Arriba, en la ciudad, se oyeron unas tristes campanadas: alguien velaba en la iglesia.

La vibración de bronce voló del campanario y flotó dulcemente en la oscuridad, hasta apagarse lentamente; pero, antes de que las tinieblas terminaran de ahogar su última nota temblorosa, sonó otra campanada, y en el silencio de la noche volvió a extenderse el suspiro melancólico del metal.

Tiapá fue el más madrugador.

Se dio media vuelta para mirar al cielo: sólo en esa postura su deforme cuello le permitía ver el cielo.

Un cielo uniformemente gris. Allá, en lo alto, la oscuridad húmeda y fría anulaba el sol y, velando la inmensidad azul, derramaba malestar sobre la tierra. Tiapá se persignó y se apoyó sobre un codo para mirar si quedaba algo de vodka por ahí. La botella estaba vacía. Reptando por encima de sus compañeros, se puso a revisar las tazas. Una de ellas estaba casi llena: bebió, se limpió los labios con la manga y empezó a sacudir por el hombro al capitán.

—Despierta… ¡Eh! ¿No me oyes?

El capitán alzó la cabeza y le miró con los ojos empañados.

—Hay que dar aviso a la policía… ¡Venga, levanta!

—Aviso… ¿de qué? —preguntó enojado el capitán, medio dormido aún.

—De que ha muerto…

—¿Quién ha muerto?

—El sabio…

—¿Filipp? ¡Es verdad!

—¿Ya se te había olvidado? Pues sí que… —gruñó Tiapá en tono de reproche.

El capitán se puso de pie, bostezó sonoramente y se estiró hasta que le crujieron los huesos.

—Anda, ve tú y díselo…

—Yo no voy; esa gente no me gusta un pelo —dijo Tiapá con aspereza.

—Bueno, despierta al diácono… Yo voy a echar un vistazo.

El capitán entró en el albergue y se paró al lado del maestro. Ahí yacía el muerto, cuán largo era; su mano izquierda descansaba en el pecho, la derecha la tenía retirada del cuerpo, como si la hubiera levantado dispuesto a golpear a alguien. El capitán pensó que, si el maestro pudiera ponerse en pie en ese momento, sería tan alto como Tarás y Medio. A continuación se sentó en el camastro, a los pies de su amigo y, recordando que habían vivido juntos casi tres años, suspiró. Entró Tiapá y se llevó las manos a la cabeza; parecía un carnero listo para embestir. Se sentó junto al maestro, contempló su rostro atezado, grave y sereno, con los labios muy apretados, y dijo con su ronquera característica:

—Pues sí… ya ha muerto… Pronto me tocará a mí…

—Ya se acerca tu hora —dijo sombrío el capitán.

—¡Ya se acerca, sí! —asintió Tiapá—. Y a ti también te tocará… Siempre es mejor que esta…

—¿Y si resulta que es peor? ¿Tú cómo lo sabes?

—Peor no puede ser. Cuando te mueres, te las ves con Dios… Y aquí con los hombres… Y los hombres… ¿de qué valen?

—Bueno, vale, no fuerces la voz —le cortó Kuvalda, irritado.

En la penumbra que llenaba el albergue se hizo un silencio sobrecogedor.

Estuvieron mucho tiempo sentados a los pies del camarada muerto, mirándolo de vez en cuando, ambos ensimismados en sus pensamientos. Después preguntó Tiapá:

—¿Te vas a encargar tú de enterrarlo?

—¿Yo? ¡No! ¡Que lo entierre la policía!

—Deberías enterrarlo tú… A ti te dio Vavílov su dinero, por lo de la demanda… Si no te llega, yo puedo añadir algo…

—Es verdad que tengo ese dinero, pero no pienso ocuparme del entierro.

—Eso no está bien. Estás robando a un muerto. Les voy a decir a todos que quieres quedarte con su dinero… —le amenazó Tiapá.

—Mira que eres estúpido, viejo diablo —dijo Kuvalda con desprecio.

—No soy ningún estúpido… Sólo que no está bien, no es propio de un amigo.

—Sí, vale, muy bien. ¡Déjame en paz!

—¡Lo que hay que ver! Y ¿cuánto era?

—Veinticinco rublos… —dijo Kuvalda, con aire distraído.

—¡Caray! Podrías darme cinco, por lo menos…

—Menudo sinvergüenza estás hecho… —dijo el capitán, mirando

indiferente a la cara a Tiapá.

—En serio, dame algo…

—¡Vete al diablo! Con ese dinero le haré un monumento.

—¿De qué le va a servir?

—Voy a comprar un ancla y una piedra de molino. La piedra la pondré sobre la tumba, y sujetaré el ancla con una cadena… Va a pesar un montón…

—¿Para qué? Vaya unas cosas más raras…

—Bah… No es asunto tuyo.

—Ya verás como se lo cuente… —volvió a amenazarle Tiapá.

Aristid Fomich le dirigió una mirada inexpresiva, pero no dijo nada.

—Escucha… ¡Viene gente! —dijo Tiapá. Se levantó y salió del albergue.

No tardaron en aparecer en la puerta el comisario, el juez instructor y un médico. Los tres se acercaron por turno al cadáver del maestro y, tras echarle un vistazo, salieron al patio, obsequiando a Kuvalda con unas recelosas miradas de reojo. El capitán se quedó sentado, sin prestarles atención, hasta que el comisario le preguntó, señalando con la cabeza hacia el maestro:

—¿De qué ha muerto?

—Pregúntenselo a él… Yo creo que por falta de costumbre…

—¿Cómo? —preguntó el juez instructor.

—Decía que, en mi opinión, ha muerto por no estar acostumbrado a la enfermedad que había contraído…

—Hum… ya. Y ¿llevaba mucho tiempo enfermo?

—Habría que sacarlo al patio, aquí no se ve nada —propuso el médico en un tono rutinario—. Tal vez haya algún indicio…

—A ver, dígale a alguien que venga y que lo saque de ahí —ordenó el

comisario a Kuvalda.

—Dígaselo usted mismo… A mí ahí no me estorba… —replicó el capitán con indiferencia.

—¡Vaya! —exclamó el policía, con cara de pocos amigos.

—¡Para el carro! —le retó Kuvalda sin moverse del sitio, con fría insolencia y enseñando los dientes.

—¡Maldita sea! —gritó el comisario, rojo de ira—. ¡No se lo consiento! Yo…

—¡Muy buenos días, caballeros! —dijo con dulce voz el comerciante Petúnnikov, que acababa de aparecer en la puerta.

Viendo lo que ocurría, se estremeció, dio un paso atrás y, quitándose la gorra, se persignó fervorosamente. Después, una sonrisa malévola y triunfante se extendió por su rostro y, aguantándole la mirada al capitán, preguntó respetuosamente:

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿No habrán matado a alguien?

—Algo por el estilo —le respondió el juez instructor.

Petúnnikov, con un profundo suspiro, se persignó de nuevo y empezó a lamentarse:

—¡Ay, ay, Señor! ¡Ya me temía yo algo así! Pero si cada vez que venía por aquí y asomaba la vista… ¡Ayayay! Y luego, de vuelta a casa, no podía dejar de darle vueltas… ¡Que Dios nos ampare! Cuántas veces a este caballero, el jefe de toda esa cuadrilla, habré pensado en despacharlo… Pero el caso es que luego no me atrevía… Con esta gente, ya saben… más vale ceder, no vaya a ser que… —Levantó suavemente una mano, se la llevó a la cara, se cogió la barba y volvió a suspirar—. Es gente de cuidado. Y este caballero es una especie de cabecilla de todos ellos… todo un capitán de bandoleros.

—Ya nos encargaremos de él —dijo el comisario en un tono muy prometedor, mirando al capitán con ojos vengativos—. ¡Ya nos conocemos!

—Claro que sí, hermano, tú y yo somos viejos conocidos —afirmó Kuvalda con familiaridad—. ¡La de veces que os habré untado, a ti y a tus secuaces, para

que tuvierais la boca cerrada!

—¿Han oído, señores? —exclamó el comisario—. ¡Ustedes son testigos! Por aquí sí que no paso… ¡Muy bien! ¿Conque ésas tenemos? ¡Acuérdate de lo que te voy a decir! Te voy a… hacer picadillo, amigo mío…

—Aún no cantes victoria… —dijo tranquilamente Aristid Fomich.

El médico, un hombre joven con gafas, le miraba con curiosidad; el juez instructor, con antipatía; Petúnnikov, con aire triunfal. Mientras, el comisario chillaba y se agitaba, con ganas de echarse encima de él.

En la puerta del asilo apareció la figura inquietante de Martiánov. Avanzó sin hacer ruido hasta situarse a la espalda de Petúnnikov, y su barbilla quedó a la altura de la coronilla del comerciante. Un poco más atrás, el diácono intentaba atisbar lo que estaba ocurriendo, y abría al máximo sus ojillos hinchados y enrojecidos.

—¡Algo habrá que hacer, caballeros! —sugirió el doctor.

A Martiánov se le crispó la cara horriblemente y, de pronto, le estornudó a Petúnnikov en toda la cabeza. Éste gritó, se acuclilló y saltó a un lado; a punto estuvo de derribar al comisario, que consiguió a duras penas sostenerle entre sus brazos.

—¿Lo ven? —dijo azorado el comerciante, señalando a Martiánov—. ¿Ven ustedes qué gente, eh?

Kuvalda soltó una carcajada. El doctor y el juez instructor se rieron, y en la puerta del albergue iban apareciendo cada vez más personajes. Con los semblantes soñolientos, abotargados, con los ojos irritados y el pelo alborotado, observaban con descaro al médico, al juez instructor y al comisario.

—¿Adónde os creéis que vais? —les decía un guardia en tono imperioso, tironeándoles los andrajos y apartándolos de la puerta. Pero él estaba solo, y los otros eran muchos y, sin atender a sus requerimientos, se fueron aproximando, apestando a vodka, taciturnos y siniestros. Kuvalda los miró, después a las autoridades, un tanto desconcertadas por la presencia masiva de ese público indeseado, y dijo con una sonrisa:

—Señores, ¿desean que les presente a mis huéspedes y amigos? ¿No? Da lo

mismo: tarde o temprano, por las necesidades del servicio, no van a tener más remedio que vérselas con ellos…

El médico sonreía, perplejo. El juez instructor apretó los labios con fuerza y el comisario, comprendiendo que había que hacer algo, gritó en dirección al patio:

—¡Sídorov! Toca el silbato… Cuando lleguen, diles que hay que conseguir un carro…

—Yo me voy —dijo Petúnnikov, adelantándose desde su rincón—. Hoy mismo quiero esto despejado, señor… Voy a echar abajo este chamizo… Ocúpese usted mismo, o tendré que recurrir a la policía…

En el patio resonó el estridente silbato del guardia. A la puerta del asilo, formando un grupo compacto, bostezaban y se rascaban sus moradores.

—Entonces, ¿no quieren que se los presente? ¡Qué desconsiderados! —se burlaba Aristid Kuvalda.

Petúnnikov sacó el monedero del bolsillo, se puso a hurgar, escogió dos tristes monedas y, persignándose, las depositó a los pies del difunto.

—¡Bendito sea Dios! Para dar sepultura al pecador…

—¿Qué? —bramó el capitán—. Para su sepultura… ¿tú? ¡Recoge esas monedas! ¡Te digo que las recojas, miserable! ¿Cómo te atreves a ofrecer tu dinero de ladrón para la sepultura de un hombre honrado? ¡Te voy a machacar!

—¡Señor! —gritó asustado el comerciante, cogiendo por el codo al comisario. El médico y el juez instructor salieron corriendo, mientras el comisario llamaba al guardia:

—¡Sídorov, ven aquí!

Todos a una, los exhombres se asomaron a la puerta del albergue, fisgando con un interés que daba nueva vida a sus rostros arrugados.

Kuvalda agitaba el puño sobre la cabeza de Petúnnikov y, haciendo girar sus ojos inyectados en sangre, rugió como una fiera:

—¡Miserable! ¡Ladrón! ¡Retira de ahí tus monedas! Te he dicho que te las

lleves, bicho infecto, si no quieres que te las meta en los ojos… ¡Que las cojas!

Petúnnikov extendió una mano temblorosa hacia su óbolo y, protegiéndose con la otra mano del puño de Kuvalda, dijo:

—Usted es testigo, señor comisario, y todas estas honorables personas.

—Nosotros, señor comerciante, no somos personas honorables —se oyó la voz trémula del Sobras.

El comisario, hinchando los carrillos como una burbuja, silbó desesperadamente, al tiempo que levantaba una mano en el aire, protegiendo la cabeza de Petúnnikov, que se contorsionaba ante él como si quisiera encaramarse a su barriga.

—¿Quieres ver cómo te obligo, inmundo reptil, a besarle los pies al cadáver? ¿Quieres verlo?

Y, agarrando a Petúnnikov del cuello, Kuvalda lo lanzó contra la puerta, como quien lanza un gato.

Los exhombres se apartaron rápidamente para no estorbar la caída del comerciante. Y quedó tendido a sus pies, aullando asustado y rabioso:

—¡Me matan! ¡Socorro! ¡Me matan!

Martiánov alzó pausadamente una pierna, con intención de pisotearle la cabeza al comerciante. El Sobras, con una expresión radiante, escupió a Petúnnikov en la cara. El comerciante se acurrucó, hecho una bola, y atravesó el patio a cuatro patas, alentado por la carcajada general. Pero entre tanto se habían presentado dos agentes de policía, y el comisario, señalando a Kuvalda, les gritó:

—¡Detenedlo! ¡Y atadlo!

—¡Atadlo bien, amigos! —imploró Petúnnikov.

—¡Que nadie se atreva! No pienso escapar… Ya voy yo solo —dijo Kuvalda, evitando a los guardias que se acercaban a él.

Los exhombres fueron desapareciendo uno tras otro. Un carro entró en el patio. Unos infelices, cubiertos de harapos, sacaron del albergue el cuerpo del

maestro.

—¡Te vas a enterar, amigo! ¡Aguarda un poco! —amenazó el comisario a Kuvalda.

—¿Qué, valiente? —preguntaba Petúnnikov, con lengua viperina, excitado y feliz al ver cómo amarraban a su enemigo—. ¿Qué? ¿Ya has caído? ¡Tú espera! ¡Ya verás, ya verás!

Pero Kuvalda no decía nada. Estaba entre los dos agentes, erguido, temible, viendo cómo cargaban al maestro en el carro. El hombre que había cogido el cadáver de los sobacos era muy bajito, y no pudo levantar lo suficiente la cabeza del maestro a la vez que las piernas eran arrojadas al interior del carro. Por unos instantes el cuerpo del maestro adoptó tal postura que parecía que quisiera saltar de cabeza del carro para hundirse en la tierra, ocultándose de toda aquella gente malvada y estúpida que no le dejaba descansar en paz.

—¡Lleváoslo! —ordenó el comisario, señalando al capitán.

Kuvalda, sin protestar, taciturno y serio, atravesó el patio y, al pasar junto al maestro, inclinó la cabeza, pero no le miró. Martiánov le siguió con semblante impasible. El patio del comerciante Petúnnikov tardó poco en quedarse desierto.

—¡En marcha! —El carretero sacudió con las riendas la grupa del caballo.

El carro echó a andar, dando sacudidas en el piso irregular del patio. El maestro, oculto por unos trapos, estaba arrojado boca arriba, y el vientre le temblaba. Parecía que el maestro, satisfecho, reía en silencio, feliz al ver que por fin abandonaba el albergue para no regresar nunca más… para no regresar nunca más… Petúnnikov, que lo seguía con la mirada, se persignó devotamente; después, con mucho esmero, empezó a sacudir con la gorra el polvo y las inmundicias que se le habían quedado adheridas a la ropa. Y, a medida que el polvo desaparecía de su *poddiovka*, una expresión de placidez afloraba a su rostro. Desde el patio podía ver cómo conducían calle arriba, con las manos atadas a la espalda, al capitán, aquel hombre alto, canoso, cubierto con una gorra de plato con un cintillo rojo que parecía un hilo de sangre.

Petúnnikov sonrió triunfalmente y se dirigió al albergue, pero de pronto se detuvo, temblando. Enfrente de él, en la puerta, con un gancho de trapero en una mano y un gran saco a la espalda, había un anciano horrible, con unos andrajos inquietantes que le cubrían el cuerpo, largo aunque encorvado bajo el peso de la

carga; tenía la cabeza hundida en el pecho, dando la sensación de que quería arrojarse sobre el comerciante.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Petúnnikov—. ¿Tú quién eres?

—Un hombre —respondió una voz cascada.

Petúnnikov se quedó más tranquilo al oír esa voz. Dijo sonriendo:

—¡Un hombre! Vaya… ¿de verdad hay hombres así?

Y se apartó para dejar pasar al viejo, pero éste se le encaró y le dijo entre dientes:

—Hay hombres de todas clases… Tantas como quiera Dios… Los hay peores que yo… aún peores, ¡sí!

El cielo encapotado colgaba en silencio sobre el patio sucio y sobre el hombre atildado, de perilla gris, que andaba por allí, midiendo las distancias con sus propios pasos y con sus ojillos penetrantes. Una corneja que estaba posada en el tejado del viejo caserón graznó solemnemente, estirando el cuello y balanceándose.

Había en las nubes grises y austeras que cubrían enteramente el cielo algo severo e implacable, como si, listas para deshacerse en lluvia, tuvieran la firme determinación de lavar toda la inmundicia de aquella tierra desdichada, atormentada y triste.

MALVA
(1897)

El mar reía.

Bajo el leve soplo del cálido viento se estremecía y, cubriéndose de pequeñas ondas que reflejaban el sol con intensidad cegadora, sonreía al cielo azul con miles de sonrisas de plata. En el profundo espacio entre el mar y el cielo resonaba el alegre batir de las olas, que subían raudas una tras otra por la suave pendiente de la lengua de tierra. Este sonido y el brillo del sol, mil veces reflejado por el escarceo del mar, se fundían en un armonioso e incesante movimiento, colmado de júbilo. El sol se regocijaba de brillar; el mar de reflejar su radiante luz.

El viento acariciaba con ternura el pecho de raso del mar; el sol lo calentaba con sus rayos, y el mar, suspirando somnoliento bajo el suave influjo de estas caricias, impregnaba la calidez del aire con el aroma salado de sus emanaciones. Cuando las olas verdosas alcanzaban la arena amarilla, le arrojaban su blanca espuma, que con un sonido suave se disipaba en la calidez de sus granos, humedeciéndolos.

La estrecha y larga lengua de tierra parecía una inmensa torre que hubiera caído al mar desde la orilla. Hundía su afilada aguja en el infinito desierto de las aguas que reflejaban el sol, perdía su base en la lejanía, donde la bruma bochornosa ocultaba la tierra. De allí llegaba con el viento un olor denso e impreciso, ofensivo en medio de la pureza del mar, al abrigo del azul y límpido cielo.

En la arena de la lengua de tierra, cubierta por las escamas de los peces, había clavadas estacas de madera sujetando redes que proyectaban sombras de telas de araña. Había algunas barcas grandes y una pequeña alineadas en la arena, y cuando las olas alcanzaban la costa parecía que les hacían señales. Arpones, remos, cestos y barriles se esparcían desordenados en la lengua de tierra, y en medio de ellos se alzaba una cabaña hecha de mimbre, cortezas de tilo y esteras. A la entrada colgaban de un palo nudoso, con las suelas hacia arriba, unas botas de fieltro. Y por encima de todo este caos se alzaba una larga vara con un trapo rojo en la punta que ondeaba al viento.

A la sombra de una de las barcas estaba echado Vasili Legóstev, el guarda de

la lengua de tierra, puesto avanzado de la explotación pesquera de Grebenshchikov. Tumbado boca abajo, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, miraba fijamente a la lejanía del mar, hacia la apenas visible franja de la orilla. Allí, en el agua, se divisaba un pequeño punto negro, y a Vasili le agradaba observar cómo iba creciendo a medida que se acercaba a él.

Entornaba los ojos por el intenso reflejo de los rayos del sol sobre las olas y sonreía contento: allí estaba Malva. Cuando llegara rompería a reír, su pecho empezaría a agitarse de un modo tentador, le estrecharía entre sus suaves brazos, le besuquearía y se pondría a contarle a voz en grito, espantando a las gaviotas, las noticias de allá, de la costa. Cocinarían una buena sopa de pescado, beberían vodka, se quedarían tumbados en la arena, conversando y haciéndose mimos, después, una vez oscureciera, prepararían el té, se lo tomarían con deliciosas rosquillas y se irían a dormir… Era lo que sucedía cada domingo, cada día de fiesta. A la mañana siguiente la llevaría por un mar aún somnoliento hasta la costa, en medio de la fresca oscuridad que precede al amanecer. Ella iría sentada en la popa dormitando, y él remaría sin dejar de mirarla. Resultaba muy graciosa en esos momentos, muy graciosa y tierna, como una gatita bien alimentada. Puede que se dejara caer del banco al fondo de la barca y se quedara dormida allí, echa un ovillo. Lo hacía a menudo…

Aquel día hasta las gaviotas se encontraban agotadas por el bochorno. Estaban sentadas unas al lado de otras en la arena, con el pico abierto y las alas caídas, o bien se balanceaban perezosas sobre las olas sin emitir sonido alguno, sin su habitual animación predadora.

A Vasili le pareció que Malva no iba sola en la barca. ¿Sería que Seriozhka se le había vuelto a sumar? Vasili se giró con esfuerzo en la arena, se sentó y, protegiéndose los ojos con la palma de la mano, se dispuso a dilucidar con el corazón encogido quién era el que la acompañaba. Malva iba sentada en la popa y daba las órdenes. El remero no era Seriozhka, no remaba bien y además con Seriozhka no habría sido Malva quien capitaneara.

—¡Eh! —gritó impaciente Vasili.

Las gaviotas de la arena se sobresaltaron y se pusieron en guardia.

—Eh, eh… —contestó desde la barca la cadenciosa voz de Malva.

—¿Con quién vienes?

Obtuvo una carcajada por respuesta.

—¡Diablo de mujer! —maldijo Vasili en voz baja y escupió. Se moría por saber quién iba en la barca. Mientras liaba un cigarrillo miraba con insistencia la nuca y la espalda del remero. El sonoro chapoteo del agua bajo los golpes de los remos se abría paso en el aire, la arena crujía bajo los pies descalzos del guarda.

—¿Quién es el que viene contigo? —gritó cuando distinguió aquella conocida sonrisa en el hermoso rostro de Malva.

—¡Espera un poco y lo sabrás! —respondió entre risas.

El remero giró su rostro hacia la orilla y, riendo también, miró a Vasili.

El guarda frunció el ceño tratando de recordar quién era ese muchacho que tan familiar le resultaba.

—¡Con más fuerza! —ordenó Malva.

Del impulso casi media barca se metió en la arena empujada por una ola y, tras tambalearse un poco, se detuvo mientras la ola se retiraba al mar. El remero saltó a tierra y dijo:

—¡Buenos días, padre!

—¡Yákov! —exclamó con contención Vasili, más sorprendido que contento.

Se abrazaron y se besaron tres veces en los labios y en las mejillas. En el rostro de Vasili la sorpresa se mezclaba con la alegría y la confusión.

—Pero qué es lo que veo… el corazón me engaña… ¿Puedes ser tú? ¿No es Seriozhka a quien tengo delante? ¡No, no es Seriozhka! ¡Eres tú!

Vasili se acariciaba la barba con una mano y con la otra hacía gestos en el aire. Quería mirar a Malva, pero tenía fijos en su rostro los risueños ojos de su hijo, y su brillo le incomodaba. El sentimiento de satisfacción por tener un hijo tan robusto y hermoso luchaba con la turbación que le producía la presencia de su amante. De pie frente a Yákov, se apoyaba primero en una pierna y luego en otra, le asediaba con multitud de preguntas sin esperar a que las respondiera. En su cabeza todo parecía embrollado, y se sintió especialmente incómodo cuando resonaron las burlonas palabras de Malva:

—¡Anda, deja de dar saltitos… de alegría! Llévalo a la cabaña y ofrécele algo…

Se volvió hacia ella. A sus labios asomaba una sonrisita que él desconocía, y aunque toda ella era redondeada, suave y fresca, como siempre, al mismo tiempo parecía una mujer nueva, distinta. Posaba sus ojos verdosos alternativamente en el padre y en el hijo mientras mordisqueaba pepitas de sandía con sus dientes blancos y menudos. Yákov también los miró a ambos con una sonrisa y durante unos segundos que a Vasili le resultaron muy incómodos los tres guardaron silencio.

—¡En seguida vuelvo! —dijo de repente Vasili dirigiéndose rápidamente a la cabaña—. Vosotros resguardaos del sol, que yo mientras voy por agua para hacer una sopa de pescado. ¡Ya verás qué sopa tan rica te voy a preparar, Yákov! Vosotros poneos cómodos que yo estoy en un minuto.

Cogió del suelo de la cabaña una cazuela y salió rápidamente rumbo a las redes, para perderse entre la masa gris de sus pliegues.

Malva y el muchacho también se dirigieron a la cabaña.

—Bueno, jovencito, pues ya te he traído a casa de tu padre —dijo Malva, observando de reojo la complexión fornida de Yákov.

Volvió hacia ella su rostro, cubierto por una barba rizada castaño oscuro, y con los ojos brillantes le dijo:

—Sí, aquí estoy… ¡Y qué bien se está junto a este mar!

—Es un mar muy grande… Bueno, entonces ¿tu padre ha envejecido mucho?

—No, en absoluto. Pensaba que tendría el pelo gris y apenas le asoman unas canas todavía… Y está fuerte…

—Y ¿cuánto dices que llevabais sin veros?

—Unos cinco años, seguramente… Cuando se marchó de la aldea yo iba camino de los diecisiete…

Entraron en la cabaña, donde el ambiente estaba cargado y las esteras olían a

pescado en salazón, y se sentaron: Yákov en un grueso tocón de madera, Malva sobre un montón de sacos. Los separaba un barril cortado de través cuyo fondo servía de mesa. Una vez sentados se miraron en silencio el uno al otro.

—¿Entonces quieres trabajar aquí? —preguntó Malva.

—Bueno… no sé… Si encuentro algo, claro que sí.

—¡Lo encontrarás! —le prometió muy segura Malva, recorriéndolo con sus ojos verdes enigmáticamente entornados.

Él no la miraba y se secaba con la manga de la camisa el sudor de la cara.

De repente ella se echó a reír.

—¿Y tu madre no te habrá pedido que hagas llegar a tu padre algún recado y sus saludos?

Yákov la miró, frunció el ceño y dijo lacónicamente:

—Claro está… ¿Por qué?

—¡Por nada!

A Yákov no le gustó su risa, le molestó. El muchacho dio la espalda a la mujer y recordó los encargos de su madre. Cuando lo acompañó hasta los confines de la aldea, se apoyó en la cerca y, hablando muy deprisa y haciendo pestañear a menudo sus ojos secos, le pidió:

—¡Dile, Yasha… por el amor de Cristo, dile a tu padre que tu madre está sola! ¡Dile que han pasado cinco años y sigue sola! ¡Dile que se está haciendo vieja! Díselo, Yákovushka, por el amor de Dios. ¡Pronto tu madre será una anciana… y estará sola! Dile que no hago más que trabajar. Por el amor de Cristo, díselo…

Y empezó a llorar en silencio, ocultando su rostro en el delantal.

Entonces Yákov no había sentido lástima de su madre, pero ahora sí… Miró con severidad a Malva, frunciendo el ceño.

—Bueno, ¡aquí estoy! —exclamó Vasili apareciendo en la cabaña con un pez en una mano y un cuchillo en la otra.

Ya se había adueñado de su desconcierto ocultándolo en su interior, y ahora los miraba sereno. Tan sólo sus movimientos revelaban una agitación impropia de él.

—En seguida enciendo el fuego y vuelvo con vosotros para que hablemos. ¿De acuerdo, Yákov?

Y de nuevo salió de la cabaña.

Malva, sin dejar de mordisquear las pepitas, observaba descaradamente a Yákov, mientras éste se esforzaba por no mirarla, aunque se moría de ganas de hacerlo.

Después, como el silencio le hacía sentir incómodo, dijo en voz alta:

—Me he dejado la talega en la barca, voy a cogerla.

Se levantó de su sitio sin apresurarse, y cuando salió apareció en la cabaña Vasili, que, inclinándose hacia Malva, le dijo atropelladamente y dando muestras de enfado:

—¿A santo de qué has venido con él? ¿Quién le voy a decir que eres?

—El caso es que he venido, y ya está —respondió Malva.

—¡Qué calamidad de mujer! ¿Y qué hago ahora? ¿Cómo voy a… delante de él…? ¡Tengo una esposa en casa! Su madre… ¡Tenías que haberte dado cuenta!

—¡Sí, mucha cuenta! ¿Crees que tengo miedo de él? ¿O de ti? —preguntó entornando despectivamente sus ojos verdes—. ¡Anda, que cómo te has azorado cuando lo tenías delante! ¡Me moría de risa!

—A ti te hará mucha gracia, pero ¿qué pasa conmigo?

—¡Haberlo pensado antes!

—¿Es que podía yo saber que el mar lo arrojaría hasta aquí, de repente?

Crujió la arena bajo los pies de Yákov e interrumpieron su conversación. Yákov traía una talega ligera, la dejó en un rincón y miró de soslayo a la mujer con malos ojos.

Mientras ella continuaba cascando con deleite las pepitas, Vasili se sentó en el tocón, se frotó las rodillas con las manos y empezó a hablar con una sonrisa:

—Así que has venido… ¿y cómo es que se te ocurrió?

—Bueno… te escribimos…

—¿Cuándo? ¡Yo no he recibido ninguna carta!

—Pues nosotros te escribimos…

—Por lo visto la carta se perdió —se entristeció Vasili—. Qué rabia, ¿no? Basta que haga falta para que se pierda…

—Así que, ¿no sabes nada de nosotros? —preguntó Yákov, mirando incrédulo a su padre.

—¿Cómo? ¡Si no he recibido la carta!

Entonces Yákov le contó que el caballo había muerto, que se habían comido todo el pan que les quedaba a principios de febrero, que no tenían ingresos. El heno tampoco era suficiente, la vaca casi había muerto de hambre. Se las arreglaron como pudieron hasta abril, y entonces decidieron que después de la labranza Yákov se marcharía a trabajar con su padre un par de meses. Esto es lo que le escribieron, después vendieron tres ovejas, compraron pan y heno, y Yákov se marchó.

—Pero ¡cómo es eso! —exclamó Vasili—. Pero si… pero si yo os envié dinero…

—No dio para mucho. Arreglamos la isba… Casamos a Maria… Compré un arado… ¡Es que han pasado cinco años!

—¡Ah, claro! Así que no era suficiente. Está bien… ¡Que se me sale la sopa! —Se levantó y salió de la cabaña.

Sentado en cuclillas delante de la hoguera sobre la que bullía la cazuela, Vasili iba retirando la espuma del caldo y echándola al fuego, mientras reflexionaba. Lo que le había contado su hijo no le había conmovido lo más mínimo, le había inspirado un sentimiento desagradable hacia él y su mujer. Les había estado enviando dinero cinco años y ellos seguían sin ser capaces de

administrarse. De no haber estado allí Malva, le habría dicho a Yákov cuatro cosas. Había dejado la aldea por voluntad propia, sin el permiso paterno, ¡para eso sí que le había llegado la inteligencia, pero no para arreglárselas con la granja! La granja, de la que Vasili, que llevaba hasta ahora una vida agradable y fácil, rara vez se acordaba, de pronto se le representó como un pozo sin fondo al que llevaba cinco años arrojando dinero, como algo superfluo en su vida, que no necesitaba. Suspiró mientras removía la sopa con el cucharón.

Bajo el brillo del sol la llamita amarillenta de la hoguera parecía triste, pálida. Hilos de humo azules, transparentes, emanaban del fuego hacia el mar, al encuentro de las salpicaduras de las olas. Vasili los seguía con la vista y pensaba en que ahora viviría peor, con menos libertad. Seguramente Yákov ya había adivinado quién era Malva…

Ella seguía sentada en la cabaña, desconcertando al muchacho con sus ojos provocativos y sugerentes, en los que no desaparecía el brillo de una sonrisa.

—Seguro que has dejado una novia en la aldea —dijo de pronto, fijando su mirada en el rostro de Yákov.

—Pudiera ser —le respondió sin ganas.

—¿Y es guapa? —preguntó con indiferencia.

Yákov guardó silencio.

—¿Por qué te callas? ¿Está mejor que yo o no?

La miró a la cara, aunque no deseaba hacerlo. La tez de sus redondeadas mejillas era morena, sus labios eran carnosos y se estremecían entreabiertos por una provocadora sonrisa. La blusa rosa de percal le sentaba especialmente bien, marcaba sus redondeados hombros y su pecho firme y turgente. Pero no le gustaban esos ojos verdes maliciosamente entornados que no paraban de reír.

—¿Por qué hablas así? —dijo, con un suspiro y voz suplicante, aunque hubiera querido parecer severo.

—¿Y cómo quieres que hable? —se rió.

—Y encima te ríes… ¿de qué?

—Pues de ti…

—¿Y qué te he hecho yo? —preguntó ofendido y de nuevo bajó los ojos al sentir su mirada.

Ella no respondió.

Yákov había adivinado lo que unía a esa mujer a su padre, y esto le impedía hablar con ella con naturalidad. Su sospecha no le sorprendió: había oído que en los trabajos de temporero los campesinos echaban alguna que otra canita al aire, y comprendía que un hombre tan vigoroso como su padre difícilmente podría haber sobrevivido tanto tiempo sin mujeres. Pero en cualquier caso no se sentía cómodo ni delante de ella ni delante de su padre. Después recordó a su madre: una mujer estropeada, gruñona, que trabajaba en la aldea de sol a sol…

—¡La sopita está lista! —anunció Vasili al entrar en la cabaña—. ¡Saca las cucharas, Malva!

Yákov miró a su padre y pensó: «Parece que le visita mucho, pues ¡sabe hasta dónde están las cucharas!». Ella cogió las cucharas y dijo que tenía que ir a lavarlas, y que además en la popa de la barca tenía vodka.

Padre e hijo contemplaron cómo se marchaba y se quedaron solos en silencio.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Vasili.

—Fui a preguntar por ti en la oficina del capataz y allí estaba ella… Me dijo: «¿Para qué ir a pie por la arena? Sube a mi barca, que yo también voy a verlo». Y aquí estamos.

—Claro… Yo solía pensar: «¿Y cómo será ahora Yákov?».

El hijo le dirigió una sonrisa bonachona, que infundió valor a Vasili.

—Y… ¿ella qué te parece?

—¿Qué me ha de parecer? —dijo Yákov de forma imprecisa, parpadeando.

—¡No se puede hacer nada, amigo mío! —exclamó Vasili agitando los brazos—. Al principio resistí, pero ¡no puedo! Es la costumbre… Soy un hombre

casado. Necesito quien me zurza la ropa y todo lo demás… Las mujeres son como la muerte, ¡uno nunca logra librarse de ellas! —se sinceró a modo de conclusión.

—¿Y a mí qué? —dijo Yákov—. Eso es cosa tuya, yo no soy tu juez.

Pero pensó para sus adentros: «No será ésta quien te zurza los pantalones»…

—Además ya tengo cuarenta y cinco años… En ella no me gasto mucho, al fin y al cabo no es mi esposa… —dijo Vasili.

—Claro —coincidió Yákov y pensó: «¡Anda que no te tiene que estar sacando!».

Regresó Malva con una botella de vodka y una ristra de rosquillas; se sentaron a tomar la sopa. Comían en silencio, chupaban las espinas haciendo ruido y las escupían a la arena cerca de la puerta. Yákov comía mucho y con ansia, lo que al parecer agradaba a Malva, que sonreía con ternura contemplando cómo se llenaban sus atezados carrillos y se movían con rapidez sus labios gruesos y húmedos. Vasili no era de buen comer, pero se esforzaba por aparentar que estaba muy ocupado con la comida; de este modo, sin que nada le interrumpiera y sin que su hijo y Malva se percataran, podía sopesar qué actitud observar con ellos.

La dulce música de las olas se veía interrumpida por el chillido rapaz de las gaviotas. El bochorno era menos sofocante y a veces hasta entraba en la cabaña un soplo de aire fresco impregnado del aroma del mar.

Después de la deliciosa sopa y del vodka, los párpados de Yákov comenzaron a entornarse. Se puso a sonreír como un bobo, a hipar, a bostezar y a mirar a Malva, de modo que Vasili consideró necesario decirle:

—Anda, Yashutka, échate aquí hasta la hora del té… que después te despertamos.

—Si es posible… —accedió Yákov y se desplomó sobre los sacos—. Y vosotros… ¿adónde vais? ¡Ja, ja, ja!

Vasili, desconcertado por su risa, se apresuró a salir, pero Malva apretó los labios, frunció el ceño y le respondió a Yákov:

—¡Donde nosotros vayamos no es asunto tuyo! ¿Te enteras? ¡A ti no

tenemos que rendirte cuentas, mocoso!

—¿Mocoso yo? ¡Vale, vale! —exclamó mientras ella salía—. Tú espera, que ya te enseñaré yo a ti. Serás…

Siguió refunfuñando un rato y se quedó dormido con una placentera sonrisa de embriaguez en su cara enrojecida.

Vasili clavó en la arena tres arpones, los unió por los extremos superiores, echó una estera por encima y, conseguida la sombra, se tumbó en ella con las manos debajo de la nuca, mirando al cielo. Cuando Malva se tendió en la arena a su lado y Vasili volvió el rostro hacia ella, pudo ver que se sentía ofendido y disgustado.

—¿Es que no te alegras de ver a tu hijo? —preguntó burlona.

—Ahí lo tienes… riéndose de mí… por tu culpa… —sentenció Vasili con tono sombrío.

—¿Cómo? ¿Por mi culpa? —se hizo la sorprendida.

—Pues claro.

—¡Ay, pobre mío! ¿Y qué hacemos ahora? ¿Dejo de venir a verte? Eso es, no vendré más.

—¡Maldita bruja! —le reprochó—. ¡Cómo sois! Él se burla de mí, tú también… ¡vosotros, mis seres más próximos! ¿De qué os reís? ¡Demonios! —Le dio la espalda y se calló.

Malva, con los brazos rodeando sus rodillas, se balanceaba en silencio mirando con sus ojos verdes el alegre y resplandeciente mar, y sonreía con una de esas sonrisas triunfantes tan frecuentes en las mujeres conscientes de la fuerza de su belleza.

La vela de una embarcación se deslizaba por el agua, como un pájaro grande y voluminoso de alas grises. Estaba lejos de la orilla y se dirigía más lejos aún, allá donde el mar y el cielo se funden en el azul infinito.

—¿Por qué callas? —preguntó Vasili.

—Estoy pensando —dijo Malva.

—¿En qué?

—Pues… —pestañeó y añadió— en que tienes un hijo muy guapo…

—¿Y eso a ti qué más te da? —exclamó celoso Vasili.

—A mí nada…

—¡Ten cuidado! —le dirigió una mirada llena de recelo—. ¡No hagas ninguna tontería! Soy un hombre pacífico, pero como me provoques…

Apretó los dientes, cerró los puños y continuó:

—Desde que has llegado te traes algún juego entre manos… Todavía no he entendido de qué se trata… pero te aseguro que cuando lo haga te vas a enterar. Que si las sonrisitas… que si todo lo demás… Te advierto que sé muy bien cómo meter en vereda a las mujeres…

—No intentes asustarme, Vasia… —le pidió con indiferencia y sin mirarlo siquiera.

—Pues déjate de bromitas…

—A mí no me metas miedo…

—Tú empieza con tonterías y te doy una paliza… —la amenazó Vasili cada vez más enfadado.

—¿Así que me vas a pegar? —se volvió hacia él y miró con curiosidad su rostro agitado.

—¿Te crees una condesa? Pues sí, te voy a zurrar.

—¿Es que soy tu mujer acaso? —preguntó Malva segura y calmada, y, sin esperar la respuesta, continuó—: Estás acostumbrado a pegar a tu mujer por cualquier cosa, ¿y también piensas hacerlo conmigo? Ni lo sueñes. Yo soy mi propia dueña y no le tengo miedo a nadie. Tú, sin embargo, le tienes miedo a tu hijo: ¡qué ridículo has hecho antes delante de él! ¡Y encima te atreves a amenazarme!

Hizo un gesto de desdén con la cabeza y guardó silencio. Sus palabras frías y despectivas apaciguaron la ira de Vasili. Nunca la había visto tan hermosa.

—Anda, que te has puesto buena… —le dijo, debatiéndose entre el enfado y la admiración.

—Y te diré algo más. Fanfarroneaste delante de Seriozhka diciendo que para mí eres como el pan, que yo sin ti no podría vivir. Pues te equivocas… A lo mejor no es a ti a quien quiero ni a quien vengo a ver, sino este lugar… —Extendió un brazo y señaló a su alrededor—. A lo mejor lo que me gusta es que aquí no hay más que mar y cielo, que no hay malas personas. Que tú estés aquí me es indiferente… Es un precio que hay que pagar por disfrutar de este sitio… Si fuera Seriozhka quien estuviera aquí, a él vendría a ver, y si fuera tu hijo, lo mismo… Aunque lo mejor sería que no estuvierais ninguno… ¡Estoy harta de vosotros!… Soy una mujer hermosa, y si quiero podré elegir siempre al hombre que me convenga…

—¿Ah, sí? —bramó Vasili y sin más la agarró por la garganta—. ¿Conque ésas tenemos?

La sacudía, pero ella no se resistía a pesar de tener la cara roja y los ojos inyectados de sangre. Simplemente puso ambas manos sobre la mano con que él le apretaba la garganta y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y esto qué te parece? —rugió Vasili, cada vez más furioso—. Qué calladito se lo tenía la muy bruja… Cómo me abrazaba… Cómo me acariciaba… ¡Te vas a enterar!

La inclinó hacia el suelo y le propinó con fuerza varios puñetazos en el cuello. Sentía un enorme placer cada vez que hundía su puño en él.

—¿Y ahora qué, víbora? —le preguntó triunfante y la soltó.

Ella, sin exhalar un gemido, silenciosa y tranquila, cayó de espaldas, despeinada, con el rostro congestionado e igualmente hermosa. Sus ojos verdes le miraban bajo las pestañas con un odio frío, pero él, jadeante por la agitación y demasiado satisfecho por la liberación de su ira, no se percató. Cuando le dirigió su mirada victoriosa, ella sonreía, sus labios carnosos temblaban, sus ojos resplandecían, en sus mejillas se formaban hoyuelos. Vasili se quedó observándola sorprendido.

—¿Qué tienes? ¡Eres el mismísimo diablo! —le gritó, tirándola bruscamente del brazo.

—¡Vaska! ¿Eres tú el que me ha pegado? —le preguntó casi en un susurro.

—¿Y quién si no? —incapaz de comprender nada, la miraba sin saber qué hacer. ¿Golpearla otra vez? Pero ya no sentía rabia y su mano no pedía levantarse hacia ella.

—Entonces ¿es que me quieres? —volvió a preguntar, y el susurro de Malva hizo que Vasili sintiera calor.

—Bueno —contestó con aire sombrío—. Lo que tú digas.

—Y yo que pensaba que ya no me querías… Me decía a mí misma: «Ahora que ha venido su hijo… me echará de aquí»…

Estalló en una risa extraña, demasiado estrepitosa.

—¡Serás tonta! —dijo Vasili, rompiendo también a reír sin quererlo—. ¿Qué cuentas tengo que rendirle yo a mi hijo?

Se sintió avergonzado y le dio lástima de ella, pero al recordar sus palabras le dijo con severidad:

—Mi hijo aquí no pinta nada… Y de que te haya pegado sólo tú tienes la culpa, ¿por qué te pusiste así?

—Lo hice a propósito, para ponerte a prueba… —y apretó su hombro contra él.

—¡Ponerme a prueba! ¿Para qué? Mira lo que has conseguido.

—¡No me importa! —dijo convencida Malva, entornando los ojos—. No estoy enfadada, porque me has pegado por amor, ¿no es cierto? Te compensaré por lo ocurrido… —Le miró y, bajando la voz, repitió—: ¡Vaya si te compensaré!

En estas palabras Vasili creyó adivinar una grata promesa que lo conmovió dulcemente, y le preguntó con una sonrisa:

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

—Ya lo verás —dijo Malva con serenidad, aunque sus labios temblaban.

—¡Ay, cariño mío! —exclamó Vasili, estrechándola fuertemente entre sus brazos de enamorado—. ¡Que sepas que después de haberte pegado te quiero más todavía! ¡De veras! Te siento más próxima a mí.

Las gaviotas levantaron el vuelo por encima de ellos. La suave brisa llevaba las salpicaduras de las olas casi hasta sus piernas, y la incansable risa del mar no dejaba de sonar…

—¡Al fin y al cabo son cosas nuestras! —suspiró abiertamente Vasili acariciando pensativo a la mujer que se estrechaba contra su pecho—. Así es como funciona todo en este mundo: los frutos prohibidos son dulces. Tú no comprendes nada, pero a mí a veces me da por pensar en la vida y ¡hasta me da miedo! Sobre todo por la noche… cuando no puedo dormir… Miras y ves ante ti el mar, el cielo, y alrededor la más terrible oscuridad… ¡y estás aquí completamente solo! Y entonces te sientes tan diminuto… La tierra se tambalea y en ella no hay nadie más que tú. Si en esos momentos estuvieras aquí… ya seríamos dos…

Malva estaba tumbada en su regazo con los ojos cerrados y en silencio. El rostro tosco pero bonachón de Vasili, tostado por el sol y el viento, se inclinó sobre ella; su barba, enorme y descolorida, le hizo cosquillas en el cuello. La mujer no se movía, sólo su pecho se elevaba de forma acompasada. Los ojos de Vasili vagaban por el mar para después detenerse en su pecho, que tan cerca estaba de él. Empezó a besarle lenta y sonoramente los labios, como si estuviera tomando una sopa caliente y espesa.

Pasaron de este modo cerca de tres horas. Cuando el sol empezó a descender sobre el mar, Vasili dijo con cierto tedio:

—Bueno, voy a preparar el té… ¡El invitado no tardará en despertar!

Malva se hizo a un lado con el ademán perezoso de una gata mimosa, y él, sin ganas, se puso en pie para dirigirse a la cabaña. La mujer, levantando apenas las pestañas, lo siguió con la mirada y suspiró como suspira la gente que se ha quitado de encima un peso extenuante.

Después los tres se sentaron alrededor de la hoguera y tomaron té.

El sol teñía el mar con los vivos colores del ocaso, las olas verdosas brillaban con tonos púrpura y perla.

Vasili daba pequeños sorbos de té de una jarrita blanca de barro mientras hacía preguntas a su hijo sobre la aldea, y él mismo recordaba algunas cosas. Malva escuchaba su pausada conversación sin inmiscuirse.

—¿Y cómo les va a los campesinos?

—Salen adelante a duras penas —respondió Yákov.

—No es mucho lo que uno necesita para vivir. Una isba, suficiente pan que llevarse a la boca, un vaso de vodka los días de fiesta… Pero allí ni con eso se puede contar. ¿Acaso me habría venido yo aquí si hubiera tenido el sustento en casa? En la aldea era mi propio dueño, un hombre igual a los demás, mientras que aquí soy un sirviente…

—Pero aquí tienes el estómago lleno y el trabajo no es tan duro…

—¡No te creas! Hay días en que te duelen todos los huesos. Y, como te decía, aquí se trabaja para otro y allí para uno mismo.

—Pero se gana más.

En su fuero interno Vasili coincidía con las conclusiones de su hijo: en la aldea la vida y el trabajo eran más duros; pero por alguna razón no quería que lo supiera, y dijo con severidad:

—¿Tú qué sabes lo que se gana aquí? En la aldea, amigo mío…

—La aldea es como una fosa: oscura y estrecha —sonrió Malva—. Sobre todo para las mujeres, que sólo viven para sufrir.

—La vida de las mujeres es igual en todas partes… y el mundo en todas partes es uno, como uno es el sol… —Vasili la miró con el ceño fruncido.

—¡Eso es mentira! —exclamó animándose—. En la aldea, lo quisiera o no, tendría que casarme. Y ya se sabe que mujer casada, eterna esclava: siega, hila, ocúpate del ganado, trae hijos al mundo… ¿Y qué te queda para ti misma? Nada más que las palizas y los insultos de tu marido…

—No todo son palizas —la interrumpió Vasili.

—Aquí no le pertenezco a nadie —continuó sin escucharlo—. Soy como una

gaviota, que vuela donde quiere. Nadie se interpone en mi camino… Nadie me pone un dedo encima…

—¿Cómo que nadie te pone un dedo encima? —le preguntó Vasili con un elocuente tono burlesco.

—¡Ya devolveré lo que me han dado! —murmuró, y sus ojos encendidos se apagaron.

Vasili rompió a reír con indulgencia.

—¡Eres guerrera, pero débil! Hablas como hablan las mujeres. En la aldea la mujer es un ser necesario para la vida… pero aquí sólo vive para frivolidades… —Hizo una pausa y añadió—: Para el pecado…

Cuando la conversación se interrumpió, Yákov dijo, suspirando profundamente:

—Parece que este mar no tuviera fin…

En silencio los tres contemplaron el vacío que se abría ante ellos.

—¡Si todo esto fuera tierra! —exclamó Yákov surcando el espacio con el brazo extendido—. ¡Tierra fértil! ¡Si se pudiera labrar!

—¡Eso es! —Vasili contempló satisfecho el rostro de su hijo, enardecido por la intensidad del deseo que acababa de expresar, y se echó a reír con benevolencia. Le agradaba escuchar en las palabras de su hijo el amor que sentía por su tierra, y pensó que ese amor probablemente no tardaría en hacerle olvidar las tentaciones del mundo y en devolverlo a la aldea. Y él se quedaría aquí con Malva y todo sería como antes.

—¡Dices bien, Yákov! Así debe hablar un campesino. El campesino debe su fuerza a la tierra: cuando está cerca de ella se siente vivo, cuando se aleja está perdido. El campesino sin tierra es como un árbol sin raíces: se le puede dar una utilidad, pero no tardará en morir. Ha perdido su lozanía, es un árbol carcomido, talado, deslucido… Así que las palabras que has dicho, Yákov, son muy acertadas.

El mar, dispuesto a acoger al sol en su seno, lo recibía con la amistosa música del batir de las olas, engalanadas por sus últimos rayos con colores de admirables y ricos matices. La divina fuente de luz, creadora de vida, se despedía

del mar con la elocuente armonía de sus tonalidades, para, lejos de aquellas tres personas que lo contemplaban, despertar a la tierra somnolienta con el alegre brillo del crepúsculo.

—Se me encoge el alma cuando miro la puesta de sol, bien lo sabe Dios —le dijo Vasili a Malva.

Ella callaba. Los ojos azules de Yákov sonreían perdidos en la lejanía del mar. Los tres estuvieron un buen rato pensativos, con la mirada perdida en el lugar donde se extinguían los últimos minutos del día. Ante ellos ardían las brasas de la hoguera. A su espalda la noche desplegaba por el cielo sus sombras. La arena amarilla se oscureció, las gaviotas desaparecieron y todo se apaciguó como en un sueño… Incluso las infatigables olas al romper contra la lengua de tierra ya no sonaban tan alegres y revoltosas como durante el día.

—¿Qué hago aquí sentada? —dijo Malva—. Me tengo que ir.

Vasili se encogió y lanzó una mirada a su hijo.

—¿Para qué tanta prisa? —balbuceó sin pensar—. Espera un poco a que salga la luna…

—¿La luna? ¿Para qué? No tengo miedo, no es la primera vez que me toca irme de aquí de noche.

Yákov dirigió los ojos hacia a su padre y los entornó con picardía, después miró a Malva, que ya lo estaba mirando a él, y se sintió incómodo.

—¡Pues nada! ¡Márchate! —accedió Vasili, decepcionado y aburrido.

Malva se levantó, se despidió y caminó lentamente por la lengua de tierra; las olas rodaban a sus pies y jugaban con ella. En el cielo se estremecían rutilantes las estrellas, sus flores doradas. A medida que se alejaba de Vasili y su hijo, que la seguían con la mirada, la oscuridad iba apagando el vivo color de su camisa.

Malva empezó a cantar en voz alta y penetrante:

¡Apresúrate, amado mío!

¡Estréchate contra mi pecho!

A Vasili le pareció que se detenía y esperaba. Escupió furioso, pensando: «Lo está haciendo adrede, para fastidiarme, ¡diablo de mujer!».

—¡Fíjate cómo canta! —sonrió Yákov.

A sus ojos, ella no era más que una mancha gris en la oscuridad. Su voz se expandía por el cielo:

¡Descansa sobre mi pecho,

sobre estos dos cisnes blancos!

—¡Vaya! —exclamó Yákov e inclinó todo su cuerpo hacia el lugar de donde venían tan seductoras palabras.

—Entonces, ¿allí no te las arreglabas con la granja? —resonó la voz severa de Vasili.

Hasta sus oídos llegaban, aisladas, algunas palabras de la sugerente canción, que se ahogaba entre el ruido de las olas.

… ¡ay!… no puedo dormir

… sola… esta noche.

—¡Qué calor! —exclamó taciturno Vasili, retozando en la arena—. Es de noche y… ¡sigue haciendo calor! Maldito sitio…

—Es por la arena… que se calienta durante el día… —dijo Yákov echándose a un lado y con cierta dificultad para encontrar las palabras.

—¿Qué es lo que dices? ¿Es que te estás riendo de mí? —le interrogó con tono adusto su padre.

—¿Yo? —replicó inocente Yákov—. ¿Por qué?

—Por nada…

Ambos guardaron silencio.

Abriéndose paso entre el ruido de las olas llegaban hasta ellos gemidos o débiles gritos que clamaban con ternura.

Pasaron dos semanas, llegó de nuevo el domingo y de nuevo Vasili Legóstev, tumbado en la arena cerca de su cabaña, contemplaba el mar esperando a Malva. El desierto mar reía jugando con el reflejo del sol, y nacían legiones de olas que rompían contra la arena arrojando sobre ella la espuma de sus crestas, y de nuevo rodaban hacia el mar y se desvanecían en él. Todo era igual que catorce días antes. Con la sola diferencia de que Vasili, que antes esperaba a su amante con sosegada certeza, hoy lo hacía con impaciencia. El domingo anterior no había ido, pero hoy ¡debía hacerlo! No tenía duda de que iría, pero deseaba verla cuanto antes. Yákov no los molestaría: hacía dos días había venido a recoger su red con otros pescadores y le había dicho que el domingo por la mañana iría a la ciudad para comprarse una camisa. Le reclutaron para las cuadrillas de pescadores por quince rublos al mes, ya había salido a pescar varias veces y se le veía alegre y desenvuelto. Olía, como sus compañeros, a pescado en salazón, y como todos iba sucio y con la ropa raída. Vasili pensó en su hijo y suspiró.

«Si se adapta a este lugar… si se acostumbra a esta vida… entonces puede que no quiera volver a la aldea… Y no me quedará más remedio que hacerlo yo…».

Además de las gaviotas, no se veía nada en el mar. En el punto donde se separaba del cielo por una fina franja de arena de playa, a veces aparecían diminutos puntos negros que avanzaban por ella y desaparecían. Aún no se veía la barca, aunque los rayos del sol caían ya casi a plomo. Para entonces Malva solía hacer tiempo que había llegado.

Dos gaviotas se agarran en el aire y se enzarzan de tal modo que sus plumas salen volando. Los encarnizados gritos entrecortan el alegre cantar de las olas, un cantar tan regular, tan armoniosamente engarzado con el solemne silencio del cielo resplandeciente que parece el sonido del alegre refulgir de los rayos del sol sobre la superficie del mar. Las gaviotas caen al agua, se vapulean chillando furiosamente de dolor y de rabia, y de nuevo alzan el vuelo persiguiéndose una a la otra… Sus amigas —la bandada al completo—, ajenas a esta lucha, pescan ansiosas, inclinadas sobre las verdes, transparentes y brillantes aguas.

El mar estaba desierto. No se veían a lo lejos, junto a la playa, las acostumbradas manchas oscuras…

—¿Así que no vienes? —dijo Vasili en voz alta—. ¡Ni falta que hace! ¿O qué te creías?

Y escupió con desprecio mirando a la costa.

El mar reía.

Vasili se levantó y fue a la cabaña con la intención de hacerse la comida, pero cayó en que no tenía hambre, así que dio media vuelta y se volvió a tumbar en el mismo sitio.

«¡Si al menos viniera Seriozhka! —exclamó para sus adentros, y se puso a pensar en él—. Menudo tipo. Se ríe de todos, a todos tiene amedrentados. Está fuerte, sabe leer y escribir, tiene experiencia… pero es un borracho. Uno se lo pasa bien con él… Las mujeres lo aman con locura y, aunque no lleva mucho por aquí, todas van detrás de él. Malva es la única que no se le acerca… Nada, que no viene. ¡La muy condenada!». ¿Estaría enfadada con él por haberle pegado? Pero ¿es que eso era una novedad? ¡Seguramente le habrían pegado… otros! Y en ese instante, si pudiera, él también la zurraría…

De este modo, pensando unas veces en su hijo, otras en Seriozhka y sobre todo en Malva, retozaba Vasili en la arena sin dejar de esperar. La intranquilidad de su estado de ánimo derivó sin saber cómo en oscuro recelo, pero no quiso detenerse en este pensamiento. Y, ocultándose a sí mismo su sospecha, pasó el tiempo hasta el atardecer tan pronto poniéndose en pie y deambulando por la arena como volviéndose a tumbar. El mar ya se había oscurecido y él seguía mirando a la lejanía en espera de la barca.

Malva no fue aquel día.

Una vez acostado, Vasili maldijo desesperadamente su trabajo, que no le permitía ausentarse e ir a la costa, y cuando se quedó dormido se despertó varias veces sobresaltado, creyendo oír entre sueños el batir de unos remos en la lejanía. Entonces, haciendo visera sobre sus ojos con una mano, escudriñó las aguas oscuras y nebulosas. En la costa, en la explotación, ardían dos hogueras, pero en el mar no había nadie.

—¡Ya verás, bruja! —amenazó, y después cayó en un profundo sueño.

He aquí lo que ocurrió aquel día en la explotación.

Yákov se levantó temprano, cuando el sol aún no era tan abrasador y desde el mar soplaba una brisa fresca. Salió del barracón para lavarse en el mar, y al acercarse a la orilla vio a Malva. Estaba sentada en la popa de una barcaza atracada en la orilla y se peinaba los cabellos húmedos, con las piernas desnudas colgando por la borda.

Yákov se detuvo y empezó a mirarla con ojos curiosos.

Llevaba la blusita de percal sin abrochar a la altura del pecho, y al ladearse dejó un hombro al descubierto, un hombro blanco, delicioso.

La popa de la barcaza era golpeada por las olas, y Malva se elevaba en el mar para descender después, a veces tan bajo que sus pies desnudos casi rozaban el agua.

—¿Es que te has bañado? —gritó Yákov.

Malva volvió el rostro hacia él, lo miró apenas, siguió peinándose y respondió:

—Sí, me he bañado… ¿Cómo es que madrugas tanto?

—Más madrugas tú…

—¿Y por qué te comparas conmigo?

Yákov callaba.

—¡Si sigues mi ejemplo no serás capaz ni de llevar la cabeza sobre los hombros! —dijo ella.

—¡Mira que eres rara! —rió Yákov y, acuclillándose, empezó a lavarse.

Cogió el agua con el hueco de las manos, se la echó en la cara y gimió al sentir su frescor. Después, mientras se secaba con el faldón de la camisa, le preguntó a Malva:

—¿Por qué siempre tratas de intimidarme?

—¿Y tú por qué me miras con cara de alelado?

Yákov no recordaba haberla mirado más que a otras mujeres de la explotación, pero le soltó a bocajarro:

—Es que… eres tan deliciosa…

—Si se entera tu padre de tus modales, ¡te corta el cuello!

Le miraba a la cara con ojos maliciosos y provocadores.

Yákov se echó a reír y saltó a la barcaza. Seguía sin comprender a qué modales se refería, pero si ella lo decía sería que no le quitaba ojo de encima. Se sintió bien, contento.

—¿Y lo de mi padre? —dijo avanzando hacia ella por la borda de la barcaza—. ¿Es que te tiene comprada?

Sentado a su lado, se fijó en su hombro desnudo, en su pecho semicubierto, en todo su cuerpo, lozano y vigoroso, con aroma a mar.

—¡Eres una preciosidad! —exclamó admirado, mirándola detenidamente.

—¡No soy para ti! —declaró lacónicamente sin mirarlo y sin recomponer sus ropas.

Yákov suspiró.

El mar se extendía ante ellos bañado por los rayos del sol matinal. Pequeñas olas juguetonas levantadas por la suave respiración del viento rompían silenciosas contra la borda. Mar adentro, como una cicatriz en su pecho de raso, se divisaba la lengua de tierra. En ella, con el cielo azul como fondo, aparecían clavadas seis finas rayitas, y se veía un trapo ondear al viento.

—¡Pues sí, muchachito! —dijo Malva sin mirar a Yákov—. Seré una preciosidad, pero no soy para ti… Y ni me he vendido a nadie ni estoy sometida a tu padre. Vivo por mí misma… Pero no se te ocurra acercarte a mí, que no quiero estar en medio de vosotros. No quiero peleas ni discusiones de ningún tipo… ¿Está claro?

—¿Y eso a qué viene? —se sorprendió Yákov—. Si no te voy a poner un

dedo encima…

—¡Es que no te atreverías a tocarme! —dijo Malva.

Y lo dijo de tal manera, mostrando tal desprecio, que Yákov se ofendió como hombre y como persona. Lo invadió un sentimiento violento, casi malvado, echaba chispas por los ojos.

—¿Conque no me atrevería? —exclamó acercándose a ella.

—¡No te atreverías!

—¿Y si te toco?

—¡Tócame!

—¿Y qué pasará?

—Que te daré tal cogotazo que te caerás al agua.

—¡Venga, dámelo!

—¡Tócame!

La miró con ojos encendidos y de repente la aprisionó con sus fuertes brazos por el costado, oprimiéndole el pecho y la espalda. Al rozar su cuerpo, cálido y vigoroso, todo él se inflamó, y sintió una especie de asfixia que le comprimía la garganta.

—¡Ya está! ¿Y ahora qué?

—¡Suéltame, Yashka! —dijo ella sin alterarse, haciendo intentos por librarse de sus brazos temblorosos.

—¿No querías darme un cogotazo?

—¡Suéltame! ¡Mira que luego va ser peor!

—¡No trates de meterme miedo! ¡Si eres… como una frambuesa!

Se estrechó contra ella y pegó los gruesos labios a su mejilla sonrosada.

Malva rompió a reír con aire provocador, agarró con fuerza a Yákov por los brazos y de repente, con un movimiento brusco de todo su cuerpo, se lanzó hacia delante. Abrazado el uno al otro, como una pesada masa, cayeron al agua y desaparecieron bajo la espuma y las salpicaduras de las olas. Después apareció entre las agitadas aguas la cabeza mojada de Yákov, con cara de susto, y a su lado emergió Malva. Yákov, agitando desesperadamente los brazos, rompía el agua aullando y rugiendo, mientras Malva nadaba a su lado riéndose a carcajadas, le salpicaba la cara con las manos llenas de agua salada, y se zambullía, esquivando sus amplias brazadas.

—¡Demonio! —gritó Yákov resoplando—. ¡Que me ahogo! ¡De veras, me ahogo! El agua está amarga… ¡Ay, que me ahogo!

Pero ella ya lo había abandonado y, remando con los brazos como un hombre, había llegado nadando hasta la orilla. Una vez allí, hábilmente se encaramó de nuevo a la barcaza, y apostada en la popa contempló, riéndose, cómo Yákov se acercaba nadando precipitadamente. La ropa mojada se ceñía al cuerpo de Malva y dibujaba su figura de las rodillas a los hombros. Yákov llegó hasta la barca, se sujetó a ella con un brazo y detuvo sus ojos ávidos en la mujer semidesnuda que se reía alegremente de él.

—¡Anda, sube, pedazo de foca! —dijo entre risas y, poniéndose de rodillas, le tendió una mano mientras con la otra se sujetaba a la borda.

Yákov se agarró de su mano y exclamó animado:

—Bueno… ¡prepárate que ahora es tu turno!

De pie en el agua, que le llegaba por los hombros, tiró de ella; las olas le cubrían a veces la cabeza y rompían contra la barca salpicando el rostro de Malva. Ella frunció el ceño, se rió y, de repente, con un chillido, saltó al agua y derribó a Yákov con el peso de su cuerpo.

Y de nuevo se pusieron a jugar, como dos enormes peces, en las verdes aguas, salpicándose el uno al otro, dando voces, resoplando, chapoteando.

El sol los contemplaba riendo, y los cristales de las ventanas de los edificios de la explotación también reían reflejando el sol. Se oía el agua golpeada por sus fuertes brazos; las gaviotas, alarmadas por el alboroto, se elevaban por encima de sus cabezas con graznidos penetrantes, y desaparecían a lo lejos encima de las olas del mar…

Finalmente, agotados y hartos de tragar agua, salieron a la orilla y se sentaron a descansar al sol.

—¡Fu! —Yákov frunció el ceño y escupió—. ¡Maldita agua! ¡Estoy de ella hasta la coronilla!

—Pues yo estoy hasta la coronilla de muchas cosas, por ejemplo ¡de los chiquillos! ¡En el mundo sólo tendría que haber hombres hechos y derechos! —rió Malva, escurriendo el agua de sus cabellos…

Tenía el pelo oscuro y no muy largo, pero abundante y ondulado.

—Por eso le has echado el ojo al viejo, ¿no? —se burló Yákov dándole con el codo en el costado.

—Vale más cualquier viejo que un joven.

—Pues si el padre es bueno, tanto mejor será el hijo…

—¡Que te lo crees tú! ¿Dónde has aprendido a alardear de ese modo?

—Las muchachas de la aldea solían decir que yo era buen mozo.

—¿Y qué saben las muchachas? Pregúntame a mí…

—¿Es que tú no eres una muchacha?

Ella le miró y soltó una enorme carcajada. Pero de pronto se puso seria y le dijo con el corazón:

—¡Un día lo fui!

—Quien tuvo, retuvo —dijo Yákov echándose a reír.

—¡Serás estúpido! —le soltó bruscamente Malva y le dio la espalda.

Yákov se asustó y guardó silencio con los labios apretados.

Durante media hora los dos estuvieron callados cara al sol para que se secaran antes sus ropas mojadas.

En los barracones —cobertizos largos y sucios con la cubierta inclinada— se

iban despertando los trabajadores. De lejos todos se parecían: con las ropas raídas, desgreñados, descalzos… Sus voces roncas se dejaban oír en la orilla, uno aporreaba el fondo de un tonel vacío y llegaban volando golpes sordos que tronaban como un enorme tambor. Dos mujeres discutían a gritos, ladraba un perro.

—Se están despertando —dijo Yákov—. Yo que quería haber salido hoy temprano para la ciudad… y al final me he entretenido haciendo chiquilladas contigo…

—Conmigo no te espera nada bueno —dijo Malva medio en broma medio en serio.

—¿Por qué siempre tratas de asustarme? —sonrió Yákov sorprendido.

—Ya verás cómo tu padre te…

La mención a su padre, de pronto, le enfadó.

—¿Qué pasa con mi padre? ¿Eh? —exclamó con brusquedad—. ¡Mi padre! Ni que fuera yo un niño pequeño… Vaya una cosa… Aquí las costumbres son otras… No estoy ciego, veo lo que pasa… Él tampoco es ningún santo… Viviendo aquí no se cohíbe… Así que déjame en paz.

Ella lo miró socarrona a los ojos y le preguntó con curiosidad:

—¿Que te deje en paz? ¿Y qué es lo que te dispones a hacer?

—¿Yo? —Hinchó los carrillos y sacó pecho como si estuviera levantando un peso—. ¿Yo? ¡Soy capaz de muchas cosas! El aire puro ha soplado lo suficiente sobre mí para quitarme el polvo de la aldea.

—¡Tan pronto! —exclamó burlona Malva.

—¿Qué pasa? Mira que, si me lo propongo, dejarás por mí a mi padre.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

—¿Crees que tengo miedo?

—¿Acaso no?

—¡No se te ocurra enfadarme! —exclamó Yákov en un arrebato, visiblemente alterado—. ¡Cuidado conmigo!

—¿O qué? —preguntó con calma.

—¡O nada!

Le volvió la espalda y guardó silencio, dando la impresión de ser un joven atrevido y seguro de sí mismo.

—¡Serás provocador! El capataz tiene un cachorrito negro, ¿lo has visto? Pues es igualito a ti. Cuando está lejos ladra y amenaza con morder, pero cuando te acercas a él ¡mete el rabo entre las patas y echa a correr!

—¡Bueno, basta ya! —exclamó Yákov cada vez más enfadado—. ¡Tú espera y ya verás quién soy yo!

Ella se rió en su cara.

Se dirigía hacia ellos, con paso lento y tambaleándose, un hombre alto, fibroso y bronceado, con una espesa cabellera pelirroja desgreñada. Llevaba una camisa carmín sin cinturón con un roto en la espalda casi de arriba abajo, y para que las mangas no se le cayeran se las había remangado hasta los hombros. Los pantalones tenían toda una colección de diversos tipos de agujeros, sus pies estaban descalzos. En su cara, poblada de pecas, brillaban con insolencia unos enormes ojos azules; su nariz ancha y respingona daba a la totalidad de su figura un aspecto de canalla redomado. Cuando iba caminando hacia ellos, su cuerpo, que dejaban al descubierto los innumerables agujeros de su vestimenta, brillaba bajo el sol. Se detuvo, se sorbió estrepitosamente la nariz, posó en ellos sus ojos inquisidores e hizo ademán de reírse.

—Ayer Seriozhka bebió un poquito, y hoy en su bolsillo hay lo mismo que en un cesto sin fondo… ¡Prestadme una moneda de veinte kópeks! En cualquier caso no os la devolveré…

Yákov rompió a reír de buena fe al oír su agudo discurso, pero Malva sonrió con malicia recorriendo con la mirada su harapienta figura.

—¡Dadme los veinte kópeks, malditos! Dádmelos y os caso, ¿queréis?

—¡Anda, bromista! Ni que fueras un pope —rió Yákov.

—¡Estúpido! Pues en Úglich estuve sirviendo en casa de uno… ¡Dame los veinte kópeks!

—Yo no quiero casarme —negó Yákov.

—Me da igual… ¡dámelos! Y no le diré a tu padre que andas detrás de su diosa —insistió Seriozhka, pasándose la lengua por sus labios secos y agrietados.

—Tú miente, a ver si te cree…

—¡Mentiré y me creerá! —prometió Seriozhka—. ¡Y a ti te dará una buena tunda!

—¡No tengo miedo! —sonrió Yákov.

—Pues entonces ¡la tunda te la daré yo! —le informó tranquilamente Seriozhka, entornando los ojos.

A Yákov le dolía perder veinte kópeks, pero ya le habían advertido de que no se relacionara con Seriozhka y que llegado el caso mejor accediera a sus demandas. Lo que pedía no solía ser mucho, pero si no se lo dabas te hacía cualquier jugarreta en el trabajo o te daba una paliza sin venir a cuento. Yákov se acordó de estas advertencias, suspiró y se llevó la mano al bolsillo.

—¡Eso es! —le alentó Seriozhka mientras se dejaba caer en la arena a su lado—. Sé listo y hazme siempre caso. Y tú, ¿qué? —se dirigió a Malva—. ¿Te casarás pronto conmigo? No tardes en decidirte, que no voy a esperar mucho.

—Anda, andrajoso… Cósete antes esos agujeros y después hablamos —respondió Malva.

Seriozhka miró con ojos críticos los agujeros de su ropa y asintió con la cabeza.

—Mejor dame tu falda.

—¡Claro! —dijo Malva echándose a reír.

—¡Lo digo en serio! ¿Me das aunque sea una vieja?

—Anda y cómprate unos pantalones —le aconsejó Malva.

—Mejor me gasto el dinero en la taberna…

—¡Mejor! —se rió Yákov, sosteniendo en la mano cuatro monedas de cinco kópeks.

—¿Verdad? El pope me decía que el hombre no debía preocuparse por su pellejo, sino por su alma. Y lo que necesita mi alma es vodka, no unos pantalones. ¡Dame el dinero! Bueno, pues me voy a bebérmelo… Y a tu padre se lo contaré de todas formas.

—¡Cuéntaselo! —Yákov hizo un ademán con la mano, guiñó el ojo a Malva con fanfarronería y le dio un golpecito en el hombro.

Seriozhka, que se dio cuenta, escupió y le prometió:

—Y no me olvidaré de zurrarte… En cuanto tenga tiempo ¡te daré una buena paliza!

—¿Y eso por qué? —preguntó inquieto Yákov.

—Es cosa mía… Bueno, ¿entonces te casarás pronto conmigo? —volvió a preguntarle a Malva.

—Tú cuéntame primero qué haremos y cómo viviremos, entonces lo pensaré —respondió ella muy seria.

Seriozhka miró al mar entornando los ojos, se humedeció los labios con la lengua y aclaró:

—No haremos nada, simplemente divertirnos.

—¿Y qué comeremos?

—Anda —hizo un ademán con la mano—, que eres igual que mi madre, todo el día haciendo cábalas. ¿Y qué más da? ¿Cómo voy a saberlo? Mejor me voy a beber…

Se levantó y pasó de largo a su lado, acompañado por la extraña sonrisa de Malva y la mirada hostil del muchacho.

—¡Menudo tipo! —dijo Yákov cuando Seriozhka ya estaba lo bastante

lejos—. De haber tenido en la aldea un amiguito así ya le habríamos parado los pies… Se habría llevado un buen rapapolvo… Pero aquí tienen miedo…

Malva le miró y murmuró entre dientes:

—¡Serás animal! Como si supieras tú lo que vale ese hombre.

—¿Qué es lo que hay que saber? Los tipos como él valen a cinco kópeks el manojo, y en el manojo entran cien.

—¡Eso será lo que vales tú! —exclamó burlona Malva—. Pero él… ha estado en todas partes, ha recorrido el mundo entero y no le teme a nadie…

—¿Y a quién le temo yo? —preguntó Yákov envalentonado.

Ella no le respondió, contempló ensimismada el vaivén de las olas que se acercaban a la orilla y mecían la pesada barcaza. El mástil se balanceaba de un lado a otro, la popa subía y bajaba golpeando el agua.

El sonido era fuerte y agudo, como si la barcaza quisiera separarse de la orilla para adentrarse en el ancho y libre mar, y se peleara con la cuerda que la amarraba.

—Bueno, ¿y cómo es que no te vas? —le preguntó Malva a Yákov.

—¿Y adónde habría de irme? —respondió él.

—Decías que querías ir a la ciudad…

—¡Ya no voy!

—Bueno, pues ve a ver a tu padre.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Que si también vas.

—No…

—Pues yo tampoco.

—¿Y vas a estar todo el día dando vueltas a mi alrededor? —preguntó Malva sin alterarse.

—No creas que te necesito… —respondió Yákov ofendido, se levantó y se fue…

Pero se equivocaba al decir que no la necesitaba. Sin ella empezó a aburrirse. Un extraño sentimiento de angustiada rebeldía contra su padre, un descontento velado le invadió después de su conversación. Era algo que no existía el día anterior, ni existía hoy antes de su encuentro con Malva… Y ahora parecía que su padre le molestaba a pesar de encontrarse mar adentro, en aquella lengua de tierra apenas perceptible a la vista… Después tuvo la impresión de que Malva temía a su padre. Si no le temiera, las cosas podrían ser muy diferentes entre ellos.

Deambulaba por la explotación contemplando a la gente. A la sombra de la barraca, sentado en un barril, Seriozhka toca la balalaika, canta y hace muecas muy graciosas:

¡Señor de la ciudad!

Sea educado conmigo…

Guíeme hacia algún lugar

donde no me caiga en la mugre…

Le rodean cerca de veinte personas, todas igual de harapientas, todo huele a pescado en salazón y a salitre. Sentadas en la arena cuatro mujeres feas y sucias beben té que van sirviendo de una enorme tetera de hojalata. Hay también un trabajador que, a pesar de lo temprano que es, ya está borracho y se arrastra por la arena intentando ponerse de pie, pero de nuevo se cae. En algún lugar solloza una mujer, se oye un acordeón estropeado, y por todas partes brillan las escamas de los peces.

A mediodía Yákov encontró un lugar donde daba la sombra entre un montón de barriles vacíos, se tumbó y se quedó dormido hasta entrada la tarde. Cuando se despertó volvió a deambular por la explotación, sintiendo una triste e imprecisa añoranza. Pasadas unas dos horas se encontró a Malva lejos de la explotación bajo una arboleda de jóvenes sauces blancos. Estaba tumbada de

costado y sostenía entre las manos un librito desencuadernado. Lo miró sonriendo mientras se acercaba hacia ella.

—¡Así que estás aquí! —dijo sentándose a su lado.

—¿Hace mucho que me buscas? —preguntó ella con aplomo.

—¡¿Y por qué iba a buscarte?! —exclamó Yákov, comprendiendo de repente que así era: la estaba buscando. Confundido, el muchacho negó con la cabeza.

—¿Sabes leer? —le preguntó ella.

—Sí… pero mal, casi lo he olvidado…

—Yo también leo mal… ¿Fuiste a la escuela?

—A la del *zemstvo*[36].

—Yo aprendí sola…

—¿Sí?

—De verdad… En Astracán estuve de cocinera en casa de un abogado y su hijo me enseñó a leer.

—Entonces no aprendiste sola… —matizó Yákov.

Ella lo miró y le hizo otra pregunta:

—¿Y a ti no te dan ganas a veces de leer libros?

—¿A mí? No… ¿Para qué?

—A mí me encanta. Fíjate, estoy leyendo un libro que le pedí prestado a la mujer del capataz…

—¿Y de qué trata?

—Es la historia de san Alejo, hombre de Dios.

Y le contó con aire soñador que era un joven que abandonó a sus padres, gente rica y poderosa, y que después regresó convertido en un mendigo

harapiento, y vivió con los perros a las puertas de su casa, sin decirles hasta su muerte quién era. Malva le preguntó a Yákov en voz baja:

—¿Por qué lo haría?

—¿Quién sabe? —respondió Yákov con indiferencia.

Montículos de arena barridos por el viento y las olas los rodeaban. Se oía a lo lejos un ruido sordo y oscuro proveniente de la explotación. Se ponía el sol, y en la arena descansaba el brillo rosáceo de sus rayos. Las tristes ramas de los sauces parecían temblar, sacudidas sus pobres hojas por la ligera brisa del mar. Malva las escuchaba en silencio.

—¿Y hoy por qué no has ido allá… a la lengua de tierra?

—¿Y a ti qué te importa?

Yákov miraba de soslayo y con ojos ávidos a la mujer, pensando en cómo decirle lo que quería.

—Cuando estoy sola y en silencio… siempre me entran ganas de llorar… O de cantar. Lo que pasa es que no me sé buenas canciones, y llorar me da vergüenza…

Yákov escuchaba su voz suave y tierna, pero lo que decía le pasaba desapercibido, simplemente alentaba su deseo.

—Bueno —comenzó a hablar con voz sorda, acercándose a ella pero sin mirarla—, escucha lo que voy a decirte… Soy un muchacho joven…

—Y bobo, ¡muy bobo! —afirmó convencida Malva, asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, soy bobo —exclamó Yákov molesto—. ¿Es que aquí se necesita inteligencia? ¡Bueno, pues yo soy bobo! Pero lo que intento decirte es si quieres que tú y yo…

—¡No quiero!…

—¿Por qué?

—¡Por nada! Así que no hagas tonterías…

—Pero… —la cogió con cautela por los hombros—. Compréndelo…

—¡Largo de aquí, Yashka! —le dijo con severidad, apartándole las manos—. ¡Vete!

Él se levantó y miró a un lado y otro.

—Pues si ésas tenemos… ¡se acabó! Aquí sois muchas… ¿O es que crees que eres mejor que las demás?

—Eres un mocoso —dijo tranquila tras ponerse de pie y sacudirse la arena del vestido.

Echaron a andar uno al lado del otro hacia la explotación. Caminaban despacio, porque sus pies se hundían en la arena.

Yákov trataba de convencerla con rudeza de que cediera a su deseo, ella se reía sin inmutarse y le respondía con palabras hirientes.

De repente, cuando ya estaban cerca de los barracones de la explotación, él se detuvo y la cogió del hombro.

—¿Tratas de enojarme a propósito? ¿Y qué consigues con eso? ¡Ten cuidado conmigo!

—¡Para, te lo advierto! —se libró de su mano y siguió andando.

De detrás de un barracón y viniendo hacia ella apareció Seriozhka. Sacudió su espesa cabellera rojiza y dijo con aire siniestro:

—¿Dando un paseo? ¡Muy bien!

—¡Al diablo con todos vosotros! —gritó Malva con la peor intención.

Yákov se detuvo frente a Seriozhka y le miró taciturno. Los separaba una distancia de diez pasos.

Seriozhka tenía los ojos clavados en Yákov. Aguantaron así cerca de un minuto, como dos carneros dispuestos a embestirse el uno al otro, y después se retiraron en silencio y cada uno se fue por su lado.

El mar estaba tranquilo y rojizo por la puesta de sol. Sobre la aldea flotaba un ruido sordo, del que se distinguía la voz de una mujer borracha, que gritaba como una histérica palabras absurdas:

… *Tagarga, matagarga*,

¡Matanichka m-mía!

¡B-borracha, apaleada,

desgreñada!

Y estas palabras, repulsivas como cochinillas, se extendían por la explotación, impregnada del olor del salitre y de la podredumbre del pescado, se extendían y ofendían a la música de las olas.

Envuelto en el brillo brumoso de la aurora, el mar dormitaba en calma, reflejando las nubes nacaradas. En la lengua de tierra trajinaban pescadores adormilados que disponían sus aparejos en la barcaza.

La masa gris de la red se arrastraba por la arena hasta la embarcación y se amontonaba en su fondo.

Seriozhka, como siempre, sin gorra, medio desnudo, de pie en la popa, apremiaba a los pescadores con voz ronca, resacosa. El viento jugaba con los jirones de su camisa y con los mechones pelirrojos de su pelo.

—¡Vasili! ¿Dónde están los remos verdes? —gritó alguien.

Vasili, sombrío como un día de octubre, metía la red en la barcaza, y Seriozhka miraba su espalda encorvada y se relamía, lo que era muestra de su deseo de quitarse la resaca.

—¿Tienes vodka? —le preguntó.

—Sí —murmuró Vasili.

—Bueno, pues yo no voy… me quedo aquí junto al cabo de red.

—¡Todo listo! —gritaron desde la lengua de tierra.

—¡Desamarra, venga! —ordenó Seriozhka saliendo de la barcaza—. Marchaos… Yo me quedo aquí. Tened cuidado y no echéis la red hasta que estéis bien dentro… ¡y no la vayáis a enredar!

Empujaron la barcaza, los pescadores se encaramaron por la borda, cogieron los remos y los elevaron al aire preparados para batirlos contra el agua.

—¡Uno!

Los remos cayeron al unísono sobre las olas y la barcaza se movió hacia delante, hacia la amplia llanura de aguas resplandecientes.

—¡Dos! —gritó el timonel y, como si se tratara de las patas de una gigantesca tortuga, los remos se elevaron hacia la borda—. ¡Uno!… ¡Dos!

En la orilla, junto al cabo de red, se quedaron cinco personas: Seriozhka, Vasili y tres más. Uno de ellos se echó a la arena y dijo:

—Voy a dormir un rato…

Los otros dos siguieron su ejemplo, y en la arena se ovillaron tres cuerpos envueltos en sucios harapos.

—¿Cómo es que no viniste el domingo? —le preguntó Vasili a Seriozhka, dirigiéndose con él a la cabaña.

—Fue imposible…

—¿Estabas borracho?

—No. Estuve vigilando a tu hijo y a su madrastra —respondió tranquilamente Seriozha.

—¡Menuda preocupación! —dijo irónicamente Vasili con una sonrisa—. Ni que fueran niños.

—Peor aún… El uno es tonto de remate, y la otra una majadera…

—¿Malva una majadera? —preguntó Vasili con los ojos encendidos por la

ira—. ¿Desde cuándo?

—El alma de esa mujer, hermano, no se corresponde con su cuerpo…

—Su alma está corrompida.

Seriozhka lo miró de reojo y resolló con desprecio.

—¡Corrompida, dice! Los estúpidos campesinos como tú sois incapaces de comprender nada… Lo único que os importa de una mujer es que tenga los pechos grandes, su carácter os da lo mismo… Pero el carácter es el color de la persona… una mujer sin carácter es como el pan sin la sal. ¿Qué placer puede producirte una balalaika sin cuerdas? ¡Pedazo de bruto!

—¡Con las barbaridades que estás soltando seguro que anoche te emborrachaste! —dijo Vasili con intención de herirlo.

Se moría por preguntarle dónde y cómo había visto el día anterior a Yákov y a Malva, pero le daba vergüenza.

Una vez en la cabaña sirvió a Seriozhka el vodka en un vaso de los de té, con la esperanza de que con tal cantidad se emborrachara de inmediato y se lo contara todo por sí mismo. Pero Seriozhka se bebió el vodka, emitió un gruñido, y, ya más sereno, se sentó en la puerta de la cabaña, desperezándose y bostezando.

—¡Cuando te pasa por la garganta es como si tragaras fuego! —dijo.

—¡Pues bien que bebes! —exclamó Vasili, admirado por la rapidez con que Seriozhka había dado cuenta del vodka.

—Sé beber… —el desharrapado asintió con su pelirroja cabeza y, secándose con la palma de la mano los bigotes húmedos, empezó a aleccionarle—. ¡Sé beber, hermano! Hay que hacerlo rápido y de una vez. ¡Sin rodeos, directamente! ¡Da igual dónde acabes! Del suelo uno nunca puede caerse…

—¿No querías marcharte al Cáucaso? —le preguntó Vasili, dirigiéndose despacito a su objetivo…

—Puedo hacerlo cuando me dé la gana. Cuando me dé la gana, cojo y… ¡ya está! Y, si no es por las buenas, pues me dejo partir la crisma… ¡así de fácil!

—Pues sí, porque tampoco es que la cabeza te haga a ti mucha falta…

Seriozha lanzó a Vasili una mirada burlona.

—¡Tú, sin embargo, eres muy listo! ¿Y a ti cuántas veces te azotaron en el *vólost*?

Vasili lo miró y guardó silencio.

—Está bien eso de que vuestros jefes vayan todo el día detrás de vosotros con el látigo en la mano… Tú por mucha cabeza que tengas no puedes hacer lo que quieras ni pensar lo que quieras. Pero yo, sin cabeza, ¡camino recto y avanzo más que cualquiera! Y seguramente llegaré más lejos que tú —se jactó el desharrapado.

—¡Puede ser! —rió Vasili—. A lo mejor llegas hasta Siberia…

Seriozhka estalló en una risa franca.

El vodka no se le subió a la cabeza, en contra de las expectativas de Vasili, que empezaba a impacientarse. No quería gastar otro vaso, pero sobrio no podría sacarle una palabra… Sin embargo, fue el propio Seriozhka el que salvó la situación.

—¿Y no me preguntas por Malva?

—¿Por qué te voy a preguntar? —respondió Vasili con indiferencia y aplomo, estremeciéndose ante el presentimiento.

—Como no estuvo aquí el domingo… A lo mejor quieres saber cómo ha pasado estos días… ¡Pareces celoso, viejo diablo!

—¡Hay muchas como ella! —Vasili hizo un ademán de desprecio con la mano.

—¡Que hay muchas como ella, dice! Pero ¡cómo sois los campesinos! Os da igual ocho que ochenta…

—¿Y a qué viene elogiarla tanto? ¿Es que me la quieres meter por los ojos para que me case con ella? Porque yo solito la hice mi mujer hace tiempo —dijo Vasili en tono de burla.

Seriozhka lo miró en silencio, le puso la mano en el hombro y empezó a decir con solemnidad:

—Sé que está liada contigo. Nunca me he metido en eso, no ha hecho falta… Pero ahora ese Yashka, tu hijo, anda detrás de ella… ¡Dale una buena paliza! ¿Me oyes? O se la daré yo… Eres un buen hombre… un tonto de remate… Nunca te he molestado, acuérdate…

—¡Así que de eso se trata! ¿Entonces tú también andas detrás de ella? —preguntó Vasili con voz sorda.

—¡También! Si supiera que ella me corresponde os sacaría a todos a golpes de mi camino y fin del asunto… Pero no me hace ningún caso.

—¿Y entonces para qué te metes? —preguntó Vasili con desconfianza.

Esta sencilla pregunta pareció desconcertar a Seriozhka.

Miró a Vasili con los ojos muy abiertos y se echó a reír.

—¿Que por qué me meto? Sólo el diablo lo sabe… Es que esa mujer… Tiene algo… Me gusta… Será que me da pena de ella…

Vasili le miraba con incredulidad, pero tuvo la sensación de que Seriozhka era sincero y le dijo con el corazón en la mano:

—Si fuera una muchacha virgen aún podría darte pena. Pero no siéndolo, ¡qué raro!

Seriozhka guardaba silencio y contemplaba cómo mar adentro la barcaza giraba la proa hacia la costa, trazando un arco. Sus ojos observaban muy abiertos, su rostro era bondadoso y sencillo.

Vasili se calmó al verlo.

—Tienes razón en que es una mujer especial… pero ¡una veleta! En cuanto a Yashka, ¡ya le daré yo! ¡Será mocoso!

—No me cae muy bien… —declaró Seriozhka.

—¿Y entonces la galantea? —preguntó Vasili entre dientes alisándose la

barba.

—Ya verás cómo se mete entre vosotros como una cuña —afirmó Seriozhka convencido.

Sobre el mar resplandecía a lo lejos el abanico rosado de los rayos del sol naciente. A través del ruido de las olas llegó un débil grito desde la barcaza:

—¡A la red!

—¡Arriba, muchachos! ¡A la red! —ordenó Seriozhka.

Y al instante todos ellos, que sumaban cinco, sacaron del agua su extremo de la red. Desde el mar se tendía hacia la costa una cuerda larga, tensa como la de un instrumento, y los pescadores fueron tirando de ella.

El otro extremo de la red lo llevaba hacia la orilla la barcaza, deslizándose por las olas.

El sol, espléndido y deslumbrante, se elevaba sobre el mar.

—Si ves a Yákov le dices que venga a verme mañana —le pidió Vasili a Seriozhka.

—Bueno.

La barcaza atracó en la costa y, saltando de ella a la arena, los pescadores sacaron su cabo de red. Los dos grupos se fueron acercando el uno al otro y los flotadores de la red formaron un perfecto semicírculo saltando en el agua.

A última hora de la tarde de aquel día, cuando los trabajadores de la explotación ya habían cenado, Malva, cansada y pensativa, se sentó sobre una barca que habían volcado porque estaba rota, y contempló el mar, vestido de oscuridad. Allá, a lo lejos, resplandecía un fuego; Malva sabía que era la hoguera que había encendido Vasili. Solitario, como si se hubiera extraviado en la oscura lejanía del mar, el fuego tan pronto se inflamaba como se extinguía, desfallecido. A Malva le invadía la tristeza al contemplar ese punto rojo perdido en la vastedad del mar, estremeciéndose débilmente entre el incansable bramido de las olas.

—¿Qué haces aquí sentada? —resonó la voz de Seriozhka a su espalda.

—¿Y a ti qué te importa? —le preguntó sin siquiera mirarlo.

—Tengo curiosidad.

La contemplaba en silencio mientras liaba un cigarrillo. Empezó a fumar y se sentó a horcajadas en la barca. Después le dijo en tono amistoso.

—Eres una mujer rara: tan pronto huyes de la gente como te cuelgas de su cuello.

—¿Y del tuyo me cuelgo? —preguntó con indiferencia.

—Del mío no, pero del de Yashka sí.

—¿Y te da envidia?

—Hum… Mira, si quieres te seré sincero —le propuso Seriozhka, dándole una palmadita en el hombro. Según estaban sentados él no pudo ver su rostro cuando le dijo:

—Habla.

—¿Has dejado a Vasili?

—No lo sé —respondió tras un breve silencio—. ¿Y por qué quieres saberlo?

—Por nada…

—Ahora estoy enfadada con él.

—¿Por qué?

—¡Porque me pegó!

—¿Cómo que te pegó? ¿Y tú le darías a él, no?

Seriozhka se quedó asombrado. Miró su rostro de perfil y chasqueó los labios con ironía.

—Si hubiera querido lo habría hecho —le confesó.

—Pero ¿entonces?

—No quise.

—¿Así que estás enamorada de ese mujeriego? —dijo Seriozhka con tono burlón y echándole a la cara el humo de su cigarrillo—. ¡Fíjate! Y yo que pensaba que tú no eras de esas…

—No os quiero a ninguno —dijo con la misma indiferencia que antes, apartándose el humo de la cara con la mano.

—Mientes.

—¿Y para qué iba a mentir? —preguntó, y por su voz Seriozhka comprendió que en verdad no tenía razón alguna para hacerlo.

—Pero, si no le quieres, ¿por qué le permites que te pegue? —le preguntó muy en serio.

—¿Y yo qué sé? ¿Por qué no me dejas en paz?

—Pues ¡sí que es raro!… —dijo Seriozhka sacudiendo la cabeza.

Y ambos permanecieron largo tiempo en silencio.

Se acercaba la noche. Las sombras descendían de las nubes para posarse en el mar, moviéndose lentamente en el cielo. Se oían las olas.

El fuego de Vasili en la lengua de tierra se había apagado, pero Malva continuaba mirando hacia allá. Seriozhka, en cambio, era a ella a quien miraba.

—¡Escucha! —dijo él—. ¿Tú sabes lo que quieres?

—¡Ojalá lo supiera! —respondió Malva en voz muy baja y con un profundo suspiro.

—O sea, que no lo sabes… ¡Eso está mal! —dijo Seriozhka muy seguro—. ¡Yo siempre lo sé! —Y añadió con cierta tristeza—: Lo que pasa es que rara vez quiero algo.

—Yo siempre quiero algo —reveló con aire soñador—. ¿El qué?… No lo sé. Unas veces me gustaría estar sentada en una barca, en el mar, muy lejos, y no volver a ver a nadie nunca más. Otras que los hombres perdieran la cabeza por mí

y que no pararan de dar vueltas a mi alrededor. Al principio los miraría y me reiría. Después sentiría lástima de ellos, y sobre todo de mí misma. Luego querría acabar con su vida, y después poner fin a la mía… con una muerte terrible… Tan pronto estoy triste como alegre… Pero la gente parece no tener sentimientos.

—Están podridos por dentro —coincidió Seriozhka—. Cuando te miro no veo una gatita, ni un pez… ni un pajarillo… Y sin embargo todo ello está en ti… No te pareces a otras mujeres.

—¡Por el amor de Dios! —rió Malva.

Por su izquierda, desde detrás de las dunas, apareció la luna bañando el mar con su brillo argentado. Grande, mansa, ascendía lentamente por la bóveda celeste, hacía palidecer el luminoso brillo de las estrellas y lo disipaba bajo su luz intensa y soñadora.

Malva sonrió.

—¿Sabes? A veces tengo la impresión de que si los barracones se incendiaran por la noche se armaría un buen alboroto.

—¡Qué cosas tienes! —exclamó admirado Seriozhka y de repente le dio un empujoncito en el hombro—. Mira… voy a contarte algo divertido que podemos hacer. ¿Quieres?

—¿Y qué es? —preguntó Malva interesada.

—El Yashka ese, ¿está prendado de ti?

—Ardientemente —dijo riendo.

—¡Azúzalo contra su padre! ¡Ya verás! Será gracioso verlos… Se atacarán como osos… Tú calienta al viejo, y a este otro también… Y después los ponemos uno frente al otro… ¿eh?

Malva se giró hacia él y se quedó mirando fijamente su rostro risueño y pecoso. Iluminado por la luna parecía menos expresivo que a la luz del sol. No se percibía en él ni la rabia ni ningún otro sentimiento, tan sólo una sonrisa bondadosa y algo traviesa.

—¿Qué tienes contra ellos? —preguntó Malva con suspicacia.

—¿Yo…? Vasili es bueno, no es más que un campesino. Pero Yashka es un canalla. La verdad es que en general no me gustan los campesinos… ¡son gentuza! Lloran como huerfanitos y les dan pan y todo lo que necesitan. Tienen al *zemstvo* que lo hace todo por ellos… Les dan una casa, tierras, ganado… Serví como cochero en casa de un médico del *zemstvo* y tuve ocasión de verlo… Después estuve vagabundeando de acá para allá. Llegabas a una aldea, pedías pan y ya estaban interrogándote: que si quién eras, que si a qué te dedicabas, que les enseñaras el pasaporte… Pasaba muchas veces… bien porque me tomaban por cuatrero o simplemente porque sí… El caso es que acababa en el calabozo… Siempre están lamentándose y representando su papel, pero tienen lo que necesitan para vivir: cuentan con la tierra. Pero ¿qué tengo yo en comparación con ellos?

—¿Es que tú no eres campesino? —le interrumpió Malva, que escuchaba atenta su discurso.

—¡Yo soy pequeño burgués! —precisó Seriozhka con cierto orgullo—. Pequeño burgués de la ciudad de Úglich.

—Pues yo de Pavlish —le informó Malva pensativa.

—¡Yo no vivo al amparo de nadie! Pero los campesinos… ¡qué diablos!, ellos pueden vivir bien. Cuentan con el *zemstvo* y todo lo demás.

—¿Y qué es el *zemstvo*? —preguntó Malva.

—¿El *zemstvo*? ¡Sólo el diablo lo sabe! Algo que se organizó para los campesinos, que los representa… Escupo sobre él… Bueno, dime qué piensas de lo que estábamos hablando, de provocar un encontronazo entre ellos. La cosa quedará en una pelea, no pasará a mayores… ¿No fue Vasili el que te pegó? Pues que sea su propio hijo el que se vengue por la paliza.

—¿Qué? —se rió Malva—. Estaría bien…

—Piénsalo… ¿No te gustaría ver cómo dos personas se rompen las costillas por ti? ¿Sólo con que pronuncies unas cuantas palabras?… Será mover la lengua y ¡ya está!

Seriozhka pasó un buen rato explicándole con entusiasmo las delicias del papel que ella debía desempeñar. Bromeaba y al mismo tiempo hablaba en serio.

—¡Anda, que si yo fuera una mujer hermosa! ¡Menudas iría armando por ahí! —exclamó para concluir. Se agarró la cabeza con las manos, la apretó con fuerza, entornó los ojos y guardó silencio.

La luna ya estaba en lo alto del cielo cuando se separaron. Sin su presencia, la belleza de la noche se intensificó. Ahora sólo quedaban el mar, majestuoso e infinito, plateado por la luna, y el cielo azul sembrado de estrellas. También las dunas, los sauces blancos asomando entre ellas, y dos construcciones largas y sucias en la arena que parecían enormes tumbas toscamente ensambladas. Pero todo esto era mísero e insignificante ante la faz del mar, y las estrellas al contemplarlo brillaban con frialdad.

Padre e hijo estaban sentados en la cabaña uno enfrente de otro y bebían vodka. El vodka lo había traído el hijo para que no se le hiciera aburrida la estancia con su padre y también para adularlo. Seriozhka le había dicho a Yákov que su padre estaba enfadado con él a causa de Malva, que había amenazado con pegar a la muchacha hasta dejarla sin sentido, que Malva sabía de esta amenaza y que por eso no se le entregaba. Seriozhka se había mofado de él.

—¡Te hará pagar por tus galanteos! ¡Te tirará de las orejas hasta que midan un *arshín*! ¡Mejor no aparezcas delante de sus ojos!

Las burlas del maldito pelirrojo despertaron en Yákov un sentimiento de ira profunda contra su padre. Además Malva se estaba ablandando, a veces su mirada era desafiante, pero otras era triste, lo que acrecentaba su deseo de poseerla…

Así que Yákov, al llegar a casa de su padre, lo veía como una piedra en mitad de su camino, como una piedra por encima de la cual no se podía saltar y que no había forma de rodear. Pero no sentía temor alguno de él, y lo miraba, seguro de sí mismo, a sus ojos sombríos y malvados, como diciéndole: «¡Venga, atrévete a tocarme!».

Se habían bebido ya dos vasos, pero aún no se habían dicho nada el uno al otro, aparte de unas cuantas palabras insignificantes sobre la vida en la explotación. Frente a frente en mitad del mar, albergaban en su interior la furia provocada por el otro, y ambos sabían que pronto estallaría, que los abrasaría.

Las esteras de la cabaña susurraban empujadas por el viento, las cortezas de tilo chocaban entre sí, el trapo rojo al final de la vara emitía un incomprensible balbuceo. Todos estos sonidos eran tímidos y semejantes a un susurro lejano,

confuso, que parecía pedir algo de forma indecisa.

—¿Qué? ¿Sigue bebiendo Seriozhka? —preguntó Vasili taciturno.

—Sí, se emborracha cada tarde —respondió su hijo sirviendo más vodka.

—Se va a echar a perder… Es lo que tiene el vivir así, con tanta libertad… sin miedo a nada… Y a ti te pasará lo mismo…

Yákov respondió de forma concisa:

—¡Yo no seré como él!

—¿Que no lo serás? —dijo Vasili frunciendo el ceño—. Sé bien lo que digo… ¿Cuánto hace que vives aquí? Más de tres meses. Pronto tendrás que volver a casa, y ¿llevarás mucho dinero? —Enfadado, se bebió el vodka de un trago y, cogiéndose la barba con la mano, tiró de ella de tal modo que le tembló la cabeza.

—En tan poco tiempo no es mucho lo que aquí se puede conseguir —razonó Yákov.

—Si es así no sé lo que haces aquí perdiendo el tiempo, vuélvete a la aldea.

Yákov se rió en silencio.

—¿Por qué tuerces el morro? —exclamó Vasili en tono de amenaza, cada vez más enfadado por el aplomo de su hijo—. ¡Tu padre te está hablando y tú te ríes! ¡Cuidadito con pasarte de la raya! A ver si te voy a tener que meter yo a ti en vereda…

Yákov se sirvió vodka y bebió. Sus burdos reproches le ofendían, pero resistió porque no quería decir lo que pensaba para no enfurecer a su padre. Se sentía un poco intimidado por su mirada, que brillaba adusta y severa.

Vasili, al ver que su hijo bebía solo y a él no le servía vodka, se enfureció más aún.

—¿Así que tu padre te dice que vuelvas a casa y tú le haces muecas? El sábado pides la cuenta y… ¡marchando a la aldea! ¿Me oyes?

—¡No me iré! —le aseguró Yákov negando obstinadamente con la cabeza.

—¿Cómo? —rugió Vasili y, apoyando las manos en un barril, se levantó—. ¿Es que no te ha quedado claro lo que te he dicho? ¿Le ladras a tu padre como un perro? ¿Has olvidado lo que puedo hacer contigo? ¿Lo has olvidado?

Sus labios temblaban, los espasmos arrugaban su rostro; dos venas le estallaban en las sienes.

—No he olvidado nada —dijo Yákov a media voz sin mirar a su padre—. ¿Y tú te acuerdas de todo?

—¡Tú no eres quién para darme a mí lecciones! Te voy a partir en mil pedazos…

Yákov se apartó de la mano de su padre, que pendía sobre su cabeza, y, apretando los dientes, declaró:

—No se te ocurra tocarme… Esto no es la aldea.

—¡Cállate! ¡En todas partes yo soy tu padre!

—Aquí no conseguirás que me azoten en el *vólost*, aquí no hay *vólost* — Yákov se rió en su cara y también se levantó despacio.

Vasili, con los ojos inyectados de sangre, estirando el cuello, apretó los puños y le echó a su hijo el aliento a la cara, un aliento caliente y mezclado con el olor del vodka. Yákov retrocedió y vigiló con mirada sombría cada uno de los movimientos de su padre, dispuesto a parar los golpes, aparentemente tranquilo, pero empapado en sudor. Los separaba el barril que servía de mesa.

—¿Que no haré que te azoten? —preguntó Vasili con voz ronca, encorvando la espalda como un gato dispuesto a saltar.

—Aquí todos somos iguales… Tú eres un trabajador y yo también.

—¿Cómo?

—¿Por qué la has tomado conmigo? ¿Crees que no me doy cuenta? Desde el primer momento tú…

Vasili soltó un gruñido y movió la mano tan rápido que a Yákov no le dio tiempo a apartarse. Recibió el golpe en la cabeza; se tambaleó y enseñó los dientes

al rostro fiero de su padre, que de nuevo levantaba la mano.

—¡Ten cuidado! —le advirtió apretando los puños.

—¡Eso te digo yo a ti!

—¡Déjalo ya!

—¿Cómo te atreves? ¿A tu padre?… ¿A tu padre?… ¿A tu padre?…

Casi no tenían espacio, entre sus pies se enredaban los sacos, el barril volteado, el tocón.

Defendiéndose de los golpes con los puños, Yákov, pálido y sudoroso, con los dientes apretados y los ojos brillantes como los de un lobo, retrocedió lentamente ante su padre, pero éste avanzó feroz hacia él lanzando puñetazos, ciego de ira, con los cabellos revueltos, igual que un jabalí enfurecido.

—¡Para! ¡Déjalo! —dijo Yákov con tono siniestro pero tranquilo, saliendo por la puerta de la cabaña a la libertad.

El padre rugió y se lanzó hacia él, pero sus golpes se encontraron con los puños de su hijo.

—Mírate… Mírate… —le provocó Yákov, sintiéndose cada vez más desenvuelto.

—Espera… Quédate ahí…

Pero Yákov se apartó de un salto y echó a correr hacia el mar.

Vasili fue tras él con la cabeza baja y los brazos tendidos hacia delante, pero tropezó con algo y cayó de bruces. Rápidamente se puso de rodillas y se sentó en la arena. Estaba completamente extenuado por la trifulca, y profirió un doloroso aullido que nacía del sentimiento abrasador de la ofensa no satisfecha, y de la conciencia amarga de su debilidad.

—¡Maldito seas! —dijo con la voz ronca, estirando el cuello hacia Yákov y escupiendo la espuma de rabia que salía de sus labios temblorosos.

Yákov se apoyó en la barca y lo miró fijamente, frotándose con la mano la

cabeza magullada. Una de las mangas de su camisa se había roto y colgaba de un hilo, el cuello también estaba rasgado, su blanco pecho sudoroso brillaba al sol como si lo hubiera untado con grasa. Ahora sentía desprecio por su padre, al que antes consideraba más fuerte. Al contemplar a ese hombre desgreñado y quejumbroso que desde la arena lo amenazaba con los puños, sonrió condescendiente con la sonrisa injuriosa que el fuerte le enseña al débil.

—¡Te maldigo… para siempre!

Vasili gritó con tanta fuerza su maldición que Yákov, inconscientemente, volvió la vista al mar, hacia la explotación, como si pensara que también allí se oiría este grito de impotencia.

Pero allí sólo estaban las olas y el sol. Entonces escupió a un lado y dijo:

—¡Grita!… ¿A quién crees que haces daño? Nada más que a ti… Y puesto que las cosas están así entre nosotros, te diré algo…

—¡Cállate!… Fuera de mi vista… ¡Márchate! —gritó Vasili.

—No me voy a ir a la aldea… Pasaré aquí el invierno… —dijo Yákov sin perder de vista los movimientos de su padre—. Estoy mejor aquí, no soy tan tonto como para no darme cuenta. Todo es más fácil… Allí dirigirías mi vida a tu antojo, pero aquí ¡ni mucho menos!

Le sacó la lengua a su padre y rompió a reír, no a carcajadas, pero sí lo suficientemente fuerte para que Vasili, de nuevo enfurecido, se pusiera en pie de un brinco, cogiera un remo y corriera hacia él gritando con voz ronca:

—¿A tu padre? ¿A tu padre? Te voy a matar…

Pero cuando, ciego de ira, quiso llegar de un salto hasta la barca, Yákov ya estaba lejos. Corría, y la manga suelta de su camisa iba tras él por el aire.

Vasili le arrojó el remo, pero éste no le alcanzó, y el campesino, de nuevo extenuado, se derrumbó sobre la barca; arañaba la madera con las uñas mientras miraba a su hijo, que le gritaba a lo lejos:

—¡Debería darte vergüenza! Con la cabeza llena de canas y te pones hecho una bestia por una mujer… Pues que sepas que a la aldea no voy a volver… Te vas tú… que aquí no tienes nada que hacer.

—¡Yashka, cállate! —rugió Vasili con un grito ahogado—. ¡Yashka! Te voy a matar… ¡Largo de aquí!

Yákov echó a andar sin apresurarse.

El padre contemplaba con ojos inexpresivos, dementes, cómo se marchaba. Se iba haciendo más pequeño, como si sus piernas se hundieran en la arena… Ya le llegaba por la cintura… por los hombros… por la cabeza… Ya no estaba… Pero un minuto después, algo más lejos del lugar en el que había desaparecido, volvía a emerger su cabeza, sus hombros, después todo él. Ahora se hacía más pequeño… Se volvió, lo miró y gritó algo.

—¡Maldito seas! ¡Maldito, maldito! —respondió Vasili al grito de su hijo. Éste hizo un ademán con la mano, siguió su camino… y de nuevo desapareció tras una duna.

Vasili continuó mirando un buen rato en aquella dirección, hasta que le empezó a doler la espalda por la incómoda postura en la que estaba reclinado en la barca. Destrozado, se puso en pie y el dolor de huesos le hizo tambalearse. El cinturón se le había subido hasta las axilas; se lo quitó desabrochándolo con sus dedos toscos, lo levantó a la altura de los ojos y lo tiró a la arena. Después se dirigió a la cabaña y, deteniéndose ante un hoyo, recordó que en aquel lugar se había caído, y que de no haberse caído habría podido atrapar a su hijo. En la cabaña todo estaba patas arriba. Vasili buscó con la mirada la botella de vodka y la encontró entre los sacos. Estaba bien tapada, el vodka no se había derramado. Desenroscó lentamente el tapón y se llevó la botella a la boca para echar un trago. Pero el cristal le golpeó en los dientes y el vodka se le cayó por la barba, por el pecho.

Le zumbaba la cabeza, el corazón le oprimía y un dolor intenso le atravesaba la espalda.

—¡Soy un viejo! —dijo en voz alta, y se desplomó en la arena a la entrada de la cabaña.

El mar se extendía ante él. Las olas reían, ruidosas y juguetonas como siempre. Vasili estuvo mucho tiempo contemplando el agua, y recordó las mezquinas palabras que un día pronunció su hijo: «¡Si todo esto fuera tierra! ¡Tierra fértil! ¡Si se pudiera labrar!».

El desasosiego invadió al campesino. Se frotó el pecho con fuerza, miró a su

alrededor y respiró profundamente. Su cabeza se inclinó hacia delante y se le encorvó la espalda, como si un peso tirara de ella. Sentía una opresión en la garganta que le asfixiaba. Vasili se aclaró la voz y se santiguó mirando al cielo. Un pensamiento funesto se apoderó de él.

Había abandonado por una cualquiera a su mujer, con la que había convivido, ganándose honradamente la vida, más de quince años, y el Señor le castigaba con la rebelión de su hijo. ¡De esta manera, Señor!

Su hijo le había insultado, le había partido dolorosamente el corazón… Poco faltó para que le matara por haber deshonrado así el alma de su padre. ¡Y todo por una mala mujer de vida licenciosa! Él, un viejo, había pecado al unirse a ella y olvidar a su mujer y a su hijo…

Y he aquí que el Señor, en su ira divina, se lo recordaba, a través de su hijo le golpeaba el corazón con su justo castigo divino… ¡De esta manera, Señor!…

Vasili se sentó con la espalda encorvada y se santiguó. No dejaba de pestañear para que le cayeran las lágrimas, que le cegaban.

El sol se escondía en el mar. En el cielo se apagaba suavemente el purpúreo crepúsculo vespertino. Desde la silenciosa lejanía llegaba un viento cálido que secaba el rostro del campesino, humedecido por las lágrimas. Sumido en su arrepentimiento, estuvo sentado hasta que se quedó dormido.

Al día siguiente de la pelea con su padre, Yákov partió con los trabajadores de su cuadrilla en una barcaza remolcada por un barco de vapor a unas treinta verstas de la explotación para pescar esturión. Cinco días después le enviaron por provisiones y volvió solo en una barca de vela. Llegó a mediodía, cuando los trabajadores descansaban después de almorzar. Hacía un calor insoportable, la arena incandescente abrasaba los pies, y las escamas y espinas de los peces se clavaban en ellos. Yákov caminaba con mucho cuidado hacia los barracones y se maldecía por no haberse puesto las botas. Pero le daba pereza regresar a la barca, porque quería que le diera tiempo a comer algo y a ver a Malva. En los días de hastío pasados en el mar se había acordado de ella con frecuencia. Ahora tenía ganas de saber si había visto a su padre y qué le había contado… ¿Y si le había pegado? No le vendría mal, ¡se haría más dócil! Era demasiado provocadora y pendenciera…

La explotación estaba silenciosa y desierta. Habían cerrado las ventanas de

los barracones, y esas enormes cajas de madera también parecían desfallecer de calor. En la oficina del capataz, escondida entre los barracones, se desgañitaba un niño. Detrás de las pilas de barriles se oían unas voces silenciosas.

Yákov se dirigió valiente hacia ellas: le había parecido reconocer la voz de Malva. Pero, cuando se acercó a los barriles y miró entre ellos, reculó de un salto y, frunciendo el ceño, se quedó parado.

Detrás de los barriles, a su sombra, estaba tumbado boca arriba, con las manos bajo la cabeza, el pelirrojo Seriozhka. Tenía sentado a un lado a su padre y al otro a Malva.

Yákov pensó de su padre: «¿Qué estará haciendo aquí? ¿Habrá dejado su tranquilo puesto para trasladarse a la explotación, estar más cerca de Malva e impedir que me acerque a ella? ¡Viejo diablo! ¡Si mi madre supiera de todo esto!… ¿Qué hago? ¿Voy hacia ellos?».

—¡Vaya! —dijo Seriozhka—. ¿Así es que nos dejas? Pues nada, regresa a tu aldea a escarbar la tierra…

Yákov parpadeó loco de contento.

—Eso es… —dijo el padre.

Entonces Yákov se armó de valor, dio un paso hacia delante y dijo:

—¡Salud a la respetable compañía!

Su padre le miró fugazmente, Malva ni se inmutó, y Seriozhka estiró una pierna y dijo con voz profunda:

—¡Así que ha vuelto de tierras lejanas nuestro querido hijo Yashka! —y añadió con su peculiar tono—: Arranquémosle la piel para hacer un tambor como a la oveja la lana…

Malva se rió en voz baja.

—¡Qué calor! —dijo Yákov mientras se sentaba.

Vasili volvió a mirarlo.

—Te estaba esperando, Yákov —le dijo.

Su voz le pareció a Yákov más suave de lo habitual, y su rostro también se veía renovado.

—He venido por provisiones… —le informó, y le pidió a Seriozhka tabaco para liarse un cigarrillo.

—No seré yo quien te dé a ti tabaco, estúpido —le dijo Seriozhka sin moverse.

—Vuelvo a casa, Yákov —pronunció Vasili en un tono imponente, escarbando la arena con los dedos de la mano.

—¿Y eso? —su hijo le miró con aire inocente.

—Bueno, y tú… ¿te quedas?

—Sí, me quedo… ¿Qué vamos a hacer los dos en casa?

—Bueno… yo no digo nada. Como tú quieras… ¡ya no eres un niño! Lo único… recuerda que no resistiré mucho. Puede que viva largos años, pero trabajar no sé hasta cuándo podré… Ya no estoy acostumbrado a la tierra… Así que recuerda que tienes una madre.

Parecía que le costaba hablar, como si las palabras se le encajaran entre los dientes. Se acariciaba la barba y la mano le temblaba.

Malva no dejaba de mirarlo. Seriozhka, que tenía un ojo entornado, clavó el otro muy abierto en el rostro de Yákov. A Yákov le embargaba la alegría pero temía que se le notara, así que guardaba silencio y se miraba los pies.

—No te olvides de tu madre… Sólo te tiene a ti —dijo Vasili.

—Bueno, vale —respondió Yákov, molesto—. Que ya lo sé.

—Me alegro de que lo sepas… —dijo su padre mirándolo con incredulidad—. Yo sólo te digo que no lo olvides.

Vasili suspiró profundamente. Pasaron algunos minutos en silencio. Después Malva dijo:

—No tardarán en llamar al trabajo…

—Bueno, pues me voy… —les comunicó Vasili poniéndose en pie. Los demás se levantaron tras él—. Adiós, Serguéi… Si alguna vez pasas por la región del Volga podrías ir a verme… Distrito de Simbirsk, aldea de Mazló, *vólost* Nikolo Lykovskaia…

—De acuerdo —dijo Seriozhka sin dejar de estrecharle la mano con su nervuda garra cubierta de vello rojizo, mirando con una sonrisa el rostro triste y serio del viejo.

—Lykovo-Nikólskoie es un pueblo grande… Todo el mundo lo conoce, y nosotros estamos a cuatro verstas de allí —aclaró Vasili.

—Bueno, bueno… Lo tendré en cuenta llegada la ocasión…

—¡Adiós!

—¡Adiós, querido muchacho!

—¡Adiós, Malva! —dijo con voz sorda Vasili sin mirarla.

Ella, sin apresurarse, se limpió los labios con la manga, colocó sus blancas manos sobre los hombros de Vasili y en silencio y con el rostro grave le besó tres veces, en las mejillas y en los labios.

Él se quedó desconcertado y masculló algo ininteligible. Yákov agachó la cabeza ocultando una sonrisa, y Seriozhka bostezó perezoso mirando al cielo.

—Pasarás calor en el camino —dijo.

—Da igual… Bueno, ¡adiós, Yákov!

—Adiós.

Estaban uno frente a otro sin saber qué hacer. La triste palabra «adiós», que tantas veces y de forma tan monótona había sido pronunciada en los últimos segundos, despertó en el alma de Yákov un cálido sentimiento por su padre, que no sabía cómo expresar: ¿debía abrazarlo como había hecho Malva, o estrecharle la mano como Seriozhka? Esa indecisión, que se reflejaba tanto en el gesto como en el rostro de Yákov, ofendió a Vasili, que volvió a sentir algo cercano a la vergüenza

ante su hijo. Este sentimiento le recordó la escena en la lengua de tierra y los besos de Malva.

—¡Acuérdate de tu madre! —dijo por fin Vasili.

—¡Claro! —exclamó Yákov con una cálida sonrisa—. No te preocupes… que yo…

Y sacudió la cabeza.

—Bueno… ¡pues nada! Vivid aquí, si así lo quiere el Señor… y no me guardéis rencor… Seriozhka, bajo la popa de la barca verde he enterrado en la arena una cazuela.

—¿Y para qué quiere él la cazuela? —preguntó al instante Yákov.

—Ha sido designado para ocupar mi puesto… Allá, en la lengua de tierra —aclaró Vasili.

Yákov miró a Seriozhka y a Malva, y bajó la cabeza para ocultar la alegría con que brillaban sus ojos.

—Adiós, hermanos… ¡Me marcho!

Vasili les hizo una reverencia y echó a andar. Malva corrió tras él.

—Te acompaño un poquito…

Seriozhka se tumbó en la arena y agarró de la pierna a Yákov, que se disponía a seguir a Malva.

—¡Quieto ahí! ¿Adónde te crees que vas?

—¡Déjame! —Yákov intentó soltarse.

Pero Seriozhka lo agarró por la otra pierna.

—Siéntate aquí conmigo…

—¡Anda, déjame! No hagas tonterías.

—No hago tonterías… ¡Que te sientes!

Yákov se sentó apretando los dientes.

—¿Qué es lo que quieres?

—¡Espera! Cállate y déjame que piense, después te lo digo…

Sus ojos insolentes miraron de arriba abajo al muchacho con aire de amenaza, y Yákov tuvo que ceder.

Malva y Vasili llevaban un rato caminando en silencio. Ella miraba su rostro de reojo, y las pupilas le brillaban de un modo extraño. Vasili, por su parte, estaba sombrío y taciturno. Los pies se les hundían en la arena y andaban despacio.

—¡Vasia!

—¿Qué?

Vasili la miró, pero al instante apartó la cabeza.

—Es que fui yo la que a propósito provocó la riña entre vosotros… Podríais vivir los dos aquí, sin pelearos —le dijo con serenidad y sin rodeos.

—¿Y por qué tenías que hacer algo así? —le preguntó Vasili tras un breve silencio.

—No lo sé… ¡Porque sí!

Ella se encogió de hombros y se rió.

—¡Pues la has hecho buena! —le reprochó Vasili con voz colérica.

Ella guardó silencio.

—Vas a echar a perder a mi hijo, ¡al final le vas a echar a perder! Bruja, más que bruja… No temes a Dios… No tienes vergüenza… ¿Qué te propones?

—¿Y qué quieres que haga? —le preguntó con una mezcla de angustia y de despecho.

—¿Cómo? ¡Eres una…! —exclamó Vasili, presa de la ira.

Sentía unas ganas terribles de golpearla, de derribarla a sus pies, hundirla en

la arena y patearla con las botas en el pecho y en la cara. Apretó los puños y miró hacia atrás. Allí, junto a los barriles, se divisaban las figuras de Yákov y de Seriozhka, y sus rostros estaban vueltos hacia él.

—¡Largo de aquí! ¡Vete! O no sé lo que te hago…

Casi en un susurro le dirigió varios insultos a la cara. Sus ojos estaban inyectados de sangre, le temblaba la barba, y se le iban las manos hacia los cabellos que le salían a Malva de debajo del pañuelo.

Ella le miraba serena con sus ojos verdes.

—¡Te voy a matar, ramera! Ya verás… un día revientas… ¡Alguien te partirá la cabeza!

Ella se rió y, tras un breve silencio, suspiró profundamente y le soltó:

—Bueno, ya está bien… ¡Adiós!

Se giró bruscamente y se marchó.

Vasili bramaba y rechinaba los dientes. Pero Malva seguía su camino, intentando colocar los pies en las profundas huellas que los de Vasili habían dejado en la arena, y una vez que estaba sobre ellas las borraba a conciencia. De esta forma llegó lentamente hasta los barriles, donde Seriozhka la recibió con una pregunta:

—¿Qué, lo has acompañado?

Ella asintió con la cabeza y se sentó a su lado. Yákov la miraba y sonreía dulcemente, moviendo los labios como si estuviera susurrando algo que sólo él pudiera oír.

—¿Y te ha dado pena? —volvió a preguntarle Seriozhka.

—¿Cuándo te irás allá, a la lengua de tierra? —respondió con otra pregunta, señalando el mar con la cabeza.

—Al atardecer.

—Me voy contigo…

—¡Vaya! Me gusta la idea…

—¡Yo también voy! —les comunicó Yákov decidido.

—¿A ti quién te ha pedido que vengas? —preguntó Seriozhka entornando los ojos.

Se oyó el trémulo tañido de la vieja campana llamando al trabajo. Las campanadas galopaban presurosas por el aire una tras otra y morían entre el alegre susurro de las olas.

—¡Ella me lo pedirá! —dijo Yákov, mirando a Malva con gesto provocador.

—¿Yo? ¿Para qué te necesito? —se sorprendió.

—¡Seamos claros, Yashka! —dijo Serguéi con severidad poniéndose de pie—. Si te acercas a ella, ¡te rompo los huesos! Y, si le pones la mano encima, ¡acabo contigo como con una mosca! Te aplasto los sesos y ¡dejas de existir! ¡Así de sencillo!

Su rostro, su figura y sus manos nudosas tendidas hacia la garganta de Yákov decían con gran convicción lo fácil que sería para él.

Yákov dio un paso atrás y dijo con voz ahogada:

—¡Espera! Que sea ella misma la que…

—¡Chitón! Pero ¿qué te has creído? No te comerás el cordero, perro, así que da gracias si te echan huesos para que los roas… ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esos ojos?

Yákov miró a Malva. Sus ojos verdes le dirigían una sonrisa ofensiva y humillante mientras se apretaba contra el costado de Seriozhka con tanta ternura que a Yákov le entraron sudores.

Se apartaron de él uno junto al otro y, cuando ya se habían alejado un poco, ambos estallaron en carcajadas. Yákov hundió el pie derecho en la arena y se quedó inmóvil en esa postura, respirando con dificultad.

A lo lejos, por las olas de arena amarillas y muertas, avanzaba una figura humana pequeña y oscura; a su derecha brillaba bajo el sol el mar alegre y

poderoso, a su izquierda y alcanzando el horizonte se extendían las arenas, monótonas, melancólicas, desiertas. Yákov fijó la mirada en aquel hombre solitario y, tras pestañear con sus ojos llenos de agravio y perplejidad, se frotó con fuerza el pecho con ambas manos…

En la explotación comenzaba a bullir el trabajo.

Yákov oyó la voz cadenciosa y grave de Malva que gritaba:

—¿Quién ha cogido mi cuchillo?

Las olas sonaban, el sol brillaba, el mar reía…

VEINTISÉIS Y UNA (POEMA)
(1899)

Éramos veintiséis; veintiséis máquinas vivientes, veintiséis hombres encerrados en un sótano húmedo en el que, de la mañana a la noche, amasábamos rosquillas y *krendeliá*[37]. Las ventanas del sótano se asomaban a una zanja, cubierta de ladrillos mohosos por la humedad, los marcos de las ventanas estaban tapados por fuera con una tupida malla metálica y la luz del sol no podía espiarnos a través de los cristales, empolvados de harina. El patrón había fortificado las ventanas con hierro para impedir que diésemos un pedazo de pan a los pobres o a aquellos compañeros nuestros que, habiéndose quedado sin trabajo, se morían de hambre; además, nos llamaba sinvergüenzas y nos daba de comer menudillos putrefactos en lugar de carne.

Era sofocante y angosta aquella caja de piedra de techo bajo, oprimente, lleno de hollín y de telarañas. Uno se sentía atrapado y asqueado entre los gruesos muros, salpicados aquí y allá de manchas de barro y de moho… Nos levantábamos cada mañana a las cinco, sin haber dormido lo suficiente, y, obtusos e indiferentes, a las seis estábamos sentados a la mesa para hacer *krendeliá* con la masa que habían dejado preparada nuestros compañeros mientras dormíamos. Un día y otro día, desde la mañana hasta las diez de la noche, unos estirábamos la masa elástica con las manos, moviéndonos de cuando en cuando para no quedarnos entumecidos, mientras otros trabajaban la harina con agua. Y, un día y otro día, el agua de la caldera en la que se cocían los *krendeliá* ronroneaba triste y pesarosa, y la pala del hornero se peleaba furiosa y diestra con el horno y arrojaba en sus ladrillos al rojo las escurridizas piezas de masa. En la parte trasera del horno ardía la leña de la mañana a la noche, y las rojas lenguas de fuego se reflejaban temblorosas en la pared del obrador y parecían hacernos burla en silencio. El enorme horno semejaba la cabeza deforme de un monstruo legendario que, asomándose desde el subsuelo, abriera su bocaza llameante y nos abrasara con su aliento observando nuestra tarea inacabable a través de las dos negras rendijas de ventilación que tenía en la frente. Esas cavidades eran como ojos, los ojos despiadados e impasibles del monstruo: nos contemplaban con una mirada inalterable y oscura, como si se hubiesen cansado de mirar a los esclavos y, sin esperar ya nada humano de ellos, los despreciasen con frío y experimentado desdén.

Un día y otro día, rodeados de barro y de polvo de harina, asfixiados por el

calor pegajoso y maloliente, estirábamos la masa y hacíamos *krendeliá*, empapándolos con nuestro sudor, y odiábamos nuestro trabajo con odio acendrado; jamás comíamos los productos que salían de nuestras manos y preferíamos el pan negro a los *krendeliá*. Sentados a la larga mesa, unos frente a otros —nueve en un lado y nueve en el otro—, movíamos mecánicamente las manos y los dedos durante horas y horas, y estábamos tan acostumbrados que ya ni siquiera atendíamos a nuestros movimientos. Y estábamos tan hartos de mirarnos los unos a los otros que todos conocíamos de memoria cada arruga de la cara de los demás. No teníamos nada de que hablar, y estábamos hechos a ello y guardábamos silencio todo el tiempo, salvo para meternos unos con otros, porque siempre hay algo malo que decir de un hombre, y más si es un compañero. Pero incluso eso sucedía muy rara vez. ¿De qué se puede acusar a un hombre que está medio muerto, que es como una estatua, alguien cuyos sentimientos han quedado aplastados por el peso de la fatiga? Pero el silencio sólo es terrible y doloroso para aquellos que se lo han dicho todo y ya no saben qué más se pueden decir; en cambio, para los que nunca han tenido nada que decir, el silencio es sencillo y llevadero… A veces cantábamos, y nuestro canto empezaba de este modo: durante la faena, alguien repentinamente soltaba un suspiro, como el relincho de un caballo exhausto, y daba comienzo así, en voz queda, a una de esas canciones susurradas cuya melodía conmueve y acaricia y procura alivio al alma atormentada del cantante. Uno de nosotros cantaba y, al principio, los demás escuchábamos en silencio su canto solitario, que sonaba ahogado y en sordina bajo el pesado techo del sótano, como una pequeña hoguera en medio de la estepa en una húmeda noche de otoño, cuando el cielo gris cubre la tierra como un techo plomizo. En cierto momento, otro se unía al cantante, y las dos voces se elevaban con dulzura y tristeza por encima del calor sofocante de nuestra estrecha trinchera. Y de pronto unas cuantas voces más se sumaban a la canción… Y la canción bullía como una ola, se volvía más fuerte, más sonora, como si abriese una brecha en los húmedos, espesos muros de nuestra cárcel de piedra.

Todos, los veintiséis, cantábamos por fin; las voces altas, acompasadas, llenaban el taller; a la canción le faltaba espacio; rebotaba en los muros, gemía y sollozaba, vigorizando los corazones con una suave punzada de dolor que reabría viejas heridas y atizaba la pena. Los cantantes respiraban profunda y trabajosamente; de pronto uno abandonaba el canto y, durante largo rato, se limitaba a escuchar a sus compañeros, para volver luego a unir su voz a la ola común. A otro se le escapaba un quejido apesadumbrado y cerraba los ojos al cantar, y acaso la amplia y poderosa ola sonora le hiciese pensar en un camino que conducía a un lugar muy lejano, un camino ancho, inundado de sol, por donde él mismo marchaba…

El fuego temblaba sin pausa en el horno, una y otra vez la pala del hornero se arrastraba por el ladrillo, el agua chisporroteaba en la caldera y el reflejo de las llamas se contoneaba en la pared, entre risas mudas… Y nosotros, al cantar, expresábamos con palabras ajenas nuestra sórdida tristeza, la pena abrumadora de los hombres privados de sol, la pena de los esclavos. Así es como vivíamos, los veintiséis, en el sótano de una gran casa de piedra, y nos costaba tanto esfuerzo vivir como si llevásemos sobre los hombros el peso de las tres plantas del edificio.

Pero, además de las canciones, había otra cosa buena, algo que todos amábamos y que, en cierto modo, hacía las veces del sol para nosotros. En la segunda planta de la casa había un taller de bordados de oro y allí, entre otras muchas artesanas, vivía una doncella de dieciséis años llamada Tania. Cada mañana, asomaba su carita sonrosada de alegres ojos azules al ventanuco de nuestra puerta y, con voz aguda y amigable, nos reclamaba:

—¡A ver esos *krendeliá*, mis prisioneros!

Todos nos volvíamos al oír aquella voz familiar, cristalina, para contemplar contentos y animados la cara virginal que nos sonreía deliciosamente. Nos encantaba ver la nariz aplastada contra el cristal del ventanuco y los dientes pequeños y blancos que destellaban entre los labios rosados, siempre sonrientes. Nos apresurábamos a abrirle la puerta, empujándonos unos a otros; ella entraba, animada y afable, tendiéndonos su delantal. Se quedaba parada ante nosotros, con la cabeza un poco inclinada hacia un lado, sin dejar de sonreír. Una gruesa trenza de cabello castaño le caía desde el hombro y reposaba sobre su pecho. Y nosotros, sucios, tiznados, encorvados, la mirábamos desde abajo —cuatro escalones separaban el umbral de la puerta del suelo del taller—, la mirábamos levantando la cabeza y le dábamos los buenos días, empleando determinadas palabras que no utilizábamos con nadie más que con ella. Al hablarle, nuestras voces se volvían más dulces, nuestras bromas más livianas. Todo era diferente con ella. El hornero sacaba una palada de los *krendeliá* más tostados y crujientes, volcándola con pericia en el delantal de Tania.

—¡Cuidado que no te vea el jefe! —le advertíamos siempre. Ella se reía con picardía y nos gritaba su alegre despedida:

—¡Adiós, mis prisioneros! —Y desaparecía rauda, como un ratoncillo.

Eso era todo. Pero mucho después de haberse ido seguíamos hablando de ella con deleite. Decíamos exactamente lo mismo que habíamos dicho la víspera y

la antevíspera, porque ella, al igual que nosotros y que todo lo que nos rodeaba, era también la misma del día anterior y de cualquier otro día. Es muy duro, muy difícil vivir viendo que nada cambia a nuestro alrededor y, a menos que uno tenga la suerte de que eso acabe con su alma para siempre, la inmutabilidad de las cosas se vuelve más dolorosa a medida que pasa el tiempo…

Nosotros siempre hablábamos de las mujeres en tal tono que, a veces, llegaba a asquearnos la rudeza y desvergüenza de nuestras propias palabras, y eso se explicaba porque las mujeres que habíamos conocido no merecían, quizá, palabras mejores que aquéllas. Pero de Tania nunca hablábamos mal. No sólo ninguno de nosotros se atrevió jamás a rozarla siquiera, sino que ella tampoco oyó nunca una grosería salir de nuestras bocas. Tal vez fuese porque nunca se quedaba mucho tiempo con nosotros: centelleaba ante nuestros ojos como una estrella fugaz, para desaparecer después. O, tal vez, porque era menuda y muy hermosa, y todo lo que es hermoso infunde respeto hasta en la gente más vulgar. Y además, aunque nuestra dura tarea nos hubiese convertido en bestias de carga, seguíamos siendo, a pesar de todo, seres humanos y, como todos los seres humanos, necesitábamos adorar algo para seguir viviendo, y a quién mejor que a ella si nadie más nos prestaba la menor atención a nosotros, los moradores del sótano. Nadie, aunque vivieran decenas de personas en la casa. Y, finalmente, y ésta es probablemente la razón principal, todos la considerábamos responsabilidad nuestra, algo que sólo existía gracias a nuestros *krendeliá*. Pensábamos que era nuestro deber tener *krendeliá* recién horneados para ella, y lo convertimos en nuestra ofrenda diaria al ídolo, en un rito casi sagrado que nos ataba a ella más y más cada día. Aparte de *krendeliá*, le dábamos a Tania muchos consejos: que se abrigase más, que no subiera corriendo las escaleras, que no cargase demasiada leña. Ella escuchaba nuestros consejos sonriendo, nos replicaba entre risas y nunca nos hacía caso, pero eso no nos molestaba. Lo único que necesitábamos era mostrarle que nos preocupábamos por ella.

A menudo nos venía con peticiones de lo más diverso. Nos pedía, por ejemplo, que le abriésemos la maciza puerta del sótano, que le cortásemos leña. Hacíamos cualquier cosa que nos pidiera con gozo, y hasta con una suerte de orgullo.

Pero, cuando uno de nosotros le pidió una vez que le remendara su única camisa, ella resopló con desprecio y le dijo:

—¡Sí, hombre! ¡No tengo yo otra cosa que hacer…!

Nos reímos con ganas del tipo aquel, y nunca más le pidió nadie nada. La amábamos; con eso está dicho todo. Un ser humano siempre quiere hacer a otro depositario de su amor, aun cuando con ello a veces pueda ahogarlo u ofenderlo; podemos arruinar la vida de un semejante con nuestro amor porque, al amar, no respetamos al amado. Nosotros no tuvimos más remedio que amar a Tania, porque no había nadie más a quien amar.

En ocasiones, alguno razonaba de pronto de este modo:

—¿Y a qué viene tanto alboroto con esa chica? ¿Qué tiene de especial, eh? Lo único que nos da son quebraderos de cabeza.

Los demás, a toda prisa y sin miramientos, le parábamos los pies al que se había atrevido a proferir semejantes palabras. Teníamos necesidad de amar algo. Y habíamos descubierto algo que amar y lo amábamos, y aquello que amábamos los veintiséis tenía que ser inaccesible para cada uno de nosotros, y cualquiera que se enfrentase a nosotros en esta cuestión era enemigo nuestro. Amábamos, tal vez, algo que no merecía ese amor, pero éramos veintiséis y, por tanto, queríamos que lo que amábamos fuese siempre sagrado a ojos de todos.

Ser amado no es menos doloroso que ser odiado. Y puede que sea por eso por lo que algunas personas arrogantes dicen que es más halagador ser odiado que ser amado. Pero, si eso es cierto, ¿por qué no se alejan de quienes los aman?

Además del obrador donde hacíamos los *krendeliá*, nuestro patrón era propietario también de una panadería: estaba en el mismo edificio, separada de nuestra zanja por un simple muro; los panaderos, que eran cuatro, guardaban las distancias, pues consideraban su trabajo más limpio que el nuestro y, en consecuencia, se creían mejores que nosotros; nunca venían a nuestro taller, y se reían de nosotros siempre que nos encontrábamos en el patio. Nosotros tampoco íbamos a su tienda: el patrón nos lo tenía prohibido por miedo a que le robásemos hogazas y bollos. No nos gustaban los panaderos, porque les teníamos envidia. Su trabajo era más llevadero que el nuestro, les pagaban mejor, les daban mejor de comer, su taller era espacioso y tranquilo, y ellos tenían un aspecto tan limpio y saludable que nos resultaba repulsivo. Y es que nosotros, en cambio, teníamos la tez amarillenta y grisácea, y había tres con sífilis, varios con sarna, y otro más estaba completamente baldado por culpa del reúma. Los días de fiesta, o cada vez que libraban, los panaderos se ponían sus buenas chaquetas y sus botas lustrosas e iban juntos al parque de la ciudad, donde dos de ellos tocaban el acordeón. Nosotros, por el contrario, vestíamos ropas harapientas y sucias y calzábamos

zapatos agujereados o *lapti*[38], y la policía no nos dejaba entrar en el parque: ¿cómo iban a gustarnos los panaderos?

Un día supimos que uno de ellos se había dado a la bebida y que el patrón lo había despedido y había contratado a un sustituto: un soldado que llevaba chaleco de raso y un reloj de bolsillo con cadena de oro. Nos picaba la curiosidad y, con la esperanza de echarle un ojo a semejante petimetre, nos relevábamos para salir continuamente al patio común.

Pero fue él mismo quien se presentó en nuestro taller. Empujó la puerta abierta con el pie y, dejándola entreabierta, apareció sonriente en el umbral y exclamó:

—¡Dios nos asista! ¡Salud, muchachos!

El aire frío entró en tromba por la puerta y se arremolinó en torno a su pie, formando una densa nube de vaho; él se quedó en el umbral, mirándonos desde lo alto. Tenía el bigote rubio y rizado y una brillante dentadura amarillenta. Efectivamente, llevaba un chaleco reluciente: azul, con flores bordadas y unas piedrecitas rojas como botones. Y también le colgaba una cadena…

Era atractivo el soldado, alto, fuerte, de tez vigorosa y ojos grandes y luminosos, que miraban con franqueza. Se cubría la cabeza con un gorro blanco y muy almidonado, y por debajo de su mandil impecable asomaban las puntas de unos botines elegantes y resplandecientes.

El hornero le pidió educadamente que cerrara la puerta, lo cual hizo sin prisa; luego, quiso saber qué pensábamos del patrón. Quitándonos la palabra unos a otros, le contamos que era un granuja, un canalla, un villano, un tirano: en fin, todo lo que podía y debía decirse de nuestro patrón, cosas que aquí no cabe reproducir. El soldado nos escuchaba atusándose las puntas del bigote y sin dejar de observarnos con una mirada suave y luminosa.

—¿Hay muchas chicas aquí? —preguntó de repente.

Algunos se echaron a reír avergonzados, otros pusieron caras raras; alguien le explicó al soldado que en total había nueve chicas.

—¿Y os aprovecháis? —preguntó, guiñando un ojo.

Otra vez nos dio la risa, una risa embarazosa y apenas audible. Queríamos

aparentar ante el soldado que éramos tan desenvueltos como él, pero ninguno sabía cómo. Uno confesó, en voz baja:

—Eso no es para nosotros…

—No, claro; para vosotros es difícil… —admitió el soldado, muy convencido, sin dejar de mirarnos fijamente—. No tenéis el porte adecuado… la figura… ¡No tenéis buena presencia, ésa es la palabra! Y a una mujer le gusta la buena presencia en un hombre. ¡Para ellas todo tiene que estar perfecto, todo! Y además les impresiona la fuerza física… ¡Hay que tener unas manos como éstas! —El soldado se sacó la mano derecha del bolsillo. Llevaba el puño de la camisa remangado hasta el codo. Nos mostró la mano: era blanca, fuerte, y estaba cubierta de vello rubio y satinado—. Las piernas, el pecho… todo ha de ser firme y robusto. Y luego está el estilo para vestir, hay que ir como mandan los cánones… A mí, sin ir más lejos, las mujeres me adoran. Yo no las busco, no intento atraerlas, vienen a mí ellas solitas.

Se sentó en un saco de harina y nos contó cómo se lo disputaban las mujeres y cómo las manejaba él a su antojo. Luego se marchó y, en cuanto se cerró la puerta tras él con un chirrido, nos quedamos callados largo rato, pensando en el soldado y en sus historias. Y entonces, de repente, empezamos a hablar todos a la vez, y en seguida se hizo evidente que a todos nos había caído en gracia. Qué tipo tan simpático y tan llano. Había venido, se había sentado y había estado charlando un rato con nosotros. Nadie lo había hecho antes, nadie nos había hablado así, tan amigablemente… Y nos pusimos a elogiarlo y a comentar sus futuros éxitos con las bordadoras, que, cuando se encontraban con nosotros en el patio, o bien fruncían los labios de modo ofensivo, o bien pasaban de largo como si no nos hubieran visto siquiera. Y nosotros las admirábamos de lejos, al verlas en el patio o cuando cruzaban por delante de nuestras ventanas: en invierno, con sus peculiares gorros y sus abrigos de piel; en verano, con sombreritos floreados y sombrillas de colores en las manos. Aunque luego, entre nosotros, hablábamos de esas chicas de tal modo que, si nos hubieran oído, se habrían muerto de vergüenza y ultraje.

—¡En fin, esperemos que no eche a perder también a Tániushka! —exclamó de pronto, inquieto, el hornero.

Nos quedamos todos mudos de asombro, estupefactos ante sus palabras. En cierto modo, nos habíamos olvidado de Tania; era como si la figura sólida y apuesta del soldado no nos la dejase ver. Entonces se desató una ruidosa discusión. Unos decían que Tania no se rebajaría a algo semejante, otros argumentaban que

no podría resistirse al soldado, había incluso quienes afirmaban que le darían una paliza al soldado si se atrevía a molestar a Tania; finalmente, decidimos de común acuerdo vigilarlos a ambos, así como poner a la chica en guardia contra él… Esto zanjó la disputa.

Pasó casi un mes. El soldado preparaba panecillos, se dejaba ver por ahí con las bordadoras, venía bastante a menudo a nuestro taller, pero nunca nos daba detalles de sus conquistas; se limitaba a atusarse los bigotes y a relamerse con deleite.

Tania venía cada mañana para que le diésemos *krendeliá*, tan alegre, afable y cariñosa como de costumbre. Intentamos entablar una conversación con ella acerca del soldado, pero dijo que tenía «ojos de carnero degollado» y otras lindezas por el estilo, y eso nos tranquilizó. Nos sentíamos orgullosos de nuestra pequeña, al ver cómo las demás bordadoras galanteaban con el soldado. La displicencia de Tania en cierto modo nos subió el ánimo a todos y, siguiendo su ejemplo, comenzamos a mirar al soldado con desdén. Y a Tania la queríamos más todavía y la saludábamos por la mañana aún más contentos y animados.

Pero un día el soldado apareció un poco borracho, se sentó en un banco y se echó a reír y, cuando le preguntamos de qué se reía, nos explicó:

—Hay dos que se han pegado por mí… Lidka y Grushka… ¡Cómo se han puesto la cara! ¡Ja, ja! Una agarró del pelo a la otra, la tiró al suelo del zaguán y se le sentó encima… ¡Ja, ja, ja! Y venga a arañarse la cara… ¡Es de risa! ¿Por qué no sabrán las mujeres pelear limpiamente? ¿Por qué tendrán que arañarse, eh?

Allí estaba sentado, corpulento, pulcro, jovial, sin parar de hablar y de reírse. Nosotros no decíamos nada. Por la razón que fuese, en aquella ocasión nos pareció repulsivo.

—Pues sí, qué éxito tengo con las mujeres, ¿eh? ¡Tiene gracia! ¡Guiño un ojo y las tengo a mis pies! ¡Qué diablos!

Levantaba las manos —blancas, cubiertas de vello sedoso— y se daba palmadas en las rodillas con gran estrépito. Y nos miraba tan gratamente sorprendido como si en verdad fuese incapaz de entender por qué tenía tanta suerte en el amor. Su cara robusta y sanguínea irradiaba felicidad y jactancia, y no dejaba de relamerse golosamente los labios.

De pronto el hornero, metiendo con fuerza y con rabia la pala en la boca del

horno, dijo en tono de burla:

—No hay que ser muy fuerte para derribar un abeto, pero que alguien intente echar abajo un pino…

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó el soldado.

—A ti, sí, sí…

—¿Y a qué viene eso?

—No hagas caso… ¡Ya es demasiado tarde!

—¡No, no, espera! ¿A qué te refieres? ¿De qué pino me hablas?

El hornero no respondió y siguió manejando la pala con destreza. Echaba en el horno los *krendeliá* recién salidos de la caldera, sacaba los que ya estaban listos y los arrojaba ruidosamente al suelo, para que los aprendices los ensartaran en un cordel. Parecía como si se hubiera olvidado del soldado y de su conversación con él. Pero entonces el soldado se puso muy nervioso. Se levantó del asiento, se fue derecho al horno y, arriesgándose a golpearse el pecho con el mango de la pala, que se balanceaba frenéticamente en el aire, insistió:

—En serio, dímelo: ¿a quién te referías? Me ofendes… ¿De mí? ¡De mí no se libra ni una, jamás! Y eso que me has dicho es muy ofensivo…

Y, en verdad, parecía sinceramente ofendido. Era evidente que no tenía nada de lo que sentirse orgulloso, salvo aquella habilidad suya para seducir a las mujeres; era como si, aparte de esa destreza, no hubiera vida en él, como si sólo eso le hiciera sentirse vivo.

Hay personas para las cuales lo mejor y más querido que tienen es algún tipo de enfermedad del cuerpo o del alma. La cultivan a lo largo de toda su vida y viven sólo para ella; la padecen, pero se alimentan de ella, se están quejando siempre de esa dolencia ante los demás y de ese modo atraen su atención. Así se ganan la compasión de la gente, pero aparte de eso no tienen nada. Si los librásemos de su enfermedad, si los curásemos, haríamos de ellos unos desdichados, al privarlos de lo único que daba sentido a su vida: se quedarían vacíos. A veces la vida de un hombre es tan mísera que se ve forzado a apreciar su mayor defecto y a vivir para él. Puede decirse que a menudo la gente se vuelve depravada por puro aburrimiento.

El soldado, sintiéndose insultado, acorraló a nuestro hornero y rugió:

—¡Dímelo de una vez! ¿De quién hablabas?

—¿Quieres saberlo? —De repente el hornero se volvió hacia él.

—Claro.

—¿Conoces a Tania?

—Sí, ¿y qué?

—Pues inténtalo con ella…

— ¿Yo?

— ¡Sí, tú!

—¿Con ella? ¡Bah, qué fácil!

—¡Ya veremos!

—¡Ya lo verás! ¡Ja, ja!

—Seguro que ella te…

—¡Dame un mes de plazo!

—¡Mira que eres presuntuoso, soldado!

—¡Dos semanas y verás! Total, ¿quién es esa Tania? ¡Bah!

—¡Vete por ahí! Largo de aquí… ¡fanfarrón!

—Dos semanas, ¡y listo!

—Que te vayas, te digo.

De pronto, el hornero enrojeció de ira y amenazó al soldado con la pala. El soldado se echó atrás, sorprendido, se quedó callado un instante y a continuación dijo, en voz baja y ominosa:

—Muy bien, que así sea. —Y se marchó.

Todos habíamos guardado silencio durante la disputa, a la espera del resultado. Pero, en cuanto el soldado salió, se armó una barahúnda muy animada y ruidosa.

Alguien le gritó al hornero:

—¡Buena la has hecho, Pável!

—¡A trabajar! —replicó, furioso.

Sabíamos que aquello había herido al soldado en lo más íntimo y que el peligro se cernía sobre Tania. Lo sabíamos y, al mismo tiempo, nos poseía una ardiente y gozosa curiosidad: ¿qué iba a pasar? ¿Se resistiría al soldado? Y prácticamente todos exclamábamos confiados:

—¿Tania? ¡Se resistirá! ¡Ella no se rinde así como así!

Estábamos ansiosos de poner a prueba la fortaleza de nuestro ídolo; nos recordábamos unos a otros que nuestro ídolo era tenaz, que Tania saldría victoriosa de este combate. De este modo, finalmente, nos dio por pensar que no habíamos provocado al soldado lo suficiente, que igual se olvidaba de la querella y que, por tanto, debíamos herirlo aún más profundamente en su amor propio. A partir de aquel día, empezamos a vivir de un modo particularmente intenso y agitado: como jamás habíamos vivido antes. Nos pasábamos el día entero discutiendo, como si nos hubiésemos vuelto más listos. Hablábamos más y mejor. Nos parecía estar jugando una partida con el diablo, apostando todo por Tania. Y cuando supimos por los panaderos que el soldado había empezado a «requebrar a nuestra Tania», aquello hizo que nos sintiéramos tan condenadamente bien y absorbió de tal modo nuestra curiosidad que no nos dimos ni cuenta de que el patrón, sacando provecho de nuestra excitación, había incrementado nuestro volumen de trabajo en catorce *pudy* de masa al día. Ni siquiera nos cansábamos de trabajar. El nombre de Tania no se nos caía de la boca en todo el día. Y cada mañana la aguardábamos con especial impaciencia. A veces imaginábamos que aparecería y que ya no sería la Tania de siempre, sino otra distinta.

No obstante, a ella no le contamos nada sobre la disputa. No le hacíamos preguntas y la tratábamos tan amablemente como siempre. Pero algo nuevo y ajeno a nuestros antiguos sentimientos por Tania se había colado a hurtadillas en nuestra relación con ella: una curiosidad voraz, aguda y fría como un cuchillo de

acero.

—¡Muchachos! ¡Hoy se cumple el plazo! —dijo el hornero una mañana, al iniciarse la jornada.

Lo sabíamos bien sin que él nos lo recordase, pero aun así todos dimos un respingo.

—¡Tened los ojos muy abiertos!… ¡Pronto aparecerá! —nos sugirió.

Alguien exclamó pesaroso:

—¡No sé qué esperas que veamos!

Y de nuevo se montó una ruidosa algarabía. Aquel día íbamos a descubrir por fin hasta qué punto era pura e inaccesible a la corrupción la urna en la que habíamos depositado todo lo mejor que teníamos. Aquella mañana intuíamos, por primera vez, que aquél era un juego verdaderamente peligroso, que la prueba a la que habíamos sometido a nuestro ídolo podía destruir la adoración que sentíamos. A lo largo de todos aquellos días nos habían contado que el soldado rondaba a Tania con obstinación, pero, por uno u otro motivo, ninguno de nosotros había preguntado cuál había sido la reacción de la chica. Y Tania había seguido viniendo cada mañana, como de costumbre, a pedirnos *krendeliá*, y era la misma de siempre. También aquel día, en seguida, escuchamos su voz:

—¡Mis prisioneros! Vengo a…

Nos apresuramos a dejarla entrar pero, en contra de lo habitual, la recibimos en silencio. La mirábamos fijamente, sin saber qué decirle, qué preguntarle; delante de ella, formábamos un grupo sombrío y mudo. Ella estaba manifiestamente sorprendida por nuestra insólita recepción, y de pronto la vimos ponerse pálida, agitarse con nerviosismo, y nos preguntó con voz entrecortada:

—¿Qué… qué os pasa?

—¿Y a ti? —replicó secamente el hornero, sin quitarle ojo.

—¿A mí? ¿Qué pasa conmigo?

—No, nada…

—Bueno, venga, dadme *krendeliá*… —Nunca nos había metido prisa…

—¡Tranquila! —respondió el hornero, sin dejar de mirarla a la cara.

Y entonces ella se dio la vuelta sin más y desapareció por donde había venido.

El hornero cogió la pala y, volviéndose hacia el horno, dijo sin alterarse:

—Se acabó, ya está… ¡Ese soldado! Sinvergüenza… Bribón…

Como un rebaño de ovejas, tropezando unos con otros, volvimos a la mesa, nos sentamos en silencio y nos pusimos a trabajar sin ganas. No tardó en alzarse una voz:

—A lo mejor todavía no…

—¡Eso! ¡Seguid dándole vueltas! —se lamentó el hornero.

Todos sabíamos que era un hombre inteligente, más que cualquiera de nosotros, y comprendimos por sus palabras que estaba firmemente convencido de la victoria del soldado. Nos quedamos tristes y preocupados…

A las doce en punto, durante la pausa para el almuerzo, apareció el soldado. Venía, como siempre, atildado y elegante y, como siempre, nos miró directamente a los ojos. A nosotros nos resultaba incómodo mirarle.

—Bien, distinguidos caballeros, si lo desean, les mostraré la audacia de un soldado —dijo, sonriendo satisfecho—. Salid al zaguán y mirad por las rendijas… ¿Entendido?

Salimos y, apelotonados unos contra otros, nos pegamos a la pared de madera del zaguán que daba al patio y miramos por las rendijas. No tuvimos que esperar mucho tiempo… En seguida vimos acercarse a Tania caminando a buen paso, saltando por encima de los charcos de barro y nieve fundida. Parecía inquieta. Desapareció por la puerta del sótano. Entonces apareció el soldado y fue hacia allí sin prisa, silbando. Llevaba las manos en los bolsillos y se le movía el bigote.

Estaba lloviendo, y las gotas de lluvia caían sobre los charcos y formaban ondas en ellos. Era un día húmedo y gris, un día verdaderamente desapacible. Aún

había nieve en los tejados, y el suelo aparecía cubierto, aquí y allá, de oscuras manchas de barro. Y también la nieve de los tejados estaba cubierta de una capa marrón y sucia. La lluvia goteaba lentamente, con un sonido lastimero. Nos sentíamos enfermos y helados.

El soldado fue el primero en salir de la bodega; cruzó el patio sin prisa, atusándose el bigote, con una mano en el bolsillo: el mismo de siempre.

Después, salió Tania. Sus ojos… Sus ojos irradiaban alegría y felicidad, sus labios sonreían. Iba caminando como en sueños, trastabillando, dando pasos titubeantes.

No pudimos soportarlo. Nos precipitamos todos sobre la puerta, salimos en tromba al patio y empezamos a silbarle y a proferir insultos furiosos y brutales.

Al vernos, se echó a temblar y se detuvo de golpe, como si se hubiera quedado petrificada en el barro. La rodeamos y seguimos injuriándola, malignos, con las palabras más obscenas. Le dijimos cosas terribles.

No le hablábamos a gritos, sino con calma, en vista de que no tenía escapatoria, de que la habíamos acorralado y podíamos mofarnos de ella todo lo que quisiéramos. No sé por qué, pero nadie le pegó. Ella estaba parada en medio del grupo, volviendo la cabeza a un lado y a otro, escuchando nuestros insultos. Y nosotros seguíamos arrojándole más fango y más veneno.

Estaba pálida, descolorida. Los ojos azules, radiantes de felicidad un momento antes, los tenía abiertos de par en par, el pecho le subía y le bajaba agitado por la respiración, le temblaban los labios.

Y nosotros, rodeándola, nos vengábamos de ella, porque ella nos había atracado. Había sido nuestra, le habíamos entregado lo mejor que teníamos, aunque sólo fueran mendrugos de mendigo, pero éramos veintiséis y ella era una sola, y por tanto no había castigo suficiente para su crimen. ¡Cómo nos excedimos con ella! Y ella callaba, mirándonos con los ojos desorbitados y temblando de pies a cabeza.

Nos reíamos, rugíamos, aullábamos. Vinieron más a unirse a nosotros. Alguien le pegó un empujón…

Y de pronto le centellearon los ojos; con calma, se llevó las manos a la cabeza, se arregló un poco el pelo y dijo en voz alta pero tranquila, mirándonos

directamente a los ojos:

—¡Miserables prisioneros!

Y vino directa hacia nosotros, caminando, igual que las otras, como si no nos viese, como si no le obstaculizásemos el paso. Así que no pudimos impedir que pasara y, tras romper nuestro cerco, sin volverse, exclamó con desprecio indescriptible:

—¡Sabandijas…! ¡Chusma…!

Y se marchó.

Nos quedamos de pie en el centro del patio, en medio del barro, bajo la lluvia y el cielo gris, encapotado…

Después, volvimos todos en silencio a nuestra húmeda cárcel de piedra. E igual que antes, el sol nunca logró colarse por nuestras ventanas. Y Tania jamás regresó.

VASKA EL ROJO
(1900)

Hace no mucho tiempo, en una de las casas públicas de una ciudad a orillas del Volga prestaba sus servicios un hombre de unos cuarenta años, llamado Vaska y apodado «el Rojo». Debía su apodo a sus cabellos intensamente pelirrojos y a su cara rechoncha del color de la carne cruda.

De labios gruesos, con unas grandes orejas despegadas del cráneo que recordaban a las asas de una jofaina, impresionaba por la expresión cruel de sus ojillos descoloridos. Hundidos en medio de la grasa, brillaban como bloques de hielo y, en abierta contradicción con la figura carnosa y bien alimentada de aquel hombre, su mirada siempre daba la sensación de que estuviera muerto de hambre. Bajo y achaparrado, solía llevar una casaca corta de color azul, unos pantalones anchos de paño, de corte oriental, y unas botas lustrosas con un pequeño adorno. Tenía el cabello rizado y, cuando se ponía su elegante gorro, los rizos pelirrojos le asomaban por debajo, cubriéndole el cintillo. Parecía entonces que Vaska llevara puesta una corona roja.

Sus camaradas le llamaban «el Rojo», pero las chicas solían llamarle «el Verdugo», porque disfrutaba martirizándolas.

En aquella ciudad había varias instituciones de enseñanza superior y, por tanto, numerosos jóvenes. Por ese motivo, las casas de tolerancia ocupaban un barrio entero: una larga calle principal y toda una serie de callejones laterales. Vaska era conocido en todas las casas del barrio, su nombre causaba terror entre las chicas y, cuando se peleaban entre ellas, por la razón que fuera, o tenían algún problema con la madama, ésta solía amenazarlas:

—¡Mucho cuidado! ¡Como me saquéis de mis casillas, voy a tener que llamar a Vaska el Rojo!

A veces la mera advertencia bastaba para que las chicas se calmaran y renunciaran a sus exigencias. Unas exigencias que a menudo eran perfectamente legítimas y justas, como, por ejemplo, que les dieran de comer mejor o que se les permitiera salir de la casa para ir de paseo. Y, si la amenaza no era suficiente para aplacarlas, la madama recurría a Vaska.

Solía acudir despacio, con la pachorra propia de un hombre que nunca tenía prisa, y se encerraba con la patrona en su cuarto, donde ella le indicaba cuál de las pupilas se había hecho merecedora del castigo.

Tras escuchar en silencio su queja, respondía escuetamente:

—Muy bien…

Y se iba a ver a las chicas. En su presencia, palidecían y temblaban como hojas; él era consciente y disfrutaba infundiendo terror. Si la escena se desarrollaba en la cocina, donde ellas comían y tomaban té, se quedaba un buen rato en el umbral, mirándolas tranquilamente, callado e inmóvil, como una estatua, y aquellos instantes de impasibilidad eran tan atroces para las chicas como las propias torturas a las que las sometía.

Después de observarlas, decía con voz indiferente y aflautada:

—¡Mashka! Ven acá…

—¡Vasili Mirónich! —imploraba la joven—. ¡No me toques! No me toques… Como me toques… me cuelgo…

—¡Ven, estúpida! Ya te doy yo la cuerda… —decía fríamente Vaska, con toda seriedad.

Siempre pretendía que las culpables se presentaran ante él por su propia iniciativa.

—Voy a gritar hasta que vengan los guardias… ¡Pienso romper los cristales! —La chica, jadeando de terror, enumeraba todo lo que se proponía hacer.

—Tú rompe un cristal… ¡y te lo tragas! —decía Vaska.

Y hasta la más testaruda de las chicas solía rendirse y se ponía en manos del Verdugo; pero, si se negaba, era el propio Vaska quien se acercaba hasta ella, la agarraba del pelo y la arrojaba al suelo. Las propias amigas de la víctima —que a menudo compartían sus opiniones— eran las encargadas de atarla de pies y manos y de amordazarla, y allí mismo, en el suelo de la cocina y ante sus ojos, era azotada la culpable. Si era una joven despierta, capaz de plantear una queja, la azotaba con una correa gruesa, para no hacerle cortes en la piel, y además le colocaba encima un paño mojado, evitando así que le saliesen moratones. También empleaba unos

saquitos largos y estrechos rellenos de arena y grava; los golpes en las nalgas con esos sacos causan un dolor sordo y muy duradero…

En todo caso, la crueldad del castigo no dependía tanto del carácter de la acusada como del grado de su culpabilidad y de las simpatías de Vaska, y a veces azotaba a las chicas más lanzadas sin ningún miramiento, prescindiendo de toda precaución. Siempre llevaba en el bolsillo de los pantalones un zurriago de tres colas con un mango corto de roble, pulido por el frecuente uso. En la correa de este zurriago había engastado hábilmente unos alambres, formando una especie de borlas en el extremo de las colas. Un solo golpe bastaba para hacer en la piel un profundo corte que llegaba hasta el hueso. Y muchas veces, para que doliese más, aplicaba en la espalda lacerada sinapismos o trapos empapados en agua muy salada.

Cuando castigaba a las chicas, Vaska jamás perdía los estribos, siempre se mostraba igual de taciturno y distante, y sus ojos nunca alteraban su expresión de hambre insaciable, si bien en ocasiones los entornaba, con lo que parecían más perspicaces…

Aquél no era su único método punitivo. Todo lo contrario: Vaska tenía una imaginación inagotable, y su refinamiento a la hora de torturar a las chicas alcanzaba grandes cimas creativas.

Por poner un ejemplo: en uno de aquellos establecimientos, la pupila Vera Kópteva fue acusada por un cliente de haberle robado cinco mil rublos. El cliente, un comerciante siberiano, informó a la policía de que había estado en la habitación de Vera, con ella y con su amiga Sara Scherman. Ésta se había marchado al cabo de una hora; él se había quedado con Vera toda la noche, y había abandonado el cuarto en estado de embriaguez.

El caso siguió su curso legal; las investigaciones se eternizaban: se decretó la prisión preventiva para ambas sospechosas, más tarde fueron juzgadas y absueltas por falta de pruebas.

Cuando, después del juicio, volvieron con su patrona, las amigas fueron sometidas a una nueva investigación; la madama estaba convencida de que el robo había sido cosa de ellas, y aspiraba a obtener una parte del botín.

Sara consiguió demostrar que ella no había participado en el robo; entonces la madama se ocupó de Vera Kópteva. La encerró en el baño y la sometió a una

dieta de caviar salado, pero, a pesar de ésta y de otras medidas, no había manera de que confesara dónde había escondido el dinero. No hubo más remedio que recurrir a la ayuda de Vaska.

Le prometieron cien rublos si averiguaba dónde estaba el dinero.

Así, una noche, en el baño donde estaba Vera, mortificada por la sed, las tinieblas y el terror, se apareció el diablo.

Vestía una prenda de lana negra y espesa, que desprendía un tufo a fósforo y un humo azulado y luminiscente. El lugar de los ojos lo ocupaban dos chispas refulgentes. Se plantó delante de la chica y le preguntó con una voz sobrecogedora:

—¿Dónde está el dinero?

Ella, aterrorizada, se volvió loca.

Era invierno. A la mañana siguiente, descalza, con una camisa por todo vestido, la llevaron a rastras por la profunda nieve desde el baño hasta la casa. Se reía en silencio y decía alegremente:

—Mañana mismo voy a misa con mamá… Voy a misa… Voy a misa con mamá…

Cuando Sara Scherman la vio en ese estado, se quedó desconcertada, y confesó tranquilamente, delante de todo el mundo:

—Pero si ese dinero lo robé yo…

No es fácil decir qué era más intenso: si el miedo o el odio de las chicas a Vaska.

Todas coqueteaban con él y le adulaban; todas perseguían con afán el honor de ser su querida, y al mismo tiempo trataban de instigar a sus amigos «de toda confianza», a los clientes y a los «matones» conocidos para que le dieran una buena paliza. Pero Vaska tenía una fuerza colosal, y además nunca se emborrachaba, con lo cual era difícil ajustarle las cuentas. Más de una vez le pusieron arsénico en la comida, en el té o en la cerveza; en una ocasión fue bastante efectivo, pero al final salió adelante. Se las arreglaba para estar al corriente de todo lo que se tramaba en su contra; pero en ningún momento dio la impresión de que su conciencia del riesgo que corría, viviendo como vivía rodeado de incontables enemigos, afectase

lo más mínimo a su impasible crueldad con las chicas. Solía decir con su indiferencia habitual:

—De sobra sé que me arrancaríais la piel a tiras si tuvieseis la ocasión… Bah, de nada sirve que os pongáis así; a mí no me va a pasar nada.

Y, frunciendo los labios, les soplaba en la cara. Era su manera de reírse de ellas.

Frecuentaba la compañía de policías, de otros matones como él y de algunos detectives, tan asiduos siempre de los burdeles. Pero no tenía amigos entre ellos, no había un solo conocido al que desease ver más a menudo que a los demás, a todos los trataba con idéntica indiferencia.

Con ellos bebía cerveza y comentaba los escándalos que se producían todas las noches en el distrito. Él jamás salía de casa si no le llamaban para un «asunto», es decir, para dar una paliza o —como decían por allí— «meter miedo» a alguna de las chicas.

La casa en la que estaba empleado era un establecimiento de medio pelo. A los clientes les cobraban tres rublos por el acceso; cinco por una noche completa. La propietaria, Fiokla Yermoláievna, una mujer de unos cincuenta años, muy gruesa y corpulenta, era estúpida y malvada; temía a Vaska, lo tenía en alta estima y le pagaba quince rublos mensuales, aparte de la manutención y el alojamiento: disponía de un pequeño cuarto, que parecía una tumba, en la buhardilla. En aquella casa, gracias a Vaska, reinaba entre las pupilas un orden ejemplar; eran once, todas sumisas como ovejas.

Cuando estaba de buen humor y le daba por charlar con algún parroquiano, a Fiokla Yermoláievna le gustaba presumir de sus chicas de la misma manera que un ganadero presume de sus cerdos o sus vacas.

—Tengo un género de primera —solía decir, sonriendo con orgullo y satisfacción—. Las niñas son todas lozanas y robustas; la más vieja tiene veintiséis años. Hay que admitir que no tiene una conversación muy interesante, pero, a cambio, ¡menudo cuerpo! Vea, vea, *bátiushka*[39], ¡más que una chica, es un milagro! ¡Ksiushka! Ven acá…

Y Ksiushka se acercaba, contoneándose como un pato. El cliente la «examinaba» más o menos atentamente y siempre se mostraba satisfecho con su cuerpo.

Era una muchacha de mediana estatura, gruesa y sólida, como esculpida a martillazos. Tenía el busto amplio y firme, la cara redonda, la boca pequeña, con labios gruesos, de un rojo intenso. Los ojos, mudos, inexpresivos, recordaban a esos abalorios que les ponen en la cara a las muñecas, y la nariz chata y los ricillos sobre las cejas, que acentuaban su parecido a una muñeca, les quitaban a los clientes, incluso a los menos exigentes, cualquier deseo de entablar conversación con ella. Por lo general, se limitaban a decirle:

—¡Vamos!

Y ella acompañaba al cliente de turno con sus andares torpes y tambaleantes, sonriendo estúpidamente y moviendo los ojos de un lado a otro, como le había enseñado la madama. Ella lo llamaba «encandilar al cliente». Sus ojos se habían acostumbrado hasta tal punto a esos movimientos que empezaba a «encandilar al cliente» desde el momento mismo en que, vestida con presunción, se presentaba en el salón, aún vacío a esas horas de la tarde, y no dejaban de moverse de un lado a otro, tanto si estaba sola como si la acompañaban las otras chicas o algún cliente.

Tenía otra rareza: se enrollaba alrededor del cuello su larga trenza, del color de la corteza tierna del tilo, y dejaba que el extremo le cayera sobre el pecho, sosteniéndolo todo el rato en la mano izquierda, como si llevara un dogal al cuello…

Sabía decir de sí misma que se llamaba Aksinia Kalúguina, que había nacido en la provincia de Riazán, que siendo moza había «pecado» una vez con un tal Fedka, había tenido un bebé y se había marchado a la ciudad, a servir como ama de cría en la familia de un «recaudador», y que más tarde, cuando su bebé falleció, la habían despedido, y finalmente la habían «contratado» en aquel establecimiento… Total, que llevaba ya cuatro años viviendo allí…

—¿Y te gusta? —le preguntaban.

—No está mal. Tengo comida, vestido, calzado… Sólo que no hay tranquilidad… Y luego está Vaska… No para de zurrarte, el demonio…

—Pero ¿te lo pasas bien?

—¿Dónde? —preguntaba, mientras «encandilaba al cliente».

—Aquí, naturalmente… No me digas que no te diviertes…

—¡No está mal! —contestaba y, volviendo la cabeza, observaba el salón, como queriendo comprobar qué podía haber allí de divertido.

A su alrededor no había más que gente borracha y alboroto, y todo en aquel sitio, desde la madama y las compañeras hasta las grietas en el techo, era sobradamente conocido.

Hablaba con una voz espesa y profunda, y sólo se reía cuando le hacían cosquillas. Tenía una risa sonora, como la de un campesino vigoroso, y se desternillaba de la risa. Siendo como era la más estúpida y la más saludable de todas las chicas, era menos desdichada que el resto, pues en ella el elemento animal despuntaba más que en ninguna.

Como es natural, el establecimiento donde Vaska infundía más terror y más odio entre las chicas era precisamente aquél en el que ejercía sus funciones de «matón». Cuando se emborrachaban, las chicas no ocultaban esos sentimientos y se quejaban abiertamente de Vaska ante sus clientes; pero, como los clientes no acudían a esa casa precisamente para defender a las pupilas, sus protestas no tenían mayores consecuencias. Y cuando su malestar se manifestaba en forma de gritos histéricos y de sollozos, y llegaba a oídos de Vaska, su fogosa cabeza aparecía en la puerta del salón y decía impertérrito, con voz neutra:

—¡Eh, tú! Nada de bobadas…

—¡Verdugo! ¡Monstruo! —gritaba la joven—. ¿Cómo te atreves a desfigurarme? Vea, señor, cómo me ha dejado la espalda… —Y la chica hacía un intento de quitarse el corpiño…

Entonces Vaska se acercaba hasta ella, la cogía del brazo y, sin que se le alterara la voz —algo que resultaba particularmente aterrador—, la exhortaba:

—No armes escándalo… Tranquilízate. ¿A qué vienen esos berridos? Estás borracha… ¡Mucho ojo!

Con eso, por lo general, era suficiente; muy pocas veces se veía obligado Vaska a llevarse a la chica del salón.

Jamás había escuchado ninguna de las chicas ni una sola palabra amable de Vaska, aunque muchas de ellas habían sido queridas suyas en algún momento. No se complicaba la vida a la hora de elegir; si alguna le gustaba, por la razón que fuera, le decía:

—Esta noche la paso contigo…

Después de lo cual, solía frecuentarla por una temporada, y un buen día dejaba de visitarla sin darle explicaciones.

—¡Qué diablo! —decían de él—. Ni que fuera de piedra…

Había estado liado, sucesivamente, con casi todas las chicas del establecimiento, incluida Aksinia. Y fue precisamente en la época en que estaban juntos cuando en cierta ocasión le propinó una paliza tremenda.

A ella, que era perezosa y gozaba de buena salud, le gustaba mucho dormir, y a menudo se quedaba dormida en el salón, a pesar del barullo reinante. Sentada en un rincón, se olvidaba de pronto de «encandilar a los clientes» con sus estúpidos ojos: los dejaba fijos en un objeto cualquiera, después los párpados empezaban a caérsele poco a poco, hasta que acababan por ocultar los ojos; a todo esto, el labio inferior le colgaba, dejando al descubierto sus enormes dientes blancos. Se oían entonces unos gratos ronquidos que hacían reír a pupilas y clientes, pero las risas no despertaban a Aksinia.

Le ocurría con frecuencia. La madama la regañaba severamente y le daba unos cachetes, pero los golpes no espantaban el sueño: Aksinia se desahogaba llorando y volvía a quedarse dormida.

Hasta que Vaska tomó cartas en el asunto.

Un día, cuando la muchacha se quedó dormida en un diván, al lado de un cliente borracho, que también estaba traspuesto, Vaska se acercó, la cogió de la mano sin decir nada y se la llevó de allí.

—¿Me vas a pegar? —preguntó Aksinia.

—Qué remedio… —dijo Vaska.

Al llegar a la cocina, le ordenó que se desvistiera.

—No me hagas mucho daño —le suplicó Aksinia.

—Bueno, bueno…

Se dejó sólo la camisa puesta.

—¡Quítatela! —ordenó Vaska.

—¡Serás desvergonzado! —dijo la chica con un suspiro, y se quitó la camisa.

Vaska le sacudió en los hombros con una correa.

—¡Sal al patio!

—¡Qué dices! Estamos en invierno… Me voy a morir de frío…

—¡Seguro! Como si te enterases tú de algo…

La llevó a empujones hasta la puerta de la cocina y, sin dejar de arrearla con la correa, la sacó por el zaguán y, una vez en el patio, le mandó que se tumbara en un montón de nieve.

—Vasia… ¿Cómo puedes…?

—¡Vamos, vamos!

Y, aplastándole la cara contra la nieve, la obligó a hundir en ella la cabeza para que nadie pudiera oír sus gritos. Estuvo mucho tiempo azotándola con la correa, repitiendo:

—No vuelvas a dormirte, no vuelvas a dormirte…

Cuando por fin la soltó, la muchacha, temblando de frío y dolor, le dijo entre lágrimas y sollozos:

—¡Espera, Vaska! Ya te llegará el momento… ¡Tú también llorarás! ¡Como que hay un Dios, Vaska!

—¡Tú sigue hablando! —replicó tranquilamente—. Pero ¡vuelve a dormirte en el salón! Te saco aquí al patio, te doy una paliza y después te echo agua encima…

La vida tiene su propia sabiduría: se llama «casualidad». A veces nos recompensa, pero más a menudo se cobra su venganza. Y, al igual que el sol proporciona una sombra a cada objeto, la sabiduría de la vida prepara el castigo adecuado para cada una de nuestras acciones. Es algo tan cierto como ineludible, y todos deberíamos saberlo y tenerlo presente…

También a Vaska le llegó el día del castigo.

Una tarde, mientras las chicas cenaban medio desnudas antes de dirigirse al salón, una de ellas, Lida Chernogórova, una muchacha despierta y maliciosa de pelo castaño, anunció, mirando por la ventana:

—Ha llegado Vaska.

Se oyeron algunas maldiciones angustiadas.

—¡Fijaos! —exclamó Lida—. ¡Está borracho! Le acompaña un policía… ¡Fijaos, fijaos! —Todas se precipitaron a la ventana—. Tienen que sacarlo… ¡Chicas! —Lidia seguía gritando entusiasmada—. ¡Seguro que ha sufrido un accidente!

La cocina se llenó del runrún de las imprecaciones y las risas maliciosas: la risa gozosa de quienes se sabían vengadas. Las chicas, empujándose unas a otras, fueron corriendo al zaguán para asistir a la llegada del enemigo caído.

Allí pudieron ver cómo entre el policía y el cochero llevaban a Vaska sujeto por los brazos; tenía la cara gris, gruesas gotas de sudor le bañaban la frente y arrastraba de mala manera la pierna izquierda.

—¡Vasili Mirónich! ¿Qué le ha pasado? —exclamó la patrona.

Vaska cabeceaba impotente, y respondió con un hilo de voz:

—Me he caído…

—Se ha caído de lo alto de un tranvía de sangre[40]… —le explicó el policía—. Y, claro, una rueda le ha pasado por encima de la pierna y… ¡zas!

Las chicas no dijeron nada, pero sus ojos refulgían como ascuas.

Subieron a Vaska a su cuarto, lo tumbaron en la cama y fueron a avisar a un médico. Las chicas, paradas delante de la cama, intercambiaban miradas, pero no decían ni palabra.

—¡Largo de aquí! —dijo Vaska. Ninguna se movió del sitio—. ¡Ah, cómo os alegráis!

—No lloramos, no… —respondió Lida, con una sonrisa maliciosa.

—¡Patrona! Échalas de aquí… ¿A qué han venido?

—¿Tienes miedo? —preguntó Lida, inclinándose sobre él.

—Venga, chicas, marchaos de aquí… —ordenó la madama.

Se fueron. Pero, al salir, todas le dirigieron una mirada siniestra, y Lida dijo en voz baja:

—¡Ya volveremos!

En cuanto a Aksinia, amenazándole con el puño, gritó:

—¡Vaya un diablo! ¿Así que estás destrozado? Te lo has ganado a pulso…

Su arrojo dejó pasmadas a sus compañeras.

Abajo, se apoderó de ellas un éxtasis perverso, un éxtasis vengativo cuya intensa dulzura no habían saboreado aún. Locas de alegría, no paraban de mofarse de Vaska, y la patrona se asustó de aquella actitud tan exaltada que, hasta cierto punto, se le contagió también a ella.

Porque ella también se alegraba de ver que Vaska había sido castigado por el destino. Tampoco con ella era correcto: no la trataba como a un superior, sino más bien como a un subordinado. Pero ella sabía bien que sin el concurso de Vaska sería incapaz de tener sujetas a sus pupilas, y se cuidaba mucho de manifestar abiertamente lo que pensaba de él.

Por fin llegó el doctor, le puso un vendaje al paciente, le recetó unas medicinas y se marchó, diciéndole a la patrona que sería preferible mandar a Vaska a un hospital.

—¡Chicas! ¿Qué os parece? ¿Le hacemos una visita a nuestro querido paciente? —gritó Lida con bravuconería.

Y todas, entre risas y gritos, se lanzaron escaleras arriba.

Vaska yacía con los ojos cerrados. Sin tomarse la molestia de abrirlos, afirmó:

—Ya estáis aquí otra vez…

—Será que nos das lástima, Vasili Mirónich…

—¿O es que te crees que no te queremos?

—Acuérdate de cómo tú una vez…

Hablaban sin levantar la voz, pero de un modo igualmente impactante. Habían rodeado la cama, y contemplaban el rostro grisáceo de Vaska con ojos malignos y alegres. Él también se decidió a observarlas, y nunca habían reflejado sus ojos tanto malestar, tanta hambre insatisfecha: el hambre inexplicable que siempre brillaba en su mirada.

—Chicas… ¡andaos con ojo! Como me levante…

—A lo mejor, si Dios quiere, ya nunca te levantas… —le interrumpió Lida.

Vaska apretó con fuerza los labios y no replicó.

—¿Cuál es la pierna que te duele? —preguntó dulcemente una de las chicas, inclinándose hacia él; estaba pálido, y enseñaba los dientes—. ¿Ésta?

Y, agarrando la pierna maltrecha de Vaska, le dio un fuerte tirón.

A Vaska le castañetearon los dientes y aulló de dolor. También tenía roto el brazo izquierdo, hizo un aspaviento con el derecho y, en su intento de alcanzar a la muchacha, se golpeó en la tripa.

Las risas estallaron a su alrededor.

—¡Fulanas! —bramó, girando los ojos de un modo espantoso—. ¡Mucho cuidado! ¡Os voy a matar!

Pero ellas daban saltos en torno a su cama y le pellizcaban, le tiraban del pelo, le escupían a la cara, le zarandeaban la pierna mala. Les brillaban los ojos, se reían, maldecían, gruñían como perros; la humillación a la que estaban sometiendo a Vaska empezaba a adquirir un tono cínico e increíblemente repulsivo. Habían caído en el delirio de la venganza, llegando a un estado de frenesí. Todas de blanco, a medio vestir, sofocadas por el ajetreo, resultaban monstruosamente aterradoras.

Vaska rugía, agitando el brazo derecho; la patrona, desde la puerta, gritó salvajemente:

—¡Ya basta! Dejadle en paz… ¡Voy a llamar a la policía! ¡Lo vais a matar! ¡Ay, Señor, Señor!

Pero no la escuchaban. Él las había martirizado durante años; ellas disponían de unos minutos para resarcirse y tenían prisa…

De pronto, en mitad del alboroto y la confusión de aquel desenfreno, se oyó una voz profunda que imploraba:

—¡Chicas! Ya es suficiente… Chicas, tened compasión… A él también… también… ¡le hacemos daño! ¡Queridas! Por el amor de Dios… Queridas mías…

Esta voz cayó sobre ellas como un jarro de agua fría: asustadas, se apartaron inmediatamente de Vaska.

Había sido Aksinia la que había hablado; estaba junto a la ventana, temblando de pies a cabeza, inclinándose profundamente ante sus compañeras; tan pronto se presionaba la tripa con ambas manos como las estiraba hacia el frente torpemente.

Vaska yacía inmóvil; tenía la camisa desgarrada a la altura del pecho, y ese pecho ancho, cubierto de vello pelirrojo, se agitaba sin pausa, como si algo lo sacudiera por dentro, tratando frenéticamente de escapar. Él emitía una especie de ronquidos y tenía los ojos cerrados.

Amontonadas, casi como si estuvieran unidas en un gran cuerpo, las chicas se quedaron en la puerta, en silencio, escuchando los sordos balbuceos de Aksinia y los estertores de Vaska. Lida, que estaba al frente del grupo, se limpió rápidamente los pelos rojos que se le habían enredado entre los dedos.

—¿Y si… y si se muere? —se oyó un susurro. Y de nuevo se hizo el silencio…

Una tras otra, procurando no hacer ruido, las chicas fueron saliendo con cautela de la habitación de Vaska. Después de salir todas ellas, había en el suelo muchos jirones de tela, muchos retales…

Aksinia se había quedado en el cuarto.

Respirando pesadamente, se acercó a Vaska y con su característica voz grave le preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Vaska abrió los ojos, la miró y no dijo nada.

—Ya puedes hablar… O beber algo… ¿Quieres que recoja todo esto? Sí, debería ponerme a recoger… ¿O a lo mejor te apetece un poco de agua? Voy a traerte agua…

Vaska, en silencio, sacudió la cabeza y movió los labios. Pero no pronunció una sola palabra.

—Ya lo ves… ¡no puedes ni hablar! —dijo Aksinia, dándole vueltas a su trenza alrededor del cuello—. ¡Cómo nos hemos ensañado! ¿Te duele, Vaska? Bueno, ten paciencia… se te pasará… Al principio es cuando más duele… ¡Si lo sabré yo!

Algún músculo se contrajo en la cara de Vaska. Dijo con voz ronca:

—Dame… agua…

Pero la expresión de hambre insatisfecha se había borrado de sus ojos.

Aksinia se instaló en el piso de arriba, con Vaska; sólo bajaba a comer, a tomar té y a coger alguna cosa para el herido. Las compañeras no le dirigían la palabra, ni siquiera le preguntaban nada. La patrona no ponía impedimentos a que se dedicase a cuidar del paciente y no la reclamaba por las tardes para que fuera a atender a los clientes. La mayor parte del tiempo Aksinia estaba en el cuarto de Vaska, sentada al lado de la ventana, mirando los tejados cubiertos de nieve, los árboles blancos de escarcha, el humo que se elevaba hacia el cielo formando nubecillas opalinas. Cuando se hartaba de mirar, se quedaba dormida en la silla, con los codos apoyados en la mesa. De noche dormía en el suelo, junto a la cama de Vaska.

Apenas conversaban; si Vaska pedía agua o cualquier otra cosa, Aksinia se lo llevaba, lo miraba, suspiraba y se dirigía a la ventana.

Así pasaron cuatro días. La patrona estaba empeñada en trasladar a Vaska a un hospital, pero por el momento no había cama para él.

Una tarde, cuando las sombras ya se habían apoderado de la habitación de Vaska, el enfermo levantó la cabeza y preguntó:

—Aksinia, ¿estás ahí?

Ella dormitaba, pero la pregunta la despertó.

—¿Dónde iba a estar si no? —contestó.

—Anda, acércate…

Aksinia se acercó a la cama y se quedó quieta junto a la cabecera, enrollándose la trenza alrededor del cuello, como era su costumbre, y sujetando el extremo en una mano.

—¿Qué quieres?

—Coge la silla y siéntate aquí a mi lado…

Con un suspiro, se acercó a la ventana para coger la silla, la colocó junto a la cama y se sentó.

—¿Y bien?

—No pasa nada… Quédate aquí un rato…

En la pared, sobre la cama de Vaska, colgaba su gran reloj de plata, con su tictac apremiante. Un coche pasó a toda prisa por la calle, se oyó el chirrido de los patines. En el piso de abajo se reían las chicas, una de ellas cantaba con voz aguda:

Me enamoré de un estudiante hambriento…

—¡Aksinia! —dijo Vaska.

—¿Sí?

—Verás… ¿Y si vivimos juntos?

—Pero si ya vivimos juntos —contestó desganada la joven.

—No, no, espera… Quiero decir… ¡como Dios manda!

—Bueno —asintió.

Vaska se quedó callado y estuvo un buen rato con los ojos cerrados.

—Sí… Nos iremos de aquí y empezaremos una nueva vida.

—Y ¿adónde vamos a ir? —preguntó Aksinia.

—A donde sea… Pienso demandar a la compañía del tranvía por las lesiones. Me tendrán que pagar, así lo establece la ley. Aparte de eso, yo ya tengo un dinero ahorrado, unos seiscientos rublos.

—¿Cuánto? —preguntó Aksinia.

—Seiscientos rublos.

—¡Caramba! —exclamó la muchacha, y bostezó.

—Sí… Sólo con eso podríamos montar nuestro propio negocio… Más lo que saquemos del tranvía… Podemos marcharnos a Simbirsk, o a Samara si no… y abrir una casa… Sería la primera de la ciudad… Podríamos tener las mejores chicas… Cobraríamos cinco rublos por el acceso.

—¡No me digas! —Aksinia sonrió con malicia.

—¿Por qué no? Ya lo verás…

—¡Seguro!

—Te digo que sí… Y, si tú quieres, podríamos casarnos.

—¿Quéee? —exclamó Aksinia, con la mirada perdida.

—Que podríamos casarnos —repitió Vaska con cierta inquietud.

—¿Tú y yo?

—Sí, claro…

Aksinia se echó a reír. Balanceándose en la silla, se agarró los costados, y tan pronto soltaba unas carcajadas profundas y graves como chillaba de una manera muy poco natural en ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Vaska, y nuevamente apareció en sus ojos aquella mirada hambrienta. Ella no paraba de carcajearse—. ¿Qué te pasa? —insistió.

Por fin, entre risas y gritos, Aksinia acertó a decir:

—Eso de casarnos… ¿Tú te crees que es posible? Pero si hace tres años que no piso una iglesia… ¡Estás como una cabra! ¡Valiente mujer te has buscado! ¿No esperarás también que te dé hijos?

La idea de los hijos despertó en ella un nuevo estallido de carcajadas sinceras. Vaska la miraba en silencio…

—¿Y de verdad te crees que me voy a ir contigo a ninguna parte? —prosiguió la muchacha—. Menuda ocurrencia… Me llevarías a cualquier sitio y me matarías a las primeras de cambio. Todo el mundo sabe lo que te gusta torturar a la gente.

—¡Calla ya! —dijo Vaska en voz baja.

Pero ella siguió hablando de su crueldad, recordándole varios episodios concretos.

—¡Calla! —le suplicó. Viendo que no le hacía ningún caso, gritó con su voz ronca—: ¡Te he dicho que te calles!

Fue lo último que se dijeron aquella tarde. Por la noche Vaska sufrió delirios; de su ancho pecho brotaban estertores y aullidos. Le rechinaban los dientes y hacía aspavientos con su mano derecha, golpeándose a veces en el pecho.

Aksinia se despertó, se quedó de pie junto al lecho, asustada, y estuvo un buen rato mirándole a la cara. Entonces le despertó.

—¿Qué te ha pasado? ¿Acaso te estaba asfixiando un fantasma?

—¡He tenido pesadillas! —dijo Vaska con la voz muy débil—. Dame un poco de agua.

Después de beber, sacudió la cabeza y anunció:

—No, no voy a abrir una casa… Mejor me dedico al comercio… No quiero

llevar una casa…

—Un comercio… —dijo Aksinia, pensativa—. Bueno, sí… Poner una tienda, eso está bien…

—¿Vendrás conmigo? —preguntó Vaska con calma, intentando convencerla.

—¿No lo dirás en serio? —replicó Aksinia, alejándose de la cama.

—¡Aksinia Semiónovna! —dijo Vaska en tono estridente, despegando la cabeza de la almohada—. Te prometo…

Hizo un gesto con la mano, y se calló.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —proclamó Aksinia, sacudiendo la cabeza con resolución, viendo que Vaska no añadía nada más—. ¡A ninguna!

—Si yo quiero, vendrás conmigo… —dijo Vaska con calma.

—¡No voy a ir a ninguna parte!

—Lo que pasa es que yo no quiero… Pero, si quisiera, ¡vaya si venías!

—Que no…

—¡Que sí, demonios! —exclamó Vaska irritado—. Pero si te pasas todo el santo día aquí conmigo… malgastando tu tiempo… ¿Cómo es que…?

—Eso es distinto… —dijo Aksinia, intentando explicarse—. Pero lo de vivir contigo, ¡de eso nada! Te tengo miedo… ¡eres un malvado!

—¡Vaya! ¿Qué sabrás tú de eso? —exclamó Vaska irritado—. ¡Un malvado! Serás mema… Piensas que soy un malvado, y ya está. ¿Te crees tú que es tan fácil ser un malvado? —Se le quebró la voz, y se quedó callado unos momentos, frotándose el pecho con su mano sana. Después, débilmente, con angustia en la voz y miedo en los ojos, siguió hablando—: ¿No estás yendo demasiado lejos? Caray, malvado… se dice pronto… ¿Tú sabes lo mucho que me exigen?… ¡Vámonos de aquí, Aksinia Semiónovna!

—¡Ni lo menciones! No pienso ir contigo… —Aksinia no daba su brazo a torcer y, recelosa, se iba apartando de él.

Una vez más cesó la conversación. La luna se colaba en la habitación, y a su luz la cara de Vaska parecía gris. Estuvo mucho tiempo en silencio, a ratos con los ojos abiertos, a ratos cerrados. En el piso de abajo se oían bailes, canciones, risas.

Aksinia empezó a roncar a gusto; Vaska soltó un profundo suspiro.

Dos días más tarde, la patrona le consiguió a Vaska una cama en el hospital.

Fueron a recogerle en un furgón, con un practicante y un auxiliar. Con mucho cuidado, bajaron a Vaska a la cocina, y allí pudo ver a todas las chicas arremolinadas en la puerta.

Tenía la cara contraída, pero no les dijo nada. Ellas le observaban con gesto adusto y severo, pero no se podía deducir de sus miradas qué era lo que estaban pensando al verlo delante de ellas. Aksinia y la madama le ayudaron a ponerse el abrigo, y toda la gente que estaba en la cocina guardaba un silencio denso y sombrío.

—¡Adiós! —dijo de pronto Vaska, inclinando la cabeza, aunque sin mirar a las chicas—. ¡Adiós…!

Algunas inclinaron la cabeza en silencio, pero él ni siquiera llegó a verlo. Lida, por su parte, dijo:

—Adiós, Vasili Mirónich…

—Adiós… sí…

El practicante y el auxiliar del hospital lo levantaron del banco en el que estaba sentado y lo condujeron hacia la puerta. Pero él todavía se volvió hacia las chicas:

—Adiós… Es verdad que… he sido…

Dos o tres voces más respondieron:

—Adiós, Vasili…

—¡Qué se le va a hacer! —Sacudió la cabeza, y en su rostro se dibujó una expresión completamente insólita en él—. ¡Adiós! Por el amor de Dios… Las que… A las que yo…

—¡Se lo están llevando! Se están llevando a mi amado —chilló de pronto Aksinia, como una loca, derrumbándose en el banco.

Vaska se estremeció y alzó la cabeza. Había en su mirada un brillo aterrador; se quedó quieto, escuchando atentamente aquellos alaridos, y dijo con labios temblorosos:

—Pero… ¡será mema! ¡Vaya una mema!

—Vamos, vamos —le apremió el practicante, frunciendo el ceño.

—¡Adiós, Aksinia! Ven a verme al hospital… —dijo Vaska en voz alta.

Y Aksinia seguía chillando:

—¡Ay! ¿Por qué? ¿Por qué me abandonas?

Las chicas la rodearon, mirándola a la cara, observando las lágrimas que manaban de sus ojos.

Y Lida, inclinada sobre ella, intentaba aplacarla con aspereza:

—¿A qué vienen esos berridos, Ksiushka? Ni que se hubiera muerto… Pero si puedes ir a verlo… Mira, ¡mañana mismo puedes ir!

EL NACIMIENTO DE UN HOMBRE
(1912)

Corría el año 1892, el año del hambre. Me hallaba yo en la orilla del río Kodor, entre Sujum y Ochamchira[41], no muy lejos de la costa: por debajo del alegre estruendo de las aguas de aquel río de montaña se podía sentir claramente el sordo chapoteo de las olas del mar.

Otoño. En la espuma blanca del Kodor giraban y pasaban de largo las hojas amarillas del lauroceraso, que recordaban a pequeños y ágiles salmones; yo estaba sentado en una piedra, justo en la orilla, pensando en que a lo mejor las gaviotas y los cormoranes también confundían las hojas con peces y se sentían defraudados: acaso por ese motivo gritaban resentidos allí, a mi derecha, más allá de los árboles, donde saltaban las olas del mar.

Por encima de mí, los castaños estaban revestidos de oro; había a mis pies montones de hojas caídas que parecían manos amputadas. Las ramas del ojaranzo que veía en la otra orilla ya estaban desnudas y colgaban en el aire igual que una red desgarrada; como atrapado en ella, saltaba un pájaro carpintero de montaña, de plumaje rojo y amarillo, martilleando con su pico negro la corteza del tronco, haciendo salir a unos insectos que los diestros carboneros y los trepadores azules —huéspedes del norte lejano— aprovechaban para picotear.

A mi izquierda, sobre las cumbres de las montañas, unas densas nubes humeantes amenazaban lluvia y proyectaban unas sombras que se arrastraban por las verdes laderas donde crece el boj, el «árbol muerto», y donde, entre los huecos de las viejas hayas y tilos, se puede encontrar la «miel venenosa» que en la Antigüedad estuvo a punto de causar, con su dulzura embriagadora, la perdición de los soldados de Pompeyo el Grande, derribando a una legión entera de férreos romanos. Las abejas la producen con las flores de lauro y azalea, y los vagabundos la extraen de los huecos de los árboles y se la comen untada en *lavash*[42], esa fina torta de harina.

Eso, ni más ni menos, es lo que estaba haciendo yo aquel día, sentado en una piedra bajo unos castaños y acosado por una abeja furiosa: mojaba pedazos de pan en un cazo lleno de miel, disfrutando mientras comía de los juegos indolentes del cansado sol otoñal.

Otoño en el Cáucaso: era como estar en una espléndida catedral edificada por unos grandes sabios que hubieran sido grandes pecadores a la vez: con ánimo de ocultar su pasado de las miradas indiscretas de la conciencia, construyeron un colosal templo de oro, turquesas y esmeraldas; colgaron en las montañas las más bellas alfombras de seda, cosidas por los turcomanos en Samarcanda y Shemajá[43]; saquearon el mundo entero y todo lo trasladaron al Cáucaso, depositándolo ante los ojos del sol, como si desearan decirle:

—Todo esto es tuyo, de parte de los tuyos y para ti.

Veía yo cómo unos gigantes de largas barbas grises y ojos enormes de niños alegres descendían de las montañas para embellecer la tierra, repartiendo generosamente sus coloridos tesoros: cubrían las cumbres con gruesos mantos de plata y las laderas con la viva tela de los árboles multiformes. Así, bajo sus manos, este pedazo de tierra bendita adquiría una belleza arrebatadora.

Qué magnífica tarea la del hombre en la tierra: tiene tantos prodigios que admirar, y es tan terrible la dulzura que conmueve su corazón en mudo éxtasis ante la belleza…

Es verdad que en ocasiones las cosas se tuercen: un odio abrasador inunda el pecho y la angustia se bebe ávidamente la sangre del corazón. Pero esos momentos acaban pasando de largo. Hasta el sol, a menudo, mira a los hombres con pesar: ha hecho tanto por nosotros, pero le hemos fallado…

Naturalmente, también hay mucha gente buena, pero incluso a esas personas les vendría bien un repaso o, mejor aún, que volvieran a rehacerlas enteras, de pies a cabeza.

De pronto, sobre unos arbustos, a mi izquierda, aparecieron unas vacilantes cabezas oscuras: entre el rumor de las olas del mar y el murmullo del río, apenas se oían las voces humanas. Eran víctimas de la hambruna que se dirigían a Ochamchira en busca de trabajo; venían de Sujum, donde habían estado construyendo una carretera.

Yo ya los conocía: era gente de Oriol, había estado trabajando con ellos y nos habían despedido a todos juntos, la misma víspera; pero yo me había marchado antes que ellos, en plena noche, con intención de llegar a la costa antes de que amaneciera.

Eran cuatro hombres y una mujer joven, embarazada. Recuerdo sus

pómulos salientes y sus ojos grises, desencajados, como si estuviera asustada. Tenía una tripa enorme, abombada hacia arriba. Aún me parece ver, por encima de los arbustos, su cabeza envuelta en un pañuelo amarillo, balanceándose como un girasol sacudido por el viento. En Sujum se le había muerto el marido: de una indigestión de fruta. Yo había vivido en un barracón con aquella gente: de acuerdo con la vieja usanza rusa, solían comentar sus desventuras con tanta asiduidad y pasión que sus quejas debían de ser conocidas en cinco verstas a la redonda.

Era gente tediosa, abrumada por la desgracia. Se habían visto obligados a romper con su tierra natal, una tierra exhausta y estéril, y la adversidad los había llevado hasta esas latitudes, igual que el viento arrastra las hojas secas en otoño. La exuberancia de una naturaleza exótica los había deslumbrado, y las duras condiciones de vida habían acabado de hundirlos. Miraban desconcertados, con ojos apagados y tristes, sonriéndose los unos a los otros con amargura, comentando en voz baja:

—Ay… ¡qué maravilla de tierra!

—Crece todo con una vitalidad…

—Hum, sí… pero es algo pedregosa…

—No es una tierra fácil de trabajar, eso también hay que decirlo…

Y evocaban lugares como Kobyli Lozhok. Como Suji Gon. Como Mokrénkoie. Su patria chica, donde cada puñado de tierra guardaba el polvo de los antepasados, cargado de recuerdos, y era familiar y entrañable, y había sido regado con su sudor.

Con ellos residía también otra mujer: alta, erguida, lisa como una tabla, con una mandíbula caballuna y una mirada apagada en sus ojos bizcos, negros como el carbón.

Por las noches, salía con la mujer del pañuelo amarillo y se sentaban juntas detrás del barracón, encima de un montón de cascajo. Allí, con la cabeza ladeada, apoyando la mejilla en una mano, cantaba con su voz aguda e irritada:

Entre las verdes matas,

detrás del camposanto;

sobre los arenales

tenderé un paño blanco.

Esperaré impaciente

a que venga mi amado…

Cuando venga mi amigo,

me inclinaré a su paso…

Su compañera solía guardar silencio; se limitaba a bajar la cabeza y mirarse la tripa. Pero a veces, súbitamente, se unía a la canción; cantaba con indolencia, con una voz masculina, un tanto áspera y gruesa, con palabras como gemidos:

¡Ay, ay, mi querido!

¡Ay, mi dulce amado!

Se niega el destino

a que nos veamos…

En la sofocante oscuridad de la noche meridional esas voces quejumbrosas rememoraban el norte, las extensiones nevadas, el silbido de la ventisca y el aullido distante de los lobos…

Más tarde la mujer bizca sufrió unas fiebres y la trasladaron a la ciudad, en una camilla de hule; iba tiritando y gemía, como si siguiera cantando su canción sobre el camposanto y los arenales…

Inclinándose bruscamente, la cabeza amarilla desapareció de mi vista. Yo terminé mi desayuno, cubrí con unas hojas el cazo con la miel, cerré el morral y, sin apresurarme, fui detrás del grupo, golpeando con mi bastón de cornejo en el duro sendero.

Al rato, ya me encontraba en la angosta cinta gris del camino. A la derecha se mecía el mar, de un intenso azul; era como si unos invisibles carpinteros lo estuvieran cepillando con millares de garlopas: las blancas virutas corrían hacia la orilla entre susurros, empujadas por un viento húmedo, tibio y fragante como el aliento de una mujer vigorosa. Una falúa turca, escorada a babor, se deslizaba hacia Sujum; hinchaba las velas de la misma manera que un notable ingeniero de Sujum hinchaba sus gruesos carrillos: era un hombre de orden, aunque, por alguna razón, pronunciaba como le venía en gana y disfrutaba denunciando a la gente ante la policía. Es un alivio pensar que, muy probablemente, los gusanos ya deben de haber dejado sus huesos mondos en la tumba hace tiempo.

Marchaba con ligereza, como flotando en el aire. Los gratos pensamientos, los vistosos recuerdos, jugaban al corro, sin hacer ruido, en la memoria. Ese corro en el alma era como las blancas crestas de las olas en el mar: agitaban la superficie, pero en las profundidades reinaba la calma. Ahí es donde las brillantes y flexibles esperanzas de la juventud nadan tranquilamente, como los peces de plata en los abismos marinos.

El camino descendía hacia el mar; se aproximaba serpenteando en la franja de arena donde irrumpían las olas. También los arbustos tenían ganas de escudriñar el rostro de las olas; se inclinaban por encima de la cinta del camino, como si quisieran saludar la inmensidad azul de las aguas solitarias.

El viento empezó a soplar desde las montañas: pronto iba a llover.

Un gemido silencioso entre los matorrales, un gemido humano que siempre despierta compasión en el alma.

Abriéndome paso entre los arbustos, me encontré con la mujer del pañuelo amarillo. Estaba sentada, con la espalda apoyada en un tronco de avellano, la cabeza caída sobre un hombro, la boca desmesuradamente abierta, los ojos desencajados y la mirada enloquecida. Sus manos descansaban en la abultada tripa, y respiraba de una forma anómala, haciendo que su vientre subiera y bajara convulsivamente. Entre tanto, la mujer murmuraba en voz muy baja, enseñando unos dientes amarillos de aspecto lobuno.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha pegado alguien? —le pregunté, inclinándome hacia ella.

La mujer se retorcía como una mosca, con las piernas desnudas cubiertas de

un polvo ceniciento. Agitando despacio la cabeza, dijo:

—Ve-vete… desvergonzado… La-largo…

Me di cuenta de lo que ocurría: ya lo había visto en otra ocasión. Naturalmente, me asusté, di un paso atrás, mientras la mujer soltaba un quejido fuerte, sostenido. De sus ojos, que parecían a punto de estallar, brotaron unas lágrimas turbias, las cuales rodaron por sus mejillas hinchadas, tensas, amoratadas.

Eso me animó a ocuparme de ella. Me desprendí del morral, la tetera y el cazo; la hice tumbarse boca arriba y quise flexionarle las rodillas, pero me apartó de un empujón, golpeándome en la cara y el pecho. Entonces se dio la vuelta y, como si fuera una osa, entre roncos gruñidos, se adentró a cuatro patas en la maleza.

—Bandido… diablo…

Le fallaron los brazos, y cayó de bruces, golpeándose con la cara en la tierra; se puso a aullar, estirando las piernas con fuerza.

Estimulado por la urgencia, no tardé en recordar todo lo que sabía del asunto; volví a ponerla boca arriba y le doblé las piernas. Ya había roto aguas.

—Túmbate, ya estás a punto…

Bajé corriendo a la orilla del mar, me remangué, me lavé las manos, volví con ella… y me dispuse a hacer de partero.

La mujer se retorcía como una corteza de abedul en el fuego, dando continuos manotazos en el suelo. No paraba de arrancar manojos de hierba agostada y se los llevaba a la boca una y otra vez, poniéndose la cara perdida de tierra: tenía una expresión aterradora, inhumana, y sus ojos inyectados en sangre lanzaban miradas salvajes. Pero ya empezaba a abrirse paso la cabecita, y no tuve más remedio que impedir las convulsiones de las piernas, ayudar al bebé y vigilar que la madre no se metiera más hierbajos en la boca contraída, con la que no dejaba de bramar…

Nos llamamos de todo. Ella, entre dientes; yo, también en voz baja. Ella, por culpa del dolor y, posiblemente, de la vergüenza; yo, debido al desconcierto y a la pena que me daba aquella mujer…

—¡A-ay, Señor! —gemía con voz enronquecida. No paraba de morderse los labios, amoratados y cubiertos de espuma; de los ojos, que parecían haber perdido de pronto su color, como desteñidos por el sol, seguían manando copiosas lágrimas, fruto del sufrimiento insoportable de una madre en el momento en que su cuerpo se rompía, partiéndose en dos—. Qu-que te largues, demonio… —insistía.

Con sus brazos débiles, desmadejados, seguía intentando apartarme de su lado, mientras yo trataba de persuadirla:

—Venga, no seas boba, que ya casi está aquí…

Sentía una lástima inmensa por ella, era como si sus lágrimas brotaran en mis propios ojos; tenía el corazón en un puño, me entraron ganas de gritar, y no me pude contener:

—¡Vamos, rápido!

Y, de repente, me vi con un ser humano en mis brazos, y era rojo. Aunque entre lágrimas, me di cuenta de que era todo rojo, y ya estaba descontento con el mundo: forcejeaba, alborotaba y berreaba con una voz espesa, a pesar de estar aún unido a la madre. Tenía los ojos azules y la nariz aplastada de un modo chusco contra la cara colorada, que era una pura arruga; movía los labios, arrastrando un chillido:

—Buuu… buuu…

Era muy resbaladizo, y poco faltó para que se me escapara de las manos. Yo estaba de rodillas, lo miré bien y me entró la risa: ¡qué alegría me daba verlo! Total, que me olvidé de lo que había que hacer…

—Hay que cortarlo… —susurró débilmente la madre; tenía los ojos cerrados y la cara demacrada, de color terroso, como la de una muerta. Apenas podía mover los labios amoratados—: Córtalo… con una navaja…

Me habían robado el cuchillo en el barracón, así que corté el cordón umbilical a dentelladas. El crío berreó con voz de bajo, típica de Oriol, mientras la madre sonreía; vi cómo florecían asombrosamente sus ojos sin fondo, ardiendo con una luz azul, mientras tanteaba con su mano morena en la falda, buscándose el bolsillo. Por fin, acertó a susurrar con aquellos labios que sangraban de tanto mordérselos:

—N-no tengo… fuerzas… con la cinta del bolsillo… atar el cordón…

Saqué la cinta y até el cordón umbilical; su sonrisa era cada vez más luminosa. Era de hecho tan brillante, tan hermosa, que a punto estuvo de deslumbrarme.

—Mientras te recuperas, voy a ir a lavarlo…

Pero ella farfulló inquieta:

—Cuidado… muy despacito… mucho cuidado…

Aquella criaturita colorada no requería demasiados cuidados: apretaba los puños y berreaba, berreaba como retando a alguien a una pelea.

—Buuu… buuu…

—¡Bueno, bueno! Tienes que hacerte fuerte, hermano, si no quieres que tus camaradas te arranquen pronto la cabeza…

Gritó con especial encono y fuerza cuando le bañó por primera vez una ola espumosa que nos roció alegremente a los dos; después, cuando empecé a darle palmadas en el pecho y la espalda, apretó los ojos, se encogió y soltó un chillido penetrante, mientras las olas, una detrás de otra, seguían empapándole.

—¡Que se te oiga bien! ¡No vayan a decir que no pareces de Oriol! Grita a pleno pulmón…

Cuando regresamos con su madre, yacía con los ojos nuevamente cerrados, mordiéndose los labios; estaba sufriendo para expulsar la placenta. No obstante, entre lamentos y suspiros, pude oír un susurro apenas perceptible:

—Dame… dámelo…

—Puede esperar.

—No, no, dámelo…

Y con manos temblorosas e inseguras se desabrochó la blusa. La ayudé a dejar libre un pecho, que parecía preparado por la naturaleza para satisfacer a veinte bebés, y coloqué sobre su cuerpo tibio a aquel impetuoso hijo de Oriol. El

crío comprendió en seguida lo que ocurría y se calló.

—Santa Madre, Virgen Inmaculada —susurraba temblando la madre, moviendo de un lado a otro la cabeza desgreñada, que tenía apoyada en mi morral.

Y de pronto, tras gritar dulcemente, se quedó callada. Entonces volvió a abrir sus ojos increíblemente hermosos, los ojos sagrados de una recién parida: azules, miraban al cielo azul, y en ellos ardía hasta consumirse una sonrisa agradecida y dichosa. Levantando con dificultad la mano, se persignó y persignó al niño…

—Bendita seas, Inmaculada Madre de Dios… Ah… Bendita seas…

Los ojos se fueron apagando, se le hundieron. Estuvo mucho rato callada, respirando con dificultad, hasta que dijo de repente, en un tono duro y resolutivo:

—Abre mi morral, amigo…

Una vez abierto, la mujer me miró con atención y sonrió débilmente; me pareció advertir en sus mejillas caídas y en su frente sudorosa un ligerísimo rubor.

—Anda, déjame sola…

—No te muevas mucho…

—Ya, ya… Déjame…

Me metí entre los matorrales, sin alejarme demasiado. Aunque me sentía cansado, unos pájaros prodigiosos me cantaban en el pecho. Unido al chapoteo incesante del mar, era algo tan maravilloso que podría haber estado un año entero escuchándolo…

Cerca de allí se oía el murmullo de un arroyo: era como una joven hablándole de su enamorado a una amiga…

De pronto, por encima de los arbustos, vi la cabeza de la mujer, con el pañuelo amarillo puesto como Dios manda.

—¡Eh, eh, hermana! ¿Adónde vas tan pronto?

Se agarraba a una rama de un arbusto como si estuviera bebida; estaba

blanca como una pared y, en lugar de ojos, tenía unos enormes lagos azules. Susurró con ternura:

—Fíjate: cómo duerme…

La verdad es que dormía muy a gusto, pero, en mi opinión, no mucho mejor que los demás bebés; si había alguna diferencia, tendría que ser atribuida a las circunstancias: dormía sobre un montón de vistosas hojas otoñales, debajo de una clase de arbusto que no se da en la provincia de Oriol.

—Deberías echarte, mujer…

—No, no —replicó, sacudiendo la cabeza; daba la impresión de no tener fuerza en el cuello—; tengo que arreglarme y seguir mi camino hacia… ¿cómo se llama?

—¿Ochamchira?

—¡Justo! Seguro que mi gente ya me lleva algunas verstas…

—Pero ¿de verdad puedes caminar?

—¿Y la Madre de Dios? Ya me echará una mano…

No, claro, si la Madre de Dios iba con ella, ¡no había más que hablar!

Miró a la carita enfurruñada, descontenta, que descansaba debajo de un arbusto; de sus ojos manaban unos cálidos rayos de luz acariciadora. Se remojó los labios y se acarició el pecho, muy despacio.

Encendí una hoguera, y coloqué unas piedras para calentar en ellas la tetera.

—Y ahora, madre, permite que te ofrezca un té…

—Sí, por favor… Estoy toda reseca por dentro…

—¿Qué ha sido de tus paisanos? ¿Cómo es que te han dejado tirada?

—No me han dejado tirada, ¡qué dices! He sido yo, que me he quedado atrás, y ellos habían bebido más de la cuenta… Bueno, mejor así; si no, habría tenido que parir delante de ellos…

Me miró un momento y se cubrió la cara con el codo; después escupió sangre y sonrió avergonzada.

—¿Es tu primer crío?

—Sí, soy primeriza. Y tú… ¿quién eres?

—Una especie de hombre…

—¡Ya, claro! ¿Estás casado?

—No he tenido ese honor…

—¿No me engañas?

—¿Por qué dices eso?

Bajó los ojos, estuvo unos momentos pensativa y dijo:

—¿Y cómo es que sabes tantas cosas de mujeres?

En esta ocasión decidí mentir. Y dije:

—He estudiado. Soy estudiante, ¿sabes?

—¡Sí, claro! En la aldea, el hijo mayor del pope también es estudiante; estudia para pope…

—Pues algo parecido. Bueno, voy a buscar agua…

La mujer inclinó la cabeza hacia su hijo, quería asegurarse de que respiraba. Después miró hacia el mar.

—Me gustaría lavarme, pero esa clase de agua… tan rara… ¿Qué agua es ésa? Es salada y amarga…

—Qué va; tienes que lavarte con ella. ¡Es muy saludable!

—¿Seguro?

—Segurísimo. Y está más tibia que la del arroyo; aquí los arroyos son como hielo…

—Si tú lo dices…

Un abjasio pasó despacio a caballo; iba dormitando, con la cabeza caída sobre el pecho. Su pequeño caballo, todo tendones, nos miró de refilón con un ojo redondo y negro, y amusgó las orejas. Al resoplar, el jinete, alertado, levantó la cabeza, cubierta con un aparatoso gorro de piel, nos echó un vistazo y volvió a sumirse en su sopor.

—Qué gente más rara hay por aquí, muchos dan miedo —dijo en voz baja la mujer.

Me alejé. Un arroyo de aguas claras y vivas como el mercurio saltaba y cantaba entre las piedras. Las hojas otoñales giraban alegremente en esas aguas. ¡Era una maravilla! Me lavé la cara y las manos, llené la tetera; al volver, vi a través de los arbustos que la mujer se arrastraba de rodillas por las piedras y miraba nerviosa a todas partes.

—¿Qué te pasa?

Se asustó, se quedó gris y trató de ocultar algo debajo del vestido. Me imaginé lo que era.

—Dame, que ya lo entierro yo…

—¡Ay, no, querido mío! ¡Qué cosas dices! Habría que enterrarlo en unos baños, en el zaguán, bajo el suelo…

—¿Y te crees tú que van a construir aquí unos baños? ¡Figúrate!

—Tú te lo tomas a broma, pero a mí estas cosas me dan mucho miedo. ¿Y si se lo come un animal? Lo suyo es devolverlo a la tierra…

Se volvió hacia un lado y, dándome un atadillo húmedo y pesado, me pidió avergonzada, con un hilo de voz:

—Si no te importa… Entiérralo lo más hondo que puedas, por el amor de Dios… Piensa en mi pobre hijo, hazlo bien…

Cuando volví, vi que regresaba de la playa con paso vacilante, con un brazo extendido hacia delante; la falda se le había mojado hasta la cintura, y tenía mejor color en la cara, como si estuviera iluminada por una luz interior. Mientras la

ayudaba a llegar hasta la hoguera, pensé con asombro: «¡Hay que ver! ¡Qué fuerza animal!».

Después tomamos té con miel, y ella me preguntó tímidamente:

—¿Has dejado los estudios?

—Sí.

—No me digas que te diste a la bebida.

—Pues sí, ¡me lo bebí todo!

—¡Ay, cómo eres! Me acuerdo bien de ti; me fijé en ti en Sujum cuando te peleaste con el jefe, por culpa de la comida; me dije en aquella ocasión: «No tiene miedo de nada; se conoce que bebe»…

Y, relamiéndose de gusto la miel en los labios hinchados, no apartaba sus ojos azules del arbusto donde dormía plácidamente el más joven de los hijos de Oriol.

—¿Cómo va a salir adelante? —preguntó con un suspiro, mirándome detenidamente—. Tú me has ayudado, y te estoy agradecida… pero no sé muy bien si será bueno para él…

Se acabó el té, terminó de comer y se persignó. Más tarde, mientras yo recogía mis pertenencias, ella cabeceaba medio dormida, pensando en sus cosas, y miraba al suelo con unos ojos que habían vuelto a perder el color. Por fin, se levantó.

—¿De verdad piensas echar a andar?

—Sí.

—¡Ten mucho cuidado, madre!

—¿Y la Virgen? ¡Anda, dame al niño!

—Yo lo llevo…

Discutimos, pero finalmente ella cedió, y echamos a andar, hombro con

hombro.

—Espero no acobardarme —dijo con una sonrisa culpable, y me puso una mano en el hombro.

El nuevo habitante de las tierras rusas, un hombre con un futuro ignoto, dormía en mis brazos, resoplando con ganas. El mar, arropado con el encaje de las virutas blancas, susurraba y chapoteaba, mientras los arbustos cuchicheaban. Y el sol brillaba en todo lo alto, poco después del mediodía.

Marchábamos en silencio. De vez en cuando la madre hacía un alto para tomar aire. En esos momentos alzaba la cabeza y paseaba la vista por todas partes; contemplaba el mar, el bosque, las montañas, antes de examinar la cara de su hijo. Sus ojos, después de haber sido lavados a fondo por lágrimas de sufrimiento, habían recobrado su admirable claridad; habían vuelto a florecer y ardían nuevamente con la llama azul del amor inagotable.

En una de aquellas paradas dijo:

—¡Señor, Señor! ¡Qué maravilla, Dios, qué maravilla! Así podría seguir caminando hasta llegar al fin del mundo, viendo a mi hijo crecer en libertad, pegado al pecho de su madre. ¡Ay, mi tesoro!

No cesaba el susurro del mar.

VUELVEN
(1913)

Las imponentes rachas de viento de Jiva[44] se estrellaban en las negras montañas de Daguestán[45]; una vez rechazadas, se precipitaban en las frías aguas del mar Caspio, levantando un oleaje encrespado cerca de la orilla.

Miles de blancas crestas se elevaban sobre la superficie, girando y danzando, como cristal fundido bullendo en un inmenso caldero. Los pescadores hablan de «mar picada» para referirse a ese juego del viento y el agua.

Un polvo blanco, formando nubes vaporosas, sobrevolaba el mar, envolviendo una vieja goleta de dos mástiles; venía de Persia, del río Sefid-Rud, y se dirigía a Astracán, con un cargamento de frutos secos: uvas pasas, orejones, melocotones. A bordo viajaba un centenar de pescadores —gente cuya suerte está «en manos de Dios»—, originarios todos de los bosques del alto Volga; hombres sanos, recios, tostados por el viento abrasador, curtidos por las aguas salobres del mar, con barbas crecidas: bestias nobles. Se habían ganado su buen dinero, estaban encantados de volver a casa y alborotaban como osos en cubierta.

Bajo la blanca casulla de las olas, latía y respiraba el cuerpo verde del mar; la goleta lo penetraba con su afilada proa, igual que un arado labrando los campos, y se hundía hasta la borda en la nieve de su espuma rizada, empapando los foques con las heladas aguas otoñales.

En las velas, hinchadas como globos, crujían los remiendos; rechinaban las vergas; las jarcias, muy tirantes, zumbaban melodiosamente. Todo estaba en tensión, lanzado en un vuelo impetuoso. En el cielo corrían alocadas las nubes y entre ellas se bañaba un sol de plata; el mar y el cielo tenían una extraña semejanza: también el cielo parecía en ebullición.

Silbando con furia, el viento arrastraba hasta el mar las voces de los hombres, sus risas profundas, los retazos de su canción; llevaban un buen rato cantando, pero no habían sido capaces de concordar sus voces armoniosamente: el viento iba arrojando a la cara de los cantantes un fino polvo salado, y sólo en algunos momentos se alcanzaba a oír una desgarrada voz femenina, que se elevaba lánguida y lastimera:

Cual serpiente de fuego…

Un aroma espeso y dulzón brotaba de los hermosos orejones, ni siquiera el intenso olor del mar era capaz de ocultarlo.

Ya habían dejado atrás Uch-Kosa[46], pronto pasarían junto a la isla de Chechen; son lugares conocidos de antiguo por los rusos: de ahí solían partir los guerreros de Kiev en sus expediciones contra Tabaristán[47]. A babor, en el límpido azul otoñal, aparecían fugazmente para perderse luego de vista las oscuras montañas del Cáucaso.

Sentado al pie del palo mayor, con sus anchas espaldas apoyadas en él, viajaba un joven de un tamaño colosal; llevaba una blanca camisa de lienzo y unos pantalones persas de color azul; no tenía barba ni bigote; sus labios eran gruesos y rollizos, sus ojos infantiles, zarcos, muy radiantes, ebrios de alegría juvenil. Tenía las piernas extendidas sobre la cubierta, y en sus rodillas reposaba una joven cortadora de pescado, alta y corpulenta como él. La muchacha, pecosa, con la tez irritada por el viento y el sol, tenía las cejas negras, espesas y grandes como las alas de las golondrinas, y los ojos entrecerrados por el sueño. La cabeza colgaba lánguidamente de las piernas del muchacho, y entre los pliegues de su blusa roja, desabrochada, se alzaban unos pechos firmes, como tallados en marfil, con unos pezones virginales en torno a los cuales las venas dibujaban un arabesco azul.

El brazo del muchacho, largo y nudoso, descansaba en el pecho izquierdo de la joven, y con su ancha manaza, negra como el hierro colado, acariciaba gravemente su cuerpo rotundo; en la otra mano sostenía una jarra de vino espeso: unas gotas de color lila caían sobre la blanca pechera de su camisa.

Los hombres los rodeaban, envidiosos; con ávidos ojos palpaban a la muchacha tendida, sujetándose los gorros para que no se los llevaran las rachas de viento y arrebujándose en sus ropas. Más allá del barco, a babor y estribor, observaban las desgreñadas olas verdes; mientras, las nubes se deslizaban por el cielo abigarrado, chillaban las gaviotas insaciables, el sol otoñal parecía bailar en el agua espumeante: tan pronto la revestía con sus sombras azuladas como encendía sobre ella sus piedras preciosas.

A bordo todo el mundo gritaba, cantaba, reía. Sobre un montón de sacos descansaba un gran odre de vino de Kajetia[48] alrededor del cual se agolpaban

unos grandullones de largas barbas. La escena tenía un aire antiguo, legendario: hacía pensar en el regreso de Stepán Razin[49] de su expedición a Persia.

Los marineros persas, vestidos de azul, huesudos como camellos, mostrando cordialmente sus dientes perlados, contemplaban la alegría de los rusos: en los ojos soñolientos de esos hombres de Oriente brillaban débilmente unas sonrisas enigmáticas.

Un anciano taciturno, de nariz curva, con un rostro hirsuto de hechicero, desgreñado por el viento, se detuvo al pasar junto al mozo y la mujer, levantó la cabeza con una energía impropia de su edad, y gritó:

—¡Por todos los diablos! ¿Qué haces ahí tirada? ¡Desvergonzada! Pero ¡si estás medio desnuda!

La mujer no se movió, no se dignó siquiera abrir los ojos, sólo sus labios temblaron levemente; mientras, el muchacho se estiró, dejó la jarra en la cubierta, colocó también la otra mano en el pecho de la mujer y dijo con determinación:

—¿Qué pasa, Yákim Petrov? ¿Te da envidia? ¡Peor para ti! ¡Largo de aquí! No se hizo la miel para la boca del asno… —Levantó las manazas y, poniéndolas de nuevo en el pecho de la mujer, añadió triunfante—: ¡Vamos a amamantar a toda Rusia!

En ese momento la mujer sonrió lentamente y todo —la goleta, los hombres— pareció suspirar a su alrededor, alzarse como un pecho; después una ola golpeó la borda con estrépito, y las gotas saladas salpicaron a todo el mundo, también a la mujer. Entonces ella, entreabriendo los ojos oscuros, dirigió al anciano, al joven, a todos, una mirada amigable y, con mucha calma, se tapó.

—¡No hace falta! —dijo el joven, apartándole la mano—. ¡Que miren! No te preocupes…

A popa, hombres y mujeres interpretaban una tonada bailable; una embriagadora voz juvenil cantaba vivamente, pero de forma inteligible:

Para nada necesito tus riquezas,

más preciado que ellas es mi amado…

Unos taconazos resonaron en la cubierta; alguien ululó como un inmenso búho; un triángulo tintineó con delicadeza; se oyó una *zhaleika*[50] calmuca[51] y, en un crescendo, una voz femenina se impuso provocativa:

Aúllan los lobos en los campos:

será que el hambre les aprieta;

podrían zamparse a mi suegro:

¡seguro que es un buen bocado!

La gente reía a carcajadas, y alguien gritó de un modo ensordecedor:

—¿Qué dicen los suegros?

El viento sembró en el mar las risas festivas.

El mocetón cubrió indolentemente a la mujer con el faldón de su *armiak*[52] y, desencajando sus redondos ojos de chiquillo, dijo, mirando al frente:

—¡En cuanto lleguemos a casa, todo irá de maravilla! ¡Ay, Maria, ya verás qué bien nos va!

El sol de alas de fuego volaba hacia occidente; las nubes lo perseguían, pero no le daban alcance, y se asentaban en las cumbres nevadas sobre las negras aristas de las montañas.

EL ANACORETA
(1922)

El barranco boscoso descendía suavemente hacia las aguas amarillas del Oká[53]; un arroyo corría en el fondo, oculto entre hierbas; por encima del barranco discurría el río azul del cielo —muy discreto de día, tembloroso de noche—, donde jugaban las estrellas como gobios dorados.

En la orilla sudoriental del barranco abundaban los matorrales, formando una tupida maraña; en la espesura, al pie de una ladera pronunciada, habían excavado una cueva, cuyo acceso quedaba cerrado por una puerta de gruesas ramas hábilmente entrelazadas. Delante de la puerta había una plataforma de un *sazhen* de ancho, reforzada con cantos rodados; desde allí, unas pesadas losas formaban una escalera que llegaba hasta el arroyo. Tres árboles jóvenes crecían delante de la cueva: un tilo, un abedul y un arce.

Todo lo que había alrededor de la cueva era consistente y duradero, pensado para una larga vida. Y en su interior todo era igualmente sólido: unas esteras de mimbre, embadurnadas en una mezcla de arcilla y limo del arroyo, revestían las paredes y la bóveda; a la izquierda de la entrada habían construido un pequeño horno y en un rincón destacaba un atril cubierto de una estera tupida, a modo de brocado; por encima del atril, en un aplique de hierro, colgaba una lamparilla: su llamita azulada oscilaba en la oscuridad, iluminando muy débilmente la estancia.

Detrás del atril se veían tres iconos negros; en las paredes colgaban, arracimados, algunos pares de *lapti* nuevos; había fibras de líber de tilo tiradas por el suelo; un grato aroma a hierbas secas inundaba la cueva.

El amo de aquella morada era un anciano de mediana estatura, robusto, aunque bastante ajado y deteriorado. La cara, colorada como un ladrillo, la tenía desfigurada: una profunda cicatriz le recorría la mejilla izquierda, desde la oreja hasta el mentón, retorciéndole la boca en un gesto burlón y amargado. Los ojos oscuros mostraban los efectos devastadores del tracoma: carecían de pestañas y unas llagas rojas ocupaban el lugar de los párpados. Había perdido mechones enteros de pelo, y en el cráneo, plagado de chichones, destacaban dos calvas: una pequeña en la coronilla y otra que le dejaba al descubierto la oreja izquierda. Pero era un viejo ágil y diestro como un hurón; sus ojos desnudos y desfigurados miraban con dulzura; cuando se reía, las deformidades de su cara prácticamente

desaparecían en medio de la suave abundancia de arrugas. Vestía una buena camisa de tela cruda y unos pantalones de paño azul y calzaba unos *lapti* de cuerda; unas pieles de liebre, a modo de peales, le envolvían las piernas hasta las rodillas.

Fui a verle por primera vez un espléndido día de mayo; en seguida simpatizamos y me invitó a pasar la noche con él. Pero fue en mi segunda visita cuando me contó la historia de su vida.

—Yo fui aserrador —me contaba, tumbado bajo un arbusto de sauquillo, tras haberse quitado la camisa para calentarse al sol el pecho, con unos músculos impropios de un anciano—. Diecisiete años me pasé aserrando madera: mira el surco que me dejó una sierra en la cara. Y así me llamaban: Saviol el Aserrador. Aserrar, amigo mío, no es trabajo sencillo: estás ahí, dale que te pego, moviendo las manos en el aire, con una red cubriéndote la cara, unos troncos por encima de la cabeza, sin ver ni gota con todo ese serrín cayéndote encima, ¡ay! Pero yo era un hombre alegre, divertido, vivía a lo loco, como esas palomas que suben volando muy alto, hasta perderse de vista en lo más profundo del cielo, y una vez allí pliegan las alas, meten la cabeza debajo, y entonces, ¡zas!, se lanzan disparadas hacia abajo. Muchas se matan, chocan con los tejados, se estampan contra el suelo. Bueno, pues así era yo. Alegre, desvergonzado, la suerte me sonreía: las mujeres, las chicas estaban todas locas por mí; les gustaba más que un caramelo, palabra de honor. ¡Qué cosas! Cómo me alegra recordarlo…

Y, moviéndose de un lado para otro, se reía a carcajadas, como un chaval —aunque tenía la voz un tanto cascada—, y el arroyo se hacía eco de su risa. Soplaba una cálida brisa; los rayos dorados del sol resbalaban por la superficie aterciopelada de las hojas otoñales.

—¿Y si echamos un trago, amigo mío? —propuso Saviol—. ¡Vete a buscar la botella!

Bajé hasta el arroyo, donde habíamos puesto a refrescar la botella de vodka. Nos bebimos un vaso cada uno, acompañado de *vobla*[54] y unos *krendeliá*. El viejo exclamó entusiasmado:

—¡Qué gran invento, la bebida! —Y, relamiéndose sus erizados bigotes grises, añadió—: ¡Es una cosa estupenda! Yo no puedo beber mucho, pero en pequeñas cantidades la verdad es que me encanta. Dicen que el primer vodka lo destiló el demonio. Pues hay que darle las gracias al demonio por algo tan bueno…

—Entornó los ojos, estuvo un momento callado y de pronto exclamó, indignado—: Bueno, el caso es que me hicieron mucho daño… ¡me hirieron en lo más hondo! Ay, amigo, las personas estamos tan acostumbradas a hacernos daño los unos a los otros… ¡es una auténtica vergüenza! La conciencia vive entre nosotros como un chucho callejero, ¡nadie quiere ni verla! Bah, qué más da. Yo estaba entonces casado, casado como Dios manda, mi mujer se llamaba Natalia, era bonita y agradable. Nos iba bien, me confortaba, aunque era un tanto jaranera; pero, claro, yo pasaba mucho tiempo fuera, sólo iba a casa a temporadas, y allí donde había una mujer que valía la pena, una mujer cariñosa, procuraba aprovechar la ocasión. Es algo de lo más normal, no se puede evitar, y cuando uno es joven y fuerte no hay nada mejor que hacer. A veces volvía yo a casa, trayendo dinero y alguna otra cosilla, y la gente decía: «Saviol, la próxima vez que te marches átale la falda a tu mujer». Se reían de mí, vaya. Bueno, yo a ella le pegaba lo justo, por el qué dirán, después le hacía un regalo y le decía, entre mimos: «Mira que eres boba; ¿cómo se te ocurre ponerme en ridículo? ¿Acaso te trato mal? ¿Soy yo tu enemigo?». Naturalmente, se echaba a llorar. «Todo eso es mentira», decía. Yo sé muy bien que a la gente le encanta mentir, pero a mí no hay quien me engañe: la noche te dice toda la verdad de una mujer, en seguida averiguas si ha estado o no ha estado en otros brazos.

Oímos un ruido a su espalda, entre los arbustos.

—¡Chis! —El viejo sacudió una rama del sauquillo—. Aquí vive un erizo. Hace unos días me pinché en un pie; iba a lavarme al arroyo y, como estaba escondido entre la hierba, no pude verlo y se me clavó una púa en un dedo. —Con una sonrisa, miró al arbusto y, después de incorporarse, prosiguió—: ¡Sí, amigo mío! El caso es que me hicieron daño, ¡no sabes tú cuánto! Tenía yo una hija, Tasha la llamábamos, Tatiana. Sin ánimo de presumir, te diré, en una palabra: ¡era la alegría del mundo entero! ¡Qué preciosidad de hija! ¡Un sol! Yo me encargaba de vestirla y, cuando salía a la calle los días de fiesta, ¡era un ángel del cielo! Qué andares, qué porte, aquellos ojos… Kuzmín, el maestro… El Baúl le decían, era un tipo muy desmañado… Bueno, pues él la llamaba de una forma muy extraña, pero cada vez que bebía se le saltaban las lágrimas y no hacía más que suplicarme que cuidara de ella. Y bien que la cuidaba. Pero, como yo era un tipo con suerte, y eso no gusta en esta tierra, me gané muchas envidias, y se corrió el rumor de que yo había abusado de mi hija y estábamos liados…

Empezó a agitarse, muy nervioso, cogió la camisa, que estaba colgada en el arbusto, se la puso y se abrochó el cuello cuidadosamente. Hizo una mueca de dolor, apretó los labios con fuerza y hundió los ojos desnudos bajo las escasas

cerdas de sus cejas grises. Caía la tarde. Empezaba a refrescar. Se oyó el canto de una codorniz:

—Pit piripit…

El anciano se asomó al barranco.

—Total, que empezó a extenderse el bulo. El maestro Kuzmín, el pope, el escribiente, algunos hombres de la aldea y, sobre todo, las mujeres empezaron a afilar la lengua y a dar la matraca, repitiendo: «Ese hombre vive en el pecado». Somos felices amargándole la vida a la gente, no hay nada que nos guste más. Tasha no paraba de llorar: no se atrevía a salir a la calle, los chiquillos se metían con ella. Todo el mundo estaba encantado, ya tenían en qué entretenerse. Así que le dije: «Vámonos, Tasha»…

—¿Y tu mujer?

—¿Mi mujer? —repitió la pregunta asombrado—. Pero ¡si ya había muerto! Fue visto y no visto: una noche exhaló un gemido y se quedó muerta. ¡Sí, sí! Eso fue mucho antes de toda esta historia, Tasha no había cumplido aún los trece… Qué mal me trató mi mujer, no fue buena conmigo, me era infiel.

—Pero si hace un rato la estabas elogiando —le recordé. Ni se inmutó. Se rascó el cuello, se sujetó la barba con la palma de la mano y, mirándosela, dijo tranquilamente:

—¿Y qué si la he elogiado? La gente no es mala toda la vida, y en ocasiones también los malvados son dignos de alabanza. Las personas no somos piedras, y hasta las piedras cambian con el tiempo. Pero no vayas a pensar cosas raras: murió de muerte natural. Fue el corazón, que no le andaba bien. A veces, estaba de noche pasándomelo bien con ella y de repente se quedaba en blanco, como si estuviera muerta. ¡Daba miedo!

Su suave voz, ligeramente enronquecida, sonaba armoniosa, y en el aire tibio de la noche se fundía sin esfuerzo, con toda naturalidad, con el olor de las hierbas, los suspiros del viento, el susurro de las hojas, el dulce chapoteo del arroyo en las rocas. De haberse callado, le faltaría algo a la noche, ya no sería tan bella, tan grata para el alma. Saviol hablaba con una soltura asombrosa, no le costaba nada encontrar la palabra justa, revestía sus pensamientos con todo afecto, como una niña jugando con sus muñecas. He tenido ocasión de escuchar a muchos charlatanes rusos, personas que se embriagan con su verbo florido y que a menudo

—por no decir siempre— pierden el fino hilo de la verdad en la ingeniosa maraña del discurso. Pero éste entretejía su relato con una simplicidad tan convincente, con una sinceridad tan manifiesta que no me atrevía a interrumpirle con preguntas. Viendo cómo jugaba con las palabras, me daba cuenta de que aquel anciano era el dueño de unas piedras preciosas dotadas de vida, capaces de encubrir, con su mágico poder, cualquier mentira sucia y criminal. Me daba cuenta, pero, de todos modos, me rendí al embrujo de su discurso.

—Como te decía, mi querido amigo, fue entonces cuando empezó de verdad el asunto: hicieron venir a un doctor que, sin ningún pudor, examinó a Tania con todo detalle. Con él había un tiparraco: un hombre calvo, con botones dorados, un juez instructor, se supone. Se dedicaba a hacer preguntas, quería saber quién y cuándo. Ella no abría la boca, estaba muerta de vergüenza. Me detuvieron, me llevaron a la prisión provincial. Y allí estuve ingresado. El calvo aquel me decía: «¡Confiesa y te rebajarán la pena!». Yo le propuse, con mi mejor intención: «Déjame ir, señoría, a Kiev, a visitar las sagradas reliquias y hacer penitencia por mis pecados». Y él: «¡Hombre, menos mal que confiesas!». ¡Cómo me había cazado el gato calvo! Yo no había confesado nada, sencillamente lo había soltado así como así, por puro aburrimiento. No sabes cómo me aburría en la cárcel, y me sentía extraño, rodeado de ladrones y asesinos y toda clase de canallas; además, no dejaba de preguntarme qué le estarían haciendo a Tasha. Más de un año duró todo ese lío, hasta que fuimos a juicio. Una vez allí, miro y lo primero que veo es que Tasha también se había presentado: llevaba guantes y botines, ¡algo insólito en ella! Un vestidito azul, como una nube: dejaba ver el resplandor del alma. Todos los miembros del tribunal y todo el público presente se fijaban en ella, y era como estar en un sueño, amigo mío. Pero al lado de Tasha estaba la señora Antsíferova, nuestra hacendada, feroz como un lucio y de lo más taimada. Me dije: «¡Ay, ésta se me come vivo, me roe hasta los huesos!». —Se rió con un humor excelente—. Tenía un hijo, Matvéi Alekseich; siempre me había parecido un simple, un soso. Paliducho, sin una gota de sangre en la cara, llevaba gafas, melenas de pope, una barbita ridícula, y se dedicaba a escribir canciones y cuentos en una libreta. Era un buenazo, cualquier cosa que le pidieras te la concedía. Y, claro, los aldeanos se aprovechaban: que si el uno le pide una guadaña, que si el otro un poco de madera, que si el de más allá pan; todo el mundo le sacaba algo, tanto si les hacía falta como si no. Yo le decía: «¿Qué haces, Alekseich? ¿Cómo te da por repartirlo todo? Tus padres, tus abuelos, fueron haciendo acopio, se enriquecieron, les arrancaron a sus siervos la piel a tiras sin miedo al pecado, ¿y tú vas y lo repartes todo sin ton ni son? ¿No te da pena de tanto esfuerzo?». «¡Así tiene que ser!», respondía. No era demasiado listo, pero tenía buen carácter, eso sí. Después el gobernador le envió a China: estuvo grosero con el gobernador, así que le

mandaron para China.

»Total, que me juzgaron. Me asignaron un defensor, estuvo dos horas hablando, haciendo aspavientos. Tasha también declaró a mi favor…

—Pero ¿estabais liados?

Se quedó pensativo, como si estuviera haciendo memoria, después dijo en tono indiferente, siguiendo con sus ojos desnudos el vuelo de un azor:

—A veces ocurre, entre padres e hijas. Hubo hasta un santo que vivió con sus hijas, con dos, de ellas nacieron los profetas Abraham e Isaac. Pero no lo digo por mí. Es verdad que algunas veces jugueteé con ella; son cosas propias del invierno, con esas noches tan largas, tan aburridas. Y ya no digamos para alguien como yo, acostumbrado a dar vueltas por el mundo, a ir de acá para allá. Yo le contaba cuentos, ¡conozco cientos de cuentos! Pero, ya se sabe, los cuentos son de mentira. Y te calientan la sangre. Y Tasha… —Cerró los ojos y, moviendo la cabeza, suspiró—: ¡Era una belleza fuera de lo común! Y lo mío con las mujeres también era algo fuera de lo común: ¡me volvían loco! —Se estremeció y, presa del entusiasmo y henchido de orgullo, dijo atragantándose al hablar—: Fíjate, amigo: tengo sesenta y siete años, y todavía soy capaz de satisfacer a una mujer hasta el final, las cosas como son. Unos cinco años después de aquello, muchas eran las yeguas que me suplicaban: «¡Saviólushko, cariño, para ya, no puedo más!». Me apiadaba de ellas, las dejaba marchar, y al cabo de una semana ya estaban otra vez llamando a mi puerta. «¿Así que ya estás de vuelta? Vaya, vaya». Una mujer, amigo mío, es lo más grande que hay, todo el mundo se vuelve loco por ellas: los animales, los pájaros, los bichos más pequeños; ¡todos viven pensando en lo mismo! Fuera de eso, ¿qué más razones hay para vivir?

—En todo caso, ¿qué declaró tu hija en el juicio?

—¿Tasha? Se inventó una historia… o igual se la enseñó la Antsíferija, porque yo una vez le había sido muy útil a esa señora… Bueno, lo que contó fue que el daño se lo había hecho ella sola, que yo no tenía ninguna culpa. El caso es que me pusieron en libertad. No sé de qué les sirve todo eso, como no sea para poder decir: «¡Eh, mirad cómo respetamos las leyes!». No es más que un engaño, todas esas leyes, órdenes, papeles, nada de eso hace falta, ¡que cada uno viva como quiera! Sería más barato y más cómodo. Aquí estoy yo, sin meterme con nadie y sin tratar de medrar…

—Y ¿qué sería de los asesinos?

—Habría que matarlos —resolvió Saviol—. El que mata a otro merece que acabemos con él, allí mismo, en el sitio, ¡nada de tonterías! Un hombre no es un mosquito, ni una mosca, no es peor que el canalla que lo ha liquidado…

—Y ¿los ladrones?

—¡Qué cosas tienes! ¿Y qué ladrones iba a haber si no hubiera nada que robar? A mí ¿qué me puedes robar? No hay nada que me sobre, así que no puede haber envidia ni avidez. ¿A qué se debe que haya ladrones? A la abundancia, ni más ni menos; viene uno, ve lo que hay y dice: «¡Ay, Dios mío, cuántas cosas!». Y, claro, pilla lo que puede…

Ya había oscurecido, la noche se había adentrado en el barranco. Tres veces ululó una lechuza, el viejo escuchó con atención sus inquietantes gritos y dijo con una sonrisa:

—Vive aquí cerca, en un árbol hueco. A veces el sol la sorprende, no le da tiempo a ocultarse y se queda a plena luz. Yo me acerco y le saco la lengua: «¿Qué dices, estúpida?». Pero no ve nada, y se queda callada. Como la vean en esos momentos los pajarillos más pequeños, ¡ay de la lechuza!

Le pregunté cómo se había convertido en un anacoreta.

—Surgió así: anduve vagando y vagando, hasta que decidí parar. Todo por culpa de Tasha. La Antsíferija me la jugó bien jugada: no me permitió verla después del juicio. Decía: «Yo sé toda la verdad, y tendrías que darme las gracias por haberte librado de los trabajos forzados, pero a tu hija no te la devuelvo». Era una estúpida, qué duda cabe. Yo no hacía más que revolotear a su alrededor, hasta que me di cuenta de que no había nada que hacer. Y me marché. Estuve en Kiev, y también en Siberia, gané mucho dinero y volví a casa. A la Antsíferija la había atropellado un tren, pero antes de eso había casado a Tasha con un practicante de Kursk[55]. Así que me fui para Kursk, pero resulta que el practicante se había marchado a Persia, a la ciudad de Uzun. Me dirigí a Tsaritsyn[56], y allí cogí un vapor, y luego seguí por mar hasta Uzun. Pero, al llegar a Uzun, me enteré de que Tasha había muerto. Conocí al practicante, un hombre pelirrojo, con la nariz colorada, alegre. Total, un borrachín. «¿No serás su padre?», me dijo. «¡No, no, qué va! Lo que pasa es que lo conocí en Siberia», respondí. No quería descubrirme ante un extraño. Bueno, seguí mi camino para Novy Afón[57], y poco me faltó para

quedarme a vivir allí, ¡me pareció un sitio estupendo! Pero luego me lo pensé mejor, y vi que no estaba tan bien. El mar atruena sin parar, moviendo las piedras, y los abjasios siempre andan por allí; es un terreno muy abrupto, rodeado de montañas, con unas noches tan negras que te parece que te hayan sumergido en alquitrán. Y luego está el calor. Así que me vine para acá, y aquí estoy: va ya para nueve años, y no he perdido el tiempo. Nada más llegar, me instalé aquí y planté el abedul; a los tres años planté el arce; más tarde, el tilo, ¿los ves? Y debes saber, amigo mío, que me dedico a ofrecer mi consuelo a la gente de estas tierras; ven un domingo a verme, tú mismo podrás comprobarlo.

Casi nunca mencionaba el nombre de Dios, una palabra que está continuamente en boca de toda la gente como él. Le pregunté si rezaba a menudo.

—No, no demasiado —respondió pensativo el anciano, cerrando los ojos desnudos—. Al principio rezaba bastante; me pasaba las horas muertas de rodillas, persignándome sin descanso. Las manos las tenía habituadas a aserrar y no se me cansaban, y la espalda igual. Puedo doblar mil veces el cuerpo sin quejarme. Pero, en cambio, los huesos de la rodilla no me aguantan, me duelen mucho. Así que un buen día me dije: «¿Qué hago yo aquí rezando? ¿Y para qué? Tengo de todo, la gente me adora, ¿para qué voy a molestar a Dios? Dios ya tiene mucho que hacer, ¿para qué darle la tabarra? No conviene incordiarle con nuestras tonterías. Él, que es Dios, se preocupa por nosotros; nosotros, en cambio, ¡no nos preocupamos por Él!». Y también pensé que Él bastante tenía con ocuparse de la gente importante, ¿cómo iba a tener tiempo para mí, para un don nadie como yo? Total, que ahora, cuando me desvelo por la noche, me limito a salir de la cueva, me quedo sentado por aquí, mirando al cielo del Señor, y pienso: «¿Cómo le irá por ahí arriba?». Eso, amigo, es un pasatiempo de lo más agradable, no te imaginas hasta qué punto; ¡como soñar despierto un sueño maravilloso! Y no te cansas como cuando estás rezando. Nunca le pido nada, y no le aconsejo a nadie que lo haga, aunque, cuando veo que a alguien le hace falta, le digo: «¡Ten compasión de Dios!». Pero ya te he dicho: tienes que venir a ver cómo los ayudo, lo mismo a Dios que a la gente…

No era presuntuoso: hablaba con la serena convicción de un maestro artesano que domina su oficio. Sus ojos desnudos sonreían alegres, disimulando la fealdad de su rostro desfigurado.

—¿Cómo vivo en invierno, dices? Pues bien, ahí dentro se está calentito en invierno. Lo malo es que en invierno a la gente le cuesta visitarme por culpa de la nieve; a veces me paso dos o tres días seguidos sin pan. En cierta ocasión estuve ocho días o más sin probar bocado: me quedé tan débil que se me fue la cabeza.

Menos mal que una chiquilla pudo venir por fin, ella me ayudó. Era novicia en un monasterio, aunque más tarde se casó con un maestro. Fui yo quien se lo aconsejó: «No seas boba, Lenka. ¿Qué ganas tú con esto?». «Soy huérfana», me dijo. «Pues cásate, y se acabó tu orfandad». Y al maestro, Pevtsov, un hombre encantador, también le sugerí: «Fíjate bien en esa muchacha, Misha». Sí. En seguida se entendieron. Y ahora viven tan felices. Por lo demás, en invierno suelo ir a Sarov, a Óptina, a Divéievo[58], hay bastantes monasterios por aquí cerca. Y, aunque los monjes no me aprecian, no dejan de insistir en que tome los hábitos y haga mis votos; eso les conviene, sería un aliciente para los fieles. Pero yo no quiero, yo estoy vivo, eso no va conmigo. ¡Ni que fuera yo un santo! Yo sólo soy un hombre tranquilo, campechano… —Riéndose y rascándose los costados, añadió con ternura—: En cambio, las monjas siempre me reciben con los brazos abiertos. ¡Hay que ver cómo me quieren! No lo digo por presumir, es la pura verdad. Yo, amigo mío, a las mujeres las tengo muy caladas, a todas ellas. Lo mismo me da que sean de alta cuna o de familia de comerciantes o mujeres de pueblo; yo a todas las conozco tan bien como a mi propia alma. Las miro a los ojos y en seguida me doy cuenta de qué es lo que las inquieta. Si yo te contara… —Y volvió a invitarme, en tono persuasivo—: Tienes que venir sin falta, y ya verás cómo me entiendo con ellas. Bueno, y ahora vamos a darle otro tiento a la botella.

Después de beber, apretó los ojos y, moviendo la cabeza, prosiguió con nuevos bríos:

—¡Lo bien que sienta un trago!

La corta noche primaveral se iba desvaneciendo visiblemente; el ambiente era más fresco, le propuse que hiciéramos un fuego.

—No, ¿para qué? ¿Tienes frío? Yo, que soy un anciano, no tengo frío, ¿y tú sí? ¡Ay…! Pues nada, métete en la cueva, acuéstate ahí dentro. Es que, si hacemos un fuego, amigo mío, toda clase de bichos pequeños vendrán volando para arder en la llama, y eso no me gusta. Para ellos el fuego es una trampa, y van derechos a su perdición. El sol, que es el padre de todos los fuegos, no mata a nadie; nosotros, en cambio, por el bien de nuestros huesos, podemos hacer que se quemen todos esos bichillos. No hay ninguna necesidad…

Yo me mostré conforme: no había ninguna necesidad. Y me metí en la cueva, mientras él seguía un buen rato trajinando por allí: primero se fue a no sé dónde, luego chapoteó en el arroyo, y oí su voz zalamera:

—Piiit… No tengas miedo, tonto… ¡Fit!

Después, muy suavemente, se puso a cantar con voz trémula, como si estuviera acunando a alguien…

Cuando me desperté, salí de la cueva. Saveli, de rodillas, trenzaba diestramente un *lápot* y le decía a un pinzón que cantaba enfurecido entre los arbustos:

—Venga, no pares, no dejes de cantar, ¡el día es tuyo! —Al verme, añadió—: ¿Has dormido bien, amigo mío? Ve a lavarte; ya he puesto la tetera a hervir, te estaba esperando…

—¿Y tú? ¿No has dormido?

—Yo, amigo, ya dormiré cuando me muera.

Encima del barranco brillaba el cielo azul de mayo.

Volví a visitarle al cabo de unas tres semanas, un sábado a la caída de la tarde, y me recibió como si fuese un viejo amigo del alma.

—Ya empezaba a pensar: ¡éste se ha olvidado de mí! Anda, ¿has traído vodka? ¡Bueno, muchas gracias! ¡Y pan blanco! Fíjate, qué tierno. Pero ¡qué amable eres! Seguro que la gente te adora, a las buenas personas las quiere todo el mundo, ¡todos sabemos lo que nos conviene!… ¿Embutidos? Eso, ya ves, no me hace mucha gracia, es comida de perros; tómatelo tú, yo prefiero el pescado. Como este pez dulce, la *vimba*[59], que viene del Caspio, ¡éste sí que lo he probado! Caramba, debes de haberte gastado más de un rublo y medio en comida, ¡estás como una cabra! ¡Gracias de todos modos!

Me pareció aún más vivaz, más radiante y alegre, que la vez anterior; me sentía despreocupado y contento, y me dije: «¡Por todos los demonios! Me parece que estoy en presencia de un hombre feliz». Con destreza y dulzura, se hizo cargo de todo en seguida, guardó lo que le había llevado y empezó a disparar por todas partes, como si fueran chispas, sus dulces y fascinantes palabras rusas que embriagaban el alma.

Los movimientos de su robusto cuerpo, vivos como los de una culebra, armonizaban de forma espléndida con la precisión de su discurso, y, pese a lo desfigurado de su rostro, de aquellos ojos suyos sin pestañas —parecía como si se

las hubieran arrancado a propósito, para que pudiera ver mejor, sin ningún impedimento—, resultaba casi atractivo, con una belleza maliciosamente enturbiada y enmarañada por la vida. Y su deformidad exterior subrayaba con especial intensidad esa belleza.

De nuevo la barba gris le tembló casi toda la noche y los ralos bigotillos se le erizaban cada vez que se desternillaba de risa, abriendo de par en par la boca torcida, en la que brillaban unos dientes blancos y agudos de hurón. En el fondo del barranco reinaba el silencio, pero por encima soplaba el viento, las coronas de los pinos se mecían y susurraban las hojas amarillas de los robles; el río azul del cielo estaba violentamente agitado, cubierto por la espuma gris de las nubes.

—¡Chis! —me ordenó suavemente el viejo, levantando la mano en señal de advertencia.

Agucé el oído: todo estaba en silencio.

—Anda por aquí un zorro, tiene la madriguera ahí mismo. Los cazadores me suelen preguntar: «¿No vive un zorro por aquí, abuelo?». Yo les engaño: «¿Un zorro? No, aquí no hay zorros». No me hacen ninguna gracia los cazadores, ¡que se joroben!

Yo ya me había fijado en que al viejo a veces le entraban ganas de despacharse con esos estúpidos improperios rusos, pero, consciente de que eso no iba con su carácter, se limitaba a emplear expresiones como: «¡Que se joroben!», y cosas así.

Después de echar un trago de vodka de betónica, dijo, entornando sus ojos lacerados:

—Está delicioso este pescado. Te lo agradezco de todo corazón; cómo me gustan las cosas ricas…

No había acabado de entender su relación con Dios y, cautelosamente, traté de encauzar la conversación por esos derroteros. Al principio me contestó con las clásicas palabras de los peregrinos, de los visitantes asiduos de los monasterios, de los devotos profesionales, pero yo tenía la impresión de que le fastidiaba hablar así, y no me equivocaba. En cierto momento se me acercó y, bajando la voz, empezó a decirme con toda convicción:

—Te voy a contar una cosa de un francés, un sacerdote francés: era un tipo

muy bajito, negro como un estornino, con su tonsura en la cabeza, gafas doradas en las naricillas, y unas manitas que parecían las de una niña pequeña; ¡parecía un juguete de Dios! Le conocí en el monasterio de Pocháiev[60]; ¡ése sí que está lejos de aquí! —Señaló con la mano hacia el este, hacia la India, estiró las piernas para ponerse más cómodo y, con la espalda apoyada en una roca, prosiguió—: Por allí viven muchos polacos, ésa es tierra extranjera, no es nuestra tierra. Estaba yo discutiendo con un monje, y me decía él: «A la gente hay que castigarla más». Yo me reía, y le dije que, si empezábamos a castigar a todo aquel que se lo merecía, no acabaríamos nunca y no habría tiempo para nada: todo el mundo zurrándose todo el santo día, y se acabó. El monje se enfadó conmigo: «¡Qué cosas dices, necio!». Y se marchó. Y aquel sacerdote bajito, que estaba en un rincón, se me acercó en seguida y empezó a contarme… ¡unas cosas! Te diré, amigo mío, que me recordó a Juan el Bautista. Se hacía un lío al hablar, no todas nuestras palabras se pueden trasladar a otra lengua, pero, eso sí, ponía toda el alma en lo que decía. «Ya he visto que usted —siempre me trataba de usted— no estaba de acuerdo con ese monje; ah, y hace usted muy bien. Dios no es un enemigo de los hombres, sino un amigo sincero; lo que pasa es que, debido a su bondad, le ha ocurrido lo siguiente: se ha disuelto en nuestra vida de lágrimas como un azucarillo en el agua, pero se trata de un agua sucia, un agua corrompida, y no somos capaces de sentirlo, no lo notamos, no saboreamos a Dios en nuestra vida. Pero, a pesar de todo, Él se ha derramado por todo el mundo y vive en cada alma como la llama más pura, y tenemos que buscar a Dios en cada hombre, reunirlo en una sola esfera y, cuando todo el poder del Señor de las almas vivientes esté nuevamente reunido, vendrá Satanás ante Él y le dirá: "Ahora contemplo tu grandeza, Señor, y tu fuerza sin medida; no había sabido verlo, ¡te suplico que me perdones! Ya no deseo combatirte, acéptame como siervo tuyo"». —El viejo hablaba con énfasis, y las pupilas dilatadas le brillaban extrañamente en el rostro moreno—. Y añadió el francés: «Y entonces el mal y la depravación llegarán a su fin, y todos los hombres retornarán a su Dios, igual que las aguas de los ríos retornan al océano»… —En ese momento, el anacoreta se ahogó con las palabras, se dio unos cuantos golpes en las rodillas y prosiguió, con una risa ronca—: Bueno, todo aquello me llegó al corazón, el alma se me iluminó, pero no sabía qué decirle al francés. «¿Me permitirías que te diera un abrazo, imagen de Cristo?», le pregunté. Nos abrazamos y nos echamos a llorar. ¡Qué manera de llorar! Como niños pequeños que encuentran a sus padres tras una larga separación. Y eso que ya éramos bastante mayores los dos: los pelos que le salían alrededor de la tonsura los tenía grises. Y le dije, sin más: «¡Para mí, tú eres la viva imagen de Cristo, como un nuevo Juan el Bautista!». Así le llamaba yo, «imagen de Cristo», aunque no dejaba de ser un poco ridículo: ¡ya te he dicho que era igualito que un estornino! Y el otro monje, Vitali, no hacía más que meterse con él: «¡Un clavo, eso es lo que es usted!». Pues sí, es verdad que se parecía a un

clavo, ¡era igual de agudo! A ti, querido amigo, todo este alborozo mío tiene que resultarte incomprensible; tú eres una persona instruida, sabes de todo; pero yo, en aquel tiempo, estaba ciego: podía ver perfectamente, pero era incapaz de comprender dónde está Dios. Y de pronto ese hombre me abrió los ojos, imagínate lo que eso supuso para mí. Porque, claro, yo sólo te he contado lo más importante, pero la verdad es que estuvimos conversando hasta el amanecer. Me dijo tantísimas cosas que yo sólo me acuerdo del meollo, pero se me ha olvidado todo el cascarón…

Hizo una pausa y olfateó el aire, como un animal.

—Parece que va a llover… ¿O no? —Volvió a olfatear y decidió, más tranquilo—: No, no va a llover; es el relente nocturno… Te diré, amigo mío, que todos esos franceses y habitantes de otras tierras son una gente de enorme inteligencia. Ya no recuerdo si fue en la provincia de Járkov[61] o en la de Poltava[62], pero el caso es que a un inglés que trabajaba como administrador al servicio de un gran príncipe le dio por fijarse en mí; entonces me llamó a su despacho y me dijo: «Mira, anciano, aquí tienes una carta secreta, quiero que la lleves a tal sitio y se la entregues a tal persona; ¿podrías?». ¿Por qué no iba a poder? A mí me daba lo mismo ir a un sitio o a otro, y aquello estaba a unas cien verstas. Así que agarré el sobre, lo até con una cuerda, me lo guardé en la ropa y me marché. Al llegar al lugar indicado, pedí que me llevaran a ver al hacendado. Pero, claro, me dieron para el pelo: me echaron de allí a palos. «¡Ah, condenados, así reventéis!», pensaba yo. Pero llevaba el sobre encima, y se conoce que, por culpa del sudor, el papel debió romperse, así que miré… y ¡vi que estaba lleno de dinero! Mucho dinero, unos trescientos rublos, más o menos. Me asusté: ¿y si alguien se daba cuenta y me robaba de noche? ¿Qué hacer? Así que ahí estaba, en pleno campo, sentado al pie de un árbol, cuando de pronto se acerca un coche con un señor. Pensé que a lo mejor se trataba, precisamente, del señor al que andaba buscando. Me planté en medio del camino, agitando mi bastón, el cochero me sacudió un latigazo, pero resulta que el señor le mandó detenerse y encima le regañó. Pues sí, era la persona indicada.

»—Con su permiso, señor —le dije—, le traigo este envío secreto.

»—Muy bien —respondió—, ven conmigo.

»Echamos a andar y me llevó a unos aposentos lujosísimos, y allí me preguntó:

»—¿Qué traes en ese sobre?

»—Yo diría que dinero; el sobre se ha empapado en sudor y he podido verlo.

»—Y ¿quién te lo ha dado?

»—No puedo decirlo, me lo han ordenado.

»Empezó a gritarme:

»—Te voy a llevar al comisario, acabarás en prisión.

»—Bueno, qué se le va a hacer.

»No hacía más que intentar meterme miedo, pero yo no estaba asustado. De repente se abre la puerta y me veo al inglés en el umbral. ¿Qué habría pasado? Y él estalló en una carcajada. Había venido en ferrocarril, y había llegado antes que yo. Se había quedado esperando a ver si me presentaba allí o no. Y los dos sabían perfectamente cuándo había llegado, y habían visto cómo me echaban los criados: ellos mismos habían dado orden de que me echaran de allí, aunque no habían dicho nada de pegarme, sólo de echarme. Era todo una broma, no sé si te das cuenta; habían querido ponerme a prueba, para comprobar si llevaba el dinero al lugar indicado o no. Parecía que estaban satisfechos, viendo que sí lo había llevado; me dijeron que fuera a lavarme, me proporcionaron ropa limpia y me invitaron a comer con ellos. Sí, amigo mío… ¡Ni te imaginas lo bien que comimos! Y el vino… era probarlo y ya no tenías fuerzas para cerrar la boca. Abrasaba por dentro, y tenía un aroma exquisito. Me hicieron beber tanto que acabé vomitando. Al día siguiente volví a comer con ellos, les conté muchas cosas, y los dejé asombrados. El inglés se emborrachó y trató de demostrar que el pueblo ruso es el más admirable de todos, y nadie sabe de lo que es capaz. Hasta dio puñetazos en la mesa. Me ofrecieron el dinero aquel: "Cójalo", me decían. Y yo lo acepté, a pesar de que nunca me he preocupado por el dinero, nunca me ha interesado. Eso sí, me gustan las compras; una vez compré una muñeca, iba yo por la calle y vi una muñeca en un escaparate, parecía enteramente que estuviera viva, hasta movía los ojos. La compré. Cuatro días la llevé conmigo, me sentaba en cualquier parte, la sacaba del morral y me quedaba mirándola. Después se la regalé a una chiquilla en la aldea. El padre me preguntó si la había robado. Le dije que sí: me daba vergüenza confesar que la había comprado…

—¿Cómo acabó la historia con el inglés?

—Nada, me dejaron marchar y se acabó. Me estrecharon la mano y me dieron toda clase de explicaciones: «Lo sentimos mucho, sólo era una broma»… Necesito dormir un rato, amigo; mañana tengo un día complicado… —Mientras se preparaba para dormir, me dijo—: ¡Siempre he sido un bicho raro! En ocasiones me embargaba la alegría, todo se contagiaba: el corazón, las tripas… ¡Me entraban unas ganas de bailar! Y lo cierto es que me ponía a bailar; la gente se reía de mí, pero yo bailaba… Total… No tenía hijos, no había nadie que pudiera avergonzarse de mí…

»Eso es cosa del alma, amigo mío, que le da por jugar —proseguía pensativo, hablando suavemente—. Es caprichosa, de repente le da por algo, aunque sea lo más ridículo del mundo, y ya no te deja que te apartes de eso. Mira, otro caso parecido al de la muñeca: un buen día una niña me dejó prendado. La vi en la hacienda de unos señores; tendría unos nueve años, y estaba a la orilla de un estanque, removiendo el agua con una ramita y llorando desconsoladamente: tenía toda la carita bañada en lágrimas, como una flor cubierta de rocío, y hasta el pecho lo tenía cuajado de lágrimas. Naturalmente, me dirigí a ella:

»—¿Por qué lloras de ese modo? Con el día tan bonito que hace…

»Pero resulta que estaba enfadada:

»—¡Vete de aquí! —me dijo.

»Yo insistí, hasta que conseguí que me contara lo que le pasaba:

»—No vuelvas por aquí; ¡mi papá es malo, mi mamá es mala y mi hermano también es malo!

»Yo me reí para mis adentros, pero puse cara de miedo, como si de verdad me hubiera asustado con sus palabras. Entonces ella escondió la carita en mi hombro y empezó a sollozar, temblando con todo el cuerpo. Su pesar no era tan terrible: sus padres habían ido de visita a tres verstas de allí, pero no se la habían llevado como castigo; era una niña caprichosa y no había querido ponerse el vestido que le habían dicho. Yo, claro, la compadecía, censuraba a sus padres: "¡Hay que ver, qué gente más informal! ¡Ayayay!". Y ella: "Anda, abuelito, llévame contigo, no quiero vivir con ellos". ¿Llevarla conmigo? Nada más sencillo. "Venga, vamos". En fin, que la llevé a donde estaban sus padres de fiesta: allí tenía ella un amiguito, un tal Kolia, un pilluelo con el pelo rizado, ahí estaba el secreto de su pena. Naturalmente, todo el mundo se rió de ella, y se puso colorada como un

tomate. Su padre me dio incluso una *poltina*[63] de plata, y me marché de allí. Y ¿te creerás creer, amigo mío, que me encariñé de esa niña? No me resignaba a perderla de vista, no era capaz de alejarme de aquella hacienda. Estuve una semana rondando por allí, me moría de ganas de ver a la niña, de hablar con ella. Era una cosa ridícula, pero ¡no lo podía evitar! Se la habían llevado a la costa, tenían que tratarla del pecho, pero ahí estaba yo, vagando como un perro. Son cosas que pasan. Sí. El alma es un pájaro caprichoso, nunca sabemos adónde vuela…

Casi como en sueños, o delirando, el viejo seguía hablando entre pausas y bostezos, hasta que de repente volvía a animarse, como rociado por una lluvia fría.

—El año pasado, en otoño, vino a verme una señora de la ciudad; no parecía muy agradable, era más bien tiesa y fea, pero, cuando la miré a los ojos… ¡Dios mío! Después de ver aquello, habría dado cualquier cosa por pasar una sola noche con ella, y después ya podían cortarme en pedazos o descuartizarme, que todo me daba igual. ¡Cualquier muerte me parecía deseable! Así que le dije, sin más: «Vete de aquí, por favor, no querría hacerte daño. ¡Vete!». No sé si se daría cuenta de algo, pero el caso es que se marchó a toda prisa. No sé cuántas noches habré perdido el sueño pensando en ella, creyendo ver aquellos ojos, sin poder remediarlo. Y eso que soy un viejo… Un viejo, sí… Da igual, el alma no sabe de leyes, no cuenta los años…

Se estiró en el suelo, movió las rojas cicatrices de los párpados, chasqueó los labios y por último dijo:

—Bueno, a dormir…

Se envolvió la cabeza en el *armiak* y se quedó callado.

Se despertó al amanecer, echó un vistazo al cielo nublado y bajó corriendo al arroyo; allí se quedó en cueros y, entre gruñidos, se lavó el cuerpo robusto, moreno, de la cabeza a los pies; me dio un grito:

—Eh, amigo, acércame la camisa y los pantalones; están ahí en la cueva…

Tras ponerse su larga camisa —le llegaba hasta las rodillas— y los pantalones azules, se peinó con un peine de madera los cabellos mojados y, con un aspecto casi venerable, que recordaba vagamente a algún icono, dijo:

—Siempre me lavo bien lavado antes de recibir a la gente.

No quiso acompañar el té con un poco de vodka:

—¡No conviene! Tampoco pienso comer, sólo voy a tomar un poco de té. Necesito tener la cabeza despejada, que nada me distraiga. En estos asuntos el alma tiene que sentirse muy ligera…

A partir del mediodía empezó a llegar la gente; hasta entonces, el anciano estuvo callado y apático. Sus ojos vivaces y alegres miraban muy concentrados, sus movimientos eran muy pausados. Con frecuencia levantaba la mirada al cielo y escuchaba atentamente el susurro de la brisa. Se le había afilado la cara, parecía más desfigurado que de costumbre y la boca se le torcía en una mueca poco menos que enfermiza.

—Viene alguien —dijo de pronto en voz baja.

Yo no oía nada.

—Sí. Son mujeres. Quiero que hagas lo siguiente, amigo: no hables con nadie, no intervengas, ¡podrías intimidar a esa gente! Quédate por ahí apartado. Y en silencio.

Dos mujeres salieron de entre los arbustos, sin hacer ruido. Una era corpulenta, de mediana edad, con unos ojillos dóciles de caballo; la otra era más joven, tenía el rostro ajado, macilento, parecía tísica. Las dos se asustaron al verme; yo me retiré, ladera arriba, y me dediqué a escuchar las palabras del anciano:

—No pasa nada, no estorba. Está un poco tocado; todo esto ni le va ni le viene, no entra en estos asuntos…

La joven empezó a hablar con una voz cascada, entre toses y resoplidos, en un tono apremiante y compungido; su amiga interrumpía su discurso con breves intervenciones en una voz grave y comedida. En cuanto a Saveli, con una voz que no parecía la suya, exclamaba comprensivo de vez en cuando:

—¡Claro, claro, claro!… ¡Ayayay!… Hay que ver, ¡qué gente!…

La mujer empezó a lloriquear; entonces el viejo arrastró las palabras melodiosamente:

—Querida mía, espera un poco; déjalo ya, y escucha…

Me dio la impresión de que su voz había perdido aspereza; sonaba más alta y más limpia, y la melodía recordaba extrañamente al canto ingenuo de un jilguero. A través de una red de ramas, vi cómo se inclinaba hacia la mujer para hablarle directamente a la cara, mientras ella, sentada a su lado en una postura incómoda, abría mucho los ojos y se apretaba el pecho con las manos. Su compañera tenía la cabeza inclinada hacia un lado y la sacudía.

—Si te han ofendido a ti, ¡han ofendido a Dios! —dijo el viejo en voz alta, y el tono decidido, casi alegre, de esas palabras no se ajustaba a su sentido—. Porque ¿dónde está Dios? Él está en tu alma, detrás de tus pechos vive el Espíritu Santo; y esos necios hermanos tuyos lo han ofendido con su insensatez. De ellos, de esos necios, es de quienes debemos tener compasión; son ellos los que han hecho mal. Porque ofender a Dios es como ofender a nuestro propio hijo… —Y otra vez dijo con voz melodiosa—: Querida…

Me conmoví: nunca hasta entonces había podido oír aquella palabra tan común e insignificante teñida de tan exultante ternura. Ahora el anciano estaba hablando en un rápido susurro; tenía una mano en el hombro de la joven y la empujaba suavemente, haciéndola balancearse, como si estuviera dormitando. La mujer más corpulenta estaba sentada en una piedra a los pies del viejo, desplegando metódicamente, en forma de abanico, el extremo de su falda azul.

—Un cerdo, un perro, un caballo… cualquier animal confía en la inteligencia humana, y tus hermanos son seres humanos, ¡ten esto presente! Y dile al mayor que venga a verme el domingo…

—No va a venir —dijo la mujer corpulenta.

—Sí vendrá —exclamó convencido el anciano.

Alguien bajaba por el barranco; rodaron fragmentos de tierra, susurraron las ramas de los matorrales.

—Vendrá —repitió Saveli—. Y ahora, id con Dios. Todo se arreglará.

La tísica se levantó en silencio y se inclinó profundamente ante el anciano; él colocó su mano bajo su frente, le levantó la cabeza y dijo:

—Recuerda: ¡llevas a Dios en tu alma!

La mujer volvió a inclinarse y le entregó un atadillo.

—Que Cristo te guarde…

—¡Gracias, amiga!… Márchate… —Y la persignó.

Un campesino de anchas espaldas y negras barbas salió de entre los arbustos. Vestía una camisa nueva, aún sin lavar, de color rosa; le estaba muy amplia, y formaba pliegues angulosos que salían por fuera del cinturón. No llevaba gorro; por todas partes las greñas de pelo canoso caían en remolinos rebeldes; por debajo las cejas fruncidas, sus ojillos de oso miraban lúgubremente.

Tras ceder el paso a las mujeres, las siguió con la mirada. Después tosió ruidosamente y se rascó el pecho.

—Salud, Oliosha —dijo el viejo con una sonrisa—. ¿Qué hay?

—Aquí estoy —contestó Oliosha secamente—. Me apetecía verte un rato.

—¡Muy bien, siéntate!

Estuvieron unos momentos en silencio, mirándose muy serios, y de pronto hablaron los dos a la vez:

—¿Qué tal el trabajo?

—Estoy harto, padre…

—Pero ¡si eres un gran hombre, Oliosha!

—Ojalá tuviera un corazón como el tuyo…

—¡Eres un hombre fuerte!

—Y ¿para qué me sirve tanta fuerza? Un alma como la tuya, eso es lo que me haría falta…

—Mira: lo perdiste todo en aquel incendio; otro más burro que tú se habría hundido…

—¿Y yo?

—¡Tú no! Tú ya vuelves a prosperar…

—Mi corazón es ruin —dijo el aldeano a voces, y cubrió su corazón de imprecaciones, pero el viejo, tranquilamente, con mucho aplomo, le dijo:

—Tienes un corazón corriente, un corazón humano, ansioso; no quiere más fatigas, está pidiendo paz…

—Es verdad, padre…

Así estuvieron hablando cerca de media hora: el campesino hablaba de un hombre malvado, violento, con una vida dura, plagada de fracasos, mientras Saveli se refería a alguien muy distinto: un hombre fuerte, tenaz en el trabajo, un hombre que no permitía que nada se le escapase de las manos, que no daba nada por perdido, con un alma grande.

El campesino dijo, con una sonrisa de oreja a oreja:

—He hecho las paces con Piotr…

—Eso me han dicho.

—Pues sí. Echamos un trago. Le digo: «¿Qué te cuentas, diablo?». «¿Y tú?», me responde. Sí. Es un buen hombre, la madre que…

—Los dos sois hijos del mismo Dios…

—Un buen hombre. Y, sobre todo, ¡muy listo! Padre… ¿crees que debería casarme?

—¿Por qué no? Cásate con ella…

—¿Con Anfisa?

—Sí. Lleva muy bien la casa. Es muy guapa, y no digamos lo fuerte que es. Es viuda, ha vivido con un viejo, ha tenido que aguantar mucho con él… Os irá muy bien juntos, hazme caso…

—Sí, sí, me voy a casar…

—No necesitas más…

Después el aldeano le contó una historia incomprensible de un perro, y de

cómo habían vaciado un barril de *kvas*; no hacía más que contar y reírse, parecía un *leshy*[64]. Su cara lúgubre, de bandolero, se había transformado por completo, y ahora tenía el aspecto estúpido e inofensivo de un vulgar animal doméstico.

—Bueno, Oliosha, retírate ya, viene más gente…

—¿Gente que sufre? Muy bien…

Oliosha bajó hasta el arroyo, bebió un poco de agua, cogiéndola con la mano; luego estuvo un par de minutos inmóvil como una piedra, después se tumbó boca arriba, apoyó la cabeza en las manos y, aparentemente, se quedó dormido en un santiamén.

Se presentó una muchacha coja con un vestido estampado; una gruesa trenza castaña le caía por la espalda y tenía unos grandes ojos azules. Su cara resultaba insólitamente pintoresca, y su falda fastidiosamente abigarrada, plagada de manchas amarillas y verdes; además, en su blusa blanca había unas motas rojas, del color de la sangre.

El viejo la recibió con alegría y la acomodó con mucho cariño. Pero en seguida apareció una vieja alta y negra, con aspecto monjil; con ella venía un joven albino, con un enorme cabezón, que traía una sonrisa inamovible en su cara mofletuda.

Saveli, precipitadamente, condujo a la muchacha a la cueva y, tras ocultarla dentro, cerró la puerta. Yo oí cómo crujían los goznes de madera.

Él se sentó en una piedra entre la vieja y el joven, y estuvo mucho tiempo callado, con la cabeza gacha, escuchando el bisbiseo de la vieja.

—¡Suficiente! —exclamó de pronto, con severidad—. O sea, que no te escucha, ¿verdad?

—Nada. Por más que le digo…

—¡Espera! ¿Tú no la escuchas, muchacho?

El joven sonreía estúpidamente, pero no dijo nada.

—Pues muy bien, ¡no la escuches! ¿Entendido? Y tú, mujer, te has metido en un buen lío; te lo digo claramente: ¡eso va contra la ley! ¡Y no hay nada peor que

tener problemas con la ley! Y… ya puedes irte, ¡márchate! No tenemos nada de que hablar. Pretende engañarte, muchacho…

El chico, con una sonrisa pícara, dijo con voz de tenor:

—Eso ya lo sé yo…

—Venga, largo —dijo Saveli, echándolos con un gesto aprensivo—. ¡Andando! No te vas a salir con la tuya, mujer. ¡No!

Abatidos, los dos se despidieron con una inclinación y se marcharon sin decir nada, por un sendero oculto entre los arbustos. Cuando llevaban recorridos unos cien pasos cuesta arriba, pude ver cómo los dos empezaban a hablar a la vez, muy cerca el uno del otro; después se sentaron al pie de un pino, haciendo aspavientos; me llegaba vagamente el runrún de una discusión. Mientras, de la cueva salía una exclamación indescriptiblemente conmovedora:

—Queriiida…

Sólo Dios sabe cómo se las arreglaría aquel viejo desfigurado para imprimirle a esa palabra tal grado de subyugante ternura, de jubiloso amor.

—Es pronto para que pienses en esas cosas —seguía hechizando a la muchacha coja, mientras la sacaba de la cueva. La llevaba de la mano, como a una niña pequeña que todavía no sabe andar con soltura. Ella se balanceaba, y empujaba al viejo con los hombros, mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos con movimientos gatunos: tenía unas manitas pequeñas y blancas.

El viejo la ayudó a sentarse en una piedra, a su lado, y luego siguió hablándole sin pausa, con voz clara y melodiosa, como si estuviese contándole un cuento:

—Pero si eres una flor en este mundo, si a ti el Señor te cultivó para que hubiera alegría; tú puedes regalar una inmensa dicha: la clara luz de esos ojitos tuyos es una fiesta para cualquier alma, ¡querida!

La capacidad de esa palabra era inagotable y, en verdad, me pareció que ocultaba en sus profundidades la clave de todos los secretos de la vida, la solución a todos los intrincados embrollos de las relaciones humanas. Y que era capaz de embrujar con su fuerza fascinante no sólo a unas simples aldeanas, sino a todo el mundo, a todas las criaturas vivientes. Saveli la pronunciaba de infinitas maneras:

con emoción, con solemnidad, con una especie de tristeza conmovedora. Sonaba a veces como un reproche cariñoso, derramando una radiante música de felicidad, y siempre, la pronunciara como la pronunciara, tenía yo la sensación de que yacía en su origen un amor infinito, un amor incesante, que sólo se conocía a sí mismo y se regocijaba con su propio ser, único sentido y única meta de la existencia, exclusiva belleza de la vida, capaz de envolver todo el mundo con su fuerza. En aquella época yo ya había aprendido a no creer, pero aquel día nublado, en aquellas horas, todo mi escepticismo se desvaneció, como desaparece una sombra cuando irrumpe el sol, al oír el sonido de aquella palabra tan conocida, desgastada por el uso diario.

Al marcharse, la muchacha coja sollozaba dichosa, y no paraba de asentir al anciano:

—¡Gracias, abuelo, gracias, querido!

—Bueno, bueno, ¡no tiene importancia! ¡Vete, amiga, vete! Vete ya, y recuerda: marchas al encuentro de la dicha, de la felicidad, de una inmensa tarea: ¡la alegría! Vete…

Iba caminando de medio lado, sin apartar los ojos del radiante rostro de Saveli. Oliosha, que acababa de despertarse, estaba en la orilla del arroyo, alborotando aún más su negra cabellera desgreñada, y miraba a la muchacha con una sonrisa. De repente se metió dos dedos en la boca y soltó un silbido ensordecedor. La chica se tambaleó y se zambulló como un pez en el denso oleaje del arbusto.

—¡Pareces idiota, Oliosha! —le reprendió el viejo.

Oliosha, haciendo el payaso, se puso de rodillas, sacó una botella de vodka del arroyo y, agitándola en el aire, propuso:

—¿Un trago, padre?

—Bebe tú; ¡yo no puedo! Si acaso, esta noche…

—Bueno, pues yo también lo dejo para la noche… Eh, padre —y cubrió al viejo con una lluvia de insultos como ladrillos—. Un brujo, eso es lo que eres, pero también eres un santo, ¡palabra de honor! Juegas con el alma, con el alma humana, como si fueras un niño. He estado aquí tumbado, pensando…

—No alborotes, Oliosha…

Volvió a presentarse la vieja con el muchacho; ella le dijo algo a Saveli en voz baja, en tono compungido; él sacudía la cabeza con escepticismo, y finalmente los condujo a la cueva, mientras Oliosha, que se había percatado de mi presencia entre los matorrales, subía penosamente hasta donde yo estaba, llevándose por delante las ramas.

—De la ciudad, ¿no?

Estaba de buen humor y tenía ganas de charla; le gustaba polemizar en tono cariñoso y no paraba de elogiar a Saveli:

—¡Cómo sabe consolar! Yo, sencillamente, vivo gracias a su alma; la mía está cubierta de maldad, como si fuera pelo. Yo, hermano, estoy desesperado…

Estuvo un buen rato pintándose a sí mismo con terribles colores, pero yo no le creí.

La vieja salió de la cueva y, despidiéndose de Saveli con una profunda reverencia, dijo:

—Ay, *bátiushka*, no te enfades conmigo…

—De acuerdo, amiga…

—Tú ya sabes que…

—Ya lo sé: todo el mundo le tiene miedo a la pobreza. A nadie le gustan los pobres, ¡lo sé! Pero, de todos modos, hay que tener miedo de ofender a Dios, en uno mismo como en los demás. Si nos acordáramos más a menudo de Dios, no existiría la pobreza. ¡Ni más ni menos, amiga mía! Ve con Dios…

El muchacho, sorbiéndose los mocos, miró al viejo con aprensión y se escondió detrás de su madrastra. Llegó una preciosidad de mujer, con aspecto de burguesa; llevaba un vestido de color lila y un pañuelo azul, por debajo del cual brillaban orgullosos y desconfiados unos enormes ojos grises. Y una vez más se oyó la palabra seductora:

—Querida…

Oliosha no paraba de hablar, y no me dejaba oír las palabras del anciano:

—Es capaz de fundir cualquier alma, como si fuera estaño. A mí me ha ayudado mucho… Sin él, no sé qué habría sido de mí… ¡Y tanto!… Siberia…

Pero desde abajo se elevaba la voz cantarina de Saveli:

—A ti, con tu belleza, cualquier hombre debería hacerte feliz, pero tú me estás diciendo unas cosas horribles. Querida, ahuyenta esa rabia; piénsalo bien: ¿qué es lo que festeja la gente? Todas nuestras fiestas son banderas orientadas al bien, no al rencor. ¿De qué desconfías? De ti misma desconfías: no tienes confianza en tu fuerza de mujer, en tu belleza… Pero ¿qué es lo que está oculto tras la belleza? El espíritu de Dios está oculto tras ella… Queriiida…

Profundamente conmovido, ya estaba yo a punto de echarme a llorar de alegría: ¡así de inmensa es la fuerza mágica de la palabra, vivificada por el amor!

Hasta el momento en que la espesa tiniebla de la noche sin luna llenó el barranco, treinta personas habían visitado a Saveli: habían venido respetables ancianos de la aldea con su báculo en la mano, habían aparecido algunos individuos desesperados, hundidos en la amargura; pero más de la mitad de los visitantes eran mujeres. Yo ya había dejado de escuchar sus monótonas quejas, y esperaba con impaciencia las explicaciones de Saveli. Ya de noche, nos permitió a Oliosha y a mí encender una hoguera en las piedras que había en la plataforma de la entrada; preparamos té y algo de cena, mientras él, sentado junto al fuego, espantaba con el faldón de su *armiak* toda clase de «criaturas» atraídas por las llamas.

—Otro día consagrado al servicio del alma —dijo pensativo y cansado.

Oliosha le dio un consejo práctico:

—Es una pena que no le pidas dinero a toda esa gente…

—Eso no va conmigo…

—Puedes pedírselo a unos para dárselo a otros. Por ejemplo, para dármelo a mí. Me compraría un caballo…

—Oliosha, diles mañana a los chicos que vengan a verme, tengo algunos regalos para ellos… Hoy las mujeres me han traído montones de cosas…

Oliosha se acercó al arroyo a lavarse las manos, y yo le dije a Saveli:

—Hay que ver, abuelo, lo bien que le hablas a la gente…

—Pues sí —asintió con calma—. Ya te lo decía yo. Y la gente me respeta. Yo a todo el mundo le digo la verdad, a cada uno la que le conviene oír. Ahí está el secreto… —Sonrió alegre y continuó, algo más animado—: Con las que mejor me entiendo es con las mujeres, ¿me has oído? No lo puedo evitar, amigo: en cuanto veo a una mujer o a una joven medianamente guapa, el corazón me da un vuelco, y es como si todo se llenara de flores. Yo les estoy muy agradecido: cuando veo a una, me acuerdo de todas las mujeres que he conocido, ¡y son incontables!

Oliosha volvió diciendo:

—Padre Saviol, querría que respondieras por mí ante Shaj: voy a pedirle sesenta rublos…

—Muy bien.

—Mañana, ¿está bien?

—De acuerdo…

—¿Lo ves? —me preguntó Oliosha en tono triunfal, acompañando la pregunta con un pisotón—. Ese Shaj, hermano, es el típico individuo que te mira de lejos y la camisa ya se te está cayendo de los hombros para ir a parar a sus manos. Pero, como vaya a verle el padre Saviol, delante de él Shaj empieza a dar vueltas como un cachorrillo; no te imaginas la cantidad de madera que donó para las víctimas de los incendios…

Oliosha no paraba de hacer ruido, y no dejaba descansar al viejo. Se veía muy cansado a Saveli. Estaba sentado junto a la hoguera, con aire abatido, agitando una mano por encima del fuego; el faldón del *armiak* parecía un ala partida. Pero no había quien pudiera con Oliosha: se había bebido un par de vasos de vodka y su alegría era cada vez más avasalladora. El viejo también bebió un poco de vodka, se comió un huevo duro con pan y de repente dijo con suavidad:

—Anda, Oliosha, vete a casa…

La gran bestia negra se levantó y se persignó, mirando al cielo oscuro.

—¡Cuídate, padre, muchas gracias! —me tendió su garra fuerte y dura, y después se metió dócilmente entre los arbustos que ocultaban el sendero.

—¿Un buen hombre? —pregunté.

—Sí, aunque hay que estar pendientes de él, ¡es un pendenciero! De tanto pegar a la mujer, no pudieron tener hijos, todos los perdía; al final se volvió loca. Yo le decía: «Pero ¿por qué le pegas?». Y él: «No sé, me apetece y ya está»…

Se quedó callado, dejó caer los brazos y estuvo mucho tiempo inmóvil, mirando al fuego con las cejas levantadas. Su cara, iluminada por las llamas, parecía incandescente, y resultaba aterradora; las pupilas oscuras de los ojos desnudos, lacerados, cambiaban de forma —tan pronto se estrechaban como se ensanchaban—, el blanco le aumentó de tamaño; daba la sensación de que se hubiera quedado ciego de repente.

Movió los labios; los pelos del ralo bigote, erizados, se le agitaron; parecía como si quisiera decir algo y fuera incapaz.

Pese a todo, empezó a hablar con calma, aunque muy pensativo, de una forma un tanto peculiar:

—Eso les pasa a muchos hombres, amigo mío: de pronto les entran ganas de zurrar a la parienta, sin que ella haya hecho nada de nada, y encima ¡cuando menos te lo esperas! Lo mismo han estado besándola hace un minuto, disfrutando de su belleza, y de pronto, en menos que canta un gallo, se les antoja zumbarlas. Sí, sí, amigo, esas cosas pasan… Te lo digo yo; yo soy un hombre pacífico, cariñoso, y he amado a las mujeres hasta tal punto que en ciertas ocasiones me habría gustado meterme en su interior, llegar al corazón y quedarme allí escondido, como hacen las palomas en el cielo. ¡Eran unos momentos maravillosos! Pero, de pronto, me venía el deseo de pegarles, de pellizcarlas, haciéndoles el mayor daño posible, ¡sí! Y ellas chillaban, me preguntaban qué pasaba. Pero no había nada que decir. ¿Qué iba a decirles yo?

Le miré desconcertado, sin saber tampoco qué decir ni qué preguntar; aquella extraña confesión me había dejado estupefacto.

Pero el viejo, tras una pausa, volvió a referirse a Oliosha.

—Cuando su mujer se volvió loca, a Oliosha también se le agrió el carácter; ahora le entran unos arrebatos violentos, se cree un ser maldito y se dedica a pegar a todo el mundo. Hace unos días unos paisanos me lo trajeron amarrado, lleno de moratones y magulladuras, cubierto de sangre reseca, parecía la corteza del pan. «Procura amansarlo, padre Saviol —me decían—, o tendremos que acabar

matándolo, no podemos vivir con esta fiera». ¡Ya lo ves, amigo! Me pasé cinco días cuidando de él… sé algunas cosillas de medicina… Sí, amigo mío, no siempre es fácil vivir… ¡qué va! No siempre es dulce la vida, querido amigo mío de ojos claros… Por eso mismo, me dedico a consolarlos, sí… —Con aquella sonrisa compasiva, su rostro se volvió aún más monstruoso, más aterrador—. A algunos no tengo más remedio que engañarlos un poco, porque también hay gente a la que ya no le queda más consuelo que el engaño… Sí, amigo, hay gente así… Claro que sí…

Habría querido preguntarle muchas cosas, pero Saviol no había comido en todo el día; se notaba que la fatiga y el vaso de vodka ingerido estaban haciendo su efecto: dormitaba, balanceándose de un lado para otro, y se le iban cerrando, poco a poco, los ojos desnudos…

A pesar de todo, me animé a preguntarle:

—Abuelo Saviol, en tu opinión ¿existe el infierno?

Levantó la cabeza y dijo muy serio, en tono ofendido:

—¿El infierno? ¡Qué cosas tienes! Y eso ¿dónde está? ¿Dios y el infierno, a la vez? ¿Tú crees que es posible? Esas dos cosas no hay quien las junte, hermano. ¡Eso es un embuste! Os lo habéis inventado las personas letradas para meter miedo a la gente; son disparates de los popes. No tiene ningún sentido andar asustando a la gente. Aparte de que nadie le tiene miedo al infierno…

—En tal caso, ¿dónde dirías que vive el diablo?

—Oye, no bromees con esas cosas…

—Yo no bromeo.

—Bueno, bueno… —Agitó el faldón del *armiak* por encima de la hoguera y dijo en voz baja—: No te burles de él. Cada palo que aguante su vela. Aquel francés, seguramente, tenía razón: cuando llegue el momento, el diablo se inclinará ante el Señor. A mí un pope me contó la historia del hijo pródigo del Evangelio, y la recuerdo muy bien. En mi opinión, esa parábola se refiere al diablo. Él, y nadie más que él, es el hijo pródigo.

Se balanceaba sobre la hoguera.

—¿No deberías acostarte? —le sugerí.

El viejo me dio la razón:

—Pues sí, ya es hora…

Se tumbó sobre un costado, se acurrucó, se cubrió la cabeza con el *armiak*… y se calló. Las ramas crujían y silbaban sobre las brasas de la hoguera, el humo se levantaba formando hilillos caprichosos en mitad de la oscuridad de la noche.

Miré al viejo y pensé: «¿Será este hombre un santo, dueño del tesoro del amor infinito al mundo entero?».

Me acordé de la muchacha coja, con su vestido estampado y sus ojos tristes, y la vida entera se me presentó en la imagen de aquella chica: la vi en presencia de un dios deforme y pequeño, un dios que sólo sabía amar, y que ponía toda la fuerza hechicera del amor en una palabra de consuelo:

—Queriiida…

KARAMORA
(1924)

Deben saber que soy capaz de realizar hazañas. Pero también soy capaz de cualquier bajeza; a veces a uno le entran ganas de hacerle una jugarreta a alguien, aunque sea a la persona más cercana.

Palabras del trabajador ZAJAR MAJÁILOV, provocador, dirigidas a la Comisión de Investigación en 1917 (Véase el artículo de N. Osípovski en *El Pasado*[65], vol. VI, 1922).

A veces, sin venir a cuento, me vienen a la cabeza ideas viles y siniestras…

N. N. PIROGOV[66]

¡Déjenme cometer una infamia!

Un personaje de OSTROVSKI[67]

Una vileza exige en ocasiones tanta abnegación como un acto heroico.

De la correspondencia de L. ANDRÉIEV[68]

Por sus actos conscientes no se descubre cómo es una persona; son los actos inconscientes los que la delatan.

N. LESKOV[69], en una carta a Pyliáiev[70]

Los rusos tienen la cabeza a pájaros.

I. S. TURGUÉNEV[71]

Mi padre era cerrajero. Un hombre corpulento, más bueno que el pan, y siempre alegre. A todo el mundo le encontraba algo gracioso. A mí me quería mucho y me llamaba Karamora: siempre estaba poniendo apodos a todo el mundo. Hay un mosquito grande, parecido a una araña, al que se conoce comúnmente como *karamora*[72]. Yo era un niño larguirucho y desgarbado; cazar pájaros era mi pasatiempo favorito. Se me daban bien los juegos y salía bien librado en las peleas.

Me han traído montañas de papel. «Escribe cómo ha ocurrido todo», me han dicho. Pero ¿por qué habría de hacerlo? Van a matarme de todas formas…

Está lloviendo. O más bien jarreando: columnas, ráfagas de lluvia, viniendo del campo, se abaten sobre la ciudad, y no puede verse nada a través del manto de agua. Afuera retumban los truenos, mientras la prisión permanece en silencio, estremecida, zarandeada por el viento y la lluvia. Es como si el viejo edificio se deslizase sobre un suelo enjabonado, como si rodara ladera abajo hacia la ciudad. Y en cuanto a mí, me siento como un pez atrapado en una red…

Se está haciendo de noche. ¿Qué puedo escribir? En mi interior habitaban dos hombres y el uno no congeniaba con el otro. Eso es todo.

O quizá no fuera así. Sea como fuere, no voy a escribir. No quiero. Lo que es más, no sé cómo hacerlo. Y está muy oscuro para escribir. No, Karamora, lo mejor será tumbarnos, echarnos un cigarro y pensar un rato en nuestras cosas.

Deja que sean ellos los que acaben contigo.

No he pegado ojo en toda la noche. El aire es sofocante. A la tormenta la ha seguido un sol tan abrasador que la tierra despide un calor húmedo, como el de un baño de vapor, que llega de los campos y se cuela por la ventana de la celda. La luna menguante brilla en el cielo como una hoz y me recuerda al bigote pelirrojo de Popov.

He estado toda la noche repasando mi vida. ¿Acaso tengo algo mejor que hacer? Es como mirar por una rendija detrás de la cual hay un espejo en el que está mi pasado coagulado, reflejado.

Me acordé de Leopold, mi primer instructor. Un estudiante judío, menudo y

hambriento. Yo tenía entonces diecinueve años, y él sería dos o tres años más joven. Tísico, miope, con la cara como una pequeña máscara amarillenta y la nariz ganchuda, toda amoratada e hinchada por el peso de sus gafotas. Yo lo veía como un personaje caricaturesco, asustadizo como un ratón.

Por eso, resultaba aún más asombroso verle desgarrar, con audacia e inteligencia, los velos de la falsedad, destruir tenazmente los lazos superficiales que aparentan unir a la gente, revelando la amarga verdad de las innumerables traiciones entre los hombres.

Era uno de esos que han nacido sabiendo, y denunciaba la hipocresía de las convenciones sociales con una pasión desenfrenada. Temblando de ira de los pies a la cabeza, nos abría los ojos a la vida, como la víctima de un ladrón que, tras haber capturado al delincuente, le registrase los bolsillos.

Yo era un joven alegre y no me gustaba escuchar sus dañinos discursos. Estaba razonablemente satisfecho con la vida, no era envidioso ni codicioso, ganaba un salario decente y veía el camino que me aguardaba como una corriente serena. Y en ésas llegó este muchacho judío y agitó las aguas. Me mortificaba ver cómo aquel extraño insignificante era más listo que un saludable mozo ruso como yo; el caso es que me daba lecciones y me irritaba como si me echase sal en una herida.

No era capaz de llevarle la contraria; además, estaba claro que Leopold decía era verdad. Y aun así deseaba ardientemente discutir con él. Pero ¿cómo iba a decirle: «Todo eso es cierto, pero no necesito ese tipo de certeza. Tengo la mía propia»?

Ahora lo comprendo: si le hubiera dicho eso, el curso de mi vida habría sido otro. No lo hice, me equivoqué. Tal vez, si no me animé a hablar fue, precisamente, por la rabia que me daba ver cómo los cuatro mocetones que nos reuníamos allí, a cuál más apuesto, éramos todos más simples que semejante polluelo escuchimizado.

Prácticamente todo el comercio de la ciudad estaba en manos de los judíos y éstos, por lo tanto, no gozaban de buena fama. Yo no tenía más motivos que los demás para apreciar a Leopold. Una vez que se hubo marchado, me dio por burlarme de mis camaradas: ¡vaya un maestro que se habían buscado! Pero Zótov, el guarnicionero, que había puesto aquello en marcha, se enfadó conmigo, y lo mismo hicieron los demás. No era la primera charla de Leopold a la que asistían y

se había creado entre ellos un estrecho vínculo.

Después de recapacitar sobre el asunto, resolví sumarme yo también al círculo del propagandista, aunque con la intención de desconcertar a Leopold, de humillarlo de algún modo ante los demás; no sólo porque fuese judío, sino también porque me costaba mucho aceptar la idea de que la verdad pudiese encarnarse en un cuerpecillo tan frágil. No se trataba de una cuestión de estética, sino de la desconfianza orgánica de una criatura saludable que tiene miedo al contagio.

Ése fue el juego en el que me enredé y me eché a perder. Después de dos o tres charlas, la verdad del socialismo se me apareció tan clara y cercana como si la hubiese descubierto por mí mismo. Ahora, echando la vista atrás, pienso que mi entusiasmo juvenil me hizo pasar por alto un matiz sutil y peligroso. Las teorías sobre la naturaleza de la razón han demostrado que los pensamientos nacen de los hechos. Yo, con la razón, acepté las ideas socialistas como una verdad, pero los hechos que habían engendrado aquellas ideas no despertaban en mí la menor emoción, y la desigualdad me parecía un factor natural y legítimo. Me consideraba mejor que Leopold, más inteligente que mis compañeros. Ya desde niño me había acostumbrado a mandar; me resultaba fácil lograr que otros me obedecieran y, al mismo tiempo, carecía de un atributo indispensable en un socialista: no sé muy bien cómo llamarlo, ¿amor por la humanidad tal vez? No sé. Por decirlo en pocas palabras: el socialismo no me sentaba bien, me quedaba estrecho en algunos aspectos, me venía grande en otros. He conocido a muchos socialistas así, en los que el socialismo es algo externo y ajeno. Son como máquinas calculadoras: siempre les salen las cuentas, sin importarles qué cifras estén manejando, pero no tienen alma, se trata de pura aritmética.

Por «alma» me refiero a una idea sublimada hasta lo irracional o, dicho de otro modo, una creencia eterna e inextricablemente unida a la voluntad. Seguramente el secreto de mi vida está en que yo nunca tuve un alma así y no fui consciente de ello.

Yo era más despierto que mis camaradas, me manejaba mejor con los panfletos, le hacía preguntas a Leopold con mayor frecuencia. Mi animadversión me fue de gran ayuda: mi deseo de desenmascararlo, de poner en evidencia que sus conocimientos no lo abarcaban todo y que a veces se equivocaba, me llevó a querer saber más que él. Tal ambición me permitió avanzar tan rápidamente que muy pronto me convertí en el primero del círculo, y me di cuenta de que Leopold se enorgullecía de mí como de una creación de su inteligencia.

Casi me atrevería a asegurar que me apreciaba. «Es usted, Piotr, un auténtico y profundo revolucionario», me decía.

No había nada que no hubiese leído aquel muchacho, que tenía un cerebro prodigioso. Siempre estaba resfriado y sufría de una tos crónica. Enjuto y renegrido como un tizón, exhalaba un vaho corrosivo y escupía palabras centelleantes como chispazos. Zótov decía de él: «No vive, se consume. Da la impresión de que en cualquier momento podría arder… y desvanecerse».

Yo escuchaba a Leopold ávidamente, con gran entusiasmo, aunque me complacía en zaherirlo. Le decía, por ejemplo: «No para usted de hablar de los capitalistas europeos, ¿no le parece que se olvida de los judíos?».

Entonces se encogía como un pobre mendigo, entornaba sus pequeños ojos astutos y replicaba que, si bien el capitalismo era internacional, figuras como Lassalle o Marx, enemigos del capitalismo, eran más representativas de los judíos que los banqueros.

Cuando estábamos a solas me recriminaba mi antisemitismo, pero yo contraatacaba alegando que los demás también habían notado su reticencia a hablar de los judíos. Y era verdad.

Ocho meses después de que empezaran sus charlas con nosotros, fue detenido junto con otros intelectuales, estuvo en prisión más de un año y finalmente lo desterraron al norte, donde murió.

Era uno de esos hombres que viven como los ciegos, con los ojos abiertos de par en par pero sin ver nada más que aquello en lo que creen. Así es fácil vivir. Con semejantes bazas, yo también habría sabido sacarle el mejor partido a la vida.

Han traído a la prisión a un soldado que guarda un asombroso parecido con mi padre en el año en que murió: igual de calvo y barbudo, con los ojos igual de sumidos en las cuencas y la misma risita tímida que tenía mi padre poco antes de expirar. «Petruja[73] —me preguntaba—, ¿y si después de morir vienen a buscarnos los demonios?».

Resultaba casi cómico verlo aferrarse desesperadamente a la vida y consultar a tres médicos a la vez: al famoso doctor Turkin, a cierta curandera del arrabal y al párroco local, que trataba todas las enfermedades con una infusión de efedra, la conocida «hierba de Kuzmich[74]». También se mostraba preocupado por mí. Me solía decir:

—Deja ya ese juego, Piotr. No es culpa tuya que la gente no viva bien; ¿por qué vas a tener tú que arreglarlo? Eso es como ocuparse de los gansos del vecino a costa de descuidar los propios.

Hay mucho de cierto en esos pensamientos categóricos. Naturalmente, las personas están encadenadas a la economía. El materialismo económico es una doctrina clara, que no deja nada a la imaginación. Los lazos que nos atan son superficiales, automáticos, nos vienen dados. Yo los acepto en la medida en que puedo sacar provecho de ellos. Cuando no es así, sigo por mi cuenta: ¡adiós, camaradas!

No soy avaricioso; no necesito mucho para vivir.

Entre los camaradas había toda clase de poetastros, de iluminados líricos, de predicadores del amor a la humanidad. Eran tipos bondadosos, cándidos; yo los admiraba, aunque sabía de sobra que su amor por la humanidad era una pura entelequia, y no de la mejor calidad. Por supuesto, para aquellos que están en las nubes y que no encuentran su lugar en la vida, para esas personas, predicar el amor universal es una cuestión de supervivencia; buena prueba de ello son las ingenuas enseñanzas de Cristo. Pero, en líneas generales, la entrega a los demás no nace del amor por ellos, sino de la necesidad de conquistarlos para afirmar, contando con su ayuda, con su apoyo, nuestras propias ideas, nuestra posición, nuestra propia ambición. Sé que algunos intelectuales sienten una verdadera fascinación física por el pueblo cuando son jóvenes, y creen que eso es amor. Pero no es amor: es mera mecánica gravitatoria, atracción hacia las masas. Cuando alcanzan la madurez, esos mismos hombres se transforman en los más torpes artesanos, en vulgares fogoneros. La dedicación a los demás destruye el «amor» por ellos, poniendo al descubierto el más simple de los mecanismos sociales.

De noche se oyen disparos en la ciudad. Hoy, al alba, alguien se quejaba, gemía, pataleaba en la celda de arriba. Una mujer, diría yo.

Por la mañana vino el camarada Básov con un mensaje: quieren saber si estoy escribiendo. Pues sí, estoy escribiendo.

Estaba igual de horrorizado que cuando mi primer interrogatorio, no hacía más que gesticular y farfullaba:

—No me puedo creer que sea usted, un viejo miembro del partido, el organizador de una revuelta, uno de nuestros camaradas más activos…

Tiene un modo de hablar desagradable, como si masticara las palabras; se le pegan a la dentadura, y le cuesta arrancarlas con la lengua. Todo en él es torpe, desmañado; es otro «fogonero». Por culpa de su torpeza, ha estado a menudo en prisión. Es un hombre insufrible. Tiene cara de víctima inocente, condenada de por vida. Entre los intelectuales hay muchos tipos como él, con el rostro marcado por el sufrimiento y el agravio. Proliferaron, sobre todo, a partir de 1905. Iban merodeando por ahí, como si la raza humana tuviera una deuda con ellos y no pensara pagársela.

Se deben de creer que el miedo a la muerte me va a encoger el corazón y que, siendo como soy un canalla miserable, empezaré a derramar confesiones como un canalón en un día de lluvia. Pobres diablos.

Sí, estoy escribiendo. Pero no para prolongar unos pocos días mi estancia en prisión, sino… para satisfacer a un tercero. Ya he dicho que en mí habitan dos hombres y que no se llevan bien entre sí; pero hay además un tercer hombre. Vigila a los otros dos, observa sus conflictos y… en parte trata de azuzarlos, de enconar su enemistad, y en parte trata de comprender cómo y por qué surgió esa hostilidad.

Él es quien me hace escribir. A lo mejor es mi auténtico yo, que intenta captar el sentido de todo esto o, al menos, de una parte. Pero ¿y si el tercero fuese mi más cruel enemigo? Eso llevaría implícita la existencia de un cuarto.

Dos hombres cohabitan en todos nosotros: uno sólo quiere saber de sí mismo; el otro se relaciona con los demás. Pero estoy convencido de que en mí viven al menos cuatro individuos y de que ninguno encaja con el resto, todos piensan de forma distinta. Cualquier cosa que se le ocurre al primero de ellos, el segundo se la rebate, y entonces el tercero pregunta:

—¿Por qué reñís? ¿Qué vais a sacar en claro discutiendo?

Como digo, creo que todavía hay otro más, un cuarto hombre que vive aún más oculto que el tercero y que nos mira a hurtadillas, como una fiera agazapada que aguardara su momento. Puede que se mantenga al margen toda mi vida, limitándose a observar con indiferencia todo este embrollo desde la distancia.

Yo creo que en la juventud, cuando el carácter aún se está formando, el hombre debería ahogar los embriones de todas las personalidades que lleva dentro excepto uno, el mejor de ellos.

Pero ¿y si aplasta al mejor, precisamente? ¿Quién es capaz de saber cuál es el que le conviene?

Para los intelectuales es más sencillo, la escuela se encarga de eliminar los embriones inútiles, la mala semilla, pero para nosotros, una vez que la sed insaciable de saberlo todo, de probarlo todo, de arrostrar todo peligro nos posee, se trata de una lucha sin cuartel. A los veinte años sentía que no era un hombre, sino una jauría de sabuesos que tiraban y corrían en todas las direcciones, por todos los caminos, dispuestos a olfatear todos los rastros, a atrapar todas las presas, a satisfacer todos los deseos, y los deseos parecían no tener fin.

La razón no me guiaba, no me iba indicando: esto es bueno, esto es malo. En general, no parece que eso vaya con ella. Es tan curiosa como un chiquillo y resulta obvio que le son bastante indiferentes el bien y el mal; no sé si debería avergonzarme de esa indiferencia. Eso es algo que ignoro.

Aquí viene a cuento citar la graciosa observación de Tasia: «Ser demasiado inteligente es de mala educación».

En definitiva: escribo por dar gusto a un tercero. No atendiendo a los intereses de esa gente, sino únicamente a los míos, y porque me aburro. Y me resulta muy interesante contarme a mí mismo la historia de mi vida. Me contemplo como si fuera un desconocido y me divierte sorprender a mis pensamientos cuando tratan de engañar y mentir al cuarto hombre, de escapar a su mirada vigilante. Este juego sí que vale la pena, vale muchísimo la pena. ¿Quedará reducido a cenizas? En fin…

No creo que ellos deban encontrar ni leer estas notas; me las arreglaré para destruirlas o para hacérselas llegar a otra gente.

En la celda contigua hay tres ladrones, tres alegres muchachos; el mayor de ellos es todavía un crío, un estudiante de la escuela naval de apenas veinte años. Canta muy bien las *chastushki*[75], sobre todo una en particular:

Yo nací sin esperanzas

y así he de morir también;

si me vuelan la cabeza,

un leño me plantaré.

Un chaval muy lanzado. A su edad yo era exactamente igual. Me gustaba el riesgo tanto como a la camarada Tasia le gustan los bombones.

Un hombre siempre se crece en las dificultades. En cierta ocasión, cerca de Temriuk[76], un témpano de hielo en el que faenaban unos pescadores fue desgajado por un golpe de viento y arrastrado mar adentro, y yo salté a él sin pensarlo con intención de ayudarlos, y el hielo se volvió a partir y me quedé flotando en solitario sobre un pequeño bloque, con una caña en la mano. En aquel instante tuve claro que aquello era el final, tan claro que, por un momento, se me heló la sangre en las venas. Las olas batían contra el hielo bajo mis pies: un minuto más y me habría hundido. Los pescadores que había en la orilla me lanzaron una cuerda; era mi salvación. Y, de repente, como si alguien muy ágil y atrevido se hubiera apoderado de mí, les pedí a gritos que lanzaran más cuerdas mientras yo arrojaba la que ya tenía a los aterrorizados pescadores que aullaban como locos a una decena de *sázheni* de distancia. Lograron atraparla con una caña, y me hicieron caer al agua. Pero yo había tenido tiempo de agarrar una segunda cuerda lanzada desde el hielo firme y de amarrarlas entre sí, y en eso lanzaron otra más, y todo el grupo fue lentamente remolcado de vuelta a la orilla. De nueve que eran, únicamente un viejo se ahogó al caer al agua accidentalmente en medio de la confusión. Durante el remolque del témpano, a mí estuvieron a punto de atravesarme con la cuerda: se me había enredado en el cuerpo y me llevó por el agua zarandeándome como a un flotador.

En general, siempre que he arrostrado un peligro, éste, como si actuara en su contra, ha multiplicado mis fuerzas, me ha llenado de fría arrogancia y ha aguzado mis sentidos, dándome así la oportunidad de vencerlo. He sido impúdicamente temerario y me he sentido especialmente satisfecho de mí mismo cada vez que mi vida ha pendido de un hilo.

Recuerdo un episodio divertido: en el curso de una fuga de prisión que yo había organizado para unos cuantos camaradas, un viejo guardián, en su intento de detenernos, disparó su revólver cuatro veces sobre mí. Después del segundo disparo me detuve: seguir corriendo me pareció un tanto humillante y ridículo. Tras darme alcance, volvió a disparar; esta vez la bala golpeó en mi bota y me arañó la pierna. Trató de abrir fuego nuevamente, apuntándome directamente al pecho, pero el arma se le encasquilló. Le quité el revólver de las manos y le dije:

—No ha habido suerte, ¿eh, viejo?

Casi sin resuello, con voz jadeante, refunfuñó:

—¿A qué esperas, demonio? ¿Por qué no huyes?

Creo que la única vez que he sentido verdadero terror fue a causa de un sueño, en la época en que viví exiliado en una pequeña ciudad de provincias, Urzhum. Se dio un cúmulo de circunstancias: me había leído un montón de libros de astronomía, me acababa de recuperar de unas fiebres tifoideas y apenas me tenía en pie, y para colmo apareció por allí un peculiar hombrecillo que empezó a predicarme sobre aquel «que fue crucificado por nosotros en tiempos de Poncio Pilatos». Casi nunca mencionaba a Cristo, sino al «crucificado por nosotros». Era un individuo patético, probablemente no estaba en sus cabales, y era evidente que no se trataba del típico peregrino que se alimenta de sobras en las cocinas de las casas ricas, sino de un intelectual. Era alto y desgarbado, con una barbita rala y las sienes encanecidas, aunque no tendría más de treinta y cinco años. Los ojos le hacían parecer más joven: eran insólitamente radiantes, más propios de una jovencita enamorada. Las pupilas azules parecían fundirse y derramarse por el blanco de sus ojos saltones.

Yo estaba sentado en un banco a la puerta de casa, disfrutando del sol, echando una cabezada, cuando sin previo aviso este hombre se plantó a mi lado, hablando del que fue «crucificado por nosotros». Se expresaba muy bien, con una franqueza infantil, como si él mismo hubiese sido testigo de toda la aventura de Cristo. «Aventura»: así lo llama el camarada Básov, todo un experto en ateísmo.

Empecé a discutir con él, claro está. Me pidió algo de comer y lo llevé a mi habitación, y allí nuestra disputa se volvió aún más acalorada. En realidad él no me rebatía, se limitaba a leer versículos de los Evangelios y a sonreír con patetismo. Hasta bien entrada la noche traté de convencerlo de que cualquier hombre capaz de pensar por sí solo sabe perfectamente que Dios no existe. Cristo no es más que poesía ingenua, leyendas, una fantasía, una falacia, en definitiva. La gente cree en Dios por ignorancia, miedo, costumbre, empecinamiento, algunos creen a causa de un devastador vacío en su alma que necesita ser rellenado con los algodones de la religión. Otros, tal vez, sienten por Cristo lo mismo que por una mujer que saben que los ha traicionado, que se la ha jugado, pero a la que están habituados; son insensibles a las demás y a ésta ya no pueden dejarla. Sea como fuere: Dios no existe. Si existiera, ¿sería la gente como es?

El caso es que a ese hombre no le dije estas últimas palabras. Creo que es la primera vez que las pronuncio. La verdad es que resultan ingenuas. Y torpes: glu,

glu, glu; es como si me estuviera ahogando, me atraganto. No sé escribir.

Más que a él, mis argumentos iban dirigidos a mí mismo; trataba de examinar, de escudriñar mis opiniones sobre Dios, la religión y toda esa lírica de los pobres de espíritu. Él, sentado en un banco junto a la ventana, me miraba, se apoyaba en la mesa, se reía de vez en cuando con la risa inofensiva de un inocente. Y así estuvimos sentados hasta que finalmente nos echamos a dormir, yo en la cama, él sobre el suelo.

Me desperté en mitad de la noche y me lo encontré de pie en el centro del cuarto, tan alto que casi tocaba con el techo, mirando por la ventana y señalándome al tiempo que susurraba:

—¡Ayúdale! ¡Es tu deber! ¡Ayúdale!

Lo susurraba con gravedad, como quien da una orden, como si fuera consciente de su poder sobre alguien; esta pequeña actuación en cierto modo me desagradó, pero no le dije nada a aquel extraño sujeto y volví a dormirme. Y entonces tuve un sueño. Caminaba a lo largo del horizonte bordeando un círculo llano, bajo la bóveda de un cielo grisáceo, y notaba algo frío y duro en los dedos: era el filo del cielo, que estaba como enraizado, pegado a un suelo sordo y tan fuerte como el hierro, donde mis pasos no hacían ningún ruido al caminar. En el cielo, como en un espejo empañado, se reflejaba mi cuerpo monstruosamente distorsionado, mi cara haciendo muecas, mis manos temblorosas, y mi propio reflejo tendía hacia mí esas manos temblequeantes, de dedos extrañamente rígidos, inflexibles. Había dado ya varias vueltas alrededor del círculo vacío, moviéndome cada vez más deprisa a lo largo del horizonte, y seguía sin averiguar qué era lo que estaba buscando, pero no podía pararme. Me sentía profundamente desgraciado y afligido: recordaba que había vida en la Tierra, gente que vivía allí; ¿dónde estaría? En medio de un silencio inquebrantable, de una completa ausencia de vida, mis movimientos alrededor del círculo se volvieron más y más rápidos, ahora eran como el vuelo de una golondrina, y a mi lado volaba mi reflejo gesticulante, que siempre estaba allí, mirase a donde mirase. El círculo se achicó, se volvió más pequeño, la bóveda del cielo descendió sobre mí, eché a correr, me asfixiaba, grité…

El hombre aquel me despertó y yo, aterrorizado como estaba, me puse tan contento que lo cogí por ambas manos y empecé a pegar saltos, riendo. Me comporté como un auténtico chiflado. Pero no recuerdo nada más espantoso que aquel sueño. Por cierto, no es verdad que sólo las cosas incomprensibles nos

causan espanto. La astronomía, por ejemplo, es bastante fácil de entender, pero ¿deja por eso de ser terrible?

El ruido y los disparos continúan en la ciudad. No me quedan cigarrillos; qué pena.

Yo trabajaba para la causa con entusiasmo, vivía en un estado de júbilo permanente. Me gustaba tener gente a mis órdenes, probablemente más que a la mayoría. Sobre todo a los intelectuales, que siempre están deseando mandar pero no saben hacerlo. Digan lo que digan, el poder sobre los demás proporciona una gran satisfacción. Obligar a un hombre a pensar y actuar como a ti te conviene no significa, en absoluto, que te escondas detrás de él, no, es algo que tiene valor en sí mismo, como expresión de tu propia autoridad moral, de tu importancia. Es algo digno de admiración… Y, si no hubiera amado el poder, no me habrían considerado un magnífico organizador.

La primera vez que me detuvieron, me sentí como un héroe y me encaminé al interrogatorio como quien marcha a pelear con un oso sin ayuda de nadie. No soy un experto en sufrimiento y nunca me han hecho padecer demasiado en prisión, dejando a un lado, claro está, las incomodidades normales de la vida carcelaria. ¿Falta de libertad? La cárcel me dio la libertad de leer y de aprender. Y, además, la cárcel otorga al revolucionario algo equivalente al rango de general, le confiere una aureola, y uno debería saber cómo sacarle provecho a eso cuando se relaciona con gente a la que está empujando a luchar contra su voluntad.

El lacayo de mis enemigos de clase, el capitán de la gendarmería, resultó ser un tipo corpulento, bonachón, con la nariz roja, seguramente un borrachín. Me recibió con una sonrisa y con unas palabras que no me esperaba, ciertamente, de un enemigo.

—¿Piotr Karazin, alias Karamora? ¡Caramba, qué buen mozo! Habría sido usted un dragón excelente.

Había sido aleccionado para dirigirme a él con altanería y desdén, pero en seguida me di cuenta de lo ridículo que habría sido. No es que me hubiera ablandado, sino que de pronto fui consciente de que tenía delante a un gorrión sobre el cual sólo un idiota o un cobarde habría abierto fuego. Cuando declaré tranquila y educadamente que me negaba a proporcionar ninguna información, arrugó la nariz y gruñó:

—Claro, claro. Eso es lo que hacen todos, hoy en día. Bueno, le va a costar una temporadita en la cárcel. Ay, esta juventud…

Me dio la impresión de que al capitán le complacía mi irrevocable decisión. No se me ocurrió que quizá estuviese deseando marcharse cuanto antes a comer y que ése pudiera ser el motivo por el que todo se había solventado entre nosotros de un modo tan rápido y sencillo. Es posible que hubiera sido mejor para mí haberme topado con otra clase de sujeto, una auténtica bestia uniformada, una persona de convicciones férreas; en definitiva, no un funcionario sino un enemigo. La vida está organizada de un modo tan extraño que el mejor maestro de un hombre es su enemigo.

Sin embargo, aunque desde 1905 he estado en la cárcel tres veces y he sido interrogado en unas diez ocasiones, nunca he llegado a encontrarme con un hombre que haya logrado despertar en mí un sentimiento de odio o de hostilidad. Todos eran oficiales vulgares y a veces, incluso, eran tipos bastante decentes. No lo digo para exasperar a mis camaradas más ortodoxos, sino para dejar constancia de un hecho, tal vez, fortuito.

El coronel Ósipov, un hombre magro y cetrino que se estaba muriendo de cáncer, dijo, según me anunciaba la sentencia que se me había impuesto:

—Ha tenido suerte: la sentencia es leve. Merece un castigo mucho más severo; es usted un hombre muy peligroso.

Esta frase me sonó como un elogio, aunque él la hubiese pronunciado con asombro y pesar.

Era un hombre inteligente, buen conocedor de la naturaleza humana, y un día hizo que me avergonzara con una observación que podía haberse ahorrado; en el último interrogatorio me dijo, mirándome a través de los cristales de sus quevedos:

—En mi opinión, Karazin, o es usted un pillo o sencillamente se ha equivocado de trabajo.

Eso me ofendió mucho, tanto que perdí los estribos y empecé a ponerme insolente, pero él me paró los pies:

—No pretendía herirle en absoluto, tan sólo estaba dando mi opinión, de hombre a hombre. Está usted metido en un juego peligroso y tengo la impresión de

que, para ser un revolucionario, no es lo suficientemente malvado y sí, ¡discúlpeme!, demasiado listo.

Tengo para mí que Ósipov era una persona honorable, y todos los camaradas que han pasado por sus manos así lo han corroborado.

En una ocasión, fui detenido junto con el hijo de mi casera, un colegial que era discípulo mío. Le di mi palabra de honor a Ósipov de que él no estaba involucrado en modo alguno en mis actividades y supliqué que lo liberaran y que no lo expulsaran de la escuela.

—Muy bien, así lo haré —dijo Ósipov, y dio orden de que lo soltaran de inmediato.

Cuando se lo agradecí, me explicó:

—Por Dios, pero si lo hacemos por nuestro propio interés; no queremos que aumente, sino que disminuya, el número de rebeldes como usted; en cambio, a ustedes les habría venido bien que hubiéramos encarcelado al muchacho, que hubiera visto arruinada su carrera, que se hubiera enfurecido y todo eso…

Parecía estar dándome una lección de conducta revolucionaria, así que le dije:

—Gracias por la enseñanza.

Probablemente, él también tenía una personalidad dual. La gente se divide, como es sabido, entre aquellos que trabajan y aquellos que viven del trabajo ajeno: el proletariado y la burguesía. Pero ésa es una división externa; internamente, en todas las clases sociales encontramos gente íntegra, de una pieza, y gente escindida. Los primeros me recuerdan a los bueyes: son muy aburridos.

En mi opinión, ser una persona íntegra es el resultado de una autolimitación en aras de la propia supervivencia. Darwin es de la misma opinión, según parece. Un hombre se encuentra en una situación en la que algunas características de su personalidad no sólo son superfluas, sino potencialmente peligrosas para él: sus enemigos interiores o exteriores podrían obtener ventaja de ellas. Así que el hombre, conscientemente, aplasta, destruye dentro de sí lo superfluo, y de ese modo adquiere su «integridad». Por ejemplo: ¿para qué demonios quiere un revolucionario compasión, lirismo, sentimentalismo, romanticismo y todo lo demás?

Lo único que necesita un revolucionario es entusiasmo y confianza en sí mismo. Cualquier interés por la diversidad interna de la vida representa un evidente peligro para él. Es tan fácil enredarse en esa diversidad, igual que para un niño quedar atrapado en las punzantes matas de un endrino.

La vida de una persona escindida se parece al vuelo convulsivo de una golondrina. No hay duda de que, desde un punto de vista práctico, el hombre de una pieza es más útil; pero los del segundo tipo me resultan más cercanos. Un hombre complejo es más interesante. La vida se adorna con objetos inútiles. Todavía no he conocido a ningún idiota que quiera decorar su casa con martillos, tornillos o bicicletas. Aunque conocí una vez a un rico fabricante de harinas que había reunido una colección de más de quinientos candados y la tenía expuesta en dos grandes salas, sobre escudos tapizados de rojo. Pero sus candados eran tan ingeniosos que yo, como hijo de un cerrajero, me lo pasé en grande examinándolos. Y ninguno servía para nada, por supuesto.

Me gustan los trucos de la técnica, como todos los juegos del ingenio humano, en cualquiera de sus formas.

Se oye hablar mucho de la «civilización cristiana». No nos engañemos: ¿qué demonios tiene de cristiana? ¿Dónde está la sencillez en esta civilización nuestra? La sencillez evangélica no se encuentra por ningún lado. La gente ha engendrado ideas malvadas y retorcidas y las ha soltado por el mundo como a una jauría de perros rabiosos. Idiotas.

Hacia 1908, los mejores hombres de la revolución habían caído. Muchos obreros estaban en presidio, otros, con el miedo metido en el cuerpo, se abrigaron con las pieles de la indiferencia. Andando el tiempo, esas pieles se confundieron con su propio pellejo. Otros, deseosos de «vivir sin estrecheces», acabaron siendo bandidos. La idea de «vivir sin estrecheces» está siempre relacionada, directa o indirectamente, con el pillaje. Nuestros camaradas intelectuales mostraron una especial destreza y prontitud en eludir la prometida redistribución del botín. Fue, en efecto, una época asquerosa. Hasta algunos que habían demostrado tener madera de héroes cometieron todo tipo de bajezas.

Pero será mejor no escribir ni pensar acerca de aquellos tiempos. No quiero que parezca que estoy insinuando: eran muy malos tiempos, por eso yo…

No, no pretendo encontrar justificaciones. Tengo mi propia trayectoria, mis propios objetivos. Un tártaro amigo mío solía decir:

—*Min din min*.

O sea: «Yo soy yo».

Sea yo quien sea, el caso es que yo soy yo. Las circunstancias de la época desempeñaron un papel importante en mi vida, pero sólo en el sentido de que me obligaron a encararme conmigo mismo. Hasta entonces había vivido, por decirlo así, preparándome para la batalla, y eso comprometía todas mis fuerzas hasta tal punto que no me había parado a pensar: ¿quién soy? Había estado siempre vinculado a los demás por la conciencia de nuestros intereses comunes, políticos y económicos, por la mutua solidaridad, por la disciplina de partido. Y ahora, repentinamente, caía en la cuenta de que estas cuestiones ya no me absorbían por completo. Veía la solidaridad puesta en duda y las leyes de la disciplina partidaria no siempre escritas con los mismos caracteres… Y a la vez una pregunta me aturdía: ¿por qué la gente era tan inestable, tan voluble? ¿Cómo podían renunciar a su causa y a su fe tan fácilmente?

Pero todo esto parece un nuevo intento de justificarme. Una vileza.

Sería más honrado y sincero decir, sencillamente: había trabajado con devoción, con gozo, con abnegación, hasta que en un momento dado empecé a holgazanear. Me dio por silbar, con las manos metidas en los bolsillos, consciente de que ya no estaba dispuesto a trabajar. No se trataba de que me sintiese cansado, de que ya no pudiera más; no, sencillamente no me apetecía. Ya estaba aburrido. Pero no porque otra vez hiciera falta coger a la gente del pescuezo y llevarla a rastras hacia la libertad por un camino profusamente salpicado de sangre; no, no era por eso. Yo seguía desempeñando esas tareas, seguía agarrando, arrastrando y dirigiendo, pero más que nada por tozudez, por el empeño de demostrarle algo a alguien, y en general por motivos que ya no eran los de antes, sino otros nuevos, motivos que ni siquiera yo tenía muy claro en qué consistían. Nuevos y… precarios.

La fragilidad de mis propósitos se me hacía especialmente evidente en mi trabajo como agitador. Las ideas seguían ahí, pero la energía que antes las estimulaba parecía buscar otras válvulas de escape.

Es difícil describir aquel estado de silenciosa pero pertinaz rebeldía que me aflojaba el ánimo, me debilitaba el pensamiento y despertaba en mí un deseo obstinado de vivir nuevas experiencias.

¿Acaso se revolvía en mí el aventurero, el hombre habituado a las peripecias y las conspiraciones, a los peligros? Tal vez.

Pero quizá —dicho de un modo más sencillo— todo lo que pasaba era que hasta entonces yo me había dedicado a hablarle a la gente con palabras sacadas de los libros y que, sofocada por ese sonido, no había podido escuchar mi propia voz. Y ahora me daba cuenta de que en mi interior vivía un inesperado e incómodo huésped que seguía mis palabras con atención y me estudiaba con prevención y suspicacia.

Empecé así a fijarme en cosas en las que antes no había reparado, y descubrí que la camarada Sasha, una doctora especializada en enfermedades infantiles, era una mujer muy guapa. Bajita, voluptuosa, alegre, desde hacía casi un año revoloteaba a mi alrededor su graciosa figura, y pisaban con garbo sus piernas bien torneadas, enfundadas en unas medias azules. El azul era su color favorito: sus blusas, sus cintas, sus paraguas, las cajitas que tenía por las mesas, los cuadros en las paredes… todo era azul. Hasta el blanco de sus ojos era azulado, pero tenía en cambio unas pupilas muy negras, que se deshacían en dulces sonrisas.

No tenía una cultura política muy sólida, prácticamente no leía más que novelas y no le atraían las lecturas serias, a pesar de su fina inteligencia natural.

En 1906, cuando el levantamiento había sido aplastado y el ejército estaba destruyendo nuestra organización y encarcelando a la gente por decenas, la actitud tan tranquila de Sasha ante los acontecimientos me dejó sorprendido. Me escondió en casa de un tío suyo que era oficial y, al despedirse de mí, tras estrecharme la mano, me dijo:

—¡Qué uñas tan descuidadas! Y tiene restos de jabón en las orejas…

Aquello me gustó. Me había enamorado de ella, aunque no se lo dije. Pero en seguida se dio cuenta y acudió en mi ayuda: todo ocurrió de un modo muy sencillo, puede que incluso un tanto descarado. Una tarde me acerqué a su casa a tomar el té y, sin previo aviso, me espetó, casi enfadada:

—Bueno, ¿cuándo piensa decidirse usted a decirme que me encuentra atractiva?

Eso fue todo. Yo me esperaba otra cosa. Creía que el verdadero amor, como la fe, debía ser ingenuo. Pero la sencillez de Sasha no tenía nada que ver con la ingenuidad. Recuerdo que ni siquiera se dio la vuelta para quitarse la ropa y que,

una vez desnuda ante mí, me dijo con cierta jactancia:

—Fíjese en mí.

Y de ese modo empezamos una «relación» muy placentera, pero sin alegría. Una relación amorosa casi «profesional», por así decir. «Porque sin eso no se puede vivir».

El camarada Popov, recién llegado a la ciudad, empezó a rondar a Sasha. Atildado, orondo, rubicundo, con la nariz chata y el bigote pelirrojo, fisgaba en los ojos de la gente con la mirada de un perrito faldero mientras hacía hincapié en su permanente disposición a ayudar en lo que fuese. Yo detectaba en él la curiosidad de los cachorros, que corren de acá para allá sin conciencia del peligro a causa de su juventud. Esa curiosidad le infundía coraje, aunque yo tenía la impresión de que en el fondo era cobarde. Tenía talento para contar chistes de judíos, sabía recitar de memoria un montón de versitos satíricos y su aspecto era más el de un artista de variedades o un embaucador que el de un revolucionario de verdad. Había en él, no obstante, algo seductor, y también algo brillante: fogonazos de ingenio en sus palabras, pequeñas agujas de agudeza en sus ideas.

Muy pronto me percaté de que Popov le llevaba dulces a Sasha con exagerada frecuencia, de que le regalaba libros, de que se gastaba, en suma, mucho dinero en cortejarla. Le pregunté a ella qué pensaba. Me contó que él tenía un hermano rico que vivía en Rostov; pero eso no aplacó mis temores. Es posible que estuviese un poco celoso, sabiendo como sabía que la curiosidad sexual de mi mujer, en lo tocante a los hombres, estaba muy desarrollada.

También es verdad que yo, por entonces, me ponía en guardia en seguida, desconfiaba de todo el mundo, era la «época de los provocadores». Empecé a caer en la cuenta de que la policía estaba mejor informada desde que había aparecido Popov en la ciudad.

Para desenmascararlo, urdí un plan muy simple: primero convencí a uno de nuestros «simpatizantes» de los medios intelectuales de la ciudad de que accediera a la pequeña molestia de sufrir un registro en su casa; a continuación me cuidé de que a Popov le llegara la información de que en el piso de ese simpatizante, concretamente en el sofá de su despacho, se escondía algo de gran interés para la policía. Una hora más tarde, los agentes irrumpieron en el piso para registrarlo y, sin apenas detenerse, despedazaron y zarandearon el sofá a conciencia. No encontraron nada, por supuesto.

Yo estaba prácticamente solo en la ciudad, si exceptuamos a un pequeño grupo de jóvenes obreros y a un camarada mentalmente desequilibrado que vivía en los colmenares de un cosaco amigo nuestro, a unas veinte verstas de distancia. Decidí arreglar cuentas con Popov de inmediato y sin ayuda de nadie.

Popov vivía en las afueras, en la buhardilla de un agricultor. Lo encontré abatido, se notaba claramente que estaba muy alterado; se había enterado, evidentemente, del resultado del registro, y seguramente se daba cuenta de que estaba perdido. No mostró ninguna alegría de verme y me dijo que su casero le había invitado a la fiesta por su onomástica: en efecto, del piso de abajo nos llegaban gritos, zapateos, el sonido de un acordeón.

En la buhardilla de Popov pasé las tres o cuatro peores horas de mi vida.

Le pregunté sin rodeos:

—¿Hace mucho que trabaja para la policía?

Popov se tambaleó en la silla, se le cayeron unos cigarrillos, se agachó para recogerlos debajo de la mesa y, en esa posición, dijo, tartamudeando en un tono extraño:

—Q-qué bo-bobada… —Pero entonces, levantando la vista hacia mí, se deslizó de la silla y, desde el suelo, apoyado en una sola rodilla, prorrumpió en risas histéricas y gimoteos femeninos—: Deje eso… No siga… —farfulló, viendo una Browning en mi mano. Se le erizó el bigote, se le desencajó la cara, parpadeó espasmódicamente, con un ojo medio cerrado y el otro sin vida como el de un ciego. Lo agarré del pelo, lo incorporé, le hice volver a sentarse y le sugerí que confesara sus hazañas.

En ese momento, vi delante de mí a un hombre al que, literalmente, le había desaparecido el rostro: las facciones habían sido reemplazadas por una gelatina gris, y en esa gelatina temblequeaban dos ojos espantosamente abiertos. El labio inferior le colgaba como un trozo de carne muerta, la barbilla se le desencajaba, en las mejillas se le marcaban profundas arrugas; era como si toda la cabeza estuviese descomponiéndose, pudriéndose, a punto de derramársele por el pecho como un chorro de barro grisáceo. Y, como tratando de corroborar esa sensación, Popov se apretó las sienes con las manos, tapándose los oídos.

Contó una historia bastante común. Militaba en el partido desde 1903, había estado dos veces en la cárcel y había participado en una revuelta armada en 1908,

lo habían detenido en plena calle.

A medida que lo iba contando, muerto de miedo, no paraba de soltar hipidos:

—Estaba verdaderamente comprometido, incluso llegué a disparar… a matar a alguien, ¡le doy mi palabra! Estoy seguro de eso, lo vi caer… Me amenazaron con la horca. Pero… uno quiere vivir, ¿no es así? Hemos venido al mundo… para vivir, los hombres estamos hechos para vivir, ¿o no? Piénselo bien: la vida está ahí, a mi disposición, no soy yo el que está a disposición de la vida, ¿verdad? —Todo esto lo susurró con gran convicción, sin dejar de repetir: «¿A que sí?, ¿a que sí?».

Con una mano no paraba de rascarse la rodilla, mientras con la otra estrujaba un trozo de papel. Se lo quité, y pude leer en él el nombre de Sasha, después el mío y por último la frase siguiente: «Sería prematuro liquidar a Karazin, es más práctico y conveniente hacerlo en Yekaterinoslav[77], pronto tiene que viajar hasta allí».

Me di cuenta de que no era la confesión de Popov lo que me escandalizaba, lo que me escandalizaba era su filosofía. Parecía que el mismo diablo le fuese dictando sus absurdas palabras, que acabaron por exasperarme.

—¿Nunca le ha remordido la conciencia? —le pregunté.

—Sí, por supuesto —dijo suspirando profundamente—. Al principio es aterrador. Uno siente que todo el mundo sospecha la verdad. Luego, gradualmente, te acostumbras. ¿Acaso cree usted que el trabajo de la policía es fácil? De eso nada —observó Popov—; también allí es necesario el heroísmo. Ellos tienen sus héroes, ¡claro que sí! ¡En una lucha, tiene que haber héroes en ambos bandos! —Y, bajando la voz, con una sonrisa malvada y astuta, añadió—: Es muy emocionante trabajar allí, tal vez aún más que con nosotros. Porque ellos son menos, nosotros somos más…

Pude ver que su miedo se disipaba, se desvanecía. Según avanzaba en su historia, fue entrando en calor y contándola cada vez con mayor viveza, ilustrándola con numerosas anécdotas, a veces de lo más entretenidas. Estoy seguro de que muy a menudo tuve que reprimir las ganas de sonreír, y pensé que aquel corderillo convertido en perro policía podría haber escrito relatos interesantes.

Había algo ingenuo en su cinismo y recuerdo que fue esa ingenuidad lo que avivó en mayor medida mi ferocidad; avivó mi ferocidad, pero también me asustó. Tuve la curiosa sensación de ser un extraño para mí mismo. De pronto llegó un momento en que me entraron las prisas y me obligué a tomar una decisión inesperada:

—Bueno, Popov, escriba una nota que diga que no debe acusarse a nadie de su muerte.

Estaba más asombrado que asustado y, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Qué quiere decir? ¿A qué se refiere? ¿De qué muerte me habla?

Tuve que explicárselo: si no escribía la nota, lo mataría de un tiro; si lo hacía, debería ahorcarse él mismo de inmediato delante de mí. Lo primero que replicó fue inesperado y absurdo:

—¿Un suicidio? ¡Nadie se creerá que me he suicidado, nadie! Allí sabrán en el acto que me han asesinado. Y, naturalmente, que habrá sido usted. Usted. ¿Quién si no? Saben que aquí usted está casi solo… Y ¿qué derecho tiene usted a juzgarme, a condenarme, en solitario?

Se arrastró por el suelo, se aferró a mis piernas, sollozó y chilló, y tuve que taparle aquella horrible boca babeante con la mano.

—No —susurró, implorante—, debe juzgarme primero. Tengo derecho a un juicio, un juicio…

Aquel alboroto se prolongó mucho tiempo, y yo temí que la gente del piso de abajo oyera el ruido y subiera a ver qué pasaba. Pero el acordeón tocaba cada vez con más brío, y los gritos y los zapateos se volvían más y más estruendosos. Popov se ahorcó en la cocina; yo sostuve sus manos mientras pataleaba en el aire y exhalaba su último suspiro.

Voy a dejar de escribir. ¿Para qué demonios hago esto? ¿Para qué?

No, escribir es una ocupación fascinante. Según escribes, sientes que no estás solo en el mundo, que hay alguien que te aprecia, alguien ante quien nunca has sido culpable de nada, que te comprende bien y simpatiza contigo sin condescendencia.

Sientes, según escribes, que te vas volviendo mucho más listo, mucho mejor de lo que eres. Es una tarea embriagadora. Te permite entender a Dostoievski. Era un escritor especialmente inclinado a embriagarse con el loco, tormentoso, irracional juego de su imaginación: un juego de muchos que sólo se jugaba en su interior.

Yo antes lo leía con recelo: me daba la impresión de que exageraba, a base de aterrorizar a la gente con la oscuridad del alma humana, para conseguir así que admitieran la necesidad de Dios, que se sometieran humildemente a sus infinitas estratagemas, a su insondable voluntad.

«¡Ríndete, orgullosa criatura!».

Pero, si Dostoievski de verdad ansiaba rendirse, sería un anhelo entre otros muchos, y no el primero. Su principal y casi única preocupación era él mismo: *Min din min*. Sabía cómo llegar hasta la consunción, cómo extraer hasta la última gota del llameante, abrasador jugo de su alma. ¿Alguna vez ha muerto un escritor sentado delante de su escritorio, sobre una página en blanco? Tendría que haber pensado en eso: escribir hasta la extenuación, hasta el mismísimo fin, hasta el último aliento… y desaparecer. Es una pena que nunca haya intentado esta embriagadora tarea.

Bien, seguiré escribiendo ahora sobre las cosas que no he acabado de entender.

Salí caminando de la ciudad, la noche era clara y fría, una hilera de árboles oscuros bordeaba la carretera. Me senté debajo de un árbol, en la oscuridad, y me quedé allí hasta que amaneció, hasta que empezó a oírse el chirrido de los carromatos campesinos. Me encontraba mal, sentía un vacío sordo en el corazón, una vaga desazón en todo el cuerpo. Esperaba que algo explotara y se encendiera dentro de mí; pero, al morir Popov, mi indignación había muerto con él. Una voz me susurraba: has matado a un hombre. Pero me daba cuenta de que era una mera constatación que no me causaba ninguna inquietud. El hombre había sido un traidor. Yo no me sentía como un criminal.

Pero entonces, surgiendo de más adentro, una pregunta inquietante me asaltó: en el fondo ¿por qué había obligado a Popov a ahorcarse de un modo tan inesperado para mí mismo, tan precipitado? Sentía como si algo me hubiese asustado, pero no en él, sino en mí mismo; como si no estuviese eliminando a un criminal, sino a un testigo peligroso, y no porque fuera un traidor, sino por otras

razones muy distintas.

Aquellas palabras suyas no se me iban de la cabeza: «En una lucha, tiene que haber héroes en ambos bandos». Todas sus ideas, por cínicas que fueran, me asediaban en aquellos momentos, se me antojaban extrañamente familiares, como si las conociera y las hubiera escuchado hacía ya tiempo.

Las preguntas me acosaban como moscardones: ¿cómo se habría comportado Popov con los policías? ¿Los habría distraído con anécdotas divertidas y cancioncillas? ¿Tal vez, incluso, se habría reído con ellos a mi costa? Pero, sobre todo, me seguía perturbando la rapidez, la precipitación con la que yo había actuado al forzar a Popov a suicidarse.

En ese estado de distanciamiento de mí mismo, en una especie de duermevela, me detuvieron al día siguiente.

El comisario de la policía secreta Símonov me comunicó con voz ronca, en tono solemne y resentido:

—Mire, Karazin, aunque Popenko declara que no debe acusarse a nadie de su muerte, lo cierto es que fue hallado en un estado tan lamentable y con unas marcas tan extrañas en las muñecas que es evidente que alguien lo ahorcó, que no se suicidó. La noche en que murió usted estuvo en su casa hasta cerca de la una y media, eso ha quedado establecido. Y eso coincide exactamente con la hora estimada de la muerte de Popenko. Es más: las pruebas dactiloscópicas confirmarán que las huellas encontradas en el cenicero de cristal son las suyas. Sé perfectamente, desde luego, lo que había descubierto sobre Popenko, él mismo lo sospechaba ya. Nos ha sido un hombre muy útil. Tendrá usted que pagar por su muerte con la misma moneda. Por otra parte, hay fundamentos suficientes para acusarle de un delito de asesinato motivado por los celos. Aleksandra Varvárina, naturalmente, también se verá involucrada, ¿lo entiende?

Yo escuchaba en silencio. No diré que estaba asustado, pero la amenaza de un proceso por delitos comunes no era, por supuesto, nada agradable. ¿Sasha implicada en un crimen pasional? No. Era tan absurdo que casi resultaba cómico.

Símonov, de pie en medio de una nube de humo, prosiguió como si ahora se tratase de una transacción comercial:

—Le propongo que ocupe el lugar de Popenko. Si accede, nos dará de inmediato una serie de nombres de personas de las que estamos ansiosos de

librarnos. En ese caso, parecerá que Popenko delató a sus camaradas y luego se suicidó, incapaz de soportar el remordimiento; de ese modo usted se librará de la muerte, sin contar con que éste puede ser el inicio de una próspera carrera. Tiene un par de horas para pensárselo. Y le aconsejo que no le dé muchas vueltas. —Antes de cerrar la puerta de la pequeña celda y dejarme solo, Símonov añadió—: No le queda otra salida.

Recuerdo que la idea de verme con la soga al cuello no me dio miedo, si bien sabía que el juego había acabado irremediablemente y que yo había perdido. Creo que no perdí ni un minuto en sopesar la decisión que debía tomar. Me había decidido en el mismo instante en que le oí decir a Símonov: «Ocupe el lugar de Popenko». Me acuerdo perfectamente de lo mucho que me sorprendió la facilidad y rapidez de mi resolución: fue tan sencillo y natural como cuando te entra sueño o te vienen ganas de dar un paseo o de beber agua.

Me quedé allí sentado a oscuras, escuchando la lluvia que tamborileaba en la ventana y esperando a que una voz en mi interior protestara contra mi decisión. No hubo quejas.

¿Qué significaba eso? ¿De dónde venía esta impasibilidad, y qué quería decir? ¿Por qué no sentía por mí la misma repugnancia que había sentido el día antes por Popenko? Me repetí mentalmente todos los términos con los que se califica a los traidores, recordé todo lo que se había dicho y escrito acerca de ellos: nada me conmovió ni perturbó.

Era como si el hombre que ayer mismo había obligado a un semejante a suicidarse y que hoy aceptaba destruir muchas otras vidas se hubiera escondido en alguna parte, mientras que el otro, desconcertado, estuviese esperando oírle decir algo, dar a conocer algo sobre sí, como si estuviese buscando al criminal… sin hallarlo. No había tal criminal.

Después, algunos retazos de ideas, animadas por la curiosidad, se removieron perezosamente en mi cerebro y preguntaron: «¿De verdad voy a trabajar para la policía, voy a entregar a mis amigos?».

No hubo respuesta, y la curiosidad se volvió más aguda y exigente. Recuerdo con claridad que la emoción predominante en aquellas horas fue la curiosidad, y el asombro de no sentir otra cosa. En aquel estado mental de desconcierto y extrañeza hacia mí mismo, reclamé la presencia de Símonov.

—Una decisión acertada —dijo, después de escucharme, y a continuación me explicó, con cierta preocupación, lo inútil que había sido por mi parte montar tanto jaleo con aquel payaso de Popenko—. La policía criminal está investigando. En fin, ya lo solucionaremos. Debe firmar este papelito, hay que seguir las normas.

Sin darme cuenta de lo que decía, pregunté:

—¿Piensa usted que soy un cobarde?

Símonov no me contestó en el acto, primero encendió un cigarrillo con la colilla del anterior.

—No, no lo pienso. Puede usted creerme, no lo pienso. Pero éste no es momento de discutirlo.

No obstante, seguimos hablando un buen rato, una hora o más, de pie el uno frente al otro. Saqué una impresión muy rara de aquella charla: comprendí que Símonov estaba tan sorprendido como yo de la facilidad y rapidez con que había tomado mi decisión, que no se fiaba de mí, que mi serenidad le fastidiaba, le desconcertaba lo mismo que a mí; también sentí que deseaba meterme miedo, pero se daba cuenta de que no había nada que pudiera asustarme.

Me dio la sensación de que «hablaba por hablar». Y así, sin que viniera a cuento, me comentó de repente que el coronel Ósipov siempre se había mostrado admirado de la agudeza e independencia de mi inteligencia.

Le pregunté:

—¿Vive todavía?

—No, murió. Era un buen hombre.

—Sí —concedí.

Símonov se apartó el humo de la cara de un brusco manotazo y añadió con rotundidad:

—Un soñador, eso es lo que era. Lo que yo llamo un romántico.

—Sí, sí —volví a asentir, y en ese momento le dije que Popenko, en efecto, se había ahorcado con sus propias manos, aunque, por supuesto, instigado por mí.

Símonov se encogió de hombros:

—Pues muy bien.

Era todo increíble, pero estaba pasando de verdad. Mi cerebro se percataba de que aquello era real, aunque lo miraba desde la distancia, en silencio, sin sugerir nada, sólo dando rienda suelta a la curiosidad. «Venga, Karamora —me dije a mí mismo— ¡Media vuelta!… ¡Ar!».

Aún tenía la esperanza, supongo, de que alguien alzase la voz: «Alto. ¿Adónde crees que vas?».

Pero nadie alzó la voz.

Al principio —uno o dos meses—, Símonov fue el único elemento sólido y real que se imponía en medio de tanta improbabilidad.

Era un hombre en la cincuentena, de mediana estatura y constitución robusta. Llevaba el pelo gris cortado a cepillo. Su nariz, blanda, algo enrojecida, tenía un aire indefiniblemente «ruso»; lucía un discreto bigotito, tenía una mirada apacible, incluso un tanto soñolienta. Hay muchos hombres con un aspecto similar. Uno se los encuentra por todas partes, ejerciendo cualquier profesión, trabajando en cualquier departamento, en cualquier calle, en cualquier ciudad. Yo siempre lo había considerado el tipo más común de hombre.

Y fue precisamente esa apariencia tan corriente lo que le dio a Símonov, a mis ojos, el carácter de realidad tangible en medio de la atmósfera irreal en la que me movía y en el curso de las insólitas tareas que ahora llevaba a cabo. Todo lo que decía revelaba la mentalidad típica del oficial que yo ya conocía bien, alguien para quien el fin último y el propósito de su trabajo escapa a su comprensión o le resulta ajeno. Poco ducho en cuestiones históricas y políticas, le daban exactamente igual los intereses de la monarquía, del zar, de todo aquello que estaba llamado a proteger, y se entregaba con especial entusiasmo a criticar a la burguesía.

Le pregunté por qué había aceptado un trabajo tan molesto.

—Evidentemente, porque disfruto con él —respondió con su voz ronca, grave, al tiempo que daba golpecitos en la tapa de la pitillera con la boquilla. Y, con una sonrisa cansada, un tanto forzada, prosiguió—: Usted es un revolucionario porque disfruta siéndolo. Yo, por idéntico motivo, le combato, intento darle caza, y al fin lo consigo. Y entonces le propongo: ¡vamos a cazar juntos! Y usted acepta.

¡Tanto mejor! Mi trabajo se vuelve aún más interesante.

En aquella ocasión, tuve por primera vez la vaga certeza de que había algo anómalo, algo pérfido en él, y en seguida me persuadí de que, bajo su aspecto vulgar, este hombre ocultaba pensamientos poco corrientes, o acaso se trataba de las ideas corrientes del hombre de la calle, pero llevadas al extremo.

Traté de hablarle de las desigualdades que hay en el mundo que, como muchos afirman, son la principal fuente de todas las desgracias. Por toda respuesta se encogió de hombros, expulsó unas nubecillas de humo y replicó tranquilamente:

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Yo no he hecho el mundo de esa manera y me da igual. Y a usted también debería darle igual. Le han echado a perder los intelectuales. No ha leído los libros adecuados. Debería usted leer la *Vida de los animales* de Brehm[78]. —Con su sempiterno cigarrillo entre los dientes, la cara velada por una nube de humo y los ojos entornados, se puso a mirar al techo y prosiguió, arrastrando las palabras—: No hay mayor placer que embaucar a otro, que quedar por encima de él. Basta con recordar cómo jugaba uno de chico y seguir el rastro de aquellos juegos a lo largo de la vida: primero se trataba de echar carreras, de jugar a las adivinanzas; luego de jugar con las chicas, jugar a las cartas… ¡La vida entera es un juego! También entre los suyos hay unos cuantos que se dedican a jugar entre ellos.

Aquellas palabras me hicieron pensar en las disputas ideológicas y las luchas faccionarias en el partido, y en el placer que sentía cada vez que era capaz de «ser más listo» que mis camaradas.

—Jugar y cazar, ¡eso es lo bueno! —decía Símonov—. Si hubiera tenido dinero, me habría marchado a Siberia, a la taiga, a cazar osos. O a África, a lo mejor. Qué maravilla, la caza. Y la diversión no está en matar, sino en acechar, en apuntar al animal con tu escopeta y sentir en ese instante tu poder sobre él. Matar sólo está bien por necesidad, nadie mata por gusto, sólo los locos, o las personas poseídas por la furia, que al fin y al cabo es una locura también. Ésa es la vileza del asesinato: que nunca es del todo desinteresado.

No me creí ni la mitad de lo que decía, aunque me quedé pensando: «En fin, si la vida es un asunto de jugadores y cazadores, ¿qué puede impedir que yo juegue con ellos y conmigo mismo?».

En el cerebro de Símonov había una especie de mancha oscura, de

dislocación, de dureza callosa.

«Juegos y caza», proclamaba, reduciendo toda su vida a esas ocupaciones. Sin embargo, yo no acababa de creerle, sabiendo cómo se las arregla la gente para levantar parapetos con los que protegerse de la vida, justificando así su renuencia a trabajar por mejorarla.

Cierta noche en que nos hallábamos en un piso franco, bebiendo vino, Símonov dijo:

—Una vez, amigo mío, tuve en mis manos a un intelectual… Ya sabe, uno de esos que vagan por ahí como espectros… Pues éste predicaba que el hombre no es más que un animal que un buen día se volvió loco y se levantó sobre sus cuartos traseros, y en ese mismo instante empezó toda esta historia, la misma que ha seguido hasta nuestros días. Desde luego, el tipo estaba como una cabra también, pero la idea no está nada mal. «La historia es el tratamiento médico para curar a esa bestia salvaje», eso es lo que decía. La verdad es que le he dado muchas vueltas: es una idea digna de consideración. Pienso incluso que, si fuera posible, todas las personas decentes y honradas se negarían en redondo a tomar parte en la historia de la humanidad. Pero ¿cómo negarse? ¿Adónde huir? Hasta los ermitaños y los monjes se ven envueltos contra su voluntad en esta fanfarria universal.

Símonov se consideraba un hombre «decente», aunque, teniendo un trabajo siniestro, le había correspondido obviamente representar un papel siniestro. Pero recordárselo, hacérselo notar, era perder el tiempo.

—Bueno, bueno… ¡Qué ingenuo es usted, amigo mío! —Y se indignaba—: ¡Hay que ver hasta qué punto le han echado a perder esos intelectuales!

Había algo en su actitud conmigo que me conquistó. Se trataba de aquel interés suyo por el hombre en su totalidad, en todas sus facetas, un interés «puro», por así decir. Al margen de nuestra relación oficial y convencional, estaba, de forma completamente separada, independiente, ese interés por el hombre «tal cual». Símonov no me trataba como un jefe trata a su subordinado, sino como un hombre mayor a uno más joven. No me mandaba, no me daba órdenes, sino que me hacía sugerencias y hasta me pedía consejo:

—¿Qué le parece, no convendría detener ya a ese militante clandestino?

Y, si yo lo consideraba prematuro, me daba la razón sin entrar a discutirlo.

Sentía algo por mí algo que yo definiría como una especie de solicitud. Puede que fuera la clase de cariño que un cazador le tiene a un buen perro de presa. Digo esto sin ironía ni amargura, conozco ese sabio refrán: «Ni la muchacha más adorable puede dar más de lo que tiene». Este refrán es muy efectivo para acallar las exigencias del corazón.

También hay que tener en cuenta que yo no tenía un solo amigo entre los camaradas; no había un solo hombre con quien pudiera hablar del tema más crucial: yo mismo. Alguna vez lo había intentado, claro está, pero esas conversaciones habían sido un fracaso, por un motivo u otro no me habían satisfecho. Y no todos los huecos del alma pueden taparse con libros, aparte de que hay libros que ensanchan y ahondan brutalmente esos huecos. Son escasas las personas capaces de ver que todo en este mundo tiene sus sombras y que ninguna verdad, ninguna idea está libre de ese apéndice; un apéndice inútil, desde luego. Esas sombras hacen dudar de la pureza de las verdades, y la duda, aunque no esté exactamente prohibida, se considera algo de lo que avergonzarse, algo de poco fiar, por así decir. Un hombre que duda siempre despierta suspicacias: ésta es la única verdad que no admite duda.

Entre los camaradas, yo tenía reputación de ser un hombre ideológicamente poco firme, caprichoso y —lo peor de todo— inclinado al romanticismo, a la «metafísica», como la llamaba Básov, que fue el hombre al que mejor llegué a conocer, por cierto.

«Un revolucionario tiene que ser materialista: el materialismo es una expresión de la voluntad, completamente expurgada de todo lo absurdo, lo irracional», solía decir Básov, arrastrando las erres. Yo sabía que tenía razón, pero, dada mi animadversión, no se la concedía.

Símonov era un hombre con el que se podía hablar de cualquier cosa. Escuchaba con atención y nunca le daba vergüenza admitir que no entendía esto, que no sabía aquello; a veces, incluso, declaraba con toda franqueza: «Eso no necesito saberlo».

Para mi asombro, una de las cosas que no necesitaba saber era si existía Dios. Digo para mi asombro porque yo había supuesto que sería religioso.

—No deja de ser curioso que me pregunte usted sobre eso —me dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Qué quiere que piense de Dios, si todos tenemos catorce *arshiny* de intestinos en las tripas? Además, si existe un Dios, el camello, la

perca y el cerdo deberían ser conscientes de ello igualmente, ¿no le parece? El hombre no deja de ser un animal. ¿Racional? Bueno, hay muchos animales racionales, aparte del hombre, y además ya sabemos que la razón no tiene mucho que ver en este asunto: no se percibe a Dios con la razón. Así que ¿a qué viene todo esto?… Ciertamente, debería leer a Brehm. —E insistía, sin salir de su asombro—: ¡Cómo le han sorbido el seso los intelectuales!

—Muy bien, y, de no haber sido por eso, ¿qué cree que habría podido llegar a ser?

Me miró con mucha atención y dijo:

—La verdad es que no lo sé. ¿Alguna clase de inventor, a lo mejor? No lo sé. Es usted muy extraño.

En términos generales, Símonov era un hombre carente de vitalidad, desconectado de la vida en cierto modo y probablemente muy solitario.

Aunque hablador, economizaba los gestos, movía los brazos lentamente, rara vez se reía, y daba la impresión de ser indiferente tanto a las personas como a la vida en general. También era perezoso, posiblemente como consecuencia de su profundo hastío.

En seguida me convencí de que todo lo que decía sobre los placeres de la caza y del juego era una pura invención, basada en algo oído por ahí y que él se limitaba a repetir. La caza de seres humanos no le producía ningún entusiasmo. Contaba con ayudantes que actuaban como agentes infiltrados, con eso se daba por satisfecho y apenas tenía iniciativas propias. Yo, si hubiera querido, podría no haber hecho nada, limitándome a contarle a Símonov anécdotas del partido, de la vida de los revolucionarios. La parte anecdótica de la revolución le interesaba mucho más, creo yo, que las cuestiones de fondo. Siempre escuchaba atentamente los chismes y, cuanto más estúpida fuera la historia, más ancha era la sonrisa en su cara pálida y mortecina. Un día, suspirando, observó:

—Popenko contaba estas historias con más gracia que usted. Hablaba como Brehm.

Comparar a alguien con Brehm era el mayor elogio que podía salir de sus labios. Se pasaba el día leyendo la *Vida de los animales*, como los alemanes menonitas la Biblia.

Un día le pregunté:

—¿Por qué llama Popenko a Popov?

—Así es como yo lo veo —contestó—. Cada quien tiene su propia opinión. Popov debería haber sido más alto, y haber tenido los brazos más largos.

Símonov tenía una sola característica o costumbre que me resultaba desagradable y despertaba mi suspicacia: a veces, en mitad de una conversación, parecía hundirse de pronto en un abismo, dejándome completamente desconcertado. En su rostro impersonal se dibujaba de repente una mueca pomposa y estúpida, las pupilas se le dilataban de un modo disparatado y me miraba fijamente concentrado, como un hipnotizador; yo, sin embargo, me daba cuenta de que estaba viendo otra cosa, algo casi terrorífico. Al mismo tiempo, metía las manos debajo de la mesa y las movía por allí, como si estuviera cogiendo su revólver para dispararme. Estos repentinos accesos de muda introspección, estas caídas en lo desconocido y lo insondable, eran bastante frecuentes en él, y siempre me sentía incómodo cuando ocurrían.

Al cabo de un tiempo empecé a pensar que Símonov escondía algo importante, misterioso, algo tan humano que le atemorizaba. Yo esperaba que me lo revelara, y mi interés por él se volvió tenso, expectante.

Existen teorías del bien: los Evangelios, el Corán, el Talmud y no sé cuántos libros más. Por tanto, tiene que haber asimismo una teoría del mal, una teoría de la abyección. Sin duda tiene que existir esa teoría. Todo ha de tener una explicación, todo; de otro modo, ¿cómo íbamos a vivir?

Ayer escribí: «Si hubiera querido, podría no haber hecho nada». Es decir, podría no haber delatado a ninguno de mis camaradas. Más aún: no me habría costado nada ayudarlos. De hecho, hice algo por ellos, pero al hacerlo sentí que eso no me servía de nada ni cambiaba nada en mi interior.

Los delaté. ¿Por qué? Me he hecho esa pregunta desde mi primer día de trabajo con la policía, pero no he encontrado respuesta. En todo momento esperaba que surgiera una protesta dentro de mí, que «me hablara la conciencia», pero la conciencia guardaba silencio. Únicamente mi curiosidad parecía activa, y seguía preguntando: «Muy bien, ¿y ahora qué va a pasar?».

No hacía más que fustigarme a mí mismo, tratando de despertar un sentimiento de culpabilidad que me acusase, que declarase con rotundidad: «Eres

un criminal».

Racionalmente, me daba cuenta de que mi conducta era miserable, pero esa constatación no iba acompañada de un sentimiento parejo de remordimiento, censura, repugnancia, ni tan siquiera miedo. No, no sentía nada de eso, nada excepto curiosidad, una curiosidad cada vez más corrosiva y casi angustiosa, que se preguntaba, por ejemplo: «¿Por qué es tan fácil pasar de los gestos heroicos a la mezquindad?».

Aquel canalla de Popov estaba en lo cierto cuando decía: «En una lucha, tiene que haber héroes en ambos bandos».

Pero yo había sido un «héroe» en otros tiempos, ahora apenas era un hombre obligado, compelido a resolver un oscuro dilema: ¿por qué, al cometer una infamia, no siento repulsión? Me planteé esa cuestión de todas las formas habidas y por haber.

Y entonces se me ocurrió: ¿y si Símonov tenía razón y la vida no era más que un asunto relacionado con un animal chiflado? ¿Y si todo en ella no era más que un juego, y yo me había echado a perder por culpa de los libros, de los intelectuales? ¿Y si todo lo que decían aquellos «maestros de la vida», los socialistas, los humanistas, los moralistas, era mentira, y la conciencia social no existía, la solidaridad era una falacia y no había nada más que hombres que trataban de vivir a expensas de los demás, y así iba a seguir siendo eternamente?

No existe nada más, todo son mentiras y productos de la imaginación, y yo estoy llamado a destapar esas mentiras, a anunciarle a la humanidad que la engañan, que la vida es una descarnada lucha entre bestias feroces y que no tiene sentido controlarla, porque además no hay nada que pueda detener esa lucha. He sido el primero en descubrir que el hombre es impotente para protestar contra su propia maldad y que no hay motivo para que lo haga; porque es un arma legítima y eficaz en este combate.

Me recuerda a aquel cuento tan malicioso: una muchedumbre se agolpa para admirar unánimemente la belleza y la opulencia del atuendo de su emperador, y en ésas un chiquillo se decide a gritar:

—¡El emperador está desnudo!

Y entonces todos lo ven: es verdad, el emperador está desnudo y es espantoso.

¿Será mi papel el de chiquillo perspicaz?

Estos razonamientos me obsesionaron más que nunca en 1914, cuando estalló aquella guerra diabólica y todo lo humano que había en los hombres se desmoronó como las escamas de un pescado podrido.

Releyendo lo que llevo escrito, me doy cuenta de que no es lo que debería ser, no he contado la historia correctamente. Me he retratado como un hombre que se enredó en las ideas, que perdió su alma por la filosofía, que destruyó lo que había en él de humano, todo aquello que se considera bueno y noble. No, ése no es el caso, no es así.

Las ideas, a pesar de su abundancia, nunca enturbiaron mi pensamiento ni me confundieron. Para mí son como burbujas que bullen en la superficie de los sentimientos: las burbujas ascienden, estallan, se desvanecen, otras vienen a sustituirlas. Sólo algunas ideas son vitales y efectivas porque se cargan de sentimiento; cuando eso sucede, me vuelvo físicamente consciente de ellas. Son como dedos: atrapan, pellizcan y transportan los hechos, los moldean, los construyen; luego, fertilizadas por nuevos sentimientos, a su vez dan lugar a nuevas ideas.

Por sí solas, si no las fecunda el sentimiento, las ideas juegan con un hombre como una prostituta, pero son incapaces de cambiar nada en él. Un hombre puede, por supuesto, amar sinceramente a una prostituta, pero es más lógico que tome con ella ciertas precauciones: siempre puede robarle o contagiarle algo.

Durante diecinueve años, viví rodeado de gente que pensaba de manera uniforme, en un ambiente de color uniforme. Aquel tono en particular no me satisfacía, me parecía aburrido y triste como un gris día de otoño.

Pero sabía muy bien que a aquellas personas las empujaban con tal fuerza sus amadas ideas precisamente porque colmaban todo su ser, porque eran en ellos carne y sangre. Aquellas ideas no eran burbujas, sino puños bien apretados; eran ideas que estaban seguras de su firmeza.

En 1907 y en 1914, al ver con cuánta facilidad la gente renunciaba a sus creencias, comprendí que algo les faltaba, algo de lo que siempre habían carecido. ¿De qué se trataba? ¿Era una sensación de repugnancia física ante aquello que su pensamiento rechazaba? ¿O es acaso no tenían costumbre de vivir honradamente?

Aquí, me parece, he puesto el dedo en la llaga: la gente no está

acostumbrada a vivir honradamente. Mis camaradas tampoco. Su vida contradecía sus convicciones, sus principios, los dogmas de su fe. Esta contradicción se manifestaba de un modo particularmente intenso en los métodos de la vida partidaria, en las luchas entre personas de la misma fe, aunque con tácticas diferentes. Ahí salía a la luz la más vergonzosa hipocresía, se admitían los trucos más retorcidos, incluso las añagazas marrulleras de los jugadores que se embriagaban con el juego hasta perder la conciencia, jugando ya por pura inercia.

Sí, sí, de eso se trata: la gente no está acostumbrada a vivir honradamente. Ya sé, por supuesto, que muchas personas nunca han tenido, y siguen sin tener, la oportunidad de adquirir ese hábito. Pero aquéllos cuyo propósito es refundar la vida, reeducar a la humanidad, se equivocan si creen que en esa lucha vale todo. No, con principios así no lograrán enseñar a la gente a vivir honradamente.

Tal vez ha llegado el momento de cometer todas las bajezas, todos los crímenes, de servirnos de golpe de todo el mal del mundo, con el objeto de acabar estragados, y renunciar a toda clase de maldad por puro horror y disgusto.

¡Qué extraño! Nunca consigo dejar de vincularme a algo o a alguien, a personas o a hechos. No puedo evitarlo y por eso todo lo que digo parece un intento de proclamar mi inocencia, un intento que trato torpemente de ocultar.

Sin embargo, sé que no tengo el menor deseo de justificarme. Todo esto no lo escribo por orgullo, ni por la desesperación de haber echado a perder irrevocablemente mi vida. Tampoco es porque quiera gritar: «Sí, yo soy un criminal, pero vosotros también sois unos criminales; la única diferencia es que vosotros sois más fuertes, así que adelante, ¡matadme!».

No siento necesidad alguna de gritar, no tengo nadie a quien gritarle. No echo de menos a nadie ni siento nada por nadie.

Todas estas tentativas inconscientes de justificarme me impiden descubrir la clave que sigo buscando: ¿por qué no brotó de mi alma un sonido, un grito, un chirrido, nada que me detuviera en el camino a la traición? Y ¿por qué soy incapaz de condenar mi conducta? ¿Por qué, aunque me acuso de criminal, y me tengo por tal, no siento, en honor a la verdad, el peso de mis crímenes?

Si mis notas tienen algún propósito, sólo es éste: averiguar qué es lo que me ha partido en dos definitiva e irremediablemente.

Ya he contado con cuánto esfuerzo traté de encontrar una respuesta a esa

pregunta. Delaté a la policía y envié a trabajos forzados a uno de mis mejores compañeros, un hombre de rara integridad moral. Sentía un gran respeto por su personalidad, su espíritu infatigable, su energía, su buen humor y su jovialidad. Acababa de fugarse de la cárcel por tercera vez y andaba escondido. Yo lo traicioné, y esperé que algo en mi interior se rebelase.

No ocurrió nada.

Un día, Símonov me invitó a tomar un vino tinto de un gusto y un aroma deliciosos, y aprovechó para decirme:

—¿Le gustaría ser trasladado a Moscú o a San Petersburgo? Estas aguas son poco profundas para usted. A mí también, probablemente, van a destinarme pronto a una de esas ciudades.

—Piotr Filíppovich —le pregunté—, ¿cómo se explica usted que ponga tanto empeño en hacer bien mi trabajo?

Como de costumbre, no me respondió de inmediato, primero me miró con atención, luego miró al techo y se encogió de hombros:

—No sé. No va detrás del dinero; no da la sensación de ser demasiado ambicioso. ¿Por deseo de venganza? No lo parece. Usted, en el fondo, es un buenazo. —Sonrió y continuó, sopesando bien sus palabras—: No es la primera vez que lo pregunta y ya le he dicho lo que pienso: es usted un bicho raro. ¿Algo alocado, quizá? Tampoco se diría. Pero usted tiene que saberlo mejor: ¿cuáles cree que son sus motivos?

Traté entonces de explicarle brevemente lo que pensaba de mí mismo. Me escuchó con atención, sin dejar de fumar un cigarrillo detrás de otro.

Cuando hube concluido, Símonov dijo con indiferencia:

—Bueno, ¿sabe?, esto resulta peligroso. ¡Caramba, cómo le han fastidiado esos malditos intelectuales! —Y, encendiendo otro cigarrillo, suspiró—: Si sigue dándole vueltas de ese modo, va a acabar usted pegándome un tiro. ¿Qué otra cosa le queda por hacer? Sólo eso: matar a alguien. Tal vez eso le estremezca y le haga gritar de una vez.

Se levantó, echó un poco de vino en el vaso y lo contempló a la luz, dándome la espalda. Un hombre fastidiosamente vulgar, eso es lo que parecía en

ese momento, más vulgar que nunca. Estuvo en esa posición un largo rato antes de que yo adivinara que se había sumido en uno de sus trances, en una de sus desapariciones en lo desconocido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se volvió lentamente, se sentó, probó el vino, suspiró y encendió otro cigarrillo.

—Todo eso se lo ha inventado usted, querido amigo, todo ese galimatías —dijo—. ¡Todo inventado, sí! Sólo para reírse un rato. Lo sé, yo también lo hago. Me voy a la cama y, si no me puedo dormir, unas veces me figuro que soy un rufián desesperado, otras veces que soy un santo. Es bastante divertido. Y todavía más a menudo finjo que soy un prestidigitador, un asombroso y excéntrico prestidigitador. —Y, apoyándose de repente en la mesa, más animado de lo que lo había visto nunca, Símonov continuó contando su historia con voz apagada y ronca—: Como un prestidigitador asombroso, así me veo yo. Primero salgo a escena vestido con mallas, no sé si me entiende. Como un acróbata. Nada de bolsillos. —Sonrió como un hombre feliz, me guiñó absurdamente un ojo—: Y, de repente, tengo un pato en brazos. Lo dejo en el suelo, camina por el escenario, grazna y empieza a poner huevos. ¿Comprende? Pone un huevo y de ese huevo sale un lechón, pone otro y lo que sale es una liebre, otro, y una lechuza, y así hasta diez huevos. Puede usted figurarse la reacción del público, ¿eh? Se ponen todos en pie, se restriegan los ojos, miran con sus anteojos… ¡Estupor total! Se sienten como unos idiotas, especialmente el gobernador… ¿Y usted se cree que al gobernador le hace gracia aparecer como un idiota delante de todo el mundo? Entonces, de repente, ¡me crece otra cabeza! Enciendo un cigarro… ¡que al instante son dos!… Pero no echo el humo por la boca, sino por las plantas de los pies. ¿Se lo imagina? Entre tanto, la liebre pega saltos, el cerdo corretea, la lechuza mira al público con los ojos muy abiertos, deslumbrada por los focos, los demás animales van de acá para allá, cada vez son más… ¡Menudo circo! —Y, abriendo de par en par sus ojos inexpresivos, el jefe de la policía secreta, Piotr Filíppovich Símonov, azote de la revolución, exclamó con profunda convicción, casi con deleite—: ¡Por todos los diablos, qué fácil es engañar a la gente! ¡Por todos los diablos!

Mientras escuchaba sus absurdas divagaciones, me sentí un completo imbécil. No estaba borracho; bebía bastante, pero jamás se embriagaba.

Le pregunté:

—¿Así que piensa usted en esas cosas cada vez que se queda como dormido en mitad de una conversación, y da la sensación de que se lo hubiera tragado la tierra?

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza—. Me pasa de un modo muy repentino. Un día, mientras presentaba un informe en el departamento de policía, se me ocurrió de pronto que podía escribir mi apellido en el aire con letras de fuego. ¿Y qué dirá que hice? Me puse a escribir con el dedo en el aire y aparecieron esas letras. Letras de fuego que llameaban delante del director del departamento: Símonov, Símonov… Miré al director y me dije a mí mismo, sorprendido: «¿Será posible que no las esté viendo?». Y entonces él me preguntó: «¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra usted bien?». Me asusté, claro…

Había un ligero brillo de enajenación en los ojos de Símonov, y eso le dio a su rostro cierta significación.

Con una vaga esperanza, inquirí:

—¿Eso es todo?

Y él, a su vez, me preguntó:

—¿A qué se refiere?

Murió de un modo un tanto extraño: por la noche estuvimos un par de horas charlando, y se encontraba perfectamente, y al día siguiente, a las cuatro de la tarde, murió en el jardín, descansando en una hamaca.

Ha estado aquí el camarada Básov y ha traído con él a un hombre pelirrojo que llevaba la cabeza vendada. «¿No me reconoces, Karamora?», me ha preguntado.

Ha resultado ser uno de los tres hombres cuya fuga de prisión organicé. No me acordaba de él.

Básov me ha preguntado si yo ya estaba al servicio de la policía secreta cuando organicé la fuga. Una pregunta estúpida. Por los documentos incautados a la policía deberían saber que sí.

Han estado hablando conmigo media hora en tono de jueces severos —es lo que cabía esperar— y después se han marchado.

Probablemente van a dejarme con vida. Me gustaría saber qué voy a hacer con ella. Buena pregunta: ¿la vida se le entrega al hombre o es el hombre lo que se entrega para que la vida lo consuma? ¿Y a quién se le ocurriría esa idea, la vida? Una idea disparatada, en el fondo.

Sí, trabajando para la policía me permití el capricho de organizar pequeñas distracciones para mis camaradas: fugas de la cárcel, huidas del destierro, imprentas clandestinas, depósitos de literatura… Pero no jugué a ese doble juego para ganarme su confianza y poder luego entregarlos a la policía; no, lo hice sólo por variar un poco. A menudo les eché una mano en recuerdo de nuestra amistad, pero sobre todo por pura curiosidad: ¿y ahora qué va a pasar?

He oído que hay una especie de cristal dentro del ojo y que es esa lente la que de hecho regula la visión. Deberían insertar una lente de ésas en el alma humana. Allí sí que hace falta, pero no la tenemos, eso es lo que lo estropea todo.

¿La costumbre de vivir honradamente? Es lo mismo que la costumbre de sentir sinceramente, y eso sólo es posible si existe una completa libertad para manifestar lo que uno siente; pero esa libertad convierte al hombre en un canalla o en una bestia, si es que no se las ha arreglado antes para nacer santo. O con el alma ciega. ¿Será la ceguera, tal vez, la santidad?

No lo he escrito todo, y todo lo que he escrito no es como debería ser. Pero ya no me apetece escribir más.

Los prisioneros están cantando *La internacional*, el guardia en la galería los acompaña tarareando bajito. Tiene un apellido un tanto chusco: Zudilin.

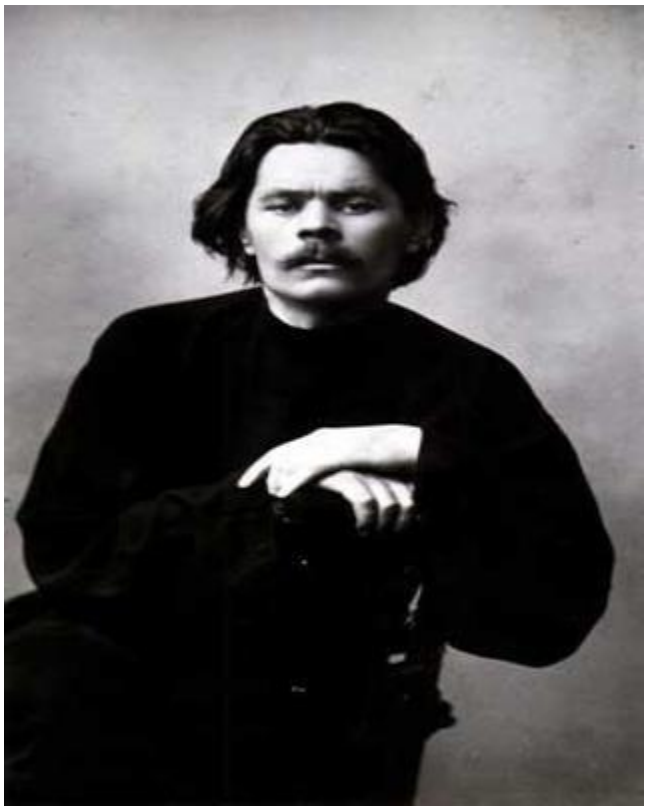
Había una propagandista en el comité, Mirónova, la camarada Tasia, una muchacha admirable. Qué corazón tan tierno y a la vez tan resuelto tenía. No digo que fuera guapa, pero nunca he conocido a nadie más dulce. ¿Por qué la habré recordado de repente? Nunca la delaté a la policía.

La corriente del pensamiento. La incesante corriente del pensamiento.

¿Y si, en efecto, yo fuera aquel chiquillo, el único capaz de ver la verdad?

El emperador está desnudo, ¿no veis?

Ya vienen a molestarme otra vez. Me tienen harto.



MÁXIMO GORKI (Seudónimo de Alexéi Maximóvich Peshkov; Nijni-Novgorod, 1868 - Moscú, 1936). Novelista y dramaturgo ruso, maestro del realismo y considerado una de las personalidades más relevantes de la cultura y de la literatura de su país. Tras la muerte de su padre, cuando contaba cuatro años de edad, Gorki se trasladó a vivir con la familia de su abuelo, en un ambiente pequeño-burgués venido a menos y en ocasiones rayano en la pobreza. Ese mundo de su niñez, que lo marcó decididamente, se recrea magistralmente en *Mi infancia* (1913-1914), primera parte de su trilogía autobiográfica.

Gorki esta considerado un modelo de escritor autodidacto. A los once años se marchó de la casa de su abuelo y emprendió una vida llena de aprendizajes incompletos, largas navegaciones por el río Volga, y numerosos viajes al sur de Rusia y a Ucrania, que serán el tema del también autobiográfico *Mis universidades* (1923). El éxito literario le llegó tras la publicación del relato breve *Makar Chudra* en 1892, donde combina una descripción brillante de la naturaleza con un rico flujo narrativo interno para abordar el tema de la dignidad humana y la libertad en forma folclorista y ultra romántica.

Lo mismo puede decirse de *La vieja Izergil* (1895), que narra la historia de

Danko, quien hace pedazos su corazón para iluminar el camino de la salvación a su tribu. De estos años son también una larga serie de relatos profundamente antiburgueses, que relatan las desesperadas, y en la mayoría de los casos inútiles, protestas de los desheredados contra el *ethos* capitalista que comienza a adueñarse de la sociedad rusa en el último tercio del siglo XIX. Entre ellos cabe señalar *Chelkash* (1895), *La canción del halcón* (1895), *Konovalov* (1896) y *Veintiséis hombres y una mujer* (1899). En los albores del siglo XX, Gorki escribe varias novelas sobre el mundo del comercio, como *Foma Gordeev* (1900) y *Nosotros tres* (1901), que si bien son vigorosas y de colorida expresión, padecen de cierta debilidad en su estructura.

Su primera obra de teatro, *Los pequeños burgueses* (1902), explora el tema de la rebelión contra la sociedad en un medio burgués e introduce por primera vez al héroe que milita activamente en favor de la causa proletaria. Su segunda obra, *Los bajos fondos* (1903), gozó de un éxito fulminante. En ella se manifiesta una retórica heredera de los sermones religiosos, que acompañará a buena parte de la obra posterior de Gorki, y que irá adquiriendo un carácter abiertamente político.

Notas

[1] *Gorki*, en ruso, significa «amargo». *[Esta nota, como las siguientes, es de los traductores*].

[2] Prenda de vestir masculina, entre bata y caftán, generalmente de paño, común entre los tártaros, aunque extendida también entre los cosacos.

[3] Región histórica de Europa central; durante la mayor parte del siglo XIX y hasta 1918 fue un dominio austriaco; desde entonces y hasta 1945 estuvo integrada en Polonia. Actualmente se encuentra repartida entre las repúblicas de Polonia y Ucrania.

[4] Balada tradicional ucraniana, de tono melancólico.

[5] Región oriental de Croacia; en el siglo XIX formaba parte del reino de Hungría.

[6] Región histórica de Europa oriental, situada al este de los Cárpatos; en el siglo XIX formaba parte del Imperio austro-húngaro; actualmente se encuentra dividida entre las repúblicas de Ucrania y Rumanía.

[7] Lajos Kossuth (1802-1894), dirigente nacionalista húngaro durante la Revolución de 1848.

[8] Indumentaria masculina, semejante a un largo caftán; hasta mediados del siglo XIX estuvo muy extendida entre la nobleza polaca, así como entre los cosacos de Ucrania y de algunas regiones de Rusia.

[9] Antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,3 kg.

[10] El baño ruso es semejante a la sauna.

[11] Romanos I, 1.

[12] Romanos I, 11-12.

[13] Romanos I, 18.

[14] La *grivna* (en plural, *grivny*) era una moneda de diez kópeks; también aparece en el texto la variante *grívennik* (en plural, *grívenniki*).

[15] El *grosh* equivalía a medio kópek.

[16] Romanos II, 1.

[17] Romanos II, 3.

[18] Tipo de bollo en forma de rosca.

[19] Prenda de abrigo tradicional rusa, fruncida en la cintura.

[20] Especie de bonete, muy común en Asia central.

[21] Nobles.

[22] Gobernadores.

[23] Bebida tradicional rusa, levemente fermentada, elaborada a base de malta, pan de centeno y frutas.

[24] Distrito rural en la Rusia zarista.

[25] Rango inferior de la policía rural en la Rusia zarista.

[26] Prenda de origen oriental, a modo de blusón amplio y ligero, con largas mangas.

[27] Fusta corta de cuero.

[28] El *sazhen* (en plural, *sázheni*) era una antigua medida rusa de longitud, equivalente a 2,13 metros, aproximadamente.

[29] La *kosushka* era una antigua medida rusa de capacidad, equivalente a 0,31 litros, aproximadamente.

[30] El *piatachok* era una moneda de cinco kópeks.

[31] Nombre coloquial de San Petersburgo.

[32] Medida rusa de longitud, equivalente a 0,71 metros.

[33] En la batalla de Poltava (8 de julio de 1709), los ejércitos del zar Pedro I de Rusia derrotaron ampliamente a las tropas de Carlos XII de Suecia.

[34] Antigua unidad rusa de capacidad, equivalente a unos 12 litros, aproximadamente.

[35] Héroe legendario, protagonista de numerosas *bylinas*, poemas épicos tradicionales rusos.

[36] Órgano representativo de todos los estamentos sociales de la provincia o la comarca.

[37] El *kréndel* (en plural, *krendeliá*) es una especie de rosquilla dulce, en forma de lazo o de ocho, semejante al *Pretzel* alemán.

[38] Los *lapti* (en singular, *lápot*) eran unas alpargatas rudimentarias, hechas típicamente de corteza de tilo.

[39] Literalmente, «padrecito»; tratamiento, entre familiar y respetuoso, dirigido a parientes, vecinos y conocidos.

[40] Medio de transporte urbano de tracción animal.

[41] El río Kodor se encuentra en la república caucásica de Abjasia (independiente *de facto* de la república de Georgia desde 1992); Sujum (o Sujumi) es la capital de Abjasia, y Ochamchira uno de sus puertos principales; ambas localidades están situadas a orillas del mar Negro.

[42] Pan plano, típico de Armenia, extendido por numerosas regiones del Cáucaso y Oriente Medio.

[43] Ciudad situada en la república de Azerbaiyán, vinculada antiguamente a la Ruta de la Seda.

[44] Ciudad situada al oeste de la república de Uzbekistán, en la frontera con Turkmenistán; fue la capital del janato de Jiva, enfrentado al Imperio ruso en las décadas centrales del siglo XX, hasta que fue dominado por éste en 1873.

[45] República del Cáucaso norte, ribereña del mar Caspio, integrada en la Federación Rusa.

[46] Cabo situado en la república de Daguestán, en la orilla occidental del mar Caspio.

[47] Región histórica del norte de Persia, ribereña del mar Caspio; se corresponde, aproximadamente, con la moderna provincia iraní de Mazandarán.

[48] Región oriental de la república caucásica de Georgia.

[49] Stepán (o Stenka) Timoféievich Razin (1630-1671), cosaco del Don, cabecilla del levantamiento popular de 1670.

[50] Instrumento de viento tradicional ruso.

[51] Los calmucos son un pueblo de origen mongol presente en la región del Volga inferior desde el siglo XVII; la actual república de Kalmukia, integrada en la Federación Rusa, se sitúa al noroeste del mar Caspio.

[52] Prenda de abrigo tradicional rusa, de tela basta, con capucha y sin botones.

[53] Río de Rusia central, afluente del Volga, en el cual desemboca a la altura de Nizhni Nóvgorod, ciudad natal de Maksim Gorki.

[54] La *vobla (Rutilus caspicus)* es una especie de rutilo endémica del mar Caspio; en Rusia, este pescado se conserva en salazón, y su consumo es frecuente como tapa para acompañar la cerveza o el vodka.

[55] Ciudad de Rusa sudoccidental, próxima a la frontera con Ucrania.

[56] Actual Volgograd, ciudad de Rusia meridional, a orillas del Volga; de 1925 a 1961 se llamó Stalingrado.

[57] Ciudad de la república de Abjasia, a orillas del mar Negro; debe su nombre al monasterio de Nuevo Athos (*Afón*, en ruso), fundado hacia 1880 por monjes rusos procedentes del monasterio de San Pantaleón, que forma parte de la comunidad monástica del monte Athos, en Grecia.

[58] Localidades de Rusia central, asociadas a importantes monasterios ortodoxos.

[59] La *Vimba vimba* es una especie de pez de la familia de los ciprínidos que

habitan en ríos y estuarios de Europa central y oriental.

[60] Importante centro monástico ortodoxo situado en la provincia de Ternópol, en Ucrania occidental.

[61] Ciudad situada en Ucrania nororiental, cerca de la frontera con Rusia.

[62] Ciudad situada en Ucrania central.

[63] Moneda de cincuenta kópeks.

[64] Espíritu de los bosques en el folclore y la mitología tradicional rusa.

[65] *Byloie* [El Pasado], revista mensual dedicada a la historia de los movimientos sociales en Rusia; se publicó en San Petersburgo (después Petrogrado y Leningrado) en 1906-1907 y 1917-1926.

[66] Nikolái Nikoláievich Pirogov (1843-1891), físico ruso.

[67] Aleksandr Nikoláievich Ostrovski (1823-1886), dramaturgo ruso.

[68] Leonid Nikoláievich Andréiev (1871-1919), narrador y dramaturgo ruso.

[69] Nikolái Semiónovich Leskov (1831-1895), narrador ruso.

[70] Mijaíl Ivánonich Pyliáiev (1842-1899), escritor, historiador y periodista ruso.

[71] Iván Serguéievich Turguénev (1818-1883), narrador ruso.

[72] Se trata de una familia de insectos dípteros, conocidos comúnmente como típulas o zancudos, con apariencia de mosquitos de largas patas cuya longitud puede llegar hasta los 6 cm.

[73] Forma hipocorística de Piotr.

[74] Esta denominación popular de las efedráceas en Rusia está asociada a Fiódor Kuzmich Mujovnikov, curandero de Samara, quien, durante la segunda mitad del siglo XIX, difundió activamente las virtudes medicinales de estas plantas arbustivas.

[75] La *chastushka* (en plural, *chastushki*) es un género de poesía rusa tradicional, en forma de cuartetas y de contenido humorístico.

[76] Ciudad de Rusia meridional, ribereña del mar de Azov.

[77] Actual Dnepopetrovsk, ciudad de la república de Ucrania, situada a orillas del río Dniéper.

[78] Alfred Edmund Brehm (1829-1884), zoólogo y escritor alemán.